

HANNA
HOLMGREN

Sueños de invierno
en las

colinas

de

Fallbury



El libro

Grace sueña con el gran amor, pero en el adormecido pueblo pesquero de Fallbury, la posibilidad de encontrarse con su hombre ideal es bastante escasa. Por eso, tras varias decepciones, decide junto a sus dos mejores amigas renunciar por completo a los dramas masculinos durante un año entero.

Sin embargo, justo ahora y en plena y romántica época prenavideña, un recién llegado causa el revuelo en el pueblo: Noah Parker, un joven médico que, en un abrir y cerrar de ojos, hace que el corazón de Grace pierda el ritmo.

Pero cuando parece que las cosas por fin se ponen a favor de Grace, un gran malentendido vuelve a ponerlo todo en duda de repente.

La autora

Desde niña me gustaba anotar mis recuerdos de lugares y momentos maravillosos en un cuaderno de viaje y convertirlos en historias que perduraran. Con el tiempo, esas historias se transformaron en auténticas novelas y, finalmente, en mi mayor pasión.

Hoy, escribir para mí es una forma de pura relajación. Trae a mi despacho la luz del sol, los granos de arena y el sonido del mar, y alivia ese constante anhelo de viajar hasta la próxima aventura, que sigue siendo mi principal fuente de inspiración.

Desde que dejé atrás mi vida profesional anterior, me dedico por completo a escribir novelas románticas y reconfortantes.

Antes de empezar a leer

Cada historia hace su propio pequeño viaje.

Esta nació en alemán y ahora habla español, con una maleta llena de sol y un toque de brisa marina.

He hecho todo lo posible por conservar su alma, aunque algunas palabras aún susurren con acento.

Si notas algo que suena un poco raro, escíbeme a feedback@hannaholmgren.de — me encantará saberlo.

Feliz lectura — y que esta historia te lleve a un lugar hermoso.

Sueños de invierno en las colinas de Fallbury

Corazones de Escocia 2

Novela

Hanna Holmgren

Edición original: diciembre de 2022

© FeuerWerke Verlag, todos los derechos reservados

Maracuja GmbH, Laerheider Weg 13, 47669 Wachtendonk, Germany

Diseño de cubierta: Grit Bomhauer, grit-bomhauer.com

con el uso de © Adobe Stock - lovelyday12 | pilat666 | Jp | pilat666
| Karen Miller | Melica | S_E © Depositphotos - Aquir014b

Corrección de estilo: Dra. Katrin Scheiding, Volkmarsen

Traducción: encargada por FeuerWerke Verlag

Revisión editorial: a cargo de Hanna Holmgren

La trama y todos los personajes son ficticios. Cualquier coincidencia o similitud con personas reales es casual e involuntaria. Todos los textos e imágenes de este libro están protegidos por derechos de autor y no pueden ser utilizados por terceros sin el permiso explícito del autor, del titular de los derechos y del editor.

Consigue gratis una novela corta



Un romántico hotel junto al mar, un horizonte infinito y un amor que la toma por sorpresa...

Cuando Lisa lleva a su mejor amigo Lennart un pedido de vino olvidado a su idílico hotel junto a la playa, no imagina la aventura que la espera. Ya en su primera tarde conoce a Johannes en la playa y siente una conexión inmediata. Por un curioso giro del destino, vuelve a encontrarse con él una segunda y hasta una tercera vez, aunque de formas que nunca habría esperado.

Poco a poco, ambos se acercan y comparten una velada maravillosa juntos, una noche que se siente como el comienzo de algo más. El murmullo de las olas, la luna brillante y los ojos azules de Johannes hacen que el corazón de Lisa lata con fuerza. Pero cuando su estancia junto al mar llega a su fin, Johannes le hace una confesión, y Lisa deberá decidir si quiere volver a verlo... o si sería mejor olvidarlo cuanto antes.

Descarga aquí la novela corta de 50 páginas de forma totalmente gratuita:

<https://hannaholmgren.de/novela-corta-gratuita-una-noche-junto-al-mar/>

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

GRACE:

Seré breve: lo nuestro no va a funcionar. Han sido unas semanas muy bonitas, pero lamentablemente nada más. No te enfades conmigo, ¿vale? Y, cuando puedas, dime algo de vez en cuando; después de todo, no hemos tenido problemas para divertirnos.

Saludos, Pete

A Grace le tembló la mano mientras leía las líneas por encima.

Una vez, dos veces, y a la tercera casi se le resbaló el teléfono de los dedos.

Y, cuando puedas, dime algo de vez en cuando; después de todo, no hemos tenido problemas para divertirnos.

—Ja, ya te gustaría. ¡Si Pete supiera que en realidad era ella quien llevaba dándole vueltas desde que él se marchó a cómo decirle que aquel flirteo de verano nunca llegaría a nada más! De haber sospechado que a él solo le interesaba una cosa, se habría ahorrado un sinfín de preocupaciones y habría cortado por lo sano mucho antes.

Grace se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y giró sobre sus talones tan rápido que por poco perdía el equilibrio. En el último segundo se apoyó en el respaldo del sofá antes de salir deprisa hacia la puerta principal. Necesitaba urgentemente que le diera el aire.

Cogió su chaqueta y abrió la puerta. El crepúsculo se había posado sobre Fallbury como un manto suave. Los secretos del nuevo día ya flotaban en el ambiente. A veces Grace se imaginaba que incluso podía olerlos: las aventuras que traía la vida antes de que sucedieran. El amanecer era su momento favorito del día, ya que le

permitía disfrutar por un instante del pueblo y de sus hermosos alrededores completamente a solas.

Se montó en la bicicleta oxidada que estaba tirada en el césped junto a la puerta y pedaleó por el patio justo cuando su madre abría la ventana de la cocina y asomaba la cabeza. Al instante, Grace frenó.

—Hoy te has puesto en marcha temprano. ¿Ya tienes que ir a la tienda?— Olivia McNally lanzó una mirada de sorpresa a su reloj de pulsera. El aroma familiar de los bollos calientes se extendió por el patio y Grace lo inhaló con nostalgia. La repostería de sus padres siempre había estado entre sus comidas favoritas. A veces, cuando las noches de verano eran tan cálidas que Grace podía dejar la ventana de su dormitorio abierta hacia el patio interior, el intenso olor de los bollos la despertaba incluso antes de que sonara la alarma. Entonces salía al jardín en pijama y zapatillas y disfrutaba del desayuno junto a sus padres. En otoño e invierno, sin embargo, tenía que renunciar a ese dulce ritual de despertar.

—Solo quiero... hacer una gestión rápida...—. Sonrió para sus adentros por su propio reparo. Sus excursiones matutinas a los acantilados no eran ningún secreto y, aun así, a Grace no le gustaba anunciarlas; no quería que nadie arruinara esos momentos mágicos en la naturaleza indómita con comentarios innecesarios o incluso con una presencia espontánea. Ese tiempo, en sintonía con el viento de las tierras escocesas que recorría los bordes de los acantilados y le alborotaba el cabello al mismo tiempo, le pertenecía solo a ella. Le aportaba todo aquello —coraje, fuerza e ilusión— que pudiera necesitar para el día que tenía por delante.

La madre de Grace le dedicó una sonrisa cómplice y a la vez cálida. —Que tengas un buen día, cariño.

—Gracias, mamá. ¡Hasta luego!

Grace volvió a subirse al sillín, levantó la mano a modo de saludo y salió disparada por el portón abierto.

Una fresca brisa campestre la recibió, agitando un mechón de pelo pelirrojo y haciendo que sus mejillas se sonrojaran en un abrir y cerrar de ojos. Jirones de niebla se divisaban a lo lejos sobre el mar. Pronto el otoño daría paso al invierno, los espesos copos de nieve cubrirían el rudo paisaje de Escocia y pequeñas figuras mágicas de escarcha treparían por las ventanas. Grace amaba el invierno en Fallbury tanto como la primavera, el otoño o el verano. Cada estación transformaba el pequeño pueblo pesquero de la costa, a su manera, en un lugar de ensueño. Al menos a sus ojos.

Cuando subió por Harbour Street aquella mañana, el tintineo de su timbre y el chirrido de sus frenos eran lo único que resonaba por las calles de Fallbury. Pronto el pueblo cobraría vida, pero por el momento parecía que le pertenecía solo a ella. Solo de forma esporádica oía un coche, veía otra bicicleta o a algún paseante con su perro a lo lejos.

Pocos instantes después ya había dejado atrás las calles de Fallbury y recorría un tramo de Cliffside Road, que conectaba el pueblo con las fincas y granjas más apartadas. Una de ellas, situada en medio de las colinas de Fallbury, era la granja Flynt, con su atractivo y simpático granjero Graham y su padre Archie. Aunque vivían fuera del pueblo, formaban parte de Fallbury tanto como cualquier otro habitante. El caso de la vieja Rosemary era muy distinto. Ella era la dueña de la pintoresca casita que gestionaba como Bed & Breakfast. Estaba justo enfrente de la granja Flynt y, a diferencia de los dos hombres, a la vieja Rosemary no parecía importarle no estar integrada en la comunidad del pueblo ni gozar de una fama precisamente buena.

Quizá eso cambie ahora. Desde que Ellie regresó el año pasado, la vieja Rose ha vuelto a florecer, después de todo, pensó Grace mientras se detenía al borde de un campo, bajaba de la bicicleta y recorría a pie el resto del camino a través de los prados, tan verdes en verano, hasta los acantilados. Sí, aquella historia con Ellie y Rose Cottage había revuelto bastante a Fallbury. Y no solo a Fallbury, sino también a Graham. Durante todo un verano no hubo otro tema de conversación en ninguna valla, alféizar o cancela. Graham y Ellie se

conocían desde niños y, tras el regreso de Ellie a Fallbury, habían resurgido sentimientos que ambos creían perdidos hacía tiempo. Desde entonces, Ellie se había vuelto inseparable de Graham, e incluso la vieja Rose Cottage de su tía abuela Rosemary estaba volviendo a salir adelante bajo la dirección de Ellie. Era una historia de amor de cuento de hadas, pensaba Grace. Una como la que ella misma apenas se atrevía a soñar.

Aunque tenían la misma edad, Grace no guardaba casi ningún recuerdo de la pequeña Ellie que pasaba sus vacaciones de verano con su tía Rose, precisamente la época en la que Grace solía visitar a sus parientes en Edimburgo con su familia. Así que las dos jóvenes no se conocieron hasta ser adultas, tras el regreso de Ellie el año pasado, y desde entonces se habían hecho buenas amigas.

Grace se dio cuenta de que se le había escapado una sonrisa al dirigir la mirada por el campo hacia la vieja casita. El amor que irradiaban Ellie y Graham, y que les había hecho esperarse mutuamente durante todos esos años, era más que evidente. Casi se podía palpar la felicidad que los mantenía unidos como un lazo invisible.

Grace recordó el lamentable mensaje de Pete y suspiró sin querer. Con él no había visto ningún cuento de hadas desde el principio, pero aun así no quería perder la esperanza de que su Graham o su Joe, o como sea que se llamara, la estuviera esperando en algún lugar ahí fuera. Quizá solo tenía que encontrarlo. ¿Realmente podía ser tan difícil?

Cuando llegó al borde de los acantilados, dejó caer la bicicleta sobre la hierba corta y se sentó a su lado con las piernas cruzadas.

Las gaviotas sobrevolaban el mar embravecido. Aquí y allá, la niebla las engullía para escupirlas de nuevo en otro lugar entre fuertes graznidos. Grace observaba el espectáculo divertida. Aquel lugar sobre el mar, con las vistas del somnoliento pueblo pesquero a su izquierda, la hacía sentir increíblemente plena. Su corazón estaba ligado a ese lugar, a su hogar, a su tierra. Nunca había sentido el impulso de querer marcharse de allí; de dejar atrás la mirada al

horizonte y el sentimiento de libertad y amplitud. Aquel era su lugar. Solo allí fuera se sentía viva.

Cuando el viento arreció y le alborotó el pelo rojo, Grace se rodeó el cuerpo con los brazos. El sol no se dejaría ver esa mañana, constató con cierta melancolía. Le habría gustado ver cómo asomaba por el horizonte y cómo sus rayos serpenteaban sobre las olas espumosas. Pero no tenía ninguna oportunidad contra la niebla y las densas nubes.

—Mañana volveré —dijo Grace, más para sí misma que para la belleza de aquel paisaje agreste que se extendía a sus pies. —Lo prometo —añadió en un susurro y se levantó mientras las primeras gotas de lluvia fría caían sobre su rostro.

Grace adoraba su trabajo en el supermercado del pueblo, aunque no fuera lo que un día soñó para su vida. En un principio solo iba a ser un trabajo temporal durante sus últimos años de instituto. Después, su intención era quedarse hasta ahorrar lo suficiente para hacer realidad su sueño de abrir su propia tienda en la granja familiar. Pero el grave infarto de su padre había dado un vuelco total tanto a su vida familiar como a sus planes profesionales.

Ahora formaba parte de la plantilla fija del supermercado y se había adaptado bien a ello. Grace no era de las que se hundían, nunca lo había sido. No perdía de vista los sueños rotos, pero al menos podía dejarlos marchar lo suficiente como para que no le nublaran la visión. Y el trabajo en el supermercado definitivamente también tenía sus ventajas. Jamás le faltaba una breve charla ante la cinta de la caja, y siempre se enteraba de primera mano de los últimos cotilleos: quién era nuevo en Fallbury, quién se había pasado con la bebida otra vez y qué romances se fraguaban entre los vecinos. No había rumor que se le escapara a Grace.

También conocía las manías y peculiaridades de los habitantes del pueblo, estaba atenta a ellas y acudía a ayudar siempre que era necesario. Los vecinos de Fallbury se lo agradecían no solo con alguna propina, sino sobre todo con una sonrisa amable o un saludo

afectuoso. Para Grace, eso valía casi más que el dinero, aunque lo necesitaba con urgencia. Para ayudar a sus padres y contribuir a los gastos de la finca familiar, desde hacía dos años hacía turnos extra en el Lighthouse Inn, el pub del puerto. Al menos tres veces por semana estaba allí tras la barra, sirviendo cerveza y whisky a los clientes, escuchando a los viejos pescadores y sus historias o charlando con los turistas sobre sus planes de vacaciones.

Cuando Grace comenzó su turno en el Lighthouse Inn aquella noche, su mirada recorrió con melancolía las filas vacías. Eso no pasó desapercibido para JoJo, el dueño.

—Se nota que la temporada ha terminado —dijo mientras limpiaba la barra y servía dos pintas a Grace.

—Sí, cada vez hay menos gente —frunció el ceño. Durante los meses de invierno llegaban pocos turistas a Fallbury. Probablemente no volverían a ver a los próximos hasta Navidad.

—¿Te preocupa tu trabajo? —preguntó JoJo, cobró a un cliente de barba descuidada y paso vacilante, y luego se volvió hacia ella.

—No, por eso no. Sé que también hay épocas en las que apenas podemos recuperar el aliento. Pero en estos días grises y fríos, cuando el sol se va tan temprano, echo de menos las largas noches de verano, las risas de los clientes, los cantos y los bailes.

—Quizá yo pueda solucionar eso —dijo su jefe, deslizándole un folleto.

Grace leyó el titular por encima:

Subasta de solteros: cada papeleta, una cita

Ella frunció el ceño. —¿Qué es esto?

—Lo haremos en noviembre. La venta de papeletas empieza esta semana. Larry ya ha puesto anuncios en la radio. Así volverá a haber ambiente por aquí. Esperamos sacar con esto el dinero para las reparaciones de la zona del puerto. ¿Podrás echar una mano esa noche?

—Claro, sin problema. Pero ¿cómo funciona exactamente? ¿Los invitados compran una papeleta y ganan una cita con él?

JoJo se puso un puro en la comisura de los labios. —Sí, más o menos. En las papeletas hay números, y cada número corresponde a uno de nuestros atractivos solteros de Fallbury y los alrededores.

¿Atractivos solteros? ¿Cuáles de los dos? Fallbury no es que tenga mucho más donde elegir, pensó Grace con una sonrisa. Evidentemente, debía de haberse perdido algo.

—Déjame adivinar: esta idea se le ha ocurrido a Phoebe. —Encajaba perfectamente con su alocada amiga, a la que no se le escapaba ni una cuando se trataba de hombres.

JoJo soltó una carcajada. —¿Cómo has podido llegar a esa conclusión?

Grace sacudió la cabeza sonriendo justo cuando dicha amiga entró de imprevisto por la puerta. Grace levantó el folleto sin decir palabra y Phoebe se detuvo en seco.

—Oh —se limitó a decir, y sus ojos chispearon en dirección a JoJo.

—¿Por qué no me habéis dicho nada? ¡Si trabajo aquí!

—Es una idea fantástica, ¿no crees? —Phoebe se sentó en el taburete frente a Grace y pidió un agua. Con sus ojos azul hielo, miró a Grace con picardía mientras se enrollaba un mechón de pelo rubio platino en el dedo índice derecho.

—Ya veremos. Tengo mucha curiosidad por ver a esos solteros de Fallbury dignos de subasta —respondió Grace con un guiño. Mientras tanto, Phoebe había sacado un cuaderno de su bolso.

—Bueno, ya sabes por qué estoy aquí: la fiesta de Ivy —comenzó, apoyando los brazos en la barra. El trigésimo cumpleaños de su amiga común, Ivy, estaba a la vuelta de la esquina, y Grace y Phoebe llevaban semanas planeando una gran fiesta sorpresa con todo lo que una buena celebración requiere. —Los invitados llegan a las cinco de la tarde. Para entonces tiene que estar todo listo. ¿Has arreglado la máquina de karaoke?

—Sí, ya vuelve a funcionar —intervino JoJo desde un lado—. Pero Ronny O'Donald le echará otro vistazo mañana por la mañana por si acaso.

—Perfecto. Las bebidas ya están aquí. Gracie, ¿tu madre trae la repostería y Graham la carne para la barbacoa?

Grace asintió. —Las amigas de Ivy han reservado dos habitaciones en Cliffside Cottage y sus padres en Rose Cottage. Alan irá a recoger a su familia a Aberdeen un poco antes. Está todo bajo control, Pheeb.

—Solo falta el tema del stripper...

—¡Olvidalo! —la interrumpió Grace, echándose a reír.

—Era broma —le guiñó un ojo—. Pero ahora tenemos que aclarar quién va a mantener entretenida a Ivy para que no se dé cuenta de nada.

Aquello rozaba lo hercúleo. A estas alturas, probablemente todos los habitantes del pueblo sabían lo de la fiesta, así que tenían suerte de que Ivy aún no se hubiera enterado de nada, o de que simplemente les estuviera siguiendo el juego.

—Eso tienes que hacerlo tú, Pheeb. Yo estaré aquí ayudando a prepararlo todo.

—¿Y qué quieres que le cuente?

—¿No tendrás por ahí alguna de tus aventuras de la que no conozca hasta el último detalle? Un pajarito me ha dicho que Larry Piercen vuelve a entrar y salir de tu casa a menudo.

Phoebe abrió la boca indignada. —¿Es que no existe la privacidad en Fallbury? —La indignación dio paso a una amplia sonrisa al añadir —: Al fin y al cabo, Larry Piercen es un bombón.

JoJo se tapó los oídos divertido. —¡Lalala, no quiero saber nada de eso! —exclamó antes de desaparecer por la puerta de vaivén hacia la cocina.

—Es un pasatiempo y lo sabes perfectamente —le reprochó Grace a su amiga mientras limpiaba los grifos de cerveza.

—Dicho así suena muy negativo, Gracie. Relájate un poco con el tema de los hombres. ¡Diviértete, disfruta de la vida!

Grace puso los ojos en blanco. —¿Divertirse? Eso me recuerda algo. —Fue a la parte de atrás, sacó su móvil de la taquilla, buscó el SMS de Pete y se lo pasó a Phoebe por encima de la barra.

Phoebe leyó las líneas a toda velocidad y se quedó asombrada.

—¡Es increíble la suerte que tienes!

—¿A que sí? —Grace se inclinó hacia ella sobre la barra—. Llevo semanas rompiéndome la cabeza pensando en cómo decirle que el ligue de las vacaciones no va a llegar a más, y entonces esta mañana me encuentro con este mensaje.

—No es justo. A mí siempre me tocan los hombres lapa. Esos que sueñan con boda y familia antes de que sepa siquiera su apellido. Si yo les diera una negativa incluyendo ofertas de diversión conjunta, probablemente irían directos a la joyería a elegir anillos. —Phoebe sacó un paquete de tabaco del bolso y señaló la puerta con la cabeza—. ¿Sales un momento?

Como había pocos clientes, Grace pudo permitirse un breve descanso y siguió a su amiga fuera.

—¿No crearás de verdad que voy a volver a llamar a Pete?! —preguntó después de que se hubieran colocado bajo el pequeño tejadillo y Phoebe hubiera encendido su cigarrillo.

—Si era bueno... bueno, yo lo haría —respondió Phoebe con descaro, soltando el humo en el aire fresco del atardecer.

—No esperaba menos de ti —respondió Grace con un guiño.

—¡Oye! —Phoebe le lanzó riendo el paquete de tabaco vacío a su amiga—. Mejor cállate, "Señorita Ojalá-me-escriba-él-para-no-ser-yo-la-mala".

Grace recogió el paquete con una sonrisa y lo tiró a la papelera junto a la puerta principal. Phoebe tenía razón. Simplemente no tenía suerte con los hombres, y cuando aparecía alguien por Fallbury que le gustaba, pronto acababa en decepción. Pete no había sido la

excepción. El verano pasado se había esforzado durante toda una noche delante de sus amigos para seducirla. No había podido resistirse a su cuerpo tonificado y a su piel bronceada, ni tampoco a su sonrisa pícaro, que le daba un aire juvenil e ingenuo. Parecía amable y atento, pero tras pasar la noche juntos, no quedó mucho de aquello. Y mientras ella llevaba semanas dándole vueltas a cómo comunicarle que no tenía interés en continuar con aquella relación tan breve y apasionada, él probablemente habría encontrado su número por casualidad y le había enviado un mensaje que zanjaba el asunto de forma rápida y sencilla.

—Solo quiero creer que hay alguien por ahí que encaje conmigo de verdad. En todo, ¿entiendes?

Phoebe arqueó las cejas y apagó el cigarrillo en el cenicero. —¿En todo dices? ¿En absolutamente todo? ¿Físico, carácter, sueños, planes, esperanzas, miedos? ¿Todo? Estamos hablando de la especie masculina, al fin y al cabo.

—Venga, Pheebs, sé perfectamente que tú tampoco has perdido la esperanza. ¿O quieres hacerte vieja aquí sola?

—Bueno, no puedo quejarme de aburrimiento.

Grace sonrió para sus adentros. Phoebe era su mejor amiga desde la infancia. Habían crecido juntas, compartido los altibajos de la madurez. Aunque Phoebe tenía una familia enorme, con incontables primos, ahijados, tíos y tías, Grace era hija única y sus padres habían fallecido pronto. Grace sabía que aquel golpe del destino había dejado huella. Su amiga solía mostrarse como una mujer fuerte e inaccesible, y Grace no dudaba de que realmente disfrutaba de sus relaciones esporádicas. Pero en el fondo ella también esperaba a su hombre ideal, aunque nunca lo admitiera.

—Ambas deberíamos pedirle unos cuantos consejos amorosos a Ivy —murmuró Grace, y Phoebe asintió con entusiasmo.

—Sí, de verdad, ¿cómo es posible que con casi treinta años ya lleve cinco años casada? Y encima con semejante ejemplar.

—¡Pheebs! —exclamó Grace, dándose la vuelta muerta de risa.

—Es la verdad —se defendió su amiga—. Alan parece un Adonis. Podrías abrir cualquier revista masculina y nadie le llegaría a la suela del zapato. ¿Y además es un buen tío? ¿Se muda con ella al campo? ¿Construye una casita? Eso es más que un premio gordo de la lotería.

Grace asintió. —Al menos da esperanzas de que por ahí fuera haya más de su clase.

—A lo mejor en el evento de solteros conoces al hombre de tus sueños. —A Phoebe le brillaron los ojos—. Hemos planeado un sorteo muy especial: cualquier soltera interesada que tenga ganas de una cita a ciegas con un soltero de la zona puede comprar una papeleta de forma anticipada o en la taquilla esa misma noche. La afortunada ganadora podrá conocer al soltero que se esconde tras el número en una cita a ciegas inmediata. Genial, ¿verdad?

—Me da pavor solo de pensarlo —rio Grace antes de volver a abrir la puerta del pub—. ¿Vuelves a entrar?

Phoebe hizo un gesto de despedida. —No, yo... he quedado.

—Toda una femme fatale. —Riendo, Grace le dio un beso en la mejilla a su amiga para despedirse—. Pues que te diviertas esta noche; ino te agotes demasiado, que mañana te necesito para la fiesta!

—¡No puedo esperar! —exclamó Phoebe mientras se alejaba por Harbour Street. Grace la siguió con la mirada hasta que vio desaparecer su melena rubia brillante al doblar una esquina.

Capítulo 2

—BUENO, ya lo tenemos —dijo Grace, secándose las manos en el delantal. Orgullosa, dejó que su mirada recorriera el interior decorado del pub. Enormes globos con el número treinta colgaban del techo. Guirnaldas de fiesta adornaban las paredes y había confeti y serpentinas por todas partes.

Con la ayuda de Graham y JoJo, Grace había movido las mesas redondas de madera de tal manera que no solo quedaba una pista de baile lo suficientemente grande, sino que también había espacio de sobra para un bufé con bebidas y aperitivos. —No pensaba que pudiéramos sacar tanto partido a este sitio tan pequeño —bromeó con JoJo, que la miró con una sonrisa de lado.

—No tienes ni idea. Aquí se podría celebrar hasta una boda.

—Pero para eso habría que limpiar un poco más a fondo —dijo la madre de Grace desde el fondo, arrugando la nariz. Ya había traído la bollería en una gran cesta de mimbre, inaugurando así el bufé.

—O simplemente bajamos un poco la luz —respondió JoJo riendo y le dio unas palmaditas en la espalda a Olivia, que se dirigió a Grace negando con la cabeza y sonriendo—. Gracie, volveré más tarde, ¿vale? La doctora Baxter ha dicho que vendrá a última hora de la tarde y quiero estar con tu padre.

Al instante, Grace bajó el paño con el que estaba a punto de limpiar los últimos restos de la mudanza en las mesas. —¿No tenía cita para el análisis de sangre hasta la semana que viene?

—Sí, sí. Eso es cierto. Pero esta mañana no se ha sentido nada bien. Tenía muy mala cara. La doctora se presentó en cuanto la llamé.

—¡Mamá! Tienes que avisarme si papá no está bien. —Miró a su madre con reproche, con las cejas fruncidas por la agitación.

Olivia acarició el hombro de su hija. —No ha sido nada. Solo tenía la tensión un poco alta. —Cogió su bufanda y poco después se echó la chaqueta por encima—. Solo quieren volver a controlársela. Estará bien; si no, no habré estado aquí todo este tiempo. Sabe perfectamente que tiene que llamarme si pasa algo.

—Bueno, si esos acuerdos funcionan de forma tan fiable como los nuestros... —Grace miró a su madre con un suspiro—. Cada vez tengo miedo de que alguno de nosotros llegue a la granja y se lo encuentre tirado en cualquier rincón. Nunca olvidaré aquella imagen. Sus labios azules, los ojos llorosos... —Sacudió la cabeza.

—Cariño, en un caso así, saltaría el marcapasos. Para eso se lo pusieron, después de todo. No te preocupes tanto. —Olivia besó a su hija en la mejilla—. Por cierto, esa es exactamente la razón por la que no te he dicho nada. Ya tienes bastante lío ahora mismo.

—¿Una fiesta comparada con la salud de mi padre? Eso tiene que ser una broma. —Grace se enfurruñó, como solía hacer de pequeña. Una manía que no había abandonado ni a los treinta años.

—Deberías alegrarte si no tienes noticias más. Así sabrás que todo va bien. —Olivia cogió su bolso—. Bueno, y ahora tengo que darme prisa. Nos vemos luego. Disfrutad de los bollos y llama si necesitas algo. —Se abrazaron brevemente y Grace se quedó mirando a su madre hasta que esta salió del pub.

Hacía ya cinco años del infarto de su padre. En aquel entonces, fue ella quien lo encontró en el viejo cobertizo de la granja y llamó inmediatamente a la ambulancia. Por suerte, según resultó. Si aquel día hubiera llegado más tarde, como tantas otras veces, habría sido demasiado tarde para su padre. Aquel pensamiento la había perseguido durante mucho tiempo. Un fallo técnico en el supermercado había hecho que tuvieran que cerrar antes. Solo a esa casualidad le debía la vida de su querido padre. Desde entonces, muchas cosas habían cambiado: para sus padres, para su panadería "Harry's Backwaren", pero también para la vida en la granja y en familia. Las estanterías en las que su padre había estado trabajando hasta su colapso estaban destinadas a la tienda de la granja. A

pesar de su avanzada edad, se había lanzado con entusiasmo a la planificación y a la reforma del cobertizo; quería empezar de cero profesionalmente una vez más. Pero todo aquello había sido en vano. La tienda nunca llegó a abrirse y también tuvo que dejar la panadería.

—¿Grace?

Se sobresaltó al ver el rostro sonriente de Graham. —Oh, perdona. ¡Hola, Graham, y hola, Ellie!

Graham levantó unas bolsas. —La carne para la barbacoa, como pediste.

—JoJo está detrás. Pasa algo con la parrilla, ¿podrías echarle un vistazo juntos? —preguntó ella, apartándose un mechón pelirrojo de la cara con un soplido. Apenas hubo pronunciado las palabras, el simpático granjero ya había desaparecido en la cocina a grandes zancadas.

Ellie se sentó en un taburete de la barra. —¿Puedo echar una mano con algo más?

Grace asintió. —Claro, si quieres. Puedes pasar un paño por las mesas, y yo me encargaré de los vasos y las bebidas. Encontrarás bayetas detrás de la barra.

Ellie se puso a trabajar de inmediato y, cuando Grace se disponía a hacer lo mismo, sonó el móvil en su bolsillo. Se sobresaltó al momento, preocupada por si se trataba de una llamada de su madre, pero el nombre de Phoebe en la pantalla la hizo relajarse al instante.

Se llevó el móvil al oído y salió fuera. —Pheeb, ¿qué pasa?

—¡Código Rojo! ¡Código Rojo! —susurró su amiga de forma casi inaudible.

—¿Qué?

—¡Código Rojo! —repitió Phoebe, esta vez más alto, y en algún lugar de fondo se oyó una puerta cerrarse. Inmediatamente, la voz de su amiga subió de volumen—. ¡Código Rojo significa catástrofe

total, estado de alarma, el peor escenario posible! ¿Es que no ves películas?

Grace sonrió con sorna. —Parece ser que de ese tipo no. ¿Se ha enterado Ivy de todo el asunto?

—Peor.

—¿Qué podría ser peor?

—No hay fiesta. —La voz de Phoebe sonaba inusualmente seria—. Tienes que venir aquí ahora mismo. A casa de Ivy.

—¿Cómo que ahora? —preguntó Grace confundida—. Las bebidas ni siquiera están...

—¿Me estás escuchando, Gracie? No hay nada que celebrar, así que espabila y ven para acá. Te doy dos minutos. —Y la comunicación se cortó. Sobresaltada por la inusual frialdad de su mejor amiga, Grace se quedó mirando la pantalla negra del móvil intentando ordenar sus pensamientos.

Poco después, bajó corriendo la calle y divisó a Phoebe a lo lejos.

—¡Entra, que vas a pillar la muerte de frío!

—Perdona, si hubiera ido a por mi chaqueta habría tardado tres minutos seguro —bromeó Grace, pero su voz no podía ocultar su inseguridad. Phoebe la había arrastrado a una de las pocas casas de nueva construcción de Fallbury, donde Ivy vivía con su marido Alan. Aunque era mucho más moderna que las antiquísimas casas de piedra del pueblo, encajaba muy bien en el paisaje rural gracias a su estilo tipo cabaña y a su gran cantidad de adornos de madera.

Grace estaba en el pasillo oscuro junto a Phoebe y de repente no pudo aguantar más. —¿Vas a contarme de una vez de qué va todo esto?

Phoebe respiró hondo y luego apretó los labios con fuerza.

¿Estaba enfadada? Grace no recordaba haber visto nunca a su amiga seriamente indignada.

—Voy a matar a ese malnacido —siseó Phoebe ahora, respirando de forma agitada.

—¿A Larry? —preguntó Grace con cautela. No sería la primera vez que el lío de cama de Phoebe y Larry Piercen terminaba tan rápido y apasionadamente como había empezado.

—¡A Larry no, tonta! ¡A Alan! Ivy lo ha echado de casa después de encontrar esto.

Phoebe le puso delante de las narices varias hojas de papel con mensajes de texto impresos, que ella leyó por encima a toda velocidad.

—... *fue una noche increíble...*»

—... *qué bonito haberte vuelto a ver por fin, no podía dejar de pensar en ti.*»

—*No veo la hora de poder volver a olerte, sentirte, saborearte y contigo...*»

—¡Puaj! —exclamó Grace, apartándose con asco—. Esto tiene que ser una broma de mal gusto.

—Por desgracia, no. —Phoebe dobló los papeles—. Ni siquiera ha intentado negarlo. Se llama Neela, tiene veinticuatro años y estuvo aquí con su prometido en primavera.

—¡En primavera! —soltó Grace de golpe, abriendo mucho los ojos—. ¿Desde entonces dura esto?

—Sí. Con encuentros regulares en Peterhead, Aberdeen e infinidad de pueblecitos que no conoce ni Dios y donde nadie habría sospechado jamás de él.

Grace se pasó la mano por la cara y exhaló tensa. —Maldita sea. Así que por eso eran todos esos supuestos viajes de negocios.

Phoebe asintió con pesadumbre. —Avisa en el pub, ¿vale? Parece que aquí tenemos otra cosa que hacer.

Grace asintió y luego salió con los hombros caídos para transmitirle la noticia a un JoJo igualmente horrorizado, antes de subir con Phoebe las escaleras hacia el dormitorio de su amiga.

Al llegar arriba, las esperaba el caos absoluto. Ivy ya había empezado a sacar la ropa de su marido del armario, aunque aquello

más bien parecía el acto de un evidente ataque de ira por el que Ivy estaba pasando en ese momento. Tenía el pelo castaño despeinado sobre la frente, las mejillas rojas como el fuego y el sudor le perlaba el labio superior cuando entraron Grace y Phoebe.

—Bien, ya estáis aquí. Ayudadme —gritó Ivy y, en ese mismo instante, lanzó una de las chaquetas de cuero negro de Alan en dirección a Grace. Esta retrocedió por el impacto y tropezó con Phoebe, que a su vez se golpeó contra la mesilla de noche. La lámpara de noche se cayó y la tulipa de cristal estalló en mil pedazos.

—Siempre he odiado esa lámpara —dijo Ivy, mirando sorprendentemente satisfecha el caos ante sus pies.

Grace tiró la chaqueta de cuero en una de las innumerables bolsas de basura esparcidas por el suelo y se acercó a Ivy.

—Cariño —intentó decir y se aclaró la garganta mientras Ivy continuaba impasible lanzando las pertenencias de Alan a su alrededor como una loca—. Oye, vamos, esto puede esperar.

Ivy sacudió la cabeza, haciendo que su pelo castaño volara salvajemente. —No, tengo que deshacerme de esto, Gracie. No puedo respirar aquí dentro, estas cosas tienen que salir, tienen que desaparecer, yo... —Se quedó petrificada mientras la expresión de sus ojos pasaba de la rabia a la tristeza y a la desesperación más absoluta. Dejó caer los brazos al volverse hacia Grace—. ¿Cómo ha podido? ¿Cómo ha podido olvidar todo lo que teníamos? ¿Nuestros planes? ¿Nuestros sueños? Queríamos... queríamos tener un bebé, y ahora... ¿Cómo ha podido, Grace? —Ivy cayó de rodillas y se tapó la cara con las manos. Se encogió sollozando. Grace se puso de rodillas a su lado y rodeó a su amiga con los brazos. Al mismo tiempo, Phoebe se acercó e hizo lo mismo. Las tres permanecieron agachadas en silencio en el suelo rodeadas de bolsas de basura, cristales rotos y montones de ropa, escuchando los desgarradores sollozos de Ivy hasta que en algún momento se hicieron más tenues y finalmente cesaron del todo. Solo entonces se soltaron todas. Grace buscó las palabras adecuadas, quería darle esperanza y

ánimos a su amiga y, al mismo tiempo, sentía que cualquier intento habría parecido incorrecto, por lo que siguió en silencio. Phoebe, por el contrario, no tardó en dar su opinión.

—Divorcio y punto. Sin compromisos. Es un imbécil. Los hombres siempre son unos imbéciles. Nunca he visto que fuera de otra manera.

—¡Pheeb! —siseó Grace, a quien su amiga le parecía claramente demasiado directa en esta situación tan frágil.

—¿Qué? Es la verdad.

—Para ti quizá, pero no siempre hay que tirarlo todo a la basura enseguida. Quizá Ivy quiera luchar —señaló ella.

Ivy sacudió la cabeza con vehemencia y se levantó para dejarse caer poco después en la cama revuelta. —Él no quiere que yo luche —dijo resignada y cerró los ojos.

Grace se sentó a su lado en el borde de la cama. —¿Él no quiere?

—¡Imbécil! —insultó Phoebe simplemente en voz baja.

Ivy se apoyó en los antebrazos y miró a Grace con ojos cansados. —Se ha enamorado, ha dicho. —Rió desesperada y sus ojos se llenaron de nuevas lágrimas—. Que al fin y al cabo eso pasaba en las mejores familias y que él no podía evitarlo.

—¡Bah! ¿Y encima quiere que le tengan lástima por haberte engañado durante meses? ¡Es un auténtico imbécil! —estalló Phoebe resoplando.

—Al parecer estaba esperando el momento adecuado. No quería hacerme daño...

—¿Y entonces encontraste los mensajes y te adelantaste a él? —intentó Grace por las buenas.

—Ella está embarazada de él.

—¿Qué? —soltaron Grace y Phoebe al unísono.

—No entiendo nada. Ayer todavía éramos la pareja ideal por excelencia, ¿y ahora? ¿En qué clase de burbuja he estado viviendo

para no haberme dado cuenta de esto? ¿Cómo he podido ser tan tonta?

Grace puso la mano en el brazo de su amiga. —No es culpa tuya. Confiabas en él. Se ha aprovechado de tu confianza para sus mentiras.

—¿Es posible equivocarse tanto con alguien? —Ivy se incorporó, se llevó las piernas al pecho y las rodeó con los brazos.

Phoebe se había acercado a ellas mientras tanto y asintió con vehemencia. —Definitivamente se puede, sobre todo si ese alguien es un hombre.

—Pheebs, eso no ayuda ahora mismo —susurró Grace. Phoebe puso los ojos en blanco e Ivy, mientras tanto, había vuelto a sollozar en su manga.

Grace miró a su alrededor con aire compungido. Entonces se le ocurrió una idea.

—Creo que lo que necesitas ahora es aire fresco. Tienes que salir de esta casa llena de recuerdos y sueños rotos.

—... ¡y llena de mentiras! —añadió Phoebe, y Grace asintió.

—Pheebs, ¿puedes ir a por tu coche? Mete a Ivy dentro y ¿nos vemos en quince minutos en el pub?

—No... no, no quiero fiestas —suplicó Ivy.

Phoebe arqueó las cejas. —¿Lo sabías?

—Probablemente toda Escocia lo sabía. ¿Os habéis visto alguna vez intentando guardar un secreto? ¡Parecéis delincuentes peligrosos a la fuga! —Entre lágrimas dejó escapar una breve risa, y sus amigas se unieron a ella antes de que Grace tomara la mano de Ivy.

—Nada de fiestas, prometido. Solo voy un momento al pub a recoger una cosa y luego subiremos a los acantilados.

Sin esperar la respuesta de sus amigas, Grace ya se había levantado de un salto y bajaba las escaleras corriendo. Cuando el aire fresco de la tarde la golpeó en el crepúsculo, incluso ella se

sintió realmente liberada de la pesadez de la casa y de lo sucedido en su interior.

Al llegar al pub, puso al tanto a JoJo, Graham y Ellie, que escucharon su relato con compasión y no podían creérselo.

—Parecía un tipo tan majo —dijo Graham negando con la cabeza incrédulo—. Hacer algo así ya es una cosa, pero otra muy distinta es guardárselo para sí mismo durante tanto tiempo. Debería habérselo dicho. ¡Pobrecilla!

Grace asintió. —Esa debía de ser su parte menos maja. —Miró hacia la colección de bebidas que inicialmente estaba destinada a la fiesta—. ¿Te importa si cojo algo de esto, JoJo?

JoJo siguió su mirada y negó con la cabeza. —¿Necesitas vasos? ¿Tazas?

—Vasos de plástico —dijo Grace, y mientras JoJo se los traía, metió una botella de vino y dos botellas de agua en una bolsa. Después se despidió y salió fuera. El coche de Phoebe ya estaba en una de las estrechas plazas de aparcamiento del puerto. Al ver venir a Grace, se bajó y le lanzó las llaves del coche—. Seguro que tú conoces mejor el camino.

Apenas unos minutos después llegaron a Cliffside Road y se detuvieron junto a un prado que bordeaba la carretera. Era la primera vez que Grace decidía llevar a alguien a su lugar favorito de los acantilados. Normalmente disfrutaba de la tranquilidad de allí arriba para ella sola, pero esa noche sintió que era el momento de compartir esa paz con sus amigas. ¿Quién podía necesitarla más en ese momento?

Una tras otra se deslizaron —bien abrigadas con chaquetas, botas y bufandas— por el borde del campo hasta que, bajo el amparo de la oscuridad, alcanzaron el borde escarpado de los acantilados. Debajo de ellas, las olas tormentosas azotaban las rocas, aunque no se veía nada más que negrura.

—Venid, allí hay dos árboles caídos, nos podemos sentar ahí. —Grace guio a Ivy y Phoebe al lugar mencionado y se sentó la primera

sobre un tronco carcomido. Phoebe sacó la botella de vino de la bolsa y les sirvió. Acurrucadas unas contra otras, encontraron refugio contra el viento frío que las envolvía, y el vino combatió el frío interior.

—Así que aquí es donde vienes siempre antes de trabajar —dijo Phoebe al cabo de un rato, después de haber estado mucho tiempo en silencio y de que cada una hubiera escuchado sus propios pensamientos.

—Pheeb, ¿te acuerdas de cuarto de primaria y de Finley Bradmoore?

—¿Te refieres a tu vergonzosa carta de amor que no acabó en manos de Finley, sino que voló directamente a la frente de la profesora? —Phoebe cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás riendo.

—Madre mía —dijo Ivy simplemente y dio un sorbo al vino—. ¿Qué pasó?

—La leyó en voz alta, y Finley Bradmoore, junto con todos sus amigos guays, se desternillaban de risa por el suelo —confesó Grace con una mueca de disgusto en el rostro.

—*He soñado con tus rizos rubios al viento* —citó Phoebe riendo entre dientes una frase de la carta.

—¡Oye! —Riendo, Grace le dio un codazo a su amiga en el costado—. ¿Te has acordado de eso?

—No puedo evitarlo, se me quedó grabado en el cerebro.

—Pues suena tierno —dijo Ivy, que se obligó a sonreír, mientras Phoebe recuperaba el aliento de tanto reírse.

—Lo había oído en una película —se defendió Grace, agradecida por la oscuridad protectora que ocultaba sus mejillas sonrojadas—. Lo que quería decir es: en aquel momento estaba infinitamente furiosa y decepcionada, caminé durante horas por el pueblo, corrí por la playa y en algún momento acabé aquí arriba. Sentía tanta vergüenza, y todavía recuerdo como si fuera ayer que estaba aquí

de pie dando patadas a las piedras hacia el mar. Tan desesperada y herida como solo se puede estar a los diez años.

—No pretenderás comparar eso con la situación de Ivy, ¿verdad, Gracie? —preguntó Phoebe, y la risa se borró de sus labios abruptamente.

—Por supuesto que no. Quería decir que este lugar me ayudó a liberarme de esos sentimientos. Nadie me oía gritar, nadie me veía llorar, nadie podía burlarse de mí ni soltar un comentario estúpido. Me quedé aquí fuera hasta que la presión desapareció de mis hombros y de mi pecho y pude volver a respirar. Y en todos los años siguientes, siempre volvía aquí para simplemente respirar hondo. Para reflexionar un momento, para encontrarme. En el mundo de ahí fuera es muy fácil perderse.

Ivy asintió y dejó que su mirada se perdiera en la distancia. —Entiendo perfectamente a qué te refieres, Gracie.

—Cuando mi padre estaba en el hospital, me pasé una noche entera aquí tumbada en la hierba bajo las estrellas contándolas.

—Podrías haber venido a verme y desahogarte conmigo —dijo Phoebe casi dolida.

Grace negó con la cabeza. —Precisamente de eso se trataba, de no hacer eso. De apañármelas sola. Le entregué mi miedo y mi desesperación al mar. No tengo ni idea de a dónde se los llevó la corriente, pero me ayudó a volver a encontrarme en esa situación excepcional. A pensar con claridad. Y a reunir fuerzas.

Ivy se levantó de repente y dejó su vaso en la hierba. A continuación se agachó, recogió un puñado de piedras pequeñas del suelo y se acercó al borde del acantilado.

—¡Esta es por todas las malditas mentiras, Alan! —gritó y lanzó la primera piedra con tanta fuerza hacia abajo que casi perdió el equilibrio. No dejó que eso la detuviera, retrocedió con un traspié y volvió a prepararse—. ¡Y esta por todos mis sueños rotos por tu culpa! —Volvió a tomar impulso. De nuevo, la piedra desapareció describiendo una gran parábola en la noche.

—¡Esta por mi ingenuidad, por mi credulidad! —La siguiente la siguió—. ¡Y esta por tu sonrisa repugnante, por tu falsedad, por tu falta de escrúpulos! —Sus gritos indignados se transformaron en alaridos en los que se le quebraba la voz. Grace intercambió una mirada con Phoebe. Esta se encogió de hombros, se levantó y buscó también unas cuantas piedras.

—¡Toma! ¡Por Paul, que prefiere a las mujeres con más pecho, pero me decía que alguien como yo también estaba bien para de vez en cuando! —Apenas tomó aire antes de lanzar la siguiente piedra—. ¡Y esta por Liam, que no me dijo hasta el final del verano que tenía mujer e hijos! —Volvió a tomar impulso—. ¡Y este pedazo de piedra es para Larry Piercen, que siempre huye cuando le pregunto si queremos ir en serio!

—¿Le has preguntado eso? —Grace se levantó de un salto, sorprendida—. Yo pensaba...

—Oye, de preguntas curiosas no se ha dicho nada aquí.

Grace se calló y mientras tanto también buscó una piedra. No tenía muchos ex que merecieran el esfuerzo de estar enfadada. Pero al menos tenía a Pete. Se situó junto a sus amigas al borde de los acantilados y tomó impulso. —¡Por Pete! ¡Con el que puedo contactar para una noche —y nada más— con total tranquilidad!

—Pero si a ese no lo querías de todos modos —intervino Phoebe, y Grace frunció el ceño.

—No, pero por eso no tiene por qué parecerme bien que me considere su juguete personal.

Ivy negó con la cabeza, cogió su vaso, se bebió el vino de un trago y les sirvió a todas otra vez. —¡Por la sinceridad!

Grace levantó su vaso. —¡Por la amistad! —dijo y estrechó a Ivy contra ella.

—Por renunciar a los hombres que son una pura pérdida de tiempo —añadió Phoebe, y las tres mujeres hicieron chocar sus vasos en el aire—. Un momento —dijo Phoebe de repente y se detuvo—. No es mala idea.

—¿El qué? —Grace e Ivy se sentaron de nuevo en el tronco.

—Quizá lo que le ha pasado a Ivy es una señal. Quizá deberíamos tomarnos de verdad un descanso de los hombres. Todas nosotras.

Grace se echó a reír. —¿Eso sale precisamente de tu boca? ¿Cuántos números tendría que borrar de tu móvil para asegurar que pudieras cumplirlo siquiera?

—¡Ja! —exclamó Phoebe, sacó su móvil y, efectivamente, borró un número tras otro ante los ojos de sus amigas hasta que Ivy la interrumpió.

—Para, mi drama no tiene por qué ser el vuestro. Divertíos, conoced a alguien, quién sabe, quizá aparezca el adecuado. —Bajó la voz—. Al fin y al cabo, yo también lo pensé una vez.

Grace se mordió el labio inferior y reflexionó un momento. —¿Y por qué no? Las historias de hombres solo cuestan tiempo y nervios. Ninguna de nosotras tiene éxito realmente con ello. ¿Quizá estamos buscando con demasiada ansiedad? Quizá simplemente no es el momento adecuado.

—Sí —añadió Phoebe—. Seguro que no renuncio para siempre, que soy humana y me gusta divertirme. ¿Pero por un periodo de tiempo determinado? Digamos, ¿por un año?

De repente a Grace se le ocurrió una idea. —Lo tengo: en lugar de dramas de hombres, cada una de nosotras podría empezar a poner su vida en orden este año. Todas rondamos los treinta y hablamos constantemente de ciertos sueños, en parte desesperados, en parte rotos. Quizá sea hora de hacer algo al respecto, sin distracciones.

Los ojos de Ivy brillaron con esperanza hacia sus amigas. —¿No lo hacéis solo por mí, verdad?

—No. —Phoebe sonaba de repente muy emocionada—. Finalmente podría ocuparme de la carrera. Si espero a andar con bastón, ya no hará falta que empiece.

—Y yo de lo de la tienda de la granja. Desde el infarto de papá, este tema flota sobre nosotros como una espada de Damocles. O

encuentro una solución o lo dejo de una vez por todas —añadió Grace.

—Y yo necesito una vida nueva, un piso nuevo, un futuro nuevo —dijo Ivy en voz baja—. El divorcio será terrible. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía trece años. Fue el infierno. Yo siempre quise hacerlo mejor. —Grace y Phoebe rodearon cada una con un brazo a su amiga.

—No fue responsabilidad tuya lo que hizo Alan. Pero ya que no tienes otra opción que aceptarlo ahora, también podrías intentar verlo como un nuevo comienzo. Con todos los altibajos que conlleva. —Grace le sonrió a Ivy con confianza.

—Quizá vuelva a Aberdeen; mi hermana ya me ha escrito diciendo que allí están construyendo unos pisos muy bonitos. —Ivy bajó la cabeza.

—¿A Aberdeen? —preguntó Grace horrorizada—. Por favor, no te precipites ahora. Deja que todo esto se asiente primero, busca la calma. Si no, quizá te arrepientas de algo.

—Gracie tiene razón, cielo. Entiendo que ahora mismo lo que más te apetezca sea salir huyendo y gritando, pero siempre te has sentido bien aquí, ¿verdad? Este era tu sueño, la vida en el campo, en la paz y el aislamiento. No dejes que Alan te lo arruine. ¡Al menos eso no! —Phoebe miró alternativamente a Ivy y a Grace. Sus ojos brillaban nerviosos.

—Sí, lo sé. Tenéis razón. Me alegro tanto de teneros. Sois las mejores amigas que se pueden desear —susurró Ivy con voz temblorosa.

—¿Entonces tenemos un trato? —preguntó Phoebe, volvió a llenar los vasos con vino y levantó el suyo al aire—. ¿Por un año sin dramas de hombres?

—Un año sin historias de cama —añadió Grace sonriendo.

—Un año sin penas de amor —dijo Ivy.

Cuando brindaron esta vez, fue con tanta fuerza y entusiasmo que el vino rebosó de los vasos y les manchó la ropa.

El viento se llevó la risa de las mujeres hacia el mar.

Capítulo 3

No pasó mucho tiempo hasta que la noticia de la separación de Ivy y Alan corrió como la pólvora por Fallbury. Prácticamente toda la comunidad se solidarizó con la joven. Tanto durante la pinta nocturna en el pub como en voz baja ante la caja del supermercado, se condenaba el comportamiento de Alan, así como su decisión de abandonar Fallbury y a su mujer por una aventura. El hombre tendría suerte si conseguía recoger sus cosas sin toparse con una turba enfurecida. En fin, puede que no fuera para tanto. Al fin y al cabo, había hecho varios amigos durante esos años. Graham era solo uno de ellos. No obstante, sus amigos tampoco ocultaron su decepción.

A Ivy le sentó bien el apoyo del pueblo. Sobre todo ahora, que no sabía muy bien qué iba a ser de su vida. A mediados de octubre ya se había puesto en contacto con el abogado de divorcios y estaba discutiendo con Alan el reparto de bienes. Si todo salía según lo previsto, para enero ya estarían divorciados. Así de rápido pueden estallar las pompas de jabón.

En una gris mañana de octubre, Grace estaba sentada con su padre, Harry, en la cocina de sus padres. Aunque vivía en el anexo de la casa desde hacía años y disfrutaba mucho de su autonomía e independencia, seguía manteniendo con sus padres días fijos para desayunar o cenar juntos. Se turnaban: unas veces cocinaba Grace en su pequeña cocina y otras era su madre quien lo hacía en la casa principal. Así cada uno tenía su espacio, pero la familia seguía lo bastante unida para ponerse al día y apoyarse mutuamente, especialmente en mañanas como aquella, mientras Grace observaba a su padre leer el periódico. Quizá pecaba de precavida desde que él había sufrido el infarto, pero quería evitar a toda costa que volviera a encontrarse en una situación de indefensión como aquella, y le gustaba vigilarlo mientras su madre trabajaba en la panadería.

—¿Papá? —le preguntó aquel día mientras daba un sorbo a su café caliente.

—¿Sí, pequeña? —Harry McNally tenía los pies en alto y dejó caer el periódico sobre su regazo. La camiseta ajustada y los tirantes se tensaban sobre su vientre redondeado. Su sonrisa era cálida y acogedora, tal y como Grace la recordaba desde niña.

—¿Echas de menos la panadería a veces? —

Harry dobló el periódico y se bajó las gafas hasta la punta de la nariz.

—¿El estrés, los madrugones a mitad de la noche y los turistas frenéticos que, incluso de vacaciones, parece que nunca tienen tiempo? —intentó bromear.

Grace ladeó la cabeza. —Pero si vivías para eso —dijo ella con complicidad—. Y Harry asintió suavemente.

—Entonces ya tienes tu respuesta.

—Solo me preguntaba si te decepciona que ya no sea propiedad de la familia. Es decir, tus abuelos la fundaron, el abuelo y la abuela la continuaron, luego tú, ¿y ahora?

Harry dio unas palmaditas en la mano de su hija. —Ahora la continúa otra familia. Y no nos hemos deshecho de ella por completo; tu madre aún trabaja allí unas horas y echa un vistazo entre bastidores de vez en cuando. Ya conocemos a nuestra Olivia: si algo no marcha bien, dará un golpe sobre la mesa —rió por lo bajo. Grace lo había oído reír con más ganas e intensidad en otras ocasiones—. Te preocupas demasiado, pequeña. Todo tiene su motivo y su momento.

Ella asintió y envolvió los fríos dedos de su padre con su mano. Últimamente se le veía mucho más pálido y dormía más a menudo. A veces, cuando él no se sentía observado, ella notaba lo agotadora que le resultaba cualquier actividad física, por mínima que fuera. Pasaba la mayor parte del tiempo sentado en su sillón del salón, cuya tela ya estaba totalmente desgastada. Desde allí miraba por la ventana y observaba el ajetreo de las calles de Fallbury. Él mismo

salía muy poco. Si quería bajar al pueblo, luego tenía que volver a subir hasta la granja. Solo con eso su cuerpo ya protestaba. El infarto lo había dejado completamente debilitado y, a estas alturas, sabían que eso ya no cambiaría jamás. Pero el padre de Grace apenas dejaba traslucir sus preocupaciones. Las despachaba con una sonrisa, leía muchísimo, escuchaba la radio y escribía historias. Cuentos fantásticos sobre troles y hadas que salían de bosques encantados y colmaban a la humanidad de pequeños milagros. Harry McNally era un gran narrador. Ya de niña, a Grace le encantaba escuchar sus palabras. Durante horas y sin descanso. Desde que no trabajaba, tenía tiempo suficiente para refugiarse en sus mundos de fantasía. Esa era una de las pocas cosas que realmente le hacían florecer. Así que, de algún modo, era cierto: todo tiene su motivo y su momento.

—¿Podrías hacerme un favor? —preguntó Harry entonces.

—Claro, ¿qué ocurre? —Grace llevó su taza de café y el plato al fregadero mientras su padre se incorporaba soltando un gemido. Apoyándose en la pared, se dirigió al salón y regresó poco después con una receta.

—Se me están acabando los betabloqueantes. La doctora Baxter me los ha vuelto a pedir, no sé cómo lo hace pero los consigue más baratos que las amables señoras de la farmacia. No me preguntes, que lo entienda quien quiera. ¿Podrías recogérmelos después del trabajo? Así no tengo que volver a mandar a tu madre cuando venga luego.

Grace tomó el papel y le dio un beso a su padre en la mejilla pálida. —Desde luego. Esta noche los tendrás aquí.

Aquel día el supermercado estaba a rebosar. Como su compañero se había puesto enfermo a última hora, Grace iba de un lado a otro entre la caja y el almacén, sin saber casi dónde tenía la cabeza. Dos horas después de que terminara oficialmente su turno, seguía sentada en la caja cuando Ellie apareció frente a ella.

—Vaya día movidito tenéis hoy —dijo esta mientras Grace se esforzaba por pasar los alimentos por la cinta.

—Sí, ya te digo. La cola llega hasta los estantes de los dulces. Por desgracia Arthur está enfermo y no puedo abrir una segunda caja.

Ellie empezó a meter sus cosas en el carrito. —¿Y esta noche estarás otra vez en el pub?

Grace negó con la cabeza. —Hoy no. Menos mal. Me quedaría dormida colgada del grifo de cerveza. —Grace se rio y, de repente, Ellie se llevó las manos a la cabeza—. ¡Oh, no! He olvidado el té para la tía Rose. Menuda pata he metido. —Miró el reloj con nerviosismo—. Y en diez minutos tengo que estar arriba en la casa. Nos llega un nuevo huésped.

—¿El de la empresa Highland Tea?

Ellie asintió.

—No lo has olvidado, es que no estaba en el estante. Tenemos un pedido en el almacén, pero aún no he tenido tiempo de desempacarlo. Lo siento. —Grace le lanzó una mirada de disculpa a Ellie. Esta le restó importancia con un gesto.

—Ahora ya es tarde de todos modos. No pasa nada, de verdad. Aguantará una mañana sin té.

—¿Rosemary Bell? —preguntó Grace con una sonrisa burlona, sabiendo perfectamente que Rosemary podía estar de muy mal humor incluso con su adorado té matutino. Ellie se encogió de hombros sonriendo y buscó su monedero.

—Luego voy a salir a dar una vuelta en bici. Si quieres, os lo llevo yo.

—Si no te supone mucha molestia... —dijo Ellie agradecida y dejó paso al siguiente.

—¡Ninguna molestia, hasta luego, Ellie! Buenos días, Miss Palmer, hoy los *scones* están de oferta, ya sabía yo que nos veríamos. ¿Cómo se encuentra hoy? —saludó Grace a la siguiente cliente casi sin tomar aliento, y siguió atendiendo la larga cola de clientes.

Cuando por fin terminó su jornada laboral, pudo dirigirse a la consulta de la doctora Baxter. Con el té para Rosemary Bell en la cesta, Grace subió en bicicleta por Harbour Street. El sol se había puesto hacía tiempo y a lo lejos colgaban pesadas nubes grises entre las cimas de las colinas de Fallbury. A Grace le gustaba esa estampa melancólica, aunque el aire gélido y las frías gotas de lluvia dificultaran su camino.

La doctora Baxter —médica de Fallbury y al mismo tiempo el corazón y el alma del pueblo— ya le había preparado la medicación para el padre de Grace. —Por cierto, ¿cómo está el bueno de Harry? Había pensado en subirle un poco la dosis —le preguntó a Grace antes de que esta pudiera marcharse a Rose Cottage. Grace se quedó en el umbral de la puerta—. Yo diría que no ha empeorado considerablemente, pero dista mucho de mejorar. Ahora está pálido muy a menudo y le falta mucho el aire.

La doctora Baxter, que debido a su estatura baja y compacta solo le llegaba a Grace por el pecho, asintió con conocimiento de causa. —Su presión arterial me preocupa. Vuelve a hablar con él para que se compre de una vez un aparatito y pueda medirse la tensión regularmente en casa. Olivia está muy preocupada, me llama constantemente. Por supuesto que me paso por allí encantada, Grace, no me malinterpretes. Pero también tengo otros pacientes y...

Grace sonrió con comprensión. —Por supuesto. Es que se lleva fatal con la tecnología, pero ya haré que lo use. Seguro. Gracias por las pastillas. Me tengo que ir ya, que tengo que llevar té a Rose Cottage.

—¿Para la buena de Rosemary? —preguntó la doctora Baxter con una sonrisa pícar—. Entonces date prisa.

—Lo haré. ¡Que tenga una buena noche!

La llovizna que caía de los pesados jirones de nubes se había transformado en un aguanieve ligero cuando Grace salió de la consulta. Los primeros heraldos del invierno que se aproximaba. Mañana el tiempo en la costa escocesa podría ser totalmente distinto. Probablemente volverían a asomar cálidos rayos de sol

sobre el paisaje costero, bañando las exuberantes colinas con una luz acogedora. Pero, por el momento, la sensación era claramente de que el verano se había saltado el otoño y le estuviera dando la mano directamente al invierno.

Grace se puso la capucha tapándose bien la cara y pedaleó Harbour Street arriba hasta que pasó el cartel del pueblo y tomó la carretera comarcal en dirección a Rose Cottage. Allí arriba, sin la protección de las callejuelas estrechas y las casas apiñadas, el viento soplaba con tanta fuerza que tuvo que dejarse la piel en los pedales para poder avanzar. Un cuarto de hora después, y completamente empapada, dejó la bicicleta frente a la casita y atravesó el jardín descuidado. A través de la pequeña ventana de la puerta principal, vio a Ellie de pie junto a los fogones.

—¡Oh, no! Has tenido que subir hasta aquí con este tiempo. De verdad que podría haber esperado hasta mañana —dijo Ellie sobresaltada. Grace entró en el acogedor Bed & Breakfast y se sacudió tiritando de frío. De su mochila sacó el té prometido.

—¡Tía Rose, Grace ha traído el té! —gritó Ellie hacia el fondo de la casa, y el crujido de la tarima anunció los pasos de la anciana mientras arrastraba los pies desde su habitación hacia la cocina para reunirse con ellas. Aunque se movía despacio y su postura encorvada no ocultaba su edad, el tono de piel de la vieja Rose, antes tan pálido, se veía mucho más fresco y rosado desde el regreso de Ellie.

—Muchas gracias, Grace. Es muy amable por su parte. Espere un momento. —La anciana Rosemary incluso le dedicó una sonrisa antes de abrir la puerta de un armario y desaparecer tras ella. Poco después, le entregó a Grace un tarro de cristal. —Tome, un tarro de jalea de manzana del verano pasado para usted.

—Qué amable por su parte, gracias. —Grace se lo guardó.

—¿Cómo está Harry? —se interesó Rosemary con una curiosidad poco habitual en ella.

—Dadas las circunstancias, está bien. Ya no termina de recuperarse del todo, pero está con nosotros y disfruta de sus días. Así que estamos agradecidos.

Rosemary asintió y le dio una palmadita en el brazo a Grace con gesto maternal. También ella parecía frágil aquel día. Al ir a agarrarse al respaldo de una silla de la cocina, falló el tiro y perdió el equilibrio.

Ellie y Grace corrieron a su lado. —Cuidado, tía Rose.

—La gota, hija mía —le dijo Rosemary con cariño a Ellie, que la ayudaba a sentarse.

Grace no quiso molestar más a las dos, sobre todo porque en las ollas de Ellie sobre el fuego ya se oía un borboteo sospechoso.

—Mejor me pongo en camino antes de que oscurezca del todo. Que le vaya bien, Rosemary.

La menuda anciana se despidió con la mano de Grace, quien también se despidió de Ellie con un abrazo y, poco después, bajó los pocos escalones de la casita hacia el jardín.

Era hermoso aquí arriba. Solitario, pero tranquilo. A lo lejos centelleaban algunas luces de Fallbury y, desde la granja Flynt de enfrente, Grace oía las manadas de ganado, cuyos sonidos familiares la acompañaron hasta el final de la calle. En el camino de vuelta tenía el viento a favor y pudo dejarse llevar calle abajo. En realidad, ya se había hecho de noche y la débil luz de su bicicleta apenas ayudaba a iluminar el camino lo suficiente. Sin embargo, no tenía que preocuparse por el tráfico. Casi nadie se perdía por Fallbury en esta época del año.

Cuando el cartel del pueblo apareció a lo lejos, Grace apenas sentía las yemas de los dedos. Se aferraba con fuerza al manillar de la bicicleta bajo el viento gélido cuando, justo en el desvío hacia Fallbury, de repente se vio cegada por una luz intensa y la bicicleta empezó a zigzaguear bruscamente.

Grace intentó mantener el manillar recto con pánico, pero las ruedas se salieron de la carretera y rodaron por el borde irregular de

la calzada. El timbre de la bicicleta de Grace no dejaba de sonar mientras ella accionaba el freno chirriante con los dedos entumecidos. Pero era demasiado tarde. Sobre la hierba húmeda, los neumáticos perdieron el agarre, patinaron de lado y Grace no tuvo oportunidad de sujetarse. Mientras la bicicleta se deslizaba ante el coche, ella voló sobre el manillar y aterrizó en la hierba con el rostro contraído por el dolor.

—¡Maldita sea! —maldijo, observando sus palmas raspadas mientras la puerta de un coche se abría de golpe al fondo.

—¡Cielo santo! ¿Se ha hecho daño?

Grace levantó un brazo para protegerse de la luz todavía cegadora de los faros del coche. Una silueta oscura se dirigía directamente hacia ella. Solo cuando esta cubrió por completo el haz de luz y se puso en cuclillas a su lado, reconoció a un hombre joven, cuya frente estaba surcada por innumerables arrugas de preocupación.

—¿Puede moverse? ¿Le duele algo?

Grace cerró los ojos, muerta de vergüenza. —No, no es nada.

El hombre le tendió la mano. —La ayudo a levantarse.

—Oh, no hace falta... ¡ay, maldita sea! Creo que me he lesionado el tobillo.

Grace se subió la pernera del pantalón e instintivamente sintió un mareo. Apartó la vista.

—¿Me deja ver? —preguntó el hombre, que ahora se movía fuera de la luz de los faros, pasaba al otro lado y, de repente, se quedó justo en medio del haz de luz. Solo ahora pudo ver a quién tenía realmente ante ella. No es que lo hubiera visto nunca antes en Fallbury. De haber sido así, se acordaría sin duda. Tenía los ojos castaños más cálidos en los que ella se hubiera fijado jamás. Su sonrisa era dulce y suave. Y las arrugas de preocupación de su frente desaparecían bajo su alborotado cabello negro, que apuntaba en todas direcciones. Examinó su tobillo con cuidado. —No se preocupe, es solo una herida superficial, no hace falta darle puntos.

Venga. —La ayudó a levantarse y la guio hasta el lado del conductor de su coche.

—No pretenderá secuestrarme ahora, ¿verdad? Estoy herida. No sería justo —bromeó Grace, y el guapo desconocido soltó una carcajada.

—No me dé ideas raras.

La sonrisa en el rostro de Grace se desvaneció y el hombre rió aún más fuerte. —Es broma. —Fue al maletero, hurgó un poco allí y regresó con un pequeño frasco de desinfectante y un paquete de tiritas. De nuevo se puso en cuclillas frente a Grace y apoyó el tobillo de ella sobre su pierna. Limpió con cuidado el rasguño profundo. Cuando ella intentó levantarse después, lo logró mucho mejor.

—Parece que tiene manos de santo. —Grace se apartó el pelo largo y mojado de la cara. El joven sonrió.

—Más bien creo que se le ha pasado el susto. Pero lo de las manos de santo también me gusta. —Poco después, le tendió la mano. —Soy Noah.

—Grace. —Lo miró con fijeza. —¿Y qué le trae por aquí a oscuras?

—Soy un forastero que salta a la vista enseguida, ¿verdad? —Muequeó con una sonrisa pícaro.

—Al menos no conozco a nadie en Fallbury que tenga los faros del coche tan mal ajustados. Casi me deja ciega.

Noah se rascó la frente. —Sí, lo siento, tiene toda la razón. Estaba buscando...

—... ¿un taller mecánico? —completó Grace con una sonrisa, y Noah se unió a ella aliviado.

—Esa ha sido buena. Pero en realidad buscaba la consulta de la doctora Erin Baxter.

Grace frunció el ceño. —¿A estas horas? Ya no habrá nadie allí.

—No. Pero no importa. Volveré mañana.

—¿Tiene papel y bolígrafo en ese trasto? —preguntó Grace, y Noah sacó ambas cosas de la guantera.

En un abrir y cerrar de ojos, anotó el número de teléfono fijo de la doctora en el papel. Desde el infarto de su padre, conocía de memoria tanto el número de móvil como el fijo y podría habérselos recitado dormida.

Los ojos oscuros de Noah brillaron cuando ella le devolvió el papel. —¿Es este... su número? —preguntó, visiblemente desconcertado.

Grace negó con la cabeza entre risas. —No, no. Es el número privado de la doctora Baxter. Si es urgente, seguro que puede localizarla ahí fuera del horario de consulta. Pero no le diga que se lo he dado yo.

—Qué pena —se le escapó a Noah, y enseguida se aclaró la garganta mientras sus mejillas se ponían rojas. —Quiero decir, muchas gracias.

Con una sonrisa tímida, Grace bajó la mirada. Apenas podía sentir ya el frío gélido. En su lugar, le ardía la cara.

Cuando un coche subió la colina por detrás del vehículo de Noah, Grace señaló en esa dirección. —Debería dejar la carretera libre.

—¡Oh, claro! —Agitó brevemente el papelito en el aire. —Y gracias por esto.

—No hay de qué.

Grace fue hacia su bicicleta. Por suerte, no había sufrido daños en la caída.

—¡Oye, Grace! —gritó el desconocido por la ventanilla abierta del conductor. Ella se dio la vuelta.

—¿Sí?

—Que se mejore de ese tobillo. Para cuando se case, ya estará curado. —Noah le guiñó un ojo antes de cerrar la ventanilla y girar por Cliffside Road. Grace se quedó mirándolo hasta que sus luces traseras desaparecieron en la oscuridad.

La sonrisa persistente le quemaba en las mejillas.

Capítulo 4

NOAH...

A Grace no se le iba el nombre de la cabeza, y mucho menos sus ojos oscuros, con los que la había mirado de forma tan cálida y abierta.

Rara vez se perdían extraños por Fallbury, sobre todo fuera de temporada. Así que, si alguna vez aparecía alguien, era fácil que se le quedara grabado. Y si encima era alguien como ese tal Noah...

Grace suspiró y se subió el fino cuello de su capa de vampiro. Como si aquello fuera a protegerla lo más mínimo del gélido viento costero. Incluso para finales de octubre, hacía un frío que pelaba.

—¿En qué estás pensando todo el rato? —preguntó Phoebe, dándole un buen mordisco a una de sus galletas de avena caseras. Un sinfín de migas cayeron sobre su escueto disfraz de enfermera, ese que se empeñaba en ponerse cada Halloween.

Desde que habían hecho el pacto con Ivy de renunciar a los líos de tíos durante un año, Phoebe había empezado a llenar su recién estrenado tiempo libre con solitarias tardes de repostería. De ahí salían las creaciones más extrañas. Bolitas de queso con mermelada salada o incluso *scones* con una crema inclasificable de filete de arenque y virutas de chocolate eran solo algunos ejemplos. En cambio, las galletas de avena que Phoebe se metía en la boca esa noche parecían sospechosamente inofensivas. Aun así, Grace se mantuvo precavida y rechazó educadamente cada oferta de galleta.

—¿Estás segura de que Ivy vendrá? —desvió la conversación de sus sueños secretos hacia su amiga común, que ya llevaba quince minutos de retraso.

—Eso espero. No recuerdo la última vez que no fuimos a las ruinas en Halloween. Debe de hacer años.

Probablemente, la estampa de las dos mujeres sería bastante graciosa para cualquier extraño. En el propio Fallbury nunca se había celebrado una fiesta de Halloween como Dios manda. Los habitantes del pueblo se aferraban a sus viejas tradiciones y no les entusiasmaban ciertas festividades. Mientras que por la época de Halloween se encontraban faroles de nabo en casi todas las puertas del pueblecito escocés, uno buscaba en vano calabazas iluminadas. Los escoceses más arraigados, sobre todo, no querían adoptar esa costumbre americana y se resistían con uñas y dientes a todas esas moderneces, como ellos las llamaban. Aun así, dejaban que los niños se divirtieran con sus disfraces de fantasmas y monstruos. Cuando los graciosos personajes con sus caras pintadas de blanco deambulaban por Fallbury la noche del 31 de octubre, no quedaba ni una puerta cerrada. Todo el mundo tenía preparado un cuenco de dulces y escuchaba con alegría los poemas recitados y las canciones tímidamente entonadas por los pequeños antes de que estos pudieran servirse de las chucherías. Grace apreciaba mucho la franqueza de sus compatriotas escoceses. Tenían sus principios, pero no se aferraban a ellos de forma tan rígida como para quedar ciegos ante lo que sucedía a su alrededor.

Solo que una fiesta —con música alta, gente cantando, bailando y adultos gritando que, además, mirarían demasiado al fondo de sus pintas— no contaba con mucha simpatía. Algo así quizá era posible en la ciudad, pero no en un rústico pueblo de pescadores que con la puesta de sol caía en un profundo sueño nocturno y no emitía ni un sonido antes del amanecer. A excepción de las fiestas tradicionales anuales del pueblo, pero eso era harina de otro costal.

Otra media hora más tarde, las galletas de Phoebe se habían terminado y Grace ya sentía cómo el frío le recorría el cuerpo y le producía un cosquilleo en la nariz, presagio de un buen resfriado.

—Como no venga ahora mismo, voy a... —empezó tiritando y se calló de golpe al ver a Ivy dirigiéndose hacia el puerto. Vestida con unos vaqueros informales, una bufanda gruesa y una chaqueta de invierno, se acercó a sus amigas.

—¡Oye! —exclamó Phoebe indignada al instante—. ¿Dónde está tu tradicional disfraz de payaso?

Ivy se encogió de hombros a modo de disculpa y hundió la cara en su cálida bufanda. —No me apetecía mucho disfrazarme. Alan todavía estaba allí y teníamos que hablar de unas cosas. Por lo de la casa, ya sabéis.

—Habíamos quedado en que haríamos el ridículo todas juntas. Ni dos de nosotras ni una sola. Las tres —protestó Phoebe malhumorada.

Grace apretó los labios para contener la risa mientras su mirada recorría los tacones rojos de aguja de Phoebe, las medias de rejilla blancas y el corto disfraz de enfermera. Apenas le llegaba a la mitad del muslo, mientras que el escote bajaba hasta el ombligo. La piel de gallina era más que evidente. Ni siquiera el abrigo de invierno que Phoebe se había echado sobre los hombros servía de mucho.

—Ya lo sé, chicas. El año que viene otra vez, ¿vale? —Ivy miró a Grace buscando ayuda, y ella asintió con comprensión.

—Este año todo es un poco diferente. No pasa nada. —Grace se levantó y caminó por el viejo pantalán de madera. A sus espaldas, oía cómo Phoebe seguía discutiendo con Ivy. Podían ser testarudas, las tres juntas y cada una por su lado.

—Parad ya, que si no lo vais a estropear —les gritó a sus amigas mientras soltaba el viejo bote de remos de su padre de su amarre y saltaba dentro. Cuando Phoebe e Ivy hicieron lo mismo, enterraron las discusiones, al menos de momento.

Habían pasado casi dos meses desde que Ivy se había separado de Alan. Aun así, apenas había otro tema de conversación entre las amigas, y a veces a Phoebe se le hacía demasiado. Ella era la última que dejaría tirada a su amiga o que le daría largas si esta la necesitaba. Pero también era una persona alegre por naturaleza, siempre dispuesta a mirar hacia delante, a buscar lo positivo en lo negativo y a no dejarse caer en los momentos oscuros de la vida ni a detenerse en ellos. Ivy era diferente. Era más reservada que Grace

y Phoebe, no exactamente tímida, pero sí más silenciosa. Una persona bondadosa y cálida que siempre tenía una sonrisa para los demás por si estos acababan de perder la suya. Y, sin embargo, gran parte de Ivy vivía en un mundo de pensamientos y sentimientos que no compartía con nadie más. Solo muy de vez en cuando dejaba entrever sus esperanzas y sueños, y aún menos sus miedos e inseguridades, aunque Grace sabía que Ivy tenía unos cuantos. El asunto con Alan y el inminente divorcio no había mejorado precisamente las cosas. Algún día volvería a ser capaz de mirar hacia delante, de eso estaba segura. Pero necesitaba tiempo, y Phoebe, que probablemente no sabía gestionar bien su propia impotencia ante la situación de Ivy, quería volver a la normalidad lo antes posible. Phoebe era —a pesar de su desparpajo— la primera en llorar con las películas románticas y la última que dejaría de acompañar a una buena amiga a casa por calles oscuras para que llegara segura. El sufrimiento de Ivy la desbordaba, y Phoebe gestionaba los cambios igual de mal que cualquiera de ellas, solo que lo demostraba a su manera.

Afortunadamente, las desavenencias entre las tres amigas se enterraban tan rápido como surgían. También la falta de disfraz de Ivy se olvidó pronto esa noche, mientras navegaban hacia su destino sobre unas aguas casi fantasmalmente tranquilas. En realidad, el mar en la costa de Fallbury siempre estaba bravo y agitado, pero esa noche parecía tan calmado como si en cualquier momento fueran a emerger espíritus de Halloween del agua.

Como Grace remaba, Phoebe iluminaba la zona de la orilla con su linterna hasta que, tras un breve trayecto en bote, llegaron a su destino: una pequeña cala situada lejos de Fallbury, en mitad de ninguna parte, desde la cual un sendero subía por la colina hasta una vieja ruina.

Cada año por Halloween, Grace venía aquí con sus amigas, después de haber descubierto aquel lugar misterioso cuando tenía unos diez años en una excursión en bote con su padre. Durante su adolescencia, la vieja ruina, que ya solo consistía en unos restos de muros y una hoguera hecha por ellas mismas, se había convertido

en el escondite secreto de Grace y Phoebe. Eso no había cambiado mucho con el paso de los años, excepto que Ivy se les había unido en algún momento.

Hasta el día de hoy, Grace no sabía si la ruina pertenecía realmente a un antiguo castillo o si simplemente eran los restos de una vieja casa de piedra en los acantilados. Para Halloween, con sus secretos y el ritual anual, ofrecía de todos modos el escenario perfecto.

Pero primero tenían que llegar arriba. Mientras Ivy avanzaba con su calzado seguro, Phoebe se quedaba atascada una y otra vez entre las raíces con sus tacones rojos de aguja, y Grace luchaba contra el viento creciente con la capa de vampiro que no dejaba de volarle a la cara.

—Creo que nos estamos haciendo viejas para estas mierdas —se quejó Phoebe gimiendo mientras cogía la mano de Ivy, que tiraba de ella hacia arriba, y encima se torcía el tobillo en el último metro.

—Pues con zapatillas de deporte se sube bastante bien —bromeó Ivy con su amiga, y Phoebe soltó el aire indignada.

—La vida ya es bastante seria como para que no pueda hacer el tonto con un disfraz ridículo una vez al año, ¿o no?

—Entonces no te quejes si se te rompen las medias de rejilla. — Ivy soltó una risita, lo que a su vez le dio a Grace una cálida sensación de bienestar. Aunque la risa de su amiga se desvaneciera rápido, al menos se atrevía a salir a la superficie de vez en cuando. Phoebe también pareció darse cuenta y se ahorró cualquier otro comentario.

Con esfuerzo, Grace consiguió subir por su cuenta y se dejó caer en la hierba junto a Phoebe, jadeando. —¿Todo bien?

—Si me he roto el pie, demando al fabricante de zapatos —susurró ella.

—Sí, claro. Porque seguro que en la letra pequeña ponía que estos tacones de fulana son perfectos para caminatas nocturnas por terrenos de acantilados escarpados —dijo Ivy, que por supuesto

había oído las palabras de Phoebe a pesar de los susurros. Ayudó a su amiga a levantarse.

Grace se miró el tobillo. La curación de su pequeña herida del accidente de bicicleta, profetizada por el misterioso Noah, ya estaba muy avanzada. Solo una pequeña costra dejaba entrever lo que había pasado aquella noche hace algo más de una semana.

Noah.

Ahí estaba otra vez. Ese nombre que se le había grabado en la memoria al igual que su mirada profunda y su sonrisa pícara. Lo había visto dos veces más en Fallbury después de aquello, pero no estaba segura de si él se había fijado en ella o si siquiera la había reconocido. Una vez estaba él en la cola del supermercado justo cuando ella le daba el relevo a su compañera, y por primera vez en su vida había maldecido el hecho de salir antes de trabajar. Otra vez lo vio justo doblando una esquina mientras ella volvía a casa del pub. Si no se equivocaba del todo, caminaba junto a Graham. Así que era muy posible que ambos se conocieran. ¿Un misterioso viejo amigo? ¿Un pariente? Grace podría haberle preguntado simplemente a Graham. Por otro lado, eso le hacía sentir como si fuera una acosadora que perseguía desesperadamente a un extraño solo porque le había hecho ojitos durante unos segundos.

Ojitos... Sí, la verdad es que tenía unos ojos preciosos.

—Grace, ¿vienes o qué? —Las palabras de Ivy la devolvieron al presente.

—¡Ya voy! —gritó y se puso en pie.

Pasó una buena hora hasta que las mujeres encendieron la hoguera anual de Halloween en medio de los viejos muros en ruinas. Grace ya había preparado el lugar para el fuego hacía años con su padre, y con Phoebe lo había cuidado y mantenido en el tiempo posterior. Ahora, la hoguera ardiente se había convertido en una auténtica tradición. Las llamas subían místicas y chisporroteantes mientras Grace, Phoebe e Ivy se situaban alrededor y se calentaban

las manos con el resplandor del fuego. En las copas de los árboles del bosque colindante bailaban sombras misteriosas.

—Este año —ya que hemos tomado distancia de cualquier drama con hombres— nuestro oráculo de las nueces va a ser un poco diferente —dijo Phoebe ahora, sacando una bolsa con castañas del bolsillo de su abrigo. Les tendió una a cada una. —Veamos qué dicen las castañas sobre nuestros nuevos planes para el año, ¿vale? Empiezo yo.

Como hacían siempre, Phoebe envolvió una castaña con las manos como si estuviera rezando, se la llevó a la boca y cerró los ojos un momento. Ese instante de pausa servía para fomentar la concentración en la pregunta al oráculo. A continuación, Phoebe dijo en voz alta: —Querido oráculo, ¿conseguiré estar matriculada en la carrera de Turismo para el otoño del año que viene?

Grace observó cómo Phoebe dejaba rodar la castaña desde la palma de su mano directamente al fuego. Con curiosidad, las tres se acercaron y observaron lo que ocurría. Con un siseo, la castaña fue envuelta por las calientes llamas y empezó a soltar vapor al instante.

Grace se echó a reír. —Vaya, parece que tu buen propósito con los hombres no va a durar mucho. Parece que el año que viene estarás demasiado ocupada como para tu propósito de estudios.

—¿A lo mejor debería haber formulado la pregunta de otra manera? —dijo Phoebe frunciendo el ceño—. Si el oráculo sabe que el nuevo año va a ser difícil para mí con la abstinencia de hombres, podría haberle preguntado si conseguiré matricularme antes de que acabe este año. —Sus ojos se iluminaron—. ¡Voy a probar otra vez, esperad!

—¡Oye, ni hablar! —dijo Ivy, quitándole la siguiente castaña de la mano a Phoebe—. Una consulta al oráculo por persona. Me toca.

Phoebe puso los ojos en blanco. —Pero nada de preguntas sobre tíos. Un trato es un trato.

Ivy sacudió la cabeza con fastidio. Parecía que el hacha de guerra del puerto aún no se había enterrado del todo.

Ivy realizó el breve ritual de concentración y luego se acercó al fuego. —Querido oráculo —empezó—. ¿Me darán el visto bueno para el ático de Aberdeen?

Grace intercambió una mirada de incertidumbre con Phoebe. ¿Así que al final sí? ¿Un piso? ¿En Aberdeen? ¡Ella no sabía nada de eso! ¿No habían conseguido quitárselo de la cabeza a su amiga en el último segundo? ¿Allí arriba, en los acantilados? Pero antes de que Grace pudiera darle vueltas al asunto, Ivy ya había lanzado la castaña al fuego. Con curiosidad, las amigas se apiñaron una al lado de la otra y observaron cómo se quemaba sin vapor y sin ruido, hasta que solo quedó una fina ceniza.

—¡Me lo dan! —Ivy aplaudió emocionada.

—Espera un momento... ¿de verdad has solicitado uno de esos pisos de obra nueva? —preguntó Grace, sintiendo cómo se estremecía al instante a pesar de las calientes llamas.

—Lo sé, lo sé... dijisteis que no debía precipitarme. ¡Y no lo he hecho! Pero descubrí un piso precioso en Internet. Ventanales de suelo a techo. Terraza. Cerca del centro, pero no demasiado, para que también haya algo de verde alrededor. Sería un cambio de aires.

—¿Y te has apuntado así sin más, sin volver a hablarlo con nosotras? —preguntó Phoebe visiblemente sin aliento, e Ivy asintió.

—Ya, pero el piso aún no está ni terminado y, que yo sepa, hay varios interesados. Así que todavía no merece la pena ni mencionarlo.

—Bueno. Al menos parece ser un tema tan actual que estás consultando al oráculo de las castañas —apuntó Grace.

—Ya veremos, ¿vale? Te toca, Gracie.

De repente, a Grace se le habían quitado por completo las ganas de consultar al oráculo. Si Ivy se marchaba de Fallbury, significaría que su amistad se vería puesta a prueba. Claro, hoy en día existían los móviles e internet, y en pocas horas de coche ella podría estar en Aberdeen o Ivy de vuelta en Fallbury. Pero se acabarían las noches de cine espontáneas, los paseos nocturnos por las calles

dormidas para compartir secretos que nadie más debía oír, e incluso rituales como el de Halloween pasarían a ser cosa del pasado, a menos que Ivy siempre pudiera pedirse el día libre y venir. Todo cambiaría. Grace suspiró mientras rodeaba la castaña con los dedos y cerraba los ojos. Se concentró en su deseo para el año venidero, aunque ni siquiera lo había formulado bien todavía. En rigor, este año solo quería averiguar si debía seguir aferrada a su sueño de la tienda de la granja o si era mejor mandarlo a paseo de una vez por todas. En este último caso, tendría que acabar de una vez por todas con los sueños secretos sobre la venta directa y con la consiguiente melancolía.

Grace volvió a abrir los ojos y se acercó al fuego.

—Querido oráculo de las castañas, ¿habré tomado antes del próximo otoño una decisión definitiva sobre la tienda de la granja McNally que ya no tenga vuelta atrás?

Abrió la mano, observó cómo la castaña rodaba hacia el fuego y aguzó el oído en la noche. Ni un siseo. Ni un chasquido. Por lo tanto, habría una decisión.

—Vaya, parece que vuelvo a ser la única con castañas rebeldes. —Phoebe arqueó una ceja—. Podríamos fingir que mi consulta al oráculo nunca ocurrió, y entonces...

—No, al oráculo no se le engaña —dijo Ivy riendo. Tenían esa regla de hierro: cada una podía hacer una única pregunta. Hasta ahora ninguna la había roto, y así debía seguir siendo.

Mientras Phoebe seguía intentando convencer a Ivy de la necesidad de un nuevo intento, Grace añadió leña, lo que hizo que las llamas volvieran a avivarse. Después se dejó caer junto a Ivy y Phoebe sobre los muros en ruinas.

—Sé que tenemos ese pacto sobre los hombres, pero supongo que al menos podremos hablar de ello, ¿no? —preguntó Phoebe, aunque no esperó respuesta—. ¿Habéis visto al nuevo bombón?

Grace aguzó el oído. —¿A quién te refieres?

—Ni idea de cómo se llama. Rizos oscuros, ojos oscuros. Figura atlética. Sonrisa dulce. ¿No me digáis que aún no os habéis fijado en él?

Ivy sacudió la cabeza. —No sé de quién hablas.

—A ti se te perdona, pero tú, Gracie, seguro que lo has visto. ¿Has podido pescar algo en el supermercado? ¿Cómo se llama? ¿Qué hace aquí?

Grace sopesó cómo reaccionar. Debería haberse imaginado que Noah no le habría pasado desapercibido a Phoebe. No les había contado nada a sus amigas sobre el pequeño accidente de bicicleta y el encantador salvador. Ni siquiera sabía por qué se lo guardaba para sí. Para ganar tiempo, cogió uno de sus gruesos mechones de pelo pelirrojo y fingió que le quitaba ceniza.

—¡Tierra llamando a Gracie! —saltó Phoebe—. El bombón de pelo negro en Fallbury. ¿Me estás escuchando?

—Para ti todos los seres masculinos son bombones —dijo Grace riendo.

—No todos. Yo sé distinguir. El viejo Hank, por ejemplo, ya no es ningún bombón. —Soltó una risita.

—El viejo Hank tiene una pata de palo y un ojo de cristal; además, le faltan el noventa por ciento de los dientes. —Grace sonrió sacudiendo la cabeza. En ese momento sonó su móvil. Jamás le había parecido tan liberador el estridente sonido del aparatito.

—¿Sí, hola? —respondió, mientras oía de fondo a Phoebe e Ivy especulando sobre Noah. Grace se tapó el oído izquierdo y apretó el móvil contra el derecho. Un sonido débil, casi inaudible, llegó desde el altavoz.

—¿Hola? —repitió de nuevo y se alejó aún más de sus amigas.

—Gra... Gracie —Graznó una voz demasiado familiar.

—¿Papá? Papá, ¿qué te pasa?

Al instante, las amigas de Grace enmudecieron.

—Gra... —empezó su padre una vez más antes de que se cortara la comunicación.

Grace se dio la vuelta bruscamente. —Algo no va bien.

—¿Con tu padre? —preguntó Ivy, y Grace asintió frenéticamente.

—Apenas he podido entenderlo. —Empezó a caminar de un lado a otro frente al fuego.

—¿Dónde está tu madre? —La mirada preocupada de Phoebe estaba fija en Grace, que en ese momento intentaba llamar a su madre a través de la marcación rápida, pero solo saltaba el buzón de voz. Sabía que Olivia estaba acompañando a los niños de la familia vecina a pedir caramelos. Lo hacía todos los años.

—¡Maldita sea! —renegó—. Tengo que ir a casa inmediatamente.

—Vale, yo me quedo aquí con el fuego hasta que se consuma. Ivy, vete tú con Grace y vuelve luego para acá. —Phoebe tenía un talento especial para mantener la calma en situaciones frenéticas. Grace se lo agradeció en ese momento, porque su propia cabeza era incapaz de formular ningún pensamiento tranquilo. La voz ronca de su padre, que apenas podía pronunciar su nombre, no presagiaba nada bueno. Jamás. ¿Y si le había pasado algo? ¿Y si necesitaba ayuda?

Desde el bote, Grace llamó a la doctora Baxter, pero allí también saltó el buzón de voz. —«¿Por qué, demonios, no consigo hablar con nadie?». Su voz se quebró mientras Ivy dirigía el bote con seguridad de vuelta al pequeño embarcadero. El trayecto no había durado más de unos minutos, pero a Grace le pareció una eternidad. Sin vacilar, saltó al muelle y corrió pasando por delante del pub hacia el pueblo. Intentaba una y otra vez localizar alternativamente a su padre y a su madre, pero nadie respondía.

No suponía un desvío pasar por la consulta de la doctora Baxter de camino a la granja. A veces, la anciana doctora se quedaba sentada a su escritorio hasta altas horas de la noche analizando historiales de pacientes. Grace no tenía muchas esperanzas de encontrarla allí también aquella noche. ¡De ser así, habría contestado al móvil! Y, en

efecto, la consulta yacía silenciosa, oscura y cerrada ante ella cuando llegó sin aliento. Sin embargo, un papel en la puerta de entrada indicaba un número de móvil que Grace no conocía. La nota llevaba la firma familiar de la doctora Erin Baxter.

Con dedos temblorosos, Grace marcó el nuevo número en el móvil y, tras el primer tono, una voz masculina respondió al otro lado de la línea.

—Doctor Parker.

—¿Parker? Yo... busco a la doctora Baxter. Mi padre necesita ayuda, está muy mal de salud y no puedo localizarlo. —Grace, mientras tanto, seguía corriendo y se dirigía a la granja de sus padres. Hablaba por teléfono jadeando.

—¿Dónde está usted? Me pongo en camino de inmediato.

—McNally —dijo Grace, rebuscando la llave en su bolso. En la cocina de sus padres parpadeaba una luz tenue—. Cromwell Road número 5, por favor, venga rápido.

Grace no esperó respuesta, abrió la puerta de casa y ya desde la entrada pudo ver los pies de su padre en el umbral del salón.

—¡Papá, soy yo, Gracie! —gritó mientras corría hacia él. Estaba tumbado boca arriba entre la cocina y el salón y respiraba con dificultad. Todavía tenía el teléfono en la mano. Su piel estaba tan pálida que parecía gris. Los párpados le temblaban cuando Grace le cogió la mano.

—Aquí... estás —jadeó e intentó incorporarse, pero apenas lograba mantener la cabeza erguida. A Grace le costó levantar a su padre. Cuando lo consiguió, él se mantuvo sobre piernas temblorosas ante ella y esta lo condujo con cuidado hasta su sillón. Inmediatamente lo acomodó con una manta, un cojín y le trajo un vaso de agua fría de la cocina.

—De repente, todo se volvió negro. Pude llamar y luego... ¿dónde está Olivia?... ¿qué hora es?...

Hablaba de forma confusa y desordenada y obviamente le costaba mantenerse despierto.

—Ahora mismo viene un médico, papá —intentó tranquilizarlo a él y, aún más, a sí misma. Cuando poco después oyó un coche entrar en el patio y enseguida sonó también la voz de su madre, Grace respiró aliviada. La puerta de la calle se abrió tan bruscamente que Grace y su padre se sobresaltaron al unísono.

—¿Qué pasa? Gracie, Harry, ¿qué tienes, cariño? ¿Estás bien? —Olivia cayó de rodillas junto al sillón.

—¿Me permite? —preguntó de pronto una voz cálida y tranquila desde atrás. Grace se dio la vuelta asustada. Le daba vueltas la cabeza.

Ante ella estaba... Noah.

¿Noah?

Parpadeó y se pasó la mano por el pelo revuelto.

—¿Qué haces aquí?

Noah, que al mismo tiempo tuvo que darse cuenta de a quién tenía delante, parecía igual de desconcertado. En la mano derecha llevaba un maletín de médico y vestía unos vaqueros informales y un jersey azul de cuello alto. Ahora Grace ya no entendía nada.

—Ahora mismo —le dijo en voz baja, apartándola suavemente hacia un lado y arrodillándose junto a Harry. Segundos después ya le había puesto el tensiómetro y se informaba sobre lo ocurrido durante la noche.

Grace y su madre se retiraron un poco. Sin aliento, Grace le contó lo de la llamada, que no había podido localizar a la doctora Baxter ni a ella misma y cómo había encontrado a su padre después tirado en el suelo. Olivia se dio unos toques en las mejillas con un pañuelo bordado.

—Debió de ser la batería. Si no, no estaba lejos. Si hubiera visto que llamabas él o tú, habría vuelto a casa enseguida.

Grace la estrechó entre sus brazos y la sujetó en silencio, mientras echaba una mirada por encima del hombro de su madre hacia Noah y su padre.

¿Así que era médico? ¿Pero dónde estaba la doctora Baxter? ¿Qué estaba pasando allí?

Pocos minutos después, Noah se reunió con Grace y Olivia en la cocina.

—La tensión arterial estaba por los suelos. Le he dado algo para aumentar la presión en las arterias y venas. Es importante que ahora descanse y beba mucho. Sería mejor llevarlo al hospital para que le hagan un chequeo, pero se ha negado.

Grace asintió y se cruzó de brazos. —Es propio de él.

—¿Entonces no ha sido el corazón? —preguntó Olivia con voz temblorosa.

—No, los latidos se oían bien. No he tenido ocasión de mirar rápidamente su historial clínico, pero me ha hablado del infarto de hace unos años y de cómo está medicado desde entonces. Según dice, parece que los problemas con la tensión se están repitiendo. Posiblemente debería cambiar a otro medicamento, lo consultaré con la doctora Baxter.

Noah les dedicó a Grace y a su madre una cálida sonrisa. —Mañana volverá a estar en pie. La doctora Baxter vendrá a verlo entonces.

—Muchas gracias, doctor. —Olivia corrió al lado de su marido, mientras Grace acompañaba a Noah fuera. Su corazón seguía latiendo con fuerza y se sentía infinitamente cansada, pero el aire fresco de la noche reavivó sus ánimos por un breve instante.

—Así que eres médico —dijo señalando su maletín.

—Y tú un vampiro. Podrías habérmelo dicho antes. —Le guiñó un ojo sonriendo, y Grace se miró cohibida. Con tanto pánico se había olvidado por completo de la capa y del maquillaje de vampiro, que a estas alturas probablemente estaría todo corrido.

—Es solo... cosa de Halloween —explicó, mientras Noah guardaba su maletín en el vehículo.

—¿Dónde está la doctora Baxter? ¿Está todo bien? —preguntó preocupada, y Noah asintió. Mientras se apoyaba en la puerta del conductor, se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—No te preocupes, está perfectamente. Esta noche no está en el pueblo, por eso tengo yo mi primera guardia de llamada. —Ahora una sonrisa claramente más tímida asomó a sus labios—. Ha parecido que lo hubiera hecho cien veces, ¿verdad?

Grace soltó una carcajada repentina. Una sensación de ligereza que ahuyentó los pensamientos sombríos de antes. —Sí, ha parecido muy profesional.

Él resopló de forma exagerada, haciendo que los rizos negros que le caían por la frente se agitaran hacia arriba. —Al menos ahora puedes volver a sonreír, eso te sienta mucho mejor que la preocupación. Soy nuevo aquí y todavía no entiendo mucho de estos asuntos de médico rural, pero de medicina, por supuesto, tengo idea. Su padre se pondrá bien pronto, se lo prometo.

Grace bajó la mirada y sintió que el nudo en su garganta ardía con tal intensidad que apenas podía tragar. Tenía el susto metido en el cuerpo. Quería preguntarle a Noah por qué trabajaba para la doctora Baxter, de dónde venía, qué significaba aquello... pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. De todos modos, no habrían llevado a ninguna respuesta, porque en ese momento sonó el móvil del joven médico.

—Y el siguiente aviso. Tengo que irme, Grace. Quizá nos veamos pronto en circunstancias menos emocionantes. Me encantaría.

Sin esperar su respuesta, subió al coche y salió del patio marcha atrás. Grace lo vio marcharse con las rodillas flojas, antes de entrar de nuevo en la casa con la cabeza hecha un lío.

Capítulo 5

NOAH iba a tener razón. El padre de Grace se recuperó por completo en pocos días; además, por consejo de la doctora Baxter, se hizo un chequeo más profundo en Aberdeen y recibió un medicamento nuevo para estabilizar su tensión arterial. Aparte de eso, Grace le regaló por fin un tensiómetro para que, en caso de necesidad, pudiera reaccionar rápido e intervenir con la medicación aunque no hubiera nadie cerca.

La primera semana de noviembre trajo a Fallbury los heraldos del invierno. Un viento gélido y cortante barría las callejuelas y doblaba las esquinas de las casas. A lo lejos, las altas olas azotaban los acantilados, empujando el aire marino y húmedo hacia el interior, haciendo que todo se sintiera mojado y calado. Grace tiritaba mientras ocultaba el rostro tras su bufanda de lana. Con los hombros encogidos, subió apresurada por Harbour Street. Una espesa cortina de nubes cubría el cielo y lo volvía todo gris y lúgubre, incluso los últimos restos de las praderas que en verano lucían de un verde intenso.

Cuando dobló la última esquina y divisó a lo lejos los contornos de su granja, vio una figura oscura junto a la verja. Se retiró la capucha y reconoció a Noah, que miraba en su dirección con la cabeza hundida entre los hombros. De inmediato, sus facciones se relajaron y levantó la mano para saludar.

—¿Qué hace usted aquí fuera con este tiempo? —preguntó Grace, justo cuando una racha de viento la golpeó y la empujó hacia Noah. Instintivamente, él estiró el brazo y la sostuvo. Riéndose, ella se apartó el pelo húmedo de la cara.

—Quería ver cómo estaba su padre —gritó Noah contra el viento. Grace abrió la verja y le hizo una señal para que la siguiera.

—Mis padres han ido esta mañana a Peterhead. A hacer unos recados. Seguro que todavía tardan un poco. —Sujetó la puerta de

su vivienda para dejarle pasar, pero Noah hizo un gesto de rechazo.

—Ah, entonces volveré más tarde.

—¿Qué es lo que quería de él?

Él se quedó mirando sus zapatos cubiertos de salpicaduras de barro. —Estaba cerca y he pensado en pasarme a ver cómo se encuentra ahora. Han pasado ya unos días. —En ese momento, una ráfaga huracanada barrió el patio, alcanzó la regadera de hojalata que estaba en el alféizar de Grace y la hizo volar hacia Noah. Al mismo tiempo, las compuertas de las nubes bajas parecieron abrirse, volcando innumerables y pesadas gotas sobre él.

Grace lo agarró de la manga y lo metió en casa.

—Ahí fuera va a pillar su propia muerte. Pero eso usted ya lo sabe, ¿verdad, doctor? —preguntó ella con un guiño, mientras se quitaba la bufanda y la chaqueta y cogía el abrigo de Noah. A continuación, fueron juntos a su pequeña cocina, que ofrecía una vista acogedora del patio interior y del tiempo tormentoso. Grace puso agua para el té. Noah se había sentado en una de sus sillas de madera blanca y aceptó la taza de té humeante que ella le tendió.

—Esto le hará entrar en calor.

—Por favor, vamos a tutearnos —dijo él de repente—. Este «usted» es tan impersonal.

—Encantada. —Se sentó en la silla de enfrente—. Así que, Noah, ¿vas a ser el sucesor de la doctora Baxter? ¿A qué venía tanto misterio?

Grace no se había resistido a interrogar a la vieja médica rural en sus visitas sobre el recién llegado a Fallbury. No era que no se fiara de Noah, pero un médico nuevo en Fallbury le parecía casi tan irreal como la idea de que ese pueblo pesquero pudiera convertirse algún día en una gran ciudad. La doctora Baxter pertenecía a ese lugar tanto como los acantilados al mar. Pero los años tampoco pasaban por ella en balde. Ya pasaba de los sesenta y no se podía ocultar que cada vez le costaba más ir de un lado a otro del pueblo de la mañana a la noche para atender a sus pacientes. Y si había algo que

la doctora Baxter valorara más que su pequeña y pintoresca consulta en el centro del pueblo, eran sus pacientes. A cada uno de ellos lo trataba como si fuera parte de su familia.

—¿Te has estado informando sobre mí? —Noah dio un sorbo a la infusión de hierbas y puso una mueca.

—¿Azúcar? —Grace deslizó el pequeño bote de porcelana por la mesa con una sonrisa. Él dejó caer hasta tres cucharaditas en su taza.

—Las caras nuevas llaman la atención en el pueblo. Y si encima corren por ahí con maletines de médico, más todavía. —Se apretó el cabello pelirrojo y húmedo hasta que le cayó rizado sobre el hombro y se reclinó hacia atrás. Noah la observaba con atención en cada una de sus palabras y movimientos. Pero su mirada intensa no resultaba desagradable; al contrario.

—En realidad no era ningún misterio. Al fin y al cabo, ya te atendí de forma muy profesional después de tu caída de la bicicleta.

Grace se dio por vencida con una sonrisa. —Vale, es verdad. Y... ¿qué tal te parece Fallbury? ¿Te quedarás con la consulta por completo?

Noah se encogió de hombros. —Si todo va bien, podría conseguir un contrato fijo el año que viene y quizá si la doctora Baxter logra algún día desvincularse de su trabajo, pues entonces me haría cargo de la consulta. Pero todo eso está todavía en el aire. De momento es una fase de prueba, por así decirlo. Y en cuanto a la vida de pueblo... creo que se puede definir igual. —Un rastro de timidez se coló en su cálida sonrisa y bajó la mirada un instante.

—Eres un chico de ciudad, ¿verdad?

—¡Y tú eres bastante curiosa! —Noah apoyó la barbilla en la palma de la mano—. Cuéntame algo de ti.

—Seguro que sabes mucho más de mí que yo de ti. Conoces mi bicicleta destartada, mi predilección por los disfraces de Halloween atrevidos y mi curiosidad imparable.

—Las tres cosas me gustan mucho —dijo Noah sin apartar la vista de ella. Ahora fue el turno de Grace de bajar la suya un momento. Su cercanía, sus miradas penetrantes y sus palabras directas la hacían sentir aturdida.

—¿Más té? —preguntó ella para distraer la atención de sí misma.

—Claro. —Noah le acercó la taza y, cuando Grace le servía, le tembló la mano de repente tanto que unas gotas calientes aterrizaron en el dorso de su mano.

—Maldita sea —renegó ella y corrió al fregadero. Noah se levantó de un salto y la siguió. Abrió el grifo del agua lo más fría posible y le puso la mano debajo. —Así que también eres una patosa —dijo él con una sonrisa, y Grace se tapó la cara con la mano seca. —Vaya, pues ya vas conociendo todos mis mejores atributos desde el principio.

—¿Eso significa que veré todavía más facetas tuyas? —Cerró el agua y Grace cogió el paño de cocina que había junto al fregadero.

—Es posible —murmuró ella sin más, y cuando volvieron a sentarse a la mesa, el corazón empezó a latirle con fuerza de repente. ¿Qué le pasaba? Hacía mucho tiempo que nadie la ponía tan nerviosa; y eso que ella no era precisamente de las que se quedaban calladas, y su agudeza, curiosidad y el hecho de no tener pelos en la lengua no eran moco de pavo. Pero Noah tenía el talento de dar la vuelta a la situación en un abrir y cerrar de ojos. Una palabra suya, una mirada o incluso una pregunta bastaban para que la Grace segura de sí misma y controlada se convirtiera en una joven tímida cuyo corazón acelerado competía con su respiración agitada. Sin embargo, lo único que le parecía grave era que nada de aquello se sentía mal. Al contrario. Se sentía demasiado bien.

Grace no sabía si Noah notaba su repentino caos emocional, pero ahora que él volvía a su pregunta original sobre su origen, casi parecía que quería ayudarla a salir de su apuro y calmar un poco la situación. Un detalle encantador, pensó ella.

—Nací en Aberdeen. Un niño de ciudad de pura cepa, si quieres llamarlo así. Nunca pensé que llegaría a admitirlo, pero la vida de pueblo es un mundo aparte, ¿no crees?

—¿Lo dices porque aquí se apagan las luces al atardecer? —
Removió su té.

—Ni siquiera por eso. Es más bien que resulta extraño que todo el mundo se conozca. Y todos saben lo que hacen los demás. Me he tenido que acostumbrar primero a saludar a todo el mundo y a que ya no tengo la posibilidad de pasar desapercibido entre la multitud.

—¿Qué multitud? —preguntó Grace riendo y observó cómo Noah sacaba una pequeña libreta negra del bolsillo del pantalón.

—Y para no llamar la atención negativamente, tomo notas —dijo él y empezó a leer en voz alta—. Graham y Archie Flynt: padre e hijo, ambos granjeros. Rosemary Bell: un poco terca, pero se la puede apaciguar con té negro, irrespetar estrictamente la siesta! Familia McCloud: muchos hijos y nietos, anotar nombres. Miss Palmer: soltera, predilección por los scones secos... —Cerró la libreta mientras Grace tenía que aguantarse la risa tapándose la boca con la mano.

—¿Cómo piensas llamarlo? ¿Guía para los habitantes de Fallbury? —le preguntó ella con sorna.

—Buena idea, debería anotarlo. —Eso mismo hizo de inmediato antes de que la libreta y el bolígrafo volvieran a desaparecer en el bolsillo de su pantalón. Así que también tenía sentido del humor, y obviamente no le costaba nada reírse de sí mismo. A Grace le gustaba eso. Si había algo que no soportaba de otras personas era su arrogancia y la convicción de tener siempre razón en todo. Noah, en cambio, estaba muy lejos de eso; incluso ponía sus debilidades —si es que se podían llamar así— bajo el foco de manera consciente y se reía de ellas.

Cuando echó un vistazo al reloj blanco de la cocina, se sintió casi un poco decepcionada. —Me gustaría saber más de ti y de tus

libretas de notas secretas, pero lamentablemente tengo que irme a trabajar.

—Oh, pensaba que venías justamente de allí. Trabajas en el supermercado, ¿no? —Se levantó, cogió las tazas de té y las llevó al fregadero como si no hubiera hecho otra cosa en su casa en la vida.

—¿Quién se está informando ahora sobre quién? —Grace se apoyó en la encimera.

—No me he informado, pero a veces yo también tengo que comer.

—Ya veo. —Pasó por su lado sonriendo y salió hacia el recibidor. Mientras él se ponía el abrigo, ella dijo—: A menudo trabajo por las tardes en el pub, abajo en el puerto. —Cogió sus llaves—. ¿Y adónde tienes que ir tú ahora? ¿No tienes visitas a domicilio hoy o algo así?

Noah sacudió la cabeza y se abrochó el abrigo mientras salían. —Hoy libre.

—¿Pero no me habías dicho que querías ver a mi padre? —Caminaron juntos por la entrada de la casa.

—Una cosa no quita la otra. —Le guiñó un ojo y el corazón de ella dio un vuelco inusual. Ese salto extra le robó el aliento por un momento.

No seas tonta, se reprendió a sí misma. ¿Desde cuándo se comportaba de forma tan extraña en presencia de otros?

Sus padres parecían tardar más de lo esperado, pero a Noah no parecía importarle. La lluvia había amainado. Al menos, las gotas gordas se habían convertido en una llovizna fina. Las calles y aceras estaban llenas de charcos profundos y el aire era fresco y puro, de modo que el oxígeno recorría el cuerpo de Grace de forma vivificante al inhalar.

—¿Pasa algún autobús por aquí? ¿Hacia Rose Cottage?

¡Por eso lo había visto con Graham! Vivía en la casita de los acantilados...

—¿Un autobús? ¿Aquí? El pueblo tiene un puñado de calles. ¿Para qué iba a haber un autobús? —Grace sacudió la cabeza riendo—.

Pero puedo enseñarte un atajo hacia la casita, así no tienes que ir por la carretera principal.

—Encantado —dijo Noah, y caminaron juntos hacia el puerto.

—Es la primera vez que tengo tiempo de verdad para pasear por el pueblo —dijo él después de un rato en el que habían caminado uno al lado del otro en silencio. Grace lo había estado observando de reojo todo el tiempo, viendo cómo su mirada se deslizaba por las toscas casas de piedra, los bordillos rotos, la pequeña floristería, la vieja panadería de sus padres y a lo largo de la playa hasta el faro. Parecía absorberlo todo, guardarlo, tal vez incluso anotarlo mentalmente en su pequeña libreta.

Grace se detuvo en el muro del puerto. Las olas azotaban las rocas que bordeaban el camino hacia el faro. El agua rebotaba contra las piedras y la espuma saltaba por los aires, envolviendo el faro como en un íntimo abrazo. Respiró profundamente.

—Si tuvieras que anotar este momento con una sola palabra en tu librito sabio, ¿cuál elegirías? —preguntó ella con curiosidad y levantó la mirada hacia él. Noah tenía las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Pequeñas gotas colgaban de sus rizos negros y brillaban como finos diamantes.

No se lo pensó ni un segundo. —Salvaje —dijo sin apartar la vista del faro y del mar embravecido.

Salvaje.

La naturaleza salvaje, el mar salvaje, las olas salvajes, su corazón salvaje... Grace se sobresaltó cuando ese pensamiento se deslizó de su cabeza hasta su estómago y lo llenó con un agradable cosquilleo.

—Buena elección —dijo, esforzándose por que no se le notaran sus pensamientos revoloteando—. Rose Cottage queda por allí. —Señaló hacia la playa, donde la hilera de casas se clareaba y los acantilados se erguían de la nada como ásperas paredes de roca negra.

—¿Se supone que tengo que escalar por ahí? —preguntó Noah asustado, y su mirada iba y venía de los acantilados a Grace.

—No, claro que no. Ven, te enseñaré el camino.

Lo guio hacia la playa rocosa y, al pasar la última casa de piedra que marcaba el inicio de Fallbury, se perfiló un sendero directo junto al acantilado. Antes de que la roca se disparara hacia arriba de forma amenazadora y rugosa, un camino suave y llano discurría por detrás de las casas de piedra.

—Este camino se lo debemos a Ellie —dijo Grace—.

—¿Por qué?

—El camino termina allí arriba, en medio de las praderas. Ellie me contó una vez que de niña siempre corría por las praderas cuando quería bajar al pueblo. Desde que vive aquí, el sendero se ha convertido en un auténtico caminito. Y por lo que puedo juzgar, no es la única que se beneficia. Desde allí arriba hay una vista magnífica del mar. Puedes pasear por el borde del acantilado o cruzar las praderas; de cualquier forma, llegas directamente a Rose Cottage.

—En realidad tiene muy buena pinta. Allá arriba en la carretera principal siempre tengo la sensación de que los coches que pasan piensan que soy un autoestopista sin hogar.

Grace soltó una carcajada. —Aquí fuera no andarías muy desencaminado con eso. —Se dio la vuelta, con la vista puesta en el Lighthouse Inn—. Lamentablemente, ahora tengo que irme de verdad.

—Es una lástima —dijo Noah—. Pero supongo que hay muchas posibilidades de que nos volvamos a cruzar por aquí pronto.

—Seguro —respondió Grace sonriendo—. Le diré a mi padre que has estado por allí.

Noah asintió y pasó a su lado hacia el sendero. —Gracias, también por el té. Y por los momentos salvajes. —Le guiñó un ojo—. Que no solo me anoto en lo referente al faro y al mar. —Luego se encogió de hombros y echó a andar por el atajo detrás de las casas.

A Grace le temblaban las piernas como si fueran de gelatina mientras volvía al pub.

Capítulo 6

EL día del evento de solteros planeado en el pub de Fallbury, Grace ha terminado su trabajo en el supermercado antes de tiempo para poder echar una mano con los preparativos. Una vez más, ha apartado mesas, ha dado instrucciones a Graham y al manitas multiusos de Fallbury, Ronny O'Donald, sobre cómo integrar mejor la pasarela y el pequeño escenario en el estrecho espacio, y ha intentado, de paso, calmar los nervios de JoJo. Aunque suele ser un tipo bastante relajado, ese día no ha podido ocultar su nerviosismo. No solo es que la reparación de la zona del puerto dependa de la recaudación de la venta de papeletas; es que, además, la prensa se ha hecho eco rápidamente del evento y con seguridad estará allí por la noche para cubrir el espectáculo. Eso, a su vez, ofrece la oportunidad de atraer a clientela nueva, y les viene bien cada invitado, sobre todo fuera de temporada, cuando los ingresos son tan escasos como el número de clientes.

Phoebe, que se encarga de la taquilla y de las últimas ventas de boletos, también ha ayudado con el montaje. No ha dejado de lanzar miradas escépticas a Grace, intentando pillarla a solas en la cocina o en el almacén y tratando de entablar conversación con una frecuencia sospechosa. Grace se ha oído el percal y ha sabido que no tardaría mucho hasta que Phoebe le preguntara por Noah Parker.

Sin embargo, un sollozo ahogado ha atraído pronto su atención. —Un whisky doble —ha dicho Ivy sorbiendo por la nariz, tras aparecer por la barra con los ojos hinchados de llorar.

—Oye, ¿qué pasa? —ha preguntado Phoebe preocupada, mientras Grace llenaba el vaso. Juntas han llevado a su amiga a un banco en un rincón tranquilo del pub.

—Tendríais que haberla visto —ha sollozado Ivy con la cara apoyada en las manos—. Tiene una piel color caramelo preciosa y un pelo negro y grueso. Y es joven, jovencísima, con sus veinte pocos

años. ¿Es por eso? ¿Porque necesitaba algo nuevo? ¿Porque yo ya tengo treinta?

Phoebe le ha acariciado la espalda con suavidad para tranquilizarla, y Grace, que se ha sentado en el borde de la mesa frente a ambas, ha puesto su mano sobre la de Ivy.

—¡Todas rondamos los treinta y me niego a aceptar la insinuación de que ya somos viejas! —ha sacudido la cabeza indignada Phoebe—. Alan es simplemente el típico tío. Cuando se aburre, necesita un juguete nuevo.

—No tiene nada que ver contigo, cielo —ha añadido Grace, observando a su amiga con preocupación—. Y, dicho sea de paso, me parece fatal que la haya traído a Fallbury. ¿En qué pensaba? ¿En que ibas a recibir a su nuevo ligue con los brazos abiertos?

—Capullo —ha siseado Phoebe.

—Machirulo —ha añadido Grace, e Ivy ha esbozado una sonrisa entre lágrimas.

—Me alegro tanto de teneros y de poder venir a veros en cualquier momento sin riesgo de tropezar con más dramas amorosos. Con los míos ya tengo bastante —ha dicho sorbiendo por la nariz—. Y además... mi hermana no para de llamar, quiere estar ahí para mí, consolarme. Pero ella está embarazada, recién casada, está en el séptimo cielo. Sinceramente: ahora mismo no soporto a nadie que baile sobre nubes rosas. Solo me recuerda a cómo me sentía yo ahí arriba... y... y cuánto... cuánto echo de menos esa sensación. —De nuevo le han resbalado lágrimas por las mejillas y Grace ha sacado otro pañuelo de su pantalón, con el que su amiga se ha secado la cara—. ¿Gracie? Creo que necesito otro whisky —ha gimoteado Ivy.

—Marchando. —Grace ha ido deprisa hacia la barra y poco después ha oído el repiqueteo de los tacones de Phoebe tras ella. Antes incluso de que su amiga se hubiera subido al taburete, ya ha empezado a largar: —Maldigo a ese idiota. ¿Qué le pasa? ¿Cómo es posible que nuestra envidiable pareja ideal se esfume de repente y la parte masculina se convierta en el mismísimo demonio? Quiero

decir, ¿no decíamos las dos hace poco que queríamos aprender de Ivy y su gran amor? ¿Tomarlo como ejemplo? ¿Creer en el amor verdadero gracias a su relación de cuento? ¡Ja, no me hagas reír!

Grace ha llenado el vaso de whisky de Ivy y otro para Phoebe, y se lo ha pasado por el mostrador a su amiga. —Quizá todos nos dejamos deslumbrar un poco. Uno nunca sabe qué pasa por la cabeza de la gente. Pero, fíjate por ejemplo en mis padres. Llevan cuarenta años casados y siguen tan enamorados como el primer día. Ella le zurce los calcetines, él le trae cada semana de Peterhead esos caramelos de hinojo asquerosos que tanto le gustan, aunque tenga que ir a la ciudad expresamente para eso. —Ha puesto una mueca—. Eso es amor.

—Gracie, no te lo tomes a mal, pero yo no necesito a un tío que me compre caramelos. Quiero a uno que sea él mismo todo un bombón.

Grace ha reído por lo bajo mientras echaba un vistazo a Ivy, que seguía hecha un mar de dudas en el banco del rincón.

—¿Sabes qué, Pheeb? Ese podría ser el problema de todas. Buscamos un ideal que ni siquiera existe. Las películas, los libros, los musicales, incluso las canciones, nos presentan relaciones amorosas en las que, incluso después de años, sientes un hormigueo de pies a cabeza con solo mirarlos. Pero, si me preguntas a mí, ese no puede ser el objetivo. ¿Quiero a alguien en cuya presencia tenga que jadear siempre porque me vuelve loca de amor? Sí, al principio. Entonces es emocionante y fascinante, todo es nuevo. Pero más tarde lo que quiero es tener a un hombre a mi lado que me dé, sobre todo, seguridad. Quiero poder sentirme a gusto, poder ser yo misma y que me quieran por eso, mientras yo le quiero a él por la persona que es. Ni siquiera quiero a alguien que me haga feliz, sino a alguien con quien pueda compartir mi felicidad. —Se ha quedado sin aliento después de que todas esas palabras brotaran de ella sin freno. Phoebe la ha mirado con la boca abierta.

—¿Te encuentras bien, Gracie? —ha preguntado arqueando las cejas. Lentamente, ha bajado el vaso de whisky.

—Voy a llevarle esto rápido a Ivy —ha murmurado Grace, avergonzada y sorprendida por sus propias palabras. Cuando ha vuelto a la barra, Phoebe no se había movido ni un milímetro.

—¿Y bien? —ha preguntado ella.

Grace ha evitado levantar la vista ni un segundo, ha cogido el trapo del fregadero y ha limpiado el mostrador. Una y otra vez se ha ensañado con manchas invisibles.

—Como sigas frotando con ese frenesí, lo único que vas a conseguir será quitarle el barniz. —Phoebe se ha incorporado, le ha quitado el trapo de la mano y lo ha lanzado con un movimiento diestro al fregadero, que ha sonado con un fuerte chapoteo.

—¿Quieres decirme algo?

—No sé de qué me hablas, Pheebs, de verdad.

—¿No? ¿No sabes nada de unos rizos negros, unos ojos castaños oscuros, una sonrisa ladeada y pícara, un andar desenfadado con las manos hundidas en los bolsillos, una voz cálida y vibrante y una risa contagiosa que al final siempre suena una octava demasiado alta por un momento? —Phoebe se ha plantado ante ella, con las manos en las caderas y la cabeza ladeada.

—Pues sí que le has echado bien el ojo —ha murmurado Grace con una sonrisilla.

—¡Ajá! Ahora nos vamos acercando. Lo quiero saber todo. ¿Qué pasa entre tú y Noah Parker, ese bombón que se va a hacer cargo de la consulta de la Dra. Baxter?

—¡Shhh! —le ha pedido Grace a su amiga, mirando de reojo hacia Ivy, que por suerte aún no se había enterado de la agitada conversación. Ha agarrado a Phoebe de la manga y la ha arrastrado tras ella a la cocina.

—No pasa nada entre nosotros. Atendió a mi padre en Halloween, cuando se desplomó. Después pasó una vez más para una revisión, pero mi padre no estaba y, como estaba cayendo el diluvio universal,

le invité a pasar a tomar un té. Hablamos un poco, luego le enseñé el atajo por los acantilados hacia Rose Cottage y eso fue todo.

Una sonrisa divertida ha asomado a los labios de Phoebe. —Pues a Noah eso le ha sonado de forma muy distinta.

Grace ha abierto mucho los ojos. —¿Por qué? ¿Qué ha contado?

Riendo, Phoebe se ha apoyado en la nevera. —Eres tan predecible, Gracie. Se te nota en la punta de la nariz cuando mientes. —Ha cogido una manzana del frutero y le ha dado un buen bocado—. A mí me ha contado —ha mascullado con la boca llena— que os conocisteis en un accidente.

—Ah, eso... —Grace ha restado importancia con un gesto—. No tenía mayor importancia.

—Para él, por lo visto, sí.

—¿Por qué hablas de mí con un extraño, para empezar? —Grace ha fingido que tenía que volver a colocar los vasos perfectamente lavados y brillantados, sin moverlos más de un milímetro.

—Perdona, pero resulta que trabajo en la oficina de turismo y es el punto de referencia número uno para los recién llegados a Fallbury. Tu querido Noah tiene muchas preguntas. Dónde comprar, taller mecánico, tiendas de bicicletas...

—No es *mi* Noah —ha replicado Grace con brusquedad.

—Al menos apenas ha podido dejar de hablar de ti una vez que ha salido el tema de lo accidentada que fue su llegada por el percance con la bici.

Grace ha apretado los labios y ha mirado de soslayo hacia Phoebe. —No se lo puedes decir a Ivy... Quiero decir, de verdad que no hay nada entre Noah y yo. Es amable, pero apenas nos conocemos. Además, las tres tenemos un pacto, y me he propuesto firmemente no romperlo.

—¿Solo por Ivy? —ha preguntado Phoebe con escepticismo.

—También por mí. Lo de Pete no hace tanto que pasó, y al principio él también era encantador, inteligente y, de alguna manera,

fascinante.

—Así que admites que Noah Parker te parece fascinante.

—iPheeb!

—Vale, está bien, sigue contando.

Grace exhaló con tensión. —La verdad es que no quiero decepcionar ni a Ivy ni a mí misma. Este año, que solo debería pertenecerme a mí, a ti y a ella, me abre muchas puertas. La tienda de la granja, la salud de mi padre... quizá encuentre la forma de dejar de ir de un lado a otro entre dos trabajos. —Grace abandonó su inútil tarea con los vasos y se volvió de nuevo hacia Phoebe—. Este año podría pensar de verdad en mí. Hace mucho tiempo que no lo hago.

Phoebe tiró los restos de la manzana a la basura y luego puso las manos sobre los hombros de Grace. —En eso tengo que darte la razón, por una vez. Pero aun así deberías ser feliz, pacto de amistad o no.

Grace pasó un brazo por el hombro de Phoebe y caminó con ella lentamente de vuelta hacia la barra. —Bueno, si se trata de ser feliz, con más razón debería renunciar a un hombre cuya sola sonrisa ya me pone nerviosa. Eso nunca ha traído nada bueno.

—O sea, que admites que él te...

—iPheeb!

—Solo pregunto...

El pequeño y acogedor Lighthouse Inn se llenó por la noche con un número sorprendentemente alto de visitantes. Tanto de Fallbury como de los pueblos de alrededor, hasta llegar a Peterhead, acudieron no solo solteras interesadas, sino también algunos curiosos que no querían perderse un evento tan extraordinario.

Las papeletas se habían vendido satisfactoriamente durante las últimas semanas a través de la oficina de turismo de Fallbury, los Bed & Breakfasts y el supermercado, algo que debían principalmente

a Larry Piercen, el ligue de Phoebe, que les había dado mucha publicidad en su programa de radio. No podían quejarse de la recaudación. Ahora solo faltaba que el evento fuera un éxito rotundo.

El buen ambiente que esperaban entró en el pub directamente con la avalancha de visitantes. Mientras Grace se ocupaba de servir una pinta tras otra en la barra, JoJo se encargaba de los nerviosos solteros en la parte de atrás, que en breve darían su vueltecita por la pasarela improvisada. Hasta el momento, Grace no había conseguido echar un vistazo a la lista de participantes, pero los nombres que había oído prometer una noche divertida. Según JoJo, la lista era bastante larga, aunque solo un puñado de hombres procedía de la propia Fallbury.

Grace no podía imaginárselo: ¿una cita a ciegas con un desconocido? ¿Y encima en público, de modo que todo el mundo pudiera ver al instante el choque escrito en la cara si la pareja asignada por sorteo no era del agrado de uno? No, gracias. Pero, por suerte, ella no tenía que preocuparse por eso.

Así que, mientras se dedicaba a suministrar aperitivos y bebidas a los sedientos y hambrientos clientes, los primeros solteros subieron al escenario. De vez en cuando, Grace miraba de reojo hacia ellos, sobre todo cuando las mujeres gritaban con excesivo entusiasmo, pero muy especialmente cuando aplaudían de forma más bien discreta. Hasta ahora parecía ir bien. A las primeras compradoras de papeletas ya se les habían asignado sus citas a ciegas. Grace y JoJo habían decorado unas cuantas mesas en la parte trasera del pub con un estilo romántico-cursi para la ocasión. Todo parecía un poco exagerado, pero supuso que eso era parte del encanto. Sin embargo, la mayoría de las parejas recién formadas ni siquiera se quedaban en el pub, sino que desaparecían en la noche, hacia el restaurante más cercano, hacia la vida de la gran ciudad o a donde fuera.

El único soltero que Grace conocía era el propio Larry Piercen. Había mantenido su participación muy en secreto, por lo que su

avance decidido por la pasarela provocó caras de sorpresa y diversión entre el público. Ni siquiera se lo había confiado a Graham, a pesar de que ambos hombres habían estado activamente involucrados en la planificación del evento. Los fuertes silbidos y aplausos de Graham, sin embargo, encajaban con el entusiasmo de las mujeres. Solo una mujer estaba lejos de estar entusiasmada: Phoebe.

—¡Esto no puede ser verdad! —se quejó ella, corriendo tras Grace, que volvía a la barra con pintas vacías—. Ya está buscándose a otra.

—¿De verdad crees que alguien va a encontrar al amor de su vida aquí esta noche? Sería una casualidad muy extraordinaria. Así que respira hondo, bebe algo rico y relájate.

Phoebe se dejó caer en un taburete libre de la barra. —Somos un grupo de tías patético. Tú, Ivy y yo.

—No me metas en el mismo saco —ha dicho Grace sonriendo y estirándose para buscar a su amiga, pero el rincón donde Ivy había estado sentada antes estaba vacío—. Por cierto, ¿dónde está Ivy?

—Se ha ido a casa. Ha dicho que había demasiada testosterona para ella. Ahora la entiendo —murmuró Phoebe, apoyando la cabeza en la mano—. ¿De quién fue la estúpida idea del evento de solteros?

En ese momento, localizaron a la mujer que había comprado la papeleta de Larry: una joven morena con falda corta y rizos saltarines. Parecía estar encantada con su cita.

—Mira qué contenta está. Todavía no sabe cómo le huelen los calcetines cuando está todo el día fuera. O que tiene debilidad por el ajo.

Grace sonrió con sorna. —No parece que eso te haya molestado a ti.

—Ah, cállate. —Phoebe se dio la vuelta, dándole la espalda a la multitud, y Grace llevó una nueva tanda de pintas a las mesas redondas. De camino a la barra, casi la atropella una mujer que buscaba los servicios. Bajo la silla que esta había apartado, había una papeleta.

—Perdone, ¿esto es suyo? —Grace la recogió y se la tendió.

La mujer sacudió la cabeza. —Esta es la mía. —Sacó una papeleta del bolsillo del pantalón—. Deséeme suerte —exclamó la mujer mientras se abría paso por el pasillo.

Grace preguntó a sus acompañantes en las mesas y también en las mesas contiguas, pero a nadie le pertenecía la papeleta con el número 32.

Justo cuando ha levantado la mano y ha gritado: —Número 32... — la han interrumpido de inmediato.

—¡Pues aquí tenemos a nuestra ganadora! —gritó JoJo por el micrófono, y de repente todas las miradas se dirigieron a ella. Cuando el foco de luz la alcanzó, parpadeó—. ¿Qué? Oh, no, no, yo...

—¿Tienes el número 32, Grace? —JoJo parecía al menos tan sorprendido como ella por su supuesta participación.

—Sí, bueno, pero...

—Pues nada, que disfrutes con Noah Parker, uno de los solteros más recientes de Fallbury y, hay que admitirlo, de los más atractivos. Noah tiene treinta y tres años y viene de Aberdeen. Próximamente ayudará a nuestra querida doctora Erin Baxter en su consulta de Fallbury. Bienvenido, Noah, y muchas gracias por participar. —El amplio gesto del brazo de JoJo despidió a Noah del escenario. Grace seguía allí plantada en medio de la multitud, como clavada al suelo. La papeleta en su mano temblaba mientras Noah se acercaba a ella con una amplia sonrisa.

—Yo no he comprado ninguna papeleta —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—Vaya, a eso lo llamo yo una bienvenida. —Se detuvo justo delante de ella—. ¿Tan malo es? ¿Una cita a ciegas conmigo?

—No es a ciegas, ya nos conocemos. —Rió con timidez. Sonaba raro, y probablemente también lo parecía. La papeleta que tenía en la mano debía de ser de alguien, pero por más que miraba a su

alrededor, no descubriría a nadie que le lanzara miradas de envidia ni que llamara la atención de ninguna otra forma.

—Oh, tienes novio —concluyó él.

—¿Qué? ¡No! —soltó Grace con mucha más insistencia y fuerza de lo que le habría gustado.

—Vale, ¿entonces qué pasa? ¿No quieres? No pasa nada, solo dilo. —La sonrisa desapareció del rostro de Noah. Se rascó bajo sus espesos rizos—. El dinero ya lo habéis cobrado de todas formas, así que...

—No, quiero hacerlo —soltó Grace de repente, antes siquiera de poder pensar en lo que estaba diciendo.

¿Quería una cita con Noah? Al parecer, sí. Y además así de nerviosa y atropellada. Se mordió el labio inferior con timidez. —Pero en realidad tengo que trabajar.

Como para confirmarlo, un cliente le tocó el brazo y pidió otra ronda de whisky.

—Puedo esperar —dijo Noah, cuya sonrisa había regresado. La miraba con calidez y dulzura, en absoluto arrogante. Sus mejillas parecían estar tan rojas como ella sentía las suyas.

Grace asintió. —Vale —se oyó decir, con el corazón latiéndole con fuerza en los oídos.

—Vale —ha dicho también Noah y la ha seguido hasta la barra, donde se ha sentado en un taburete al lado de una Phoebe completamente perpleja.

—Phoebe, me alegra volver a verte.

—El... el gusto es mío —tartamudeó ella, mirando de Grace a Noah con la boca abierta.

Grace se limitó a encogerse de hombros y empezó a llenar los vasos de whisky con manos temblorosas, mientras sentía la mirada de Noah arder sobre ella.

Capítulo 7

—BUENO, con esta ya están todas las sillas. Noah se puso las manos en las caderas y miró hacia Grace, que apagaba la luz de la barra. Era mucho más de medianoche y las últimas tareas de limpieza del pub por fin estaban terminadas.

Con la chaqueta y el bolso en la mano, Grace se acercó a Noah. Él le abrió la puerta y ella salió a la noche. Se detuvo un breve instante, aspiró el aire frío nocturno y se dejó arrullar por el murmullo constante del mar. Las olas rodaban suavemente hacia Fallbury esa noche, como si extendieran sus tentáculos hacia los habitantes para acariciarlos mientras dormían.

En las calles y callejones reinaba un silencio absoluto. La mayoría de los postigos estaban cerrados y solo de vez en cuando se oía el ladrido lejano de un perro. Pasaron por delante de la pequeña tienda de costura de la anciana señora Peabody, que cada segundo martes ofrecía una pequeña reunión privada de punto a la que incluso la madre de Grace había asistido alguna vez, y por la granja colindante de la familia Wilson.

Grace respiró hondo y miró a Noah, que caminaba a su lado en silencio desde que salieron del pub.

—Sé que esto no ha sido una cita. Podemos compensarlo —le propuso ella, y él sonrió sin mirarla.

—¿Ahora mismo? —preguntó él.

—¿Ahora? —Grace se detuvo—. Es plena noche. No hay bares, ni restaurantes, ni nada abierto a estas horas.

Por fin se giró hacia ella. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos oscuros, ¿o eran imaginaciones suyas? Un escalofrío le recorrió la espalda. Una ligera brisa agitó el espeso cabello de Noah. Los rizos le caían sobre la frente, pero no se los apartó. —Me basta con lo que tenemos. Tú, yo, la noche. Se está de maravilla aquí fuera. —Miró

hacia arriba. Justo sobre sus cabezas, la densa capa de nubes se había abierto, revelando una multitud de estrellas brillantes.

—A menos que estés cansada y quieras que te acompañe a casa.

¿Cansada? Grace no podía ni pensar en dormir en ese momento, todo lo contrario. A pesar del frío de la noche, sentía un calor inusual, y sospechaba que cada mirada de Noah no hacía más que intensificar ese ardor desconocido.

—Ven —se limitó a decir y dio media vuelta en el acto—. Te voy a enseñar por lo que te has dejado subastar esta noche.

Noah sonrió y le ofreció el brazo. Sin pensarlo, ella deslizó el suyo por el hueco del codo de él, y mientras emprendían el camino de vuelta hacia la zona del puerto, sintió cada movimiento de su cuerpo, apretado contra el suyo. El aroma de su loción para después del afeitado flotaba en el aire. Especiado y denso, pero al mismo tiempo refrescante y fresco. Podría olerlo en su cabello toda la noche. Pero en ese momento, Grace apenas podía imaginar algo mejor.

Cuando llegaron al puerto, el cielo se había vuelto a nublar por completo. Grace guio a Noah por el muelle flanqueado por rocas y piedras hacia el faro. Desde allí tenían una vista perfecta del puerto de Fallbury con sus amarres para los botes.

—¿Ves ese pantalán de madera de allí? —Señaló hacia el lado opuesto, iluminado por el haz de luz de una vieja farola—. La primavera pasada tuvimos muchas tormentas y lluvias. La ladera se deslizó hacia el agua y se llevó por delante parte de los amarres. Lamentablemente, el pantalán también resultó dañado. Se puede caminar por él hasta la mitad más o menos; a partir de ahí se vuelve peligroso. —Grace se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y encogió los hombros. El viento arreciaba y soplaba con mucha más fuerza hacia tierra firme. Al abrigo del faro, escuchó las palabras de Noah.

—¿Son todos barcos privados?

Ella sacudió la cabeza. —No todos, pero sí unos cuantos. Por ejemplo, aquel bote de remos verde de allí es de mi padre. Y el velero del fondo, el *Diamond*, es de Graham. Otros también pertenecen a gente de Fallbury, pero precisamente los amarres exteriores sirven para los pescadores cuando vienen a vernos durante el verano y recorren las calas de los alrededores al amanecer en busca de la captura de su vida.

—Ah, por eso Rosemary Bell, la del Rose Cottage, está tan preocupada por si no hay suficientes reservas el próximo verano. Apenas habla de otra cosa. —Noah frunció el ceño con preocupación.

—Sí, los pescadores son una de nuestras principales fuentes de ingresos. Aparte de eso, es un placer darles la bienvenida cada año. Conozco a algunos de ellos desde que era niña.

—Entonces la inversión en el boleto realmente ha valido la pena —le lanzó Noah una mirada fulminante—. Quienquiera que lo haya comprado, claro.

Grace se mordió el labio inferior. —Mira, sé que antes ha sonado como si no quisiera tener una cita contigo. Es que me ha pillado totalmente por sorpresa.

Noah restó importancia al asunto con un gesto. —No te preocupes, lo entiendo perfectamente.

—Ahora me alegro de haber encontrado el boleto —dijo Grace en voz baja, sin estar segura de si Noah la había oído. Sin embargo, le pareció ver cómo él contenía el aliento un momento antes de soltarlo en suaves nubecillas en el aire gélido de la noche.

—Y yo —respondió él con la misma suavidad, mientras cada una de sus palabras recorría el cuerpo de ella, haciéndola sentir mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Cuando Grace miró a Noah, de repente apenas podía dar crédito a sus ojos. Unos finos copos de nieve, tan pequeños y delicados que se derretían al instante al contacto con la piel, caían suavemente

sobre su cabello negro y se quedaban prendidos en él. También pudo verlos en sus propios rizos pelirrojos.

La primera nieve del año. Noah también siguió su mirada hacia arriba y parpadeó ante los copos, que parecían aumentar de tamaño a cada segundo. Los diminutos cristales pronto se convirtieron en grandes copos blancos. Flotaban en el aire, se posaban sobre el cabello y la ropa, y parecían disolverse en cuanto tocaban el suelo.

—La primera nieve del año es algo muy especial —susurró Grace, disfrutando de ese momento mágico que la envolvía con un cosquilleo, esa magia única del invierno. Probablemente, Fallbury pronto quedaría sumergida bajo un manto blanco, colgarían carámbanos de los canalones y las gotas de agua de las olas embravecidas se congelarían sobre las rocas como miles de gemas brillantes. Aunque siempre había inviernos en los que las tormentas y la lluvia superaban con creces a la nieve en Fallbury, para Grace solo era un invierno de verdad cuando las calles parecían cubiertas de azúcar glas y ella misma recibía al menos un pelotazo de nieve en la espalda de los niños que jugaban de camino al trabajo.

—¿Sabes lo que hacíamos siempre de niños cuando nevaba por primera vez? —preguntó Noah con un brillo en los ojos.

—¿El qué?

Con curiosidad, Grace observó cómo él se alejaba del faro hacia el pueblo, extendía los brazos, echaba la cabeza hacia atrás y abría la boca de par en par. Sobre su lengua extendida caía un copo de nieve tras otro.

—¡Venga, hazlo tú también! —le gritó a Grace, que ahora lo seguía riendo y se detuvo a su lado. Ella también sacó la lengua, y la nieve, cada vez más intensa, le facilitó la tarea de atrapar los copos.

—Sabe a algodón de azúcar —exclamó Noah.

Grace sacudió la cabeza sonriendo. —Sabe a escarcha, a frío. Sabe frío y refrescante.

—Qué va —replicó Noah, atrapando otro copo y fingiendo que realmente le costaba masticarlo—. Algodón de azúcar, sin duda.

Grace le dio un empujoncito. —Estás loco.

—Quizá —dijo él, tambaleándose hacia un lado con una sonrisa. Señaló el cabello de ella y tocó con cuidado uno de sus gruesos mechones pelirrojos—. Ya están empapados.

Grace se miró. Era cierto. Mientras tanto, caían al suelo gruesos copos de nieve blanca como si fueran bolas de algodón. Todos los que quedaban atrapados en su pelo se derretían en él, dejando sus rizos pesados y mojados. La ráfaga de viento que barrió el pantalán poco después trajo consigo, además de los suaves y blandos copos, una gran cantidad de granizo duro. Grace sintió miles de pequeños pinchazos cuando los granos de hielo impactaron en su rostro. El hechizo se había roto. Al menos el del invierno recién llegado.

Preocupado, Noah echó una mirada al cielo. En el haz de luz de las farolas bailaban innumerables cristales de hielo. —¿Podemos refugiarnos en algún sitio?

Los pensamientos de Grace iban a mil por hora. No quería llevar a Noah a su granja, no ahora, en plena noche. No porque no quisiera tenerlo allí —independientemente de cómo terminara esta noche—. No quería hacerlo para no romper el momento. Con Noah era diferente a como había sido con todos los conocidos de los últimos años. Sí, realmente quería llamarlos así: conocidos. Nada más. Aunque algunos de ellos habían durado meses, nunca significaron más para Grace.

Nunca tanto como ya significa Noah para mí, se confesó interiormente. No quería estropearlo antes de que empezara. Fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo entre ellos ahora mismo. Ya no se podía negar, y ella tampoco quería hacerlo.

Pacto de amigas o no.

Planes de futuro o no.

Dramas masculinos o no.

Noah era distinto. Se sentía distinto. Pero, sobre todo, ella se sentía distinta en cuanto estaba cerca de él. Era una sensación

extraña, casi desconocida. Pero no por ello menos agradable. De hecho, era muy agradable esa sensación que él despertaba en ella.

—¿Grace? —Su voz la sacó de sus pensamientos—. Podemos subir al Rose Cottage, pero me temo que acabaremos congelados antes incluso de haber dejado atrás los acantilados. —Noah se protegió los ojos del granizo, que ahora caía horizontalmente. Detrás de él, Grace pudo ver parpadear la luz de neón del cartel del pub.

Instintivamente, agarró a Noah del brazo y tiró de él a través del muelle y de vuelta a la playa. Allí corrieron por el paseo marítimo y en pocos pasos llegaron al Lighthouse Inn. Grace sacó la llave del bolsillo del pantalón y abrió. Mientras Noah le sujetaba la puerta, ella entró y encendió la luz. Solo allí, rodeada por el aire viciado de la noche, que aún pesaba con las risas de los clientes, Grace se dio cuenta de lo congelada que estaba. Noah también pareció notarlo. En un instante, se quitó la chaqueta y se la puso a ella por los hombros. Sus manos frotaron los brazos de ella. —Enseguida entrarás en calor.

—Y para entonces te habrás congelado tú —dijo ella y se dirigió a la chimenea de piedra en la parte trasera del pub. Algunos maderos estaban apilados con pulcritud a un lado. Grace cogió unos cuantos, los echó al hogar y los encendió con una cerilla.

—Voy un momento a por más —dijo, señalando los maderos restantes, pero Noah la detuvo.

—Eso puedo hacerlo yo. ¿Dónde los encuentro?

Ella le explicó el camino a través de la cocina hacia el patio trasero, y en cuanto él se fue, empezó a apartar las mesas de delante de la chimenea para hacer sitio. A continuación, sacó cojines y mantas de un gran arcón y los extendió todos por el suelo. Es cierto que se podía tener una impresión equivocada al ver el acogedor espacio frente al fuego crepitante. Pero a Grace lo que más le importaba era que no enfermaran y que pudieran calentarse lo más cerca posible de la lumbre.

—Nada mal —dijo Noah, arqueando las cejas con un toque de ironía mientras apilaba los maderos que había traído junto a la chimenea.

—Es solo para entrar en calor —dijo Grace sonriendo, y Noah soltó una carcajada.

—No me cabe duda de que entraremos en calor.

Ella cogió un cojín y se lo lanzó riendo. Él no esperó ni un segundo y se lo devolvió al instante. Después se acomodaron en el suelo. Grace colgó la chaqueta de Noah en el respaldo de una silla para que se secase y ambos se apoyaron en las patas de la mesa, que acolcharon con cojines, envueltos en cálidas mantas.

—Espera —dijo Grace poco después, se levantó de nuevo, cerró la puerta principal con llave para evitar visitas inoportunas, apagó la luz del techo y regresó junto a Noah. Bajo el suave resplandor del fuego de la chimenea, lo miró. La nieve y el granizo ya se habían derretido en su cabello. Se había echado hacia atrás los mechones mojados. Un aspecto totalmente distinto en comparación con sus espesos rizos negros. Le quedaba igual de fascinante.

—Bueno, pues... bienvenido a Fallbury. Vete acostumbrando: aquí fuera el tiempo puede cambiar en cuestión de minutos —dijo Grace, y Noah se recostó mientras se ajustaba más la manta al cuerpo. La luz del fuego bailaba en sus ojos como, horas antes, lo había hecho la de la luna.

—Creo que me estoy acostumbrando poco a poco. A la vida en el pueblo, quiero decir. La gente es amable.

—Porque tú eres amable —dijo Grace con una sonrisa—. No tienes ni idea de lo fuerte que puede llegar a ser una comunidad tan cerrada cuando alguien no le cae bien.

—Me lo puedo imaginar —respondió Noah — pero al mismo tiempo me alegro de no tener que vivirlo.

Por un momento, solo el chisporroteo de los troncos ardiendo llenó el silencio. Fuera, rodeados por la inmensidad, la lejanía, el silbido

del viento y el romper de las olas, el silencio se había sentido menos pesado.

—¿Cómo es que alguien como tú viene voluntariamente de la ciudad al campo? Suele ser al revés: los jóvenes inquietos huyen de los pueblos a las ciudades, como si allí les esperara la vida en estado puro —dijo Grace, sin apartar la vista del fuego.

—Quizá sea más bien al contrario y solo es que no lo saben.

Grace parpadeó mirando hacia Noah. Por un breve instante, sus miradas se cruzaron, una décima de segundo que atravesó su cuerpo como un rayo y lo electrizó. Se estremeció y un escalofrío le recorrió los brazos. —¿Tienes frío? —preguntó Noah, que había observado cómo Grace se frotaba los brazos bajo la manta.

—Oh, no es nada... —respondió ella azorada, pero apenas había terminado de hablar, él ya se había acercado a ella con su manta y sus cojines.

—Acércate sin miedo, no muerdo. —Con una sonrisa, levantó su manta y, tras una breve e insegura vacilación, Grace se deslizó finalmente a su lado. Su cuerpo irradiaba un calor increíble. No se atrevía a tocarlo, pero ahora estaba sentada junto a él hombro con hombro, mientras la gran manta de él los calentaba a ambos.

—Bueno... ¿por dónde íbamos? Ah, sí, claro, por qué he venido aquí. Si te soy sincero, simplemente buscaba trabajo. No hay nada peor que un médico sin experiencia práctica. Después de la carrera, quería empezar cuanto antes.

Grace asintió.

—Y en Aberdeen no me retenía nada, aparte de mi buen colega Cory, quizá —añadió Noah.

—¿Así que querías marcharte de tu tierra a toda costa?

Él suspiró de forma audible. —Sí. En realidad me daba igual a dónde ir. Aunque ahora, por supuesto, me alegro de haber acabado precisamente aquí. —Le dedicó una sonrisa de lado y Grace no supo

si era la cercanía al fuego, a Noah o la doble manta, pero de repente sintió un calor abrasador.

—Yo no podría imaginarme marcharme de aquí. Aparte de que he nacido para la vida en el campo, echaría terriblemente de menos la inmensidad infinita y las vistas sobre las verdes colinas de Fallbury ya desde el primer día. Y también me faltarían muchísimo mis padres.

Noah giró la cabeza hacia ella. Estaba tan cerca que ella sentía el calor de su aliento en la mejilla. —A mi padre no lo conozco. No sé por dónde anda, ni si llegó a saber nunca que yo existía. Y mi madre... hace ya bastante tiempo que no está. —Su mirada se ensombreció y un velo de tristeza y anhelo se posó en la expresión de Noah.

—Lo siento mucho —susurró Grace. Nunca sabía qué decir cuando alguien estaba de luto por haber perdido a un ser querido. No porque no pudiera empatizar con esa persona, sino porque ninguna palabra del mundo mitigaría la pérdida. Era la primera vez que reconocía cierta pesadez en la mirada de Noah. Una pesadez que se llevaba consigo la ligereza de su sonrisa y el brillo de sus ojos. Quizá hacia el mar, igual que muchas de sus propias preocupaciones habían sido arrastradas a menudo por la corriente hacia la lejanía. Pero Grace también sabía que las olas acababan devolviéndolo todo tarde o temprano a tierra firme. No se podía huir de nada, y mucho menos de uno mismo. Ni siquiera en Fallbury.

—Mi madre es la razón por la que estudié medicina. Murió de leucemia.

—Qué horror. —A Grace se le encogió el corazón—. ¿Eras todavía muy joven?

—No, ya era casi adulto cuando enfermó. Pero... bueno, no es importante. Se supone que esto es algo así como una cita. Temas tan pesados no tienen lugar aquí.

Grace se giró hacia él. —En una cita de verdad quiero conocer a la persona que tengo delante. Todo de ella, no solo lo bonito.

Noah le sonrió con dulzura. —¿Es una primera cita el lugar adecuado para contar las fechorías de la juventud?

—Nadie es perfecto —replicó Grace—. Cuando Phoebe y yo éramos pequeñas, pintamos todo el contorno de la base del faro con girasoles a más no poder usando restos de pintura de mis padres. Menudo lío se armó.

Noah sonrió con ganas. —Eso es tierno, pero no es un pecado de juventud.

—Entonces cuéntame qué es uno —dijo Grace rodeándose las rodillas con los brazos. De repente, él tenía una seriedad que ella aún no conocía.

—Allanamiento, robos, excesos con el alcohol... Me escapé de casa varias veces. No fue una buena época en lo que a mi madre y a mí respecta. Simplemente tenía el círculo de amigos equivocado. Quizá también me faltaba mi padre, alguien que diera un golpe en la mesa. Mi madre era una mujer demasiado buena. Siempre cariñosa y cálida. Era blanda, nunca dura. —Noah tragó saliva y bajó la mirada—. Y entonces enfermó. Ahí cambió todo. —Cuando volvió a mirarla, sus ojos brillaban—. Aun así, nunca llegó a curarse.

—¿Llegó a ver que empezaste a estudiar medicina? —La voz de Grace sonó claramente afectada y se aclaró la garganta.

—Sí, creo que llegó a entenderlo bien.

—Entonces seguro que en aquel momento estaba muy orgullosa de ti, y con toda seguridad lo estaría también hoy. —Como movida por un impulso, se inclinó hacia Noah, apoyó la cabeza en su hombro y puso una mano sobre la de él bajo la manta—. Mi madre me dijo una vez que para unos padres no hay nada más bonito que ver que, de las raíces que les han dado a sus hijos, crece algún día algo que da fruto.

Noah tomó su mano y la rodeó con sus dedos. Su pulgar áspero acarició con suavidad y ritmo constante el dorso de su mano, mientras ella lo miraba y él le sostenía la mirada, en un silencio profundo. —Gracias —susurró al cabo de un rato con voz quebrada,

y Grace sintió cómo su mano temblaba en la de él. Por un momento solo se miraron, incapaces de apartar la vista el uno del otro, y mucho menos dispuestos a hacerlo. En sus ojos estaba escrito todo el dolor del pasado, unido a la esperanza de un nuevo comienzo que lo había llevado a Fallbury. De repente, su mano se soltó de la de ella, subió por su brazo, se hundió en los suaves mechones que caían sobre sus hombros y rozó su mejilla en una caricia sutil. Grace contuvo el aliento al sentir el pulgar de Noah acariciando su barbilla. Allí se detuvo un breve instante antes de levantarle la cara con suavidad pero con firmeza y posar sus labios sobre los de ella. El beso fue ligero, tan liviano que Grace apenas supo qué le estaba pasando. Sintió el retumbar de su corazón en el pecho y cómo se le aflojaban las rodillas ante la cercanía de aquel hombre que se había colado en su corazón sin que ella estuviera siquiera preparada. La besó con dulzura, como el ansiado viento de verano al final de la primavera que recorría el mar y los acantilados, despeinándole el cabello y haciendo que su corazón se acelerara. Grace mantuvo los ojos cerrados y jadeó cuando Noah se retiró.

—Ufff —dijo él, y cuando ella lo miró, se rascó la cabeza avergonzado. Tenía las mejillas rojas como el fuego.

Grace también sintió el calor en su rostro y se quitó las dos pesadas mantas de encima.

—¿Aire fresco? —preguntó con una voz algo chillona y, sin esperar a la respuesta de Noah, se puso en pie de un salto. Sentía las piernas como si fueran de goma. Caminó temblorosa y con el corazón a mil hacia una ventana y la abrió un poco. La mirada de Noah la siguió en cada paso; podía sentirla quemando en su espalda.

Cuando regresó, se sentó de nuevo un poco alejada de él, aunque todo en su interior se resistía a cada milímetro de distancia. Lo que más deseaba era volver a acurrucarse a su lado, sentir cómo su pecho subía y bajaba bajo su aliento caliente, y dejar que las yemas de sus dedos recorrieran su atractiva barba de tres días hasta que

sus labios la hubieran encontrado y los besos apasionados de Noah la hubieran...

—¿Grace?

Ella se sobresaltó. —¿Qué?

Él la miraba con una sonrisa. —¿En qué estabas pensando?

Dios mío, por favor, que me trague la tierra, pensó abochornada y se tapó la cara encendida con las manos. —No tiene importancia —mintió—. ¿Qué habías dicho?

—Que ahora te toca a ti. Cuéntame de ti. ¿Cómo es que una mujer joven como tú —que parece que la vida misma estuviera esperando a que ella la atrapara— tiene que mantener a flote a su familia y a sí misma con dos trabajos? ¿Se debe a la salud de tu padre?

Ni una palabra sobre el beso, sobre sus corazones acelerados, la falta de oxígeno, el calor que llenaba la habitación...

Grace tragó saliva y se incorporó. La comparación entre su vida laboral y la pérdida que había sufrido Noah le pareció fuera de lugar. De repente, se sintió francamente mal por haber estado tanto tiempo lamentándose por su sueño de la tienda agrícola. Sí, la época en la que su padre estuvo tan mal había sido una carga para la familia. También económicamente. Pero al menos todavía lo tenía. Podía ir a verlo, darle un beso en la mejilla, escuchar sus historias y apoyar la cabeza en su hombro, como tanto le gustaba hacer de niña. Podía pedirle consejo y escuchar su risa. Podía oírle quejarse de las adversidades de la vida y convencerlo cada día de nuevo de lo brillante y luminosa que esta podía ser a pesar de todo.

Noah ya no podía hacer nada de eso.

No, no quería comparar su situación laboral con el pasado de él. Simplemente no encajaba.

En lugar de responderle, se levantó, sacó un paquete de galletas y dos botellas de agua de detrás de la barra y se los llevó junto a la chimenea. Lenta pero segura, volvía a tener el control, aunque la cercanía de Noah casi la volvía loca.

—¿Y bien? —Noah no cedía.

—No me parece bien. Tú has perdido a tu madre. ¿Qué voy a contarte yo?

—Esto no es un concurso, Grace —dijo Noah con insistencia y le quitó una botella—. Quiero conocerte tanto como tú a mí. Así que por favor. Cuéntamelo. Cuéntame de ti. De la Grace que aún no he podido ver.

Sus palabras la halagaron, y su mirada era tan abierta y sincera, tan interesada, como nunca antes había visto en nadie. Era como si le mirara el corazón y buscara allí sus respuestas.

Grace cogió una galleta de chocolate. —Tu sospecha era correcta. Hasta hace cinco años, mis padres y yo trabajamos para abrir una tienda agrícola. Siempre fue nuestro sueño tener gallinas y ganado. Vender leche y huevos, productos de la panadería de mis padres.

—Espera, ¿Harry's Backwaren pertenecía realmente a tu padre? —preguntó Noah y aceptó una galleta con gratitud.

Grace asintió. —Cuando ya no pudo trabajar más, tuvo que vender la panadería para poder mantener la granja. Bueno, y del sueño de la tienda agrícola no ha quedado mucho. Hoy no podría ni siquiera ocuparse de una tienda así aunque quisiera. Por no hablar de los animales.

Noah asintió comprensivo. —Y por eso tienes los dos trabajos, para que podáis salir adelante de alguna manera.

—Mamá solo trabaja unas horas en la panadería. Pero de algo tenemos que vivir. Los medicamentos de papá cuestan un dineral. Así que trabajo principalmente en el supermercado y de vez en cuando en el pub. —Levantó la vista—. Realmente hay cosas peores en la vida.

—Lo entiendo perfectamente. Pero no pareces feliz, si me permites decírtelo.

Grace se rió con torpeza. —Soy feliz si mis padres están bien.

Noah bajó su galleta. —¿Pero qué pasa contigo?

—¿A qué te refieres?

Ahora fue él quien se acercó a ella. En su mirada estaba la pregunta silenciosa de si estaba bien, de si ella rechazaría su cercanía o incluso se apartaría. Por supuesto, ella no hizo nada de eso, todo lo contrario. Como movida por una fuerza invisible, se apoyó en él y sintió su mejilla cálida sobre su cabello.

—¿Y qué pasa con tu felicidad? —preguntó él entonces—. ¿La que te pertenece a ti? La que se compone de tus sueños y deseos, de tus esperanzas. ¿Dónde queda en todo esto?

Ella se encogió de hombros. —A veces eso no importa.

Noah sacudió la cabeza con insistencia. —Eso siempre importa. —Oyó cómo él daba un mordisco a su galleta—. ¿Has buscado alguna vez una alternativa? Al plan original de la tienda de la granja, me refiero.

Ella soltó una carcajada y lo miró. —¿Qué alternativa podría haber? Una tienda de productos de la granja sin productos de la granja ya no es una tienda de productos de la granja.

—Hm —se limitó a decir Noah, dejando que su mirada volviera al fuego—. Le daré una vuelta.

Grace sonrió para sus adentros. Él había recuperado su ligereza, su sonrisa era plena y cálida, tal como ella la había conocido. Tal como la había conmovido. Aunque, a decir verdad, todo en él la conmovía. Tanto su seriedad como su ligereza. La calidez de su mirada tanto como el puro dolor en su voz. Era tan auténtico. Todo en él. Como si desplegara su alma ante ella sin miramientos, sin vergüenza, sin miedo. En cierto modo, la abrumaba. Pero solo porque no estaba acostumbrada. Ella había aprendido a disimularlo todo con una sonrisa. Noah era diferente, y precisamente eso era lo que tanto la emocionaba.

—Bueno, ahora te toca a ti: ¿qué tal va todo arriba en Rose Cottage?

—¡Oh, menudo tema has sacado! —Noah se rio y luego apoyó la barbilla sobre el cabello de ella—. Por las noches, a solas con

Rosemary, a veces paso hasta miedo.

—Tonterías —rio Grace entre dientes.

—¿Has estado alguna vez a oscuras con ella en una casa vieja que cruje? A veces deambula por las habitaciones y de repente aparece ante mí; me pego unos sustos de muerte. —La miró y sonrió tanto que se le pusieron las mejillas rojas como el fuego.

—Se cuentan historias de lo más locas sobre Rosemary y un viejo pescador al que supuestamente amó una vez. —Ella levantó la vista y se encontró con la mirada inquisitiva de Noah—. Pero la gente del pueblo cuenta muchas cosas. Nunca se sabe qué hay de cierto y qué han adornado con su imaginación.

—Me lo puedo imaginar perfectamente. Una historia de amor dramática encajaría con ella y con su mirada profunda y oscura, en la que se esconden tantos secretos. Aun así, estoy convencido de que, en el fondo, es una mujer realmente cariñosa. A su manera, ¿sabes?

Grace asintió. —Lo es. Ellie la ha ablandado. Cuando volvió a Escocia el año pasado, todo cambió... —Y enseguida Grace empezó a hablarle a Noah sobre Ellie y Graham, sobre su tierno amor de juventud, cómo se reencontraron y en qué se había convertido aquello con el tiempo. Y durante todo ese rato, sus dedos jugueteaban con los de él, como si fuera lo más natural del mundo estar tan cerca, como si no hubieran hecho otra cosa en la vida. A veces era ella quien acariciaba el dorso de su mano, pero en la mayoría de los casos era él quien, con caricias aparentemente fortuitas, le robaba el aliento. ¿Podría oír su corazón desbocado? Casi sentía cómo hacía vibrar su cuerpo.

Grace también le habló de Rosemary y de la doctora Baxter, que mediante un pequeño truco por fin había conseguido que Rosemary volviera a dejarse ver por el pueblo.

Después, Noah le contó cosas de la granja Flynt, del ganado y las ovejas de Graham y Archie, de Rose Cottage y de sus vistas sobre los acantilados.

Y Grace continuó la conversación describiendo algunas de las peculiaridades de los habitantes del pueblo, algunas divertidas, otras extrañas y otras más profundas.

Así, una palabra llevó a la otra, un tema al siguiente, mientras lenta y silenciosamente la mañana gris se cernía sobre Fallbury. Solo del beso, horas antes, no hablaron. De ese tierno contacto, de la inesperada cercanía y del fuego ardiente que habían provocado en Grace. Apenas podía pensar en otra cosa.

Grace se sobresaltó al oír el conocido estrépito de la puerta batiente de la cocina. Seguía en brazos de Noah, se había acurrucado contra su torso de forma natural y debió de quedarse sumida en un sueño ligero en algún momento de la madrugada. Pero aquel sonido familiar la dejó despierta al instante. Con cuidado, se liberó del abrazo de Noah y miró hacia la barra, donde se encontró con la amplia sonrisa de JoJo. Se arregló el pelo revuelto y salió de entre el barullo de mantas y cojines.

¿Qué hora era?

Ya no se acordaba.

Aun con sueño, siguió a JoJo a la cocina.

—Vaya, veo que os habéis puesto cómodos.

—No es lo que parece en absoluto. —Se frotó los ojos para despejarse.

—Cuando se dice eso, es exactamente lo que parece —replicó JoJo visiblemente divertido.

Grace le contó lo de la tormenta de nieve que se había desatado en mitad de la noche y que habían necesitado urgentemente un refugio cálido. —Lo siento, debería habértelo pedido.

JoJo restó importancia con un gesto. —Qué tontería. Sé que puedo confiar en ti. —Ladeó la cabeza, todavía sonriendo—. ¿Y? ¿Cómo es él, ese Noah?

—Agradable, muy agradable —dijo ella, mirando el reloj de la cocina sobre la puerta. Las diez. ¿Cuánto tiempo habían dormido? Definitivamente muy poco, a juzgar por cómo se sentía. Estiró la espalda, se inclinó una vez a la izquierda, otra a la derecha y disfrutó del liberador crujido de sus músculos.

—Ya, ya —respondió JoJo pícaramente—. Quizá deberías despertar a tu «muy agradable» Noah. El repartidor del whisky está a punto de aparecer por aquí.

Cuando Grace salió a la sala, Noah ya se había despertado por su cuenta. Estaba ante la chimenea con la camiseta arrugada y doblaba las mantas mientras ella se acercaba. Tenía los pelos de punta, cada uno en una dirección.

Qué mono, de alguna manera, pensó Grace.

—Hola —dijo ella simplemente, sintiéndose totalmente idiota al hacerlo.

Hola... ¿quién dice eso después de una noche así? Mentalmente se dio una palmada en la frente, pero al mismo tiempo se esforzó por mostrar una sonrisa medianamente seria.

Sin el suave resplandor del fuego y la protección de la noche, de repente se sentía realmente expuesta tras todas aquellas conversaciones abiertas con Noah.

—Hola a ti también —respondió Noah sonriendo y dejó la manta para acercarse a ella. Por un breve instante pensó que querría volver a besarla, pero él solo levantó la mano y le acarició el cabello—. Tenías una pelusa —dijo, mostrándosela delante de la cara. Ella la sopló, se apartó el pelo y le ayudó a recoger.

—¿Has dormido bien? —Grace intentó que su voz sonara lo más indiferente posible, pero ella misma podía notar cómo sus palabras temblaban.

—A los treinta y tres años he pasado la noche medio sentado, medio tumbado en un suelo de tarima. Me siento como si tuviera al menos noventa. Pero, por lo demás, ha sido genial. —Le guiñó un ojo. Ni rastro de incomodidad por su parte.

—Estirarse ayuda, te lo digo por experiencia —respondió ella y le ayudó a guardar los cojines y las mantas mientras le contaba que JoJo había llegado y que en breve aparecería un repartidor.

—Tengo que subir a la cabaña de todos modos y refrescarme. Entro de servicio a mediodía.

—Menos mal que nos han despertado.

Grace se pasó el cepillo por el pelo ante el estrecho espejo del recibidor hasta que tuvo un aspecto medianamente presentable.

—¿Me dejas? —preguntó Noah, y ella le entregó el cepillo. Pero el pelo antes mojado, el haber dormido y ahora el cepillo provocaron una auténtica explosión capilar en la cabeza de Noah. De repente parecía compuesto únicamente por rizos negros.

—¡Oh, no! —se lamentó él dejando caer los brazos, mientras Grace tenía que aguantarse la risa. Aun así, se le escapó una carcajada.

—Perdona —consiguió decir entre risas.

—Tengo un aspecto horrible —respondió Noah, ya mucho menos desesperado, y pareció divertirse de lo lindo con la risa sincera de ella.

—Te ves muy tierno —dijo ella con sinceridad.

—Tú sí que eres tierna —dijo Noah simplemente, acariciándole la mejilla, y ahora fue a ella a quien de repente se le encendió la cara.

Solo quedaban unos pocos restos de nieve y aguanieve de la noche anterior en las calles del pequeño pueblo pesquero mientras Grace y Noah caminaban a toda prisa. Él se había empeñado en acompañarla hasta la granja.

—Un caballero acompaña a su cita a casa —había dicho él con una sonrisa pícaro, y Grace no había tenido la más mínima intención de quitárselo de la cabeza. En lugar de eso, disfrutó por última vez de su cercanía, de la naturalidad con la que se miraban, se sonreían, bromeaban, se guiñaban el ojo, se daban empujoncitos juguetones, tropezaban por las calles y se sujetaban el uno al otro. Grace se sentía embriagada, verdaderamente hechizada por esa noche, esa

cercanía, ese hombre. Con las palabras sinceras y abiertas de las últimas horas, había crecido entre ellos un vínculo que ya no se podía negar.

Cuando llegaron a la puerta de la granja McNally, Harry, el padre de Grace, se acercaba justo al buzón.

—¡Ah, doctor Parker! Ya me he enterado de que Gracie se lo ganó anoche. En mis tiempos no había esas cosas, uno tenía que apañárselas por sí mismo. —Le dio un codazo afectuoso a Noah riendo—. Y yo lo hice: a mi Olivita.

—¡Papáaaaa! —siseó Grace—. Simplemente nos quedamos dormidos en el pub. Al fin y al cabo, tuve que trabajar hasta medianoche, ¿sabes?

—Ah, claro, claro. —Harry restó importancia con un gesto.

—¿Cómo va esa tensión, señor McNally? —se interesó Noah.

—Todo en orden. Olivia me hace la vida imposible si no lo controlo todo por la mañana, al mediodía y por la noche. Hasta lleva un registro. —Sacudió la cabeza, pero Grace sabía en el fondo lo agradecido que estaba por los cuidados de su madre.

—Menos mal que tenemos a las mujeres, ¿verdad? —dijo Noah, dándole una palmadita amistosa en la espalda.

—Ya puede decirlo. —Harry levantó el periódico—. Vuelvo adentro, que hoy refresca. —Y enseguida atravesó el patio de vuelta a la puerta de casa.

—Yo también debería entrar ya. Si no, hoy no vas a volver nunca a la cabaña.

—Le diré a la doctora Baxter que la culpa es tuya, porque hemos pasado una noche tan maravillosa juntos que, de repente, todo lo demás me ha dado igual. —Dio un paso hacia ella y le cogió la mano. Los dedos de Noah estaban tan cálidos como el cosquilleo en su estómago.

El corazón de Grace dio un vuelco. —Eso... eso podría malinterpretarse —objetó ella, rascándose la nuca con timidez.

Entonces Noah se inclinó de repente hacia ella y le susurró al oído: —Lo importante es que yo sé cómo debo entenderlo. —Su aliento caliente recorrió su piel mientras sus labios rozaban su mejilla. Dejaron a su paso un rastro de vello erizado y escalofríos. Grace contuvo el aliento y solo se atrevió a respirar de nuevo cuando Noah volvió a estar frente a ella con su típica sonrisa pícara.

—Pues nada, *Gracie* —dijo recalcando su apodo, que acababa de oírle a su padre—. Espero que repitamos.

—Yo también lo espero —respondió ella sin aliento, observando cómo Noah se ponía en camino caminando hacia atrás. Cuando estuvo a punto de tropezar con el bordillo porque no podía apartar la vista de ella, soltó una carcajada.

Él levantó la mano a modo de saludo, sonriendo. —¡Mira en el bolsillo de tu chaqueta! —exclamó, y Grace frunció el ceño desconcertada. Poco después sacó del bolsillo un papel con un número de móvil.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó riendo.

—Un hombre tiene sus secretos. —Se despidió con la mano por última vez y se dio la vuelta cada pocos segundos mientras bajaba por la calle, hasta que desapareció tras la esquina de una casa. Ella se quedó junto a la puerta y lo siguió con la mirada hasta el último segundo; el trozo de papel en su mano temblaba y se sentía tan inestable como sus propias rodillas.

Capítulo 8

GRACE estaba tumbada en su cama y descorrió un lado de las cortinas lo suficiente como para poder contemplar el cielo cubierto de nubes. Ni estrellas, ni luz de luna. El reloj de su mesilla de noche proyectaba números brillantes en el techo: 05:17. Le parecía que aún era plena noche. Soltó la cortina y suspiró. Justo ahora, a esta misma hora, veinticuatro horas antes, había estado en el pub durmiendo plácidamente con la cabeza apoyada en el hombro de Noah. ¿Quién de los dos se había quedado dormido primero? ¿La habría estado observando él? ¿Le habría susurrado algo que ella ya no había llegado a oír? ¿Habría sentido el impulso de acariciarle el pelo? ¿De tocarla, al amparo de la oscuridad y el sueño? A ella le habría pasado eso si lo hubiera visto quedarse dormido. No habría podido apartar la vista de él. Ya de por sí apenas podía hacerlo.

Desde aquella cita espontánea y la despedida en la puerta del jardín, no lograba sacarse a Noah de la cabeza. Si horas antes al menos todavía había intentado convencerse de lo sensato que era el pacto de amigas de Phoebe, ahora ya solo creía en ello a medias. ¿Quién iba a imaginar que, precisamente en este momento, alguien como Noah llegaría a Fallbury, caminaría por sus calles, tropezaría con su vida y entraría directo en su corazón? Y para colmo a finales de año, en invierno, con el frío y la oscuridad... y, sin embargo, sentía tanto calor que notaba cómo le ardían las mejillas solo con pensarlo.

El día de ayer se le había pasado volando, como si estuviera en un sueño. En el supermercado casi confunde la leche sin lactosa de Miss Miller con una botella de suero de mantequilla; la bolsa con los scones recién hechos de Miss Palmer resbaló por la cinta de la caja y se cayó al suelo, por lo que tuvo que ir a por otros nuevos, y al final acabó tropezando con una cesta de la compra llena; consiguió recuperar el equilibrio en el último momento, pero al hacerlo aplastó

el cartón de huevos del viejo Hank, el que no tenía dientes. Había sido un desastre. Simplemente no podía concentrarse, y el constante timbre del móvil por las curiosas llamadas de Phoebe no ayudaba. Rechazaba las llamadas de su amiga una y otra vez, pues no sabía qué decirle ni qué explicarle. Al fin y al cabo, era la propia Grace quien menos entendía lo que le estaba pasando.

¿Estaba en camino de enamorarse de Noah Parker?

¡Cielo santo! Eso era lo último que necesitaba ahora.

¿Y si no era más que otro de sus arrebatos, un breve momento dominado por las hormonas que apenas la dejaba pensar con claridad? ¿Y si él también resultaba ser una decepción? ¿Alguien que le rompiera el corazón? ¿Alguien que solo buscaba entretenimiento, una distracción, como todos los hombres que había conocido hasta ahora?

Ya... ¿pero y si nada de eso era cierto? ¿Y si lo decía en serio? ¿Y si sentía ese cosquilleo en el estómago y el vuelco en el corazón al estar cerca de ella tanto como ella al estar cerca de él? ¿Y si ahora mismo estaba tumbado en Rose Cottage, sin poder dormir tampoco y pensando en ella?

Grace salió de la cama a gatas, se echó una bata por encima y salió al pasillo. Subió al desván por una escalera extensible, caminó deprisa hacia la claraboya y la abrió. Para ver mejor, se subió a un pequeño taburete de madera que había estado en el rincón, como si hubiera estado esperando precisamente para esto. El aire de la mañana era fresco y puro. La golpeó con fuerza, reviviéndola. Grace miró por encima de los tejados de Fallbury, recorriendo los acantilados y las colinas, y su mirada se detuvo en Rose Cottage. Una farola hacía que la casa resplandeciera literalmente en la oscuridad. Su vista ascendió por la pintoresca vivienda, se detuvo en el piso superior —la planta de invitados— y descubrió allí una ventana abierta de la que ondeaba una cortina o un visillo. ¿Podría ser la habitación de Noah? Al menos no sabía de ningún otro huésped que se alojara en Rose Cottage en ese momento. Grace se

asomó por la ventana poniéndose de puntillas; ¿podría ver la consulta del Dr. Baxter desde su desván?

Cuando se dio cuenta de su comportamiento de acosadora, sacudió la cabeza. *A esto he llegado*, pensó mientras bajaba de nuevo la escalera del desván y volvía al dormitorio. El móvil estaba en la mesilla. Todavía no le había escrito a Noah, aunque había guardado con seguridad el trocito de papel con su número en la funda del teléfono para tenerlo a mano en cuanto reuniera el valor necesario.

En la pantalla descubrió otras dos llamadas perdidas de Phoebe, que lo había intentado hasta altas horas de la noche. Grace conocía a su mejor amiga: si no le daba los últimos cotilleos de inmediato, se presentaría luego en el supermercado y sacaría a relucir el tema de la cita con Noah delante de todo el mundo. ¡De eso sí que podía prescindir!

Decidida, fue al baño, se arregló para el día, preparó café —que se llevó en un termo— y bajó al pueblo en bicicleta. Al final de Harbour Street, no muy lejos del pub, se encontraba la casita de piedra en la que Phoebe alquilaba desde hacía años un minúsculo apartamento en la planta baja. Los techos eran tan bajos que incluso Grace, con su metro sesenta y seis, tenía que agachar la cabeza al pasar de una habitación a otra. A cambio, la vivienda contaba con un precioso y salvaje jardín de flores, y no era raro que las amigas pasaran allí las veladas más acogedoras con Ivy en las tibias noches de verano, con el murmullo de las olas de fondo.

Aquella mañana de invierno, sin embargo, el jardín se veía triste y gris; el verde intenso del césped se había desvanecido y las huellas de la escarcha se marcaban en la valla de madera húmeda. Grace apoyó la bicicleta contra la valla y se acercó a la ventana tras la cual se encontraba el dormitorio de Phoebe.

—¡Pheebbs! —llamó mientras golpeaba el cristal—. ¡Oye, Pheebbs, despierta! ¡Soy yo!

Tras las cortinas semitransparentes se encendió una luz. Grace dio un paso atrás, se metió las manos frías en los bolsillos de la

chaqueta y encogió los hombros. Se había envuelto su larga y espesa melena alrededor del cuello casi como si fuera una bufanda, pero eso no la calentaba de verdad.

Tiritando, cambiaba el peso de un pie a otro cuando de repente la puerta de la casa se abrió de par en par justo a su lado y Larry Piercen salió tropezando.

—¿Larry? —preguntó Grace con incredulidad, asegurándose de que no había visto mal, y retrocedió asustada.

—Grace —dijo el larguirucho presentador de radio, y se rio visiblemente avergonzado. Tenía el pelo rubio y corto totalmente alborotado y, obviamente, acababa de estar intentando abrocharse los últimos botones de la camisa antes de quedarse paralizado por el susto.

—Hace fresco hoy, ¿verdad? —Grace sonrió divertida mientras las mejillas de Larry se ponían rojas como el fuego y él salía disparado calle arriba, como si le hubiera picado un tábano, sin dirigirle ni una palabra más. Ni siquiera se había atado los cordones de los zapatos. A cada paso le golpeaban la pernera del pantalón.

Solo entonces se abrió la ventana a la que Grace había llamado antes, y Phoebe se asomó con una sonrisa pícaro en los labios y envuelta únicamente en una manta gruesa por encima de los hombros.

—¿Larry Piercen, Pheeb? ¿En serio? —preguntó—. ¿Qué pasa con nuestro pacto?

—No exageres, Gracie. Lo de Larry no cuenta para eso.

—Dijimos que nada de dramas con hombres. Si Larry y tú no sois un drama, ¿entonces qué sois?

Aunque a Grace la situación con aquel hombre sorprendido le había parecido graciosa, el comportamiento de Phoebe la decepcionaba un poco. Ella misma se recordaba el pacto constantemente, no quería defraudar a Phoebe y, sobre todo, a Ivy, a pesar de que Noah le gustaba más de lo que habría podido

imaginar en un principio. Al darse cuenta de lo que significaba ese pensamiento, se quedó helada.

Phoebe se encendió un cigarrillo. —Pero bueno... ¿ya has terminado con tu sermón de juez de paz?

—Eso parece —murmuró Grace, intentando recomponerse—. Así que... Larry y tú, ¿eh? ¿Eso significa que el pacto se ha ido al garete?

Phoebe dio una calada placentera a su cigarrillo y soltó el humo en el aire frío. —Eso fue solo por culpa de la morena esa delgada de la falda corta, ¿sabes? Una excepción...

—Tus aventuras con Larry Piercen siempre son excepciones, Pheebs.

Su amiga se echó a reír. —Mejor cuéntame qué haces aquí a estas horas tan terribles. ¿Estás lista por fin para contarme lo de tu noche con Noah?

—Eso no tiene comparación con lo de Larry y tú —dijo Grace, y la sonrisa desapareció de su rostro.

—Eso espero. Entonces, ¿qué tal fue? Puedes entrar si quieres. —Phoebe señaló hacia la puerta de la casa.

—No, quiero subir ahora mismo a los acantilados.

—Pues date prisa en hablar antes de que me congele. Porque no llevo nada puesto y...

Grace cerró los ojos con fuerza. —¡Demasiada información, Phoebe!

Riendo, su amiga se inclinó hacia fuera y esperó obviamente a que Grace la cubriera de detalles. Esta comenzó a repasar cómo había sido la velada de principio a fin: el haber recogido juntos el pub, el paseo hasta el pueblo, la excursión espontánea al faro, la repentina tormenta de nieve y, finalmente, su regreso al pub y la noche llena de buenas conversaciones frente al fuego. El beso se lo guardó para sí. Quería disfrutarlo a solas un poco más, llevarlo guardado en el

corazón como un tesoro preciado y sentir su embriagador cosquilleo cada vez que lo anhelara.

Phoebe la escuchó pacientemente hasta el final. Solo entonces levantó las manos con aire inquisitivo y abrió mucho los ojos.—¿Y eso es todo?

—Pues claro, ¿qué te esperabas? —mintió ella.

—¡Más!

Grace puso los ojos en blanco. —Phoebe, me confío a ti, ¿y tú qué haces? ¿Es que no te das cuenta de que no sé qué hacer? ¿De qué significa todo esto?

Phoebe apoyó la cabeza en las palmas de las manos. —Vale, pues por favor, deja de engañarte a ti misma. No estarías aquí si no hubiera significado nada para ti.

Grace bajó la mirada. —Me gusta, Pheeb. Es estupendo —confesó en voz baja.

—¿Y? ¿Dónde está el problema entonces? —Phoebe sacudió la cabeza—. ¿Solo por el pacto? Eso fue una idea para ayudar a Ivy a recuperarse y apoyarla. No es algo que esté escrito en piedra.

—Ya, no me extraña que digas eso después de esta noche. Ahora que te he pillado —replicó Grace con sarcasmo—. Aparte de eso, para Ivy es muy importante que no la abrumemos con temas de hombres precisamente ahora.

Phoebe se mordió el labio.—Hm —murmuró, pues parece que no se le ocurría nada mejor—. Si ese pacto no existiera, ¿qué pasaría?

—Pues que estaría igual de escéptica, porque simplemente no quiero volver a meterme en otro drama —replicó Grace, dándose cuenta en ese momento de lo bien que se le daban las excusas perfectas para cualquier ocasión. Todo con tal de no tener que admitir ante sí misma que sabía perfectamente lo que quería.

Conocer a Noah. Pasar tiempo con él. Estar cerca de él. Besarle una y otra vez.

¡Maldita sea!

—Si me preguntas a mí, y lo haces, porque si no no estarías aquí, déjate llevar y mira a dónde te conduce. Noah es un buen tío. No solo es guapísimo, sino que tiene un buen trabajo y sentido del humor. Te hace reír, te trata bien y es obvio que te sientes atraída por él. Gracie, no busques problemas donde no los hay.

Phoebe tenía razón. Con Pete y todos sus predecesores no se había comido la cabeza ni la mitad; más bien se había lanzado de cabeza a la relación. Con Noah era distinto. Quizá porque él le importaba de una manera especial. Porque no era como los demás.

—No quiero que pare. Este hormigueo, ¿sabes? —dijo Grace sonrojándose ante la dulce sonrisa de Phoebe.

—Entonces deja que se extienda —le guiñó un ojo su amiga con picardía—. ¡Y disfruta!

¿Disfrutar de Noah?

Eso no iba a resultarle nada difícil...

Después de que Phoebe se despidiera para volver a la cama, Grace se puso en camino hacia los acantilados. Una vez abajo, en el puerto, decidió tomar ese día el atajo que subía a Fallbury Hills y dejó la bicicleta apoyada en la valla del jardín de Phoebe. La recogería más tarde, de camino de vuelta al supermercado.

Eran apenas las siete cuando terminó de subir por el sendero a las afueras del pueblo y Rose Cottage apareció a lo lejos. Avergonzada, Grace recordó el momento en que se había subido como una loca a la vieja banqueta de madera para espiar por la claraboya, solo para vislumbrar a Noah Parker. Aquello debería haber despejado todas sus dudas. Era evidente que no tenía ninguna posibilidad contra lo que Noah despertaba en ella.

—¿Grace? —oyó de repente su voz con tono de sorpresa, y se detuvo en seco. Al darse la vuelta, vio que Noah estaba subiendo por el sendero tras ella desde los acantilados. Al parecer, acababa de estar hablando por teléfono, porque tapaba el micrófono del móvil mientras la llamaba—. ¿Cory? Luego te devuelvo la llamada, tío —

terminó rápidamente la conversación y se dirigió a Grace—. ¿Intentas acercarte a la casa a hurtadillas para espiarme? —preguntó con una sonrisa burlona.

—¿De dónde sacas eso? —replicó ella sin aliento, sintiéndose pillada al instante. No la habría visto, ¿verdad? No, tonterías. ¿Cómo iba a saber él qué estaba haciendo ella en el desván, incluso si casualmente hubiera pasado por delante de la granja en ese momento?

Grace se rio de sus propios pensamientos confusos y sacudió la cabeza. —Lo siento, hoy estoy un poco distraída.

Noah sonrió con ternura. —Yo también, por lo visto. —Levantó un bidón de gasolina vacío—. Estaba buscando una gasolinera.

—¿Aquí en Fallbury? ¿Ahí abajo en el pueblo? —Ahora Grace se rio con más ganas—. Déjame adivinar, ¿no has tenido mucho éxito?

—Bingo. —El pelo de Noah estaba revuelto y despeinado por el viento y, a pesar del frío, no llevaba abrigo, sino una gruesa camisa de franela; el look favorito de Graham. Al menos en lo que al vestuario se refería, parecía que se estaba adaptando poco a poco a la vida del pueblo.

—Un poco más adelante por Cliffside Road, en dirección a Peterhead, hay una caseta de gasolinera y un surtidor.

—¿Solo uno? —preguntó Noah visiblemente sorprendido.

—Oye, algo es algo, ¿no? —Grace pasó por su lado, bajando de nuevo por el sendero. Le hizo un gesto para que la siguiera—. Anda, ven, que os llevo a ti y a tu triste bidón.

Por el camino, él le contó que incluso había intentado preguntar en la oficina de información turística, pero su espanto al ver que aún estaba cerrada fue casi tan grande como el de no encontrar gasolinera.

—Bueno, a Phoebe la he despertado yo esta mañana, y ha vuelto directa a la cama antes de que yo subiera aquí. No creo que abra antes de dos horas.

Al llegar a la granja, Grace fue a por las llaves del coche mientras Noah esperaba junto al vehículo. —Eres un ángel. Necesito el coche para empezar el turno a las nueve. El Dr. Baxter me va a echar los perros si llego tarde.

—No llegarás tarde, te lo prometo. —Realmente parecía un poco estresado esa mañana; no era de extrañar, desde la casa al pueblo había un buen trecho a pie, incluso yendo por los acantilados.

A unos diez kilómetros de Fallbury, apareció la caseta de la gasolinera a lo lejos. El gasolinero, Old-Alec, un hombre de rostro arrugado y barba áspera, estaba sentado frente a su caseta con la nariz metida en un cuaderno de pasatiempos cuando Grace detuvo el coche.

—¿Lleno? —preguntó, pero Grace negó con la cabeza. Salió del coche con Noah y le entregó a Old-Alec el bidón de este. Mientras él lo llenaba, ella sacó otros dos que, por precaución, siempre llevaba en el maletero. En el campo escocés nunca se sabía dónde y cuándo se encontraría el próximo surtidor. Siempre venía bien llevar una reserva de emergencia.

—Eres mi salvación —dijo Noah en el camino de vuelta mientras tamborileaba sobre su bidón de gasolina. ¿Estaba nervioso? Nunca lo había visto realmente nervioso, pero esa mañana estaba un poco inquieto. Incluso más que ella. Eso lo hacía extraordinariamente simpático.

—Deberías apuntar en tu libretita que un bidón de gasolina lleno en el maletero es obligatorio a partir de ahora —le tomó el pelo ella mientras giraba hacia el camino de gravilla que llevaba a la casa.

—¿Tan llenos como los que tenías tú en el maletero? —replicó él con agilidad, y Grace le lanzó una mirada burlona.

—Me has pillado. —Aparcó frente a Rose Cottage y se quedó sentada en el coche. Noah tampoco se movió. Desde que se habían encontrado en los acantilados, no había mencionado ni una palabra sobre su noche en el pub. Parecía como si hubiera algo pendiente entre ellos, flotando en el aire sin sonido, invisible pero palpable. Ese

único día que había pasado entre su despedida en la puerta de la granja y el reencuentro en los acantilados no habría hecho que se esfumara la magia que Grace había sentido con tanta claridad, ¿verdad? De repente, fue ella la que se puso nerviosa.

Se giró hacia él en el asiento del conductor. —Quería escribirte... —comenzó, al mismo tiempo que él decía: —Qué pena que no me escribieras...

Riendo, ambos interrumpieron su evidente verborrea de timidez.

—Tú primero —dijo ella, agradecida de que él se le hubiera adelantado.

—He estado esperando un mensaje tuyo —dijo él en voz baja, y con su mirada penetrante casi la envolvió. Grace se quedó sin aliento mientras se perdía en sus ojos oscuros.

—Yo... yo quería escribirte, es que no sabía... bueno... —balbuceó ella.

—Cualquier cosa habría bastado, siempre que viniera de ti —susurró él. De repente, el tiempo pareció detenerse. Todos los sonidos de fondo, la música de la radio, el ganado de la granja Flynt, todo enmudeció, y lo único que Grace oía era su propio corazón latiendo con fuerza y la respiración agitada y rápida de Noah. Su mirada recorrió su rostro, pasando por su cabello, su nariz, sus labios...

A Grace le flaquearon las piernas al ver cómo Noah se inclinaba lentamente hacia ella. Estaba a punto de cerrar los ojos cuando un pitido estridente los arrancó del momento.

—Maldita sea —juró Noah volviendo a apoyarse en su asiento—. Es mi alarma, me avisa de que debería salir pitando hacia el pueblo.

—Oh, entonces será mejor que te vayas —respondió Grace entrecortadamente.

—Por desgracia. —Noah echó mano al tirador de la puerta con una mano y cogió el bidón con la otra, pero antes de salir se volvió hacia ella una vez más—. Te escribiría si tuviera tu número. Pero como no

lo tengo, escíbeme tú. Lo que sea, me da igual. Pero escíbeme. Cuando baje del coche, ya estaré pensando en ti antes de haber llegado siquiera a la verja de Rose Cottage. —Una sonrisa ladeada y cálida, con un rastro de timidez, se dibujó en sus labios. Grace miró de reojo hacia dicha verja. No estaba a más de cinco pasos del coche.

Noah no esperó respuesta. En su lugar, salió y rodeó el vehículo. Se detuvo junto a la valla y se volvió hacia ella.

Una sonrisa, tan cálida y suave, tan dulce y conmovedora, cruzó su rostro por última vez antes de desaparecer por el jardín hacia la casa.

Esa noche, Grace se sentó en su cama con un pequeño cuaderno rojo que había comprado en el supermercado frente a ella. Rodeada de bolígrafos, diversos utensilios de manualidades y periódicos de la zona, diseñó una *guía del pueblo* para Noah, en la que anotó puntos de interés importantes, horarios de apertura, destinos para excursiones y datos útiles sobre cada uno de los habitantes del pueblo, incluyendo árboles genealógicos, preferencias, temas que era mejor no mencionar en una conversación y posibles meteduras de pata que acechaban en cada esquina. En la última página escribió: «Para cualquier duda o consulta, ponte en contacto con tu asesora personal en el siguiente número», y puso su número de móvil debajo. Después, salió a hurtadillas por el patio para no despertar a sus padres a esas horas y condujo hasta Rose Cottage. Aparcó al principio de Hill Street y recorrió el último tramo a pie para no llamar la atención innecesariamente. Al llegar a la casa, dejó la bolsa con el cuaderno y el nombre de Noah en el buzón y regresó al coche tan silenciosa y rápidamente como había venido.

Mientras bajaba hacia el pueblo, vio por el retrovisor Rose Cottage al borde de los acantilados. Había luz encendida en una sola habitación del piso superior.

Era, sin duda, la ventana que había podido ver desde su desván.

Capítulo 9

PARA finales de noviembre, no solo el invierno se había instalado por completo en Fallbury, sino que también habían cambiado muchísimas cosas.

La pequeña guía del pueblo de Grace se había dado a conocer rápidamente gracias al entusiasmo de Noah. A esas alturas, ya había un tablón de anuncios detrás de la caja del supermercado donde los habitantes de Fallbury dejaban sus ideas y anotaciones para el manual, de modo que Noah podía ir completándolo poco a poco. Incluso se estaba hablando de si debían imprimir una variante para los turistas y exponerla en la oficina de información turística al comienzo de la nueva temporada. Por supuesto, sin la información personal de los habitantes; eso quedaba reservado para Noah.

Grace jamás habría esperado semejante respuesta, pero se sentía sumamente halagada. Sobre todo por el propio Noah, que le había agradecido el esfuerzo con un ramo de flores tan enorme que el mensajero que lo entregó había desaparecido por completo tras él. Sin embargo, le pareció mucho más bonito que su indicación del número de móvil hubiera logrado que él le escribiese, y además justo la mañana después de haber encontrado el paquete en el buzón. Desde entonces, no había pasado ni un solo día en que no se enviaran al menos un cariñoso saludo y, si de verdad ocurría que no se cruzaban durante el día, también se daban las buenas noches. Grace le había contado a Noah que podía ver su habitación desde la ventana de su desván. Lo que prefirió callar fue que le había estado espionando, por así decirlo, y que había asomado la cabeza por la claraboya subida al taburete de madera como si fuera una delincuente.

—Mira por la ventana hacia la casa a medianoche, ¿vale? —se limitó a responderle él, y cuando aquella noche ella volvió a subir al desván y miró por la ventana, una luz parpadeó desde los

acantilados hacia ella. Casi al mismo tiempo, su móvil pitó en el bolsillo del albornoz.

Un parpadeo para «¡Duerme bien!» y dos parpadeos para «Pienso en ti».

A Grace le temblaron las rodillas mientras corría a la planta baja, buscaba una linterna en un cajón del pasillo y volvía a subir corriendo, justo a tiempo para reconocer el doble parpadeo de Noah. Ella también le devolvió dos parpadeos. En realidad, tendría que haberlo hecho infinitas veces; no dejaba de pensar en él.

Como despedida, la luz de Noah brilló una vez y, después de desearle ella también las buenas noches, bajó a la cama. Sin embargo, apenas pudo conciliar el sueño en las horas siguientes.

Lo cierto es que Grace nunca había sufrido de insomnio, pero desde que Noah Parker había llegado a Fallbury, parecía no estar cansada nunca más. Al menos, sus pensamientos daban vueltas sin cesar en torno a ese hombre tan simpático con el que se sentía tan increíblemente a gusto. A pesar de los muchos mensajes que se escribían y de los habituales parpadeos de buenas noches y de «pienso en ti» en la oscuridad, nada era tan bonito como el tiempo que pasaban juntos. Noah había pedido que le asignaran a Harry McNally como paciente, de modo que a partir de entonces se encargó de las visitas a domicilio del padre de Grace. Quizá porque le gustaba estar cerca de ella, pero con toda seguridad también porque le caía increíblemente bien el padre de Grace. Dedicaba tiempo a Harry, pasaba incluso en sus días libres o el fin de semana, aunque no estuviera en absoluto en su horario. Entonces solían intercambiar impresiones a voz en grito e intensamente sobre los equipos de rugby, miraban algunas de las viejas anotaciones de Harry y discutían tanto sobre los jugadores como sobre los resultados de los partidos. Noah era claramente seguidor de los Glasgow Warriors, mientras que Harry tiraba más por el Edinburgh Rugby. Pero eso no afectaba a su amistad ni a su interés compartido.

—Ahí viene mi colega —saludaba Harry a Noah cada vez, sin importar si venía a evaluar los resultados de la presión arterial, a revisar la medicación, a realizar un examen general o si, simplemente, se dejaba caer en el sillón junto a Harry para ver la grabación de un partido con él. A Grace y a su madre Olivia se les llenaba el corazón de alegría cada vez que veían cómo la vida volvía al cuerpo de Harry en cuanto Noah estaba allí y podían —como Harry decía— entregarse a sus *temas de hombres*. Noah traía aire fresco a la vida de los McNally, y verdaderamente lo necesitaban después de años llenos de contratiempos.

Cuando no se encontraban en la granja, Grace y Noah solían desayunar juntos en la pequeña panadería del centro del pueblo, paseaban por la playa y los acantilados o dejaban que el vendaval les despeinara el cabello y les soplara directo al corazón. La emoción que recorría el cuerpo de Grace en cuanto estaba cerca de Noah no había disminuido ni siquiera ahora. No obstante, se había sumado una cierta confianza, y eso era una combinación muy especial: Noah podía hacer que su corazón se acelerara con una sonrisa o un guiño, podía soltar un comentario bromista y sus mejillas se sonrojaban de timidez, o le robaba el aliento con su repentina cercanía. Al mismo tiempo, sin embargo, sabía que podía confiar en él y contar con él. Eso creaba una base especial de seguridad y atracción. Grace nunca había experimentado nada parecido, nada parecido había sido nunca tan importante para ella. Desde la noche en el pub, sin embargo, no se había producido ningún otro beso, pero no porque ambos lo hubieran evitado. ¡Al contrario! Pero parecía cosa de brujas; siempre que el momento era perfecto, ella se perdía en su mirada o él se acercaba tanto que sus suaves caricias le ponían la piel de gallina en todo el cuerpo, de repente pasaba algo que los hacía retroceder de nuevo, aunque solo fuera el chillido de una gaviota que pasaba sobre sus cabezas en la playa, por lo que se sobresaltaban y luego estallaban juntos en una carcajada sonora. En algún momento, estaba segura, volvería a sentir sus labios sobre los suyos, y el anhelo por ello crecía con cada día a su lado.

Pero Grace y Noah no eran los únicos cuyas vidas habían cambiado con el paso de las semanas. Phoebe le había dado puerta a Larry Piercen una vez más. Grace había dejado de contar qué número de vez era esa. Los dos no podían estar juntos ni tampoco separados. Esta vez, Phoebe se juró llevar a cabo la abstinencia de hombres hasta el otoño del año siguiente. Si llegaría siquiera al final del año era algo que estaba en manos del destino, porque las miradas de anhelo que le lanzaba Larry y las miradas furtivas que ella le devolvía eran imposibles de ignorar.

Quizá, pensó Grace, estos dos realmente están hechos el uno para el otro, solo que siempre se encuentran en el momento equivocado y en el lugar equivocado. Después de todo, debía de haber una razón por la que no conseguían alejarse el uno del otro.

Alguien más en Fallbury había logrado, al menos a medias, desprenderse del pasado para finales de noviembre: Ivy. Aunque todavía no estaba preparada para quitarse la alianza a pesar del divorcio en curso, su tristeza por el fin del amor se había transformado entretanto en una rabia incontenible hacia Alan. Como habían decidido vender la casa común, recibió ayuda de Grace y Phoebe para recoger sus cosas y no dejó títere con cabeza respecto a su pronto exmarido.

—¡Dios, cómo he odiado siempre que tuviera que tener la televisión encendida para dormirse! —dijo mientras desmontaba el televisor con ayuda de Phoebe. Y cuando encontró un par de calcetines de él en su cajón, se estremeció visiblemente. —¿Sabéis cuántas veces tuve que zurcir estos calcetines? Porque era demasiado tacaño para comprarse unos nuevos. ¡Calcetines, chicas! No estamos hablando de un Ferrari, estamos hablando de unos calcetines de lo más normales.

Grace no terminaba de creérselo del todo, ya que Ivy, en momentos tranquilos y aparentemente desprevenidos, no podía mantener por mucho tiempo su fachada de supuesta felicidad. Pero al menos avanzaba, y las amigas se alegraban de que Ivy no se hubiera quedado estancada en un torbellino de tristeza y

desesperación del que no encontrara salida. Debido a una paralización de las obras, su decisión de mudarse a Aberdeen también se había pospuesto por el momento. En su lugar, se había instalado con todas sus pertenencias en el Cliffside Cottage —un Bed & Breakfast en el corazón de Fallbury— hasta que pudiera tomar una decisión sobre el futuro.

Una gélida tarde de noviembre, Grace yacía en silencio y con los ojos cerrados en el sofá junto al sillón de su padre y escuchaba su última historia de fantasía. Olivia se había sentado en la mecedora junto a su marido y bordaba un paisaje. Ella también guardaba silencio y, además del crepitar del fuego de la chimenea, el crujido de su silla era el único sonido que interrumpía de vez en cuando el flujo de palabras de Harry.

—... y al final no es el trol quien asoma por el nudo del árbol, isino el hada! —concluyó Harry su narración, y Grace se incorporó bruscamente.

—¿El hada? ¿Cómo ha llegado allí de repente? ¡Si hace un momento estaba perdida al otro lado del árbol de los deseos!

Harry se rio entre dientes y se quitó las gafas de la nariz. —Eso, querida mía, no lo sabrás hasta la segunda parte.

Olivia miró alternativamente a padre e hija. —Bueno, yo creo que simplemente ha vuelto volando a través del torbellino mágico. Las hadas pueden volar, ¿o no?

—O —comenzó Grace emocionada y se sentó con las piernas cruzadas en el sofá, —no estaba perdida en absoluto y todo era solo un truco para engañar al trol.

—Tened paciencia y lo sabréis.— Harry dio un sorbo a su vaso de agua y Grace observó cómo la mirada de su padre se desviaba hacia el viejo secreter donde estaba la máquina de escribir que le habían regalado hace dos años por Navidad. En realidad, un ordenador portátil se escondía en el regalo voluminosamente empaquetado con el gran lazo rojo, pero la tecnología moderna frustró tanto a su padre que estuvo a punto de dejar de escribir. Para que no tuviera

que volver al papel y al bolígrafo, Grace devolvió el portátil y consiguió una vieja máquina de escribir que todavía funcionaba de maravilla y, al mismo tiempo, aportaba una atmósfera acogedora y rústica al salón de los McNally. Junto a la chimenea, justo debajo de la ventana, le había encontrado el lugar perfecto.

—Papá, tienes que hacer algo con tus historias. Son fantásticas y es una pena que se queden en el cajón después de haberlas leído una vez en el círculo familiar.— Grace se levantó, fue a la cocina y puso su taza de té en el fregadero. —Quizá podrías enviarlas a una editorial.

Harry hizo un gesto de desdén con la mano. —No quiero ser famoso. Eso solo trae estrés.

Olivia sonrió en dirección a Grace. No, ni siquiera Grace podía imaginarse a su padre como un autor conocido que posiblemente tuviera que viajar de lectura en lectura. Y eso no se debía solo a su estado de salud, sino sobre todo a su carácter sumamente tranquilo.

Mientras Grace fregaba su taza y la vajilla del café de la tarde, llamaron a la puerta. —Ya voy yo —gritó hacia el salón, se secó las manos y salió presurosa al pasillo. A través del cristal pudo reconocer a una Dra. Baxter con aspecto de estar bastante muerta de frío.

—Oh, hola. Pase rápido.— Grace invitó a la mujer menuda y robusta a entrar en casa y lanzó una mirada preocupada hacia afuera. Llevaba nevando todo el día. Las huellas de la doctora, que llegaban hasta los tobillos, eran lo único que se podía distinguir de la entrada.

La Dra. Baxter se sacudió la nieve de la bufanda antes de entregarle su abrigo a Grace. —A esto lo llamo yo invierno. Poco a poco va entrando el espíritu navideño—.

—Para eso tendrá que tener todavía un poco de paciencia.— Grace sonrió y le ofreció un té, pero la doctora lo rechazó.

—Solo quería ver cómo iba todo por aquí.— Juntas fueron al salón, donde Harry y Olivia parecían tan sorprendidos por la repentina

visita como seguramente lo había estado antes Grace en la puerta.

—¿Pasa algo con Noah? —preguntó Harry directamente, y Grace se alegró en secreto de que esa pregunta no hubiera salido de sus labios, aunque a ella tampoco se le pasaba otra cosa por la cabeza desde la llegada de la doctora.

—No, no. Todo está en perfecto orden con el bueno de Noah.— La Dra. Baxter puso su maletín médico en el sofá y se remangó. —Pero el chico está conmigo a prueba por ahora. ¿Cómo voy a hacerme una idea de él si no escucho la opinión de mis ovejitas?

—Entonces ha venido al lugar adecuado con Harry —susurró Olivia a la doctora riendo entre dientes y continuó con sus labores de bordado.

—Sí, ya lo he oído, Harry. Se lleva bien con Noah, ¿verdad?

—Es un tipo excelente, muy excelente, doctora. No podría haber pescado a nadie mejor.

—¿Y también vale como médico?— La Dra. Baxter se rio de corazón y sacó su estetoscopio de la bolsa. —Descúbrete el pecho, por favor.

—Como médico también es magnífico. Atento, viene incluso en sus días libres para el control posterior.

La Dra. Baxter escuchó el latido del corazón de Harry, pareció satisfecha con el resultado, anotó algo en un papel y volvió a guardar el estetoscopio.

—Pero a ti, por supuesto, nadie te llega a la suela del zapato —dijo Harry y le guiñó un ojo con picardía.

—Eso espero —respondió ella divertida y revisó las notas de Noah en el expediente del padre de Grace. De vez en cuando asentía, a veces añadía una pequeña nota.

—¿Así que se sienten en buenas manos?— La anciana doctora dirigió la pregunta a toda la familia. Su mirada pasó de uno a otro.

—¿Es que tiene dudas sobre Noah? —preguntó Grace, en quien empezó a cundir la inseguridad.

Erin Baxter se dejó caer en el sofá negando con la cabeza. —Al contrario. Estoy muy satisfecha con mi joven colega. Es fiable, tiene un trato magnífico con los pacientes, es comprometido y trabajador. No me puedo quejar.

—¿Pero? —preguntó ahora también Olivia.

—Eso es lo que pasa. Que en realidad no hay ningún «pero». Y precisamente eso me resulta sospechoso. ¿De verdad voy a haber tenido tanta suerte? Apenas tuve dos candidatos para este puesto.

—A veces, simplemente, las cosas encajan —dijo Olivia y acarició cariñosamente la espalda de su marido.

—Supongo que es así. Vigilaré su trabajo hasta finales de año y luego decidiré cómo seguir. No me resulta nada fácil dejar mi queridísima consulta en manos ajenas, pero una tampoco se hace más joven.— Se llevó la mano a la espalda y se la frotó.

—Oh, eso lo entiendo bien. Cuando Harry y yo vendimos la panadería, fue una sensación espantosa. Que yo todavía trabaje allí por horas, aunque ya no sea la dueña, ha hecho que la transición sea más fácil, ¿verdad?— Harry y también Grace asintieron.

—Así será conmigo también algún día. Que ese jovenzuelo se olvide de que simplemente le voy a traspasar la consulta y me voy a poner a descansar. No se libraría de mí tan pronto.

—Menos mal, doctora —dijo Harry y le palmeó brevemente la mano a la doctora, como si fueran viejos amigos. De alguna manera, probablemente lo habían llegado a ser a lo largo de todos esos años.

—¿De verdad no quiere tomar nada? —se aseguró Grace una vez más, pero Erin Baxter ya se había levantado de nuevo, había recogido sus bártulos y tomado la bolsa en la mano. Grace no podía quitarse la sensación de que la revisión de su padre solo había sido un pretexto para sonsacarlos a ella y a sus padres sobre Noah. En secreto, sonrió ante este pensamiento.

—Lamentablemente tengo que seguir. El Dr. Parker tiene una larga lista de pacientes y me he propuesto firmemente hacer una pequeña

visita antes de diciembre a todo aquel que no aparezca regularmente por la consulta.

—¿Con este tiempo? Pues tenga cuidado, no sea que con el caos de la nieve se caiga y se rompa algo —advirtió Olivia, y la Dra. Baxter soltó una carcajada.

—Bueno, gracias a Noah no me faltarían buenos cuidados.— Sonrió con picardía antes de ponerse el abrigo y la bufanda y desaparecer tan rápido como había aparecido.

Grace la vio marchar con una sensación reconfortante en el estómago. Parecía muy satisfecha con Noah. Eso no le sorprendía. En la caja del supermercado no se le escapaba ningún cotilleo; se habría dado cuenta si Noah se hubiera convertido en el tema de conversación del pueblo. Y lo habría sido si se hubiera permitido el más mínimo desliz. Evidentemente, todos se sentían a gusto en su presencia.

Pero no tanto como yo, pensó Grace sonriendo y cerró la puerta de la casa.

Capítulo 10

A PRINCIPIOS de diciembre, el tiempo lúgubre se había vuelto a disipar. Como ocurre con frecuencia en la costa de Escocia, incluso en invierno los días oscuros y cubiertos de nubes se alternaban con días soleados y cálidos. En una de esas tardes de diciembre, luminosa y vivificante, Grace terminó su turno en el supermercado. Para la noche había quedado con Noah en el pequeño mercado navideño de Fallbury, que acababa de abrir sus puertas. Sin embargo, un vistazo al cielo despejado provocó en ella un cambio de planes espontáneo. En lugar de encontrarse con Noah en la plaza del mercado, abajo en el puerto, donde estaban montadas las casetas y los puestos de venta, fue a la consulta de la doctora Baxter y esperó pacientemente delante. Cuando él salió del edificio al terminar su jornada, se quedó de lo más sorprendido.

—¿Qué haces aquí? ¿Me he perdido algo? —A modo de saludo, le pasó el brazo por los hombros y presionó brevemente su mejilla contra la de ella. Se había acostumbrado a hacerlo durante las últimas semanas y, aunque ya casi se había convertido en un ritual, su repentina cercanía le robaba el aliento cada vez como si fuera la primera. También ese día necesitó unos segundos para recobrar la compostura.

Noah no se dio cuenta de nada de eso. Cerró la puerta de la consulta con llave y miró a Grace con expectación.—¿Y bien?

—Sé que queríamos bajar al mercado navideño, pero eso no se va a mover de ahí. En cambio, un cielo de atardecer tan bonito como este, sí.

La mirada de Noah siguió la de ella hacia el firmamento. El sol ya estaba tan bajo que no tardaría mucho en que sus rayos cálidos y reconfortantes se deslizaran horizontalmente por las calles de Fallbury, momento en que habría que protegerse los ojos de la luz

brillante, mientras un soplo del pasado otoño acariciaba mejillas y cabellos.

—Ven conmigo, quiero enseñarte algo. —Grace cogió a Noah del brazo, se enganchó a él y lo llevó hasta la playa, donde caminaron junto al agua alejándose cada vez más del pueblo. Pronto se alzaron a su lado los enormes y afilados acantilados, mientras que al otro lado las suaves olas rodaban hacia la orilla. Apenas soplaba una brisa esa tarde; el mar estaba tranquilo y reservado.

Asombrado, ya que probablemente era la primera vez que estaba allí, Noah dejó que su mirada recorriera la fina arena de la playa al pie de los acantilados. Unos metros más adelante, la arena daba paso a una zona de guijarros y se transformaba, con cada paso hacia el norte, en una agrupación cada vez mayor de rocas que flanqueaban el camino desde el agua hasta las paredes del acantilado.

Aunque el aire era frío y el suelo estaba helado, el sol poniente calentaba tanto a los dos paseantes que pronto se acomodaron sobre una de las rocas. Mientras el sol estaba ya tan bajo que resplandecía como una enorme bola de fuego roja sobre el horizonte, en el supuesto borde del mar, Noah se acercó tanto a Grace que el calor que ella sentía ya no provenía solo del sol. Mantuvo la mirada fija en la lejanía, al igual que ella.

—Esto es precioso —susurró él, como si tuviera miedo de que sus palabras en voz alta pudieran destruir el momento. Grace sentía exactamente lo mismo. El cielo invernal de Fallbury era uno de los más hermosos de todo el año. Los rayos de sol vibrantes creaban, en medio del frío glacial, un espectáculo de colores naranjas, rojos y violetas. Tenía un aspecto mágico. Como un cuadro pintado directamente en el cielo por un artista que hubiera querido plasmar su alma en el lienzo.

Grace se llevó las rodillas al pecho y las rodeó con los brazos, mientras las olas llanas rompían con un suave murmullo contra las rocas frente a ellos. En verano le gustaba sentarse en una que estaba en medio del agua. Cuando el líquido fresco bañaba la roca,

se sentía casi como parte del mar. Libre e intocable. Tan sumamente viva.

Esa tarde, sin embargo, se sentaron un poco más hacia tierra firme para no tener que volver caminando por el agua. Eso no restaba belleza a la vista del mar. El sol se deslizaba desde el cielo hacia el horizonte, como si cayera suave pero imparablemente al agua. Cuando la bola de fuego pareció tocar la superficie, se fundió con ella, haciendo que el mar y todas sus innumerables olas brillaran como si fueran estrellas deslizándose sobre la superficie. En cuanto el mar engulló el fuego, el aire se volvió frío al instante.

—Gracias por compartir este momento conmigo —dijo Noah, y Grace se giró hacia él.

—¿Con quién si no iba a compartirlo? —se oyó a sí misma responder en voz baja, y sostuvo su mirada con la misma firmeza con la que él sostenía la suya, como si en ese momento de silencio sus almas se fundieran igual que el cielo y el agua allá frente a ellos. Fue Noah quien, parpadeando con nerviosismo, se liberó primero de ese vínculo invisible y volvió a bajar la vista.

—Lo que quería preguntarte hace un rato... ¿Has oído que la doctora Baxter ha estado sonsacando a la gente del pueblo sobre mí? —Se rio entre dientes, pero no sonó tan seguro de sí mismo como de costumbre. Más bien torpe.

—Sí, lo he oído. Porque también estuvo en nuestra casa.

Noah la miró sorprendido. —¿En serio? ¿Por qué no me habías dicho nada?

—¿De verdad crees que le habríamos dicho algo malo de ti? —Grace le dio un empujoncito suave—. Seguramente nadie lo ha hecho.

—Al menos eso parece. Estaba muy satisfecha. Si todo va bien, me contratará de forma fija en el nuevo año.

Las mejillas de Grace se encendieron. —¡Noah, eso sería fantástico! —exclamó radiante. Sus cálidos ojos de color marrón oscuro centellearon con curiosidad hacia ella.—Realmente lo sería.

Entonces podría buscarme un piso. Rose Cottage es acogedor y Ellie me cuida de maravilla, pero a veces me falta un poco de privacidad. Además, la pequeña habitación de invitados es bastante estrecha.

Grace asintió comprensiva, mientras mentalmente aún intentaba procesar el significado de la presencia permanente de Noah en Fallbury.

—Dime qué estás pensando —le pidió él con una sonrisa suave—. Hazme partícipe de lo que ronda por esa cabecita tan linda.

Grace se rio suavemente. —Solo estaba pensando en lo que significa que te hagas cargo de la consulta, que vivas aquí, que no vuelvas a marcharte.

—¿Para nosotros? —preguntó él de forma casi inaudible, y sin embargo su pregunta puso el cuerpo de Grace en tensión máxima. Sus manos temblaron mientras se colocaba un mechón de pelo tras la oreja.

—Sí, para nosotros. —Tragó saliva, sintiendo la mirada de Noah posada sobre ella; en ese momento de evidente timidez no quería mirarlo y, sin embargo, no pudo evitar su mirada por más tiempo. Cuando levantó la suya y lo miró, él sonrió con dulzura. De nuevo, el viento le revolvió el cabello y el mechón volvió a caerle sobre la cara. Esta vez fue Noah quien lo tomó y lo retiró con cuidado tras su oreja. Pero no retiró la mano después, sino que la puso en su mejilla y acarició su piel con el pulgar. Con ternura y ligereza, apenas el roce de un susurro.

—Desde la primera noche, cuando te estrellaste con tu bicicleta destartada contra mi guardabarros, supe que tenía que conocerte. Tus ojos grandes y hermosos, tu risa franca y abierta, ese cabello rojo fuego... —Su mirada recorrió el rostro de ella mientras hablaba. El pecho de Grace subía y bajaba por la agitación.

—No habría imaginado que algo así me pasaría aquí fuera, en lo que parece el medio de ninguna parte —añadió en voz baja.

—¿Que pasara *qué*? —susurró ella, acercándose lentamente a su rostro. Noah apoyó su frente contra la de ella sin quitar la mano de

su mejilla.

—Que me enamoraría. —Cerró los ojos, puso también la otra mano en la mejilla de Grace y sus labios rozaron los de ella. Un beso de tanteo, delicado, no vacilante y sin embargo cauteloso. El cuerpo de Grace temblaba, el corazón aleteaba sin descanso en su pecho. Ella también cerró los ojos, entregándose a ese hombre maravilloso y a sus tiernas caricias, dejándose caer en su cercanía y protección como nunca antes se había atrevido a hacer con nadie. Cuando se separó de sus labios rugosos pero tiernos, volvió a apoyar su frente contra la de él. Él abrió los ojos y la miró. Su respiración acelerada recorrió sus mejillas, dejándole la piel de gallina, un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. La mano que él acababa de retirar para ofrecérsela temblaba. Con una sonrisa, ella dejó que la suya se deslizara en la de él, entrelazando sus dedos.

—Me ha vuelto loco no haber podido repetir esto mucho antes —dijo él riendo por lo bajo, sonrojándose bajo su evidente nerviosismo.

Grace volvió a girar la cabeza de él hacia ella. —Siente. —Apoyó la mano de él a la altura de su corazón, sintiendo cómo golpeaba contra su pecho, y estuvo segura de que Noah también podía sentirlo.

—Salvaje e impetuoso —susurró él.

—Eso es lo que causas en mí desde que me prometiste que la herida de mi tobillo se curaría antes de que me casara.

Noah soltó una risita suave y ahora fue Grace quien puso sus manos en las mejillas de él, atrajo su cabeza con dulzura hacia sí y volvió a posar sus labios sobre los de él. Menos vacilante esta vez, mucho más explorador, valiente y apasionado fue este beso. No quería volver a esperar tanto tiempo, dejar pasar tantas oportunidades. Esta vez no. Esta vez era diferente, el beso más intenso, más decidido. No tan espontáneo y torpe como la noche ante la hoguera. Esta vez sabía lo que quería, a quién quería. Noah abrió los labios y, mientras la punta de su lengua rozaba la de Grace,

un estallido de fuegos artificiales compuesto de sueños voladores y anhelos secretos explotó en su pecho.

El mercado navideño anual de Fallbury no consistía en mucho más que un puesto de venta de diversos aperitivos navideños como, por ejemplo, el *Shortbread* de Navidad que tanto le gustaba a Grace. Pero los amantes del dulce también disfrutaban con el *Dundee Cake* y el *Christmas Cake*. Quien prefiriera lo salado, seguro que no se sentía decepcionado con la sopa de zanahoria y cilantro que la señorita Palmer cocinaba ella misma todos los años y aportaba al mercado navideño. Y el viejo Hank, que mantenía buenos contactos con los pescadores de Fallbury, se encargaba de que hubiera suficiente pescado ahumado y salmón en hojaldre. Había algo para todos los gustos. A Grace le gustaba sobre todo la unión de los habitantes del pueblo en la época navideña. Aunque un mercado navideño extenso y que ocupara mucha plaza habría sido totalmente exagerado para un pueblo pesquero tan pequeño, los habitantes de Fallbury creaban su propio pequeño paraíso navideño. Pocos vendedores o expositores venían de lejos. Únicamente el puesto con las hermosas tallas de madera decoradas venía anualmente de Aberdeen, así como la empresa que se encargaba de la pequeña pista de hielo en el puerto. Cada año, sobre todo los padres y las familias de Fallbury, recaudaban donaciones para que los niños pudieran disfrutar de su amada experiencia de patinaje en Navidad.

También para JoJo el evento navideño era una oportunidad para hacer publicidad del pub. En unos enormes barriles viejos que servían como mesas altas, servía una ronda de pintas y whisky tras otra y así mantenía a la gente de buen humor.

Aparte de estas atracciones más o menos grandes, era sobre todo el juego de luces en las calles y callejones lo que lograba crear una atmósfera cálida, prenavideña y acogedora. Las pintorescas casas de piedra gris estaban decoradas en esta época del año con guirnaldas de luces y velas de todas las formas y tamaños. Todo parpadeaba y resplandecía; las farolas ya no eran necesarias desde hacía tiempo. Sin embargo, no tenía rival —y por tanto era el punto culminante de

la Navidad en Fallbury— el faro. Cada año, innumerables guirnalda de luces serpenteaban por la torre, se unían en la linterna y parecían gotear desde allí al agua en una hilera de carámbanos luminosos. Numerosos visitantes acudían al pintoresco pueblo pesquero junto a los acantilados por el simple hecho de echar un vistazo al faro. También la mirada de Noah recorría fascinada y llena de asombro el espectáculo de luces. Ya estaba oscuro cuando regresaron de la playa al pueblo cogidos de la mano. Al llegar a la zona del puerto, Grace divisó a Phoebe e Ivy, de pie junto a uno de los barriles de madera de JoJo.

Sin pensarlo mucho, dejó que su mano se deslizara de la de Noah y se acercó a sus amigas.

—Usted debe de ser el doctor Parker; he oído hablar mucho de usted. También se ocupa del padre de Grace, ¿verdad? —saludó Ivy amablemente a Noah y le estrechó la mano.

—Por favor, llámame Noah, y mejor pasemos directamente al tuteo, si no me siento como un viejo.

—Encantada, yo soy Ivy. Amiga de Grace. —Ivy estaba preciosa esa noche. Su cabello castaño avellana estaba peinado en suaves ondas y llevaba una boina de color rojo fuego.

—A mí ya me conoces —dijo Phoebe y también lo saludó.

—¿Cómo podría olvidarte? —respondió Noah con el carisma habitual.

—¿Queréis tomar algo con nosotras? —Ivy se hizo un poco a un lado.

—Encantado —respondió Noah enseguida. En el mismo instante, sin embargo, Grace dijo: —Bueno, en realidad no, nosotros... —Se calló al ver la cara de Noah.

—Vale, obviamente tenemos otros planes. —Él se rio y dio un golpecito en el barril de madera—. En otra ocasión, chicas.

Grace sintió la mirada de Phoebe arder sobre ella mientras se alejaba con Noah de ellas y caminaba hacia el faro. Antorchas

encendidas flanqueaban el camino hacia la torre. Por el rabillo del ojo pudo ver que Noah buscaba su mano; y todo en su interior quería tomarla, sostenerla, sentirlo y disfrutar como lo había hecho poco antes en la playa. Pero luego pensó en las miradas de sus amigas y en el pacto. Enterró las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—¿Está todo bien? —Noah la retuvo—. ¿He dicho algo estúpido delante de tus amigas?

Grace negó con la cabeza. —No, al contrario. Es solo que hay algo que todavía no te he contado.

Noah se dejó caer en un banco cerca de la torre y dio una palmadita en el espacio a su lado. —¡Dispara!

Ella se sentó a su lado, y su aliento nervioso formó tenues nubecillas frente a su rostro. —Poco antes de que chocáramos en lo alto de la colina, o sea, tú y yo, Ivy, Phoebe y yo llegamos a un acuerdo, por así decirlo. —Lo miró de reojo. Su mirada era atenta y curiosa—. Nos juramos mutuamente renunciar a las historias de hombres de cualquier tipo durante un año. —La propia Grace sintió lo loco que sonaba eso para ella —como mujer adulta— ahora, y bajó la vista. Poco después, sintió la mano de Noah sobre su pierna.

—Y que a veces la vida simplemente ocurre sin avisar no lo tuvisteis en cuenta en vuestro trato, ¿eh? —Le guiñó un ojo y sonrió con dulzura.

Grace dejó caer los hombros. —En circunstancias normales no sería ningún problema, se alegrarían por mí. Phoebe, al menos, ya se huele la tostada de todos modos. —Sonrió para sus adentros, pero solo por una fracción de segundo—. Pero con Ivy es diferente. Se está divorciando de su marido, él la hirió y decepcionó de forma terrible. El pacto debía ser una especie de apoyo para ella. Una cuestión de amistad, ¿sabes? —Miró a Noah con esperanza. ¿Podría comprenderla?

—Ella no debería tener que ver en vosotras lo que ha perdido —concluyó él.

—Algo así, sí.

—¿Y no crees que lo entendería? Quiero decir, si esto va en serio para ti, lo nuestro, se alegraría por ti, ¿no? —Noah retiró la mano—. ¿O es que aún no sabes si va en serio?

—¡Claro que sí! —exclamó Grace un poco demasiado alto—. ¡Por supuesto! Lo supe desde el primer momento. Y se lo diré a Ivy, pero no aquí, esta noche, ante todo el mundo. Yo... tengo que encontrar un buen momento.

Noah asintió, pero la decepción en su rostro no se podía ocultar. —¿Entonces esto se queda en secreto? ¿Lo nuestro, que hace un rato parecía tan embriagador, no puede saberlo nadie ahora?

—Noah, es mi amiga. No quiero hacerle daño, no después de todo lo que acaba de pasar y por lo que todavía tiene que pasar.

Él se levantó. —Vale —dijo con voz átona—. Si tú lo dices. —Retrocedió un paso, bajó la mirada y se quedó en silencio.

Grace no supo qué decir; se sentía desgarrada entre su amiga y el hombre con el que, hasta ahora, siempre se había sentido segura y a gusto. No quería tener que elegir entre los dos, pero en ese momento no veía otra salida. —Pensé que lo entenderías —dijo en voz baja, escuchando cómo Noah respiraba profundamente, claramente tenso.

—Y yo pensé que habíamos sido abiertos y sinceros el uno con el otro desde el principio. De haber sabido esto, habría esperado con mi confesión de amor hasta que ambos hubiéramos estado preparados para disfrutarlo. Porque eso es lo que quiero hacer con lo que siento por ti: quiero disfrutarlo con cada fibra de mi cuerpo, Grace. —Se encogió de hombros.

—¡Pero si podemos hacerlo! —Ella también se puso en pie e intentó coger las manos de Noah, creyendo divisar a lo lejos el barril donde estaban Ivy y Phoebe. Instintivamente, volvió a bajar los brazos—. Solo necesito un poco de tiempo.

—Bien —respondió él en voz baja y dio otro paso atrás—. Entonces lo tendrás. Mira, tengo un montón de informes en la

consulta que deben estar terminados para mañana. Creo... sí, bueno, creo que me voy a poner con ello ahora. Nos vemos luego, ¿vale? —Levantó la mano para un breve saludo, como si fueran extraños y no dos personas cuyos corazones se habían unido horas antes al ritmo suave del rumor de las olas.

Mientras Noah bajaba por el muelle de piedra, las lágrimas abrasaban los ojos de Grace.

Aquella noche no pegó ojo.

Grace estaba tumbada en la cama, dejando que el cordón de la cortina chocara incesantemente contra el cristal una y otra vez, mientras observaba los copos de nieve, gruesos y esponjosos, que caían suavemente del cielo planeando hasta el suelo. Pensaba en Noah, en el aguanieve en su pelo, en cómo atrapaba los copos, en cómo reía, en cómo besaba. Había subido dos veces al desván y las dos veces no había encontrado más que oscuridad a lo lejos. Ni una luz en su habitación, ni señales luminosas secretas. Las suyas tampoco obtuvieron respuesta. ¿Estaría ya durmiendo?

Hundió la cara en la almohada y gimió. *Soy idiota*, murmuró contra la tela. Si le hubiera dado una oportunidad, seguramente él se habría mostrado comprensivo. Aquella noche de su cita en el pub podría haberle hablado del pacto entre amigas. Habían hablado de lo humano y lo divino, pero aquel tema no salió de sus labios ni por un momento. ¿Casualidad? Seguro que no. Desde el principio, instintivamente, no había querido que nada se interpusiera en lo que estaba surgiendo entre Noah y ella. Y ahora era ella misma la que lo bloqueaba todo.

Grace saltó de la cama, se puso los pantalones y la chaqueta, cogió las llaves del coche y salió de la granja en mitad de la noche. Tenía que hablar con él a toda costa, explicarse y arreglar el asunto lo antes posible, antes de que no tuviera solución.

Las carreteras cubiertas de nieve solo le permitían avanzar despacio, pero después de media hora —mucho más de lo habitual—

llegó a Rose Cottage. A pesar de lo avanzado de la hora, todavía había una luz encendida en la cocina.

—¿Grace? ¿Ha pasado algo? —la recibió Ellie con mirada preocupada.

—No, todo bien. Buscaba a Noah, ¿está aquí?

Ellie negó con la cabeza. —Lo siento, no lo he visto en toda la noche.

—¿Aún no ha vuelto?

—No, ¿debía hacerlo? Grace, ¿seguro que va todo bien?

—Sí, sí, claro. Miraré en el pueblo. Quizá todavía esté en la consulta. —Le parecía poco probable a esas horas, pero ¿dónde más iba a estar?

Ellie se cruzó de brazos, tiritando. —Avisarás si pasa algo, ¿verdad?

—Por supuesto. Gracias, Ellie, y buenas noches.

El reloj del coche marcaba las 11:42. ¿De verdad era posible que Noah siguiera en la consulta tan tarde? Se habían despedido en el puerto hacían horas.

¿Y si por la decepción se había ido a caminar a oscuras por las Fallbury Hills y se había perdido? ¡Hacía un frío extremo! La cobertura del móvil no era fiable en todas partes. En el peor de los casos, había resbalado, se había caído y estaba allí tirado, indefenso en medio de ninguna parte. A Grace le temblaban tanto las manos que se aferró al volante mientras volvía a la Cliffside Road. Sus pensamientos turbulentos, sin embargo, hicieron que tomara una curva demasiado rápido; el coche patinó y, de repente, el quitamiedos pareció abalanzarse sobre ella. Creyó que el impacto era inevitable cuando, en el último momento, consiguió corregir la dirección para devolver el coche a su carril. Llena de adrenalina, se apretó contra el asiento, y cuando por fin entró en un hueco para aparcar frente a la pequeña consulta médica, el corazón todavía le bombeaba sangre con demasiada rapidez. Solo el débil resplandor

de luz que vio en una de las salas de tratamiento la tranquilizó. ¡Noah de verdad seguía allí!

Se apresuró hacia la puerta principal, pero estaba cerrada. El agudo timbre resonó por toda la calle. Afortunadamente, poco después pudo ver la silueta de Noah a través de los estrechos ventanales acercándose hacia ella. Se le veía cansado cuando abrió la puerta, salió a la calle y la miró sorprendido.

—¿Grace?

Ella sacudió la cabeza. —¡No digas nada, por favor! —Y de inmediato se acercó a él, lo atrajo hacia sí, se puso de puntillas y lo besó con anhelo y pasión, con todo el amor que sentía por él. Noah la rodeó con sus brazos, la levantó en vilo y Grace rodeó su cintura con las piernas.

Riendo, ella recuperó el aliento tras el intenso beso.

—Estás más loca de lo que pensaba —dijo él sonriendo; de nuevo sus labios buscaron los de ella, mientras una mano la sostenía y la otra se perdía en su cabello.

—Lo siento —murmuró Grace entre beso y beso—. Lo siento muchísimo. Debería habértelo dicho, tienes toda la razón.

Noah sacudió la cabeza, la besó de nuevo, la punta de su nariz, sus mejillas, la delicada piel de su cuello. —No debería haber reaccionado como un idiota —susurró, dándole un último beso antes de volver a dejarla en el suelo lentamente. Luego se sentó en el viejo banco de madera que estaba bajo un estrecho saliente de la casa. Allí atrajo a Grace a su regazo—. Tengo que decirte algo.

El tono serio de su voz la hizo estremecerse por dentro. —Dime.

—He reaccionado así antes porque he tenido experiencias realmente malas con los secretos en las relaciones. Mi exnovia, Katelyn, era una experta en eso. Tan perfecta que durante meses ni siquiera me enteré de que se acostaba con mi mejor amigo.

—Oh, Noah. —Grace hizo una mueca de dolor—. No lo sabía, lo siento.

—Podría habértelo contado antes, pero no me gusta hablar del tema. La confianza es muy importante para mí, ¿sabes? —La miró casi suplicante.

—Para mí también, más que nada. Tampoco quería engañarte.

Él restó importancia con un gesto. —En realidad es totalmente ridículo. No vuestro pacto de amistad en sí. Es tierno cómo os cuidáis las unas a las otras. Lo ridículo es que yo haya montado tal drama por ello. Simplemente me recordó por un momento a Katelyn, a cuántas veces me dio largas mientras me traicionaba a mis espaldas. Maldita sea, se ve que eso dejó huella.

—¡Yo nunca —jamás— haría algo así! —dijo ella con firmeza mientras le sujetaba la cara. Noah la rodeó por la cintura y ella le depositó un beso en la frente.

—¿Gracie? —oyeron de repente la voz de una mujer que resonaba calle arriba, y ambos se giraron al mismo tiempo.

Al final de la calle estaba Ivy; miraba alternativamente a Grace y a Noah con una mezcla de horror, sorpresa y conmoción. Levantó los brazos con gesto interrogante y, poco después, los dejó caer con indignación antes de dar media vuelta, sacudiendo la cabeza, y alejarse a paso rápido por la acera.

—Vaya, genial —murmuró Grace, bajándose del regazo de Noah—. Yo...

—Claro —la interrumpió él enseguida—. Ve. —Ella puso las manos sobre sus mejillas, le dio un tierno beso en los labios ásperos y se separó de él a regañadientes.

Mientras corría calle abajo, se topó también con Phoebe.

—¿Ah, por aquí? —Echó un vistazo escéptico a su reloj y arqueó las cejas con curiosidad—. Oye... ¿has visto a Ivy? Se suponía que tenía que esperarme aquí arriba. Dios, odio que andéis solas por las calles de noche.

Grace se aclaró la garganta y señaló con la cabeza hacia el edificio de la consulta, donde Noah seguía sentado en el banco

observándola. Phoebe no tardó mucho. En cuestión de segundos ató cabos.

—Vaya —dijo primero en voz baja, hasta que finalmente lo entendió—. Vayaaaaa. ¿Y lo ha visto?

Grace asintió. —Y se ha largado pitando.

—Anda, vamos, que ya la encontraremos. Tampoco es que una se pueda esconder mucho en Fallbury. —Phoebe se agarró del brazo de Grace y juntas se pusieron a buscar a su amiga.

De hecho, no tuvieron que buscar mucho tiempo. Ivy estaba apoyada de espaldas contra la pared de la casa de Phoebe, con la cara hundida en su bufanda grande y suave.

Las amigas se colocaron una a cada lado, sin decir palabra al principio, esperando a ver si Ivy empezaba a hablar por iniciativa propia. Pero eso no ocurrió. Grace, sin embargo, no pudo soportar el silencio más tiempo.

—Lo siento, de verdad. Quería decírtelo.

—Sí, claro —gruñó Ivy, dándole una patada a una piedra hacia la hierba.

—¡Esto parece el jardín de infancia! —Phoebe buscó la llave de su casa y se detuvo—. Sé que Gracie no ha hecho esto para herirte. Le ha dado muchísimas vueltas a cómo podría afectarte.

La mirada de Ivy se disparó hacia Phoebe. — ¿Tú lo sabías? —preguntó sin aliento, sacudiendo la cabeza con decepción.

—No como tú piensas ahora. Solo lo sospechaba, porque esos dos hace tiempo que... ay —dijo Phoebe al darse cuenta de que no estaba ayudando—. Da igual.

—¿Por qué hacéis esto? Sois mis amigas, mis confidentes. Lo comparto todo con vosotras, ¿y me traicionáis? Después de todo lo que ha pasado con Alan, ¿ni siquiera vosotras sois capaces de ser sinceras conmigo? —Resopló, intentando parecer enfadada y fuerte,

pero su voz temblaba y Grace vio el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Cielo, lo siento tanto. Phoebe solo sabía que Noah me gustaba. Ella no tiene nada que ver.

—De ti era de quien menos me lo esperaba, Grace. —La mirada de Ivy estaba gélida por el dolor.

Grace se inclinó hacia ella y le cogió la mano. —Quería decírtelo, pero tenía miedo de que reaccionaras exactamente como lo has hecho ahora, y quería ahorrártelo. No te enfades, por favor. No era mi plan en absoluto. Simplemente ha pasado.

Ivy frunció el ceño. —¿Crees que estoy enfadada porque te hayas enamorado de alguien? —Sacudió la cabeza—. ¿Qué clase de persona crees que soy?

—¿No lo estás? Pero tu mirada de antes, y el silencio... ¡si ni siquiera me coges la mano! —se lamentó Grace, mordiéndose el labio.

Ivy sorbió por la nariz. —Estoy sorprendida, a decir verdad. ¿No fue cosa vuestra la idea de renunciar a los hombres? No es que yo os obligara. —Ivy miró alternativamente a Phoebe y a Grace.

—Solo queríamos ayudarte —respondió Phoebe con una humildad inusual.

—Pero si para eso tenéis que mentirme, no es ninguna ayuda. —Ivy se frotó los ojos, cansada—. ¿Cuánto tiempo llevas con ese médico?

—Desde octubre —susurró Grace—. En el evento de solteros, me tocó su número por casualidad, sin quererlo, y una cosa llevó a la otra. No he podido evitarlo; siento mariposas en cuanto estoy cerca de él. Ya no puedo dormir, ni siquiera tengo hambre. Pienso en él constantemente, en su piel cálida, en su mirada profunda, en su risa... —Suspiró.

—Te has enamorado —murmuró Ivy—. No puedo creer que nadie me haya contado nada.

—Estabas tan contenta de que no te abrumáramos con nubes de color rosa... No quería agobiarte. —Con mirada suplicante, Grace pidió comprensión.

—¿Pero qué pensáis que soy? —Finalmente, Ivy puso su mano sobre la de Grace y atrajo también la de Phoebe—. Dios mío, cielo —se dirigió a Grace—. ¿Acaso no me he alegrado siempre por cualquier cosa que os hiciera felices a ti o a Pheeb? Me alegro de corazón por ti si te has enamorado. Noah parece un hombre muy agradable por lo que se oye. Si tú eres feliz, yo también. A la mierda el estúpido pacto. —Rio mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

—Oh, he sido tan tonta —dijo Grace y se lanzó al cuello de Ivy.

—¡Abrazo de grupo! —exclamó Phoebe, rodeando también a sus dos amigos, hasta que de repente Ivy se soltó.

—Solo para dejarlo claro: antes estaba realmente cabreada. Pero solo porque me lo habéis ocultado y porque parece que de verdad me creéis capaz de teneros envidia.

—Hemos sido bobas —balbuceó Phoebe haciendo una mueca.

—Muy bobas —confirmó Grace sonriendo.

—Bien, y ahora que hemos aclarado esto... Pheeb, ¿tienes por casualidad una taza de café y chocolate? —preguntó Ivy, y Phoebe finalmente abrió la puerta de casa con una gran sonrisa. Una tras otra entraron y se dejaron caer en las crujientes sillas de la pequeña cocina de Phoebe.

Phoebe puso un cuenco con dulces sobre la mesa y preparó el café, mientras Ivy no pudo contener más su curiosidad. —Venga, suéltalo ya, Gracie. ¿Cómo besa el misterioso guaperas?

Grace cogió una barrita de chocolate, se recostó en la silla y cerró los ojos. —No os lo podéis ni imaginar...

Y enseguida regresó mentalmente al pub, vio el fuego ardiendo en los ojos de Noah y sintió el anhelo quemándole el pecho, igual que el día en que él posó sus labios sobre los suyos por primera vez.

Capítulo 11

EL cumpleaños de Harry era cada año un acontecimiento emocionante para los McNally, pero lo era especialmente desde que casi lo pierden debido a su grave enfermedad. Desde entonces, celebraban su onomástica con el doble o el triple de intensidad, y este año, además, cumplía los setenta. Durante todo el día, sus canciones favoritas resonaron por la casa. Escuchó un disco tras otro: Frank Sinatra, The Monkees, de vez en cuando algún tema de Elvis y, muy especialmente, los viejos vinilos de los Stones, que guardaba como un tesoro y que tanto a Grace como a su madre les salían ya por las orejas. Pero Harry sabía que por su cumpleaños podía permitirse cualquier cosa y lo aprovechó al máximo. No solo se desmadró en lo musical; para su día festivo también se regaló un desayuno tradicional escocés, algo que se le negaba el resto del año debido a sus niveles de colesterol. Grace se asombraba cada vez de ver con cuánta entrega y placer comía su padre su *tattie scone* untado con abundante mantequilla, antes de zamparse una salchicha Lorne y coronar el conjunto con un típico *white pudding*. A ella le daban náuseas solo de verlo, pero por el brillo en los ojos de su padre —y también un poco por las manchas en la servilleta que se había metido por el cuello de la camisa —podía reconocer claramente cuánto disfrutaba de su banquete.

Había, al menos, el mismo brillo en sus ojos que cuando desempaquetó en el jardín el regalo de Grace y Olivia: un conjunto de exterior a estrenar para el verano, con una mesa a juego para su máquina de escribir y un taburete para poner los pies en alto. Se habían acabado los tiempos en que se deslomaba en las chirriantes sillas de jardín. Una de ellas, de hecho, se había desplomado bajo su peso el verano pasado.

Con el nuevo conjunto, esperaba que eso no volviera a suceder. Grace tenía además la esperanza de que, con él, su padre volviera a

pasar más tiempo al aire libre, al menos en su propio terreno, y que diera la espalda a su polvoriento y hundido sillón del salón cuando hiciera buen tiempo.

Fallbury tenía una tradición maravillosa cuando se trataba de cumpleaños de cifras redondas: cada habitante del antiguo pueblo pesquero se pasaba a lo largo del día, se quedaba a tomar un café o un trozo de tarta, felicitaba y dejaba un pequeño detalle. El que no tenía ganas de hablar ni de reuniones, o el que solo conocía al cumpleañosero de pasada, dejaba un breve saludo por escrito en un cuaderno preparado especialmente para ello delante de la casa. Algunos invitados también entregaban un pequeño regalo en metálico, pero la mayoría traía pescado en todas sus variantes posibles. En Fallbury, debido a su larga tradición como pueblo pesquero y a las ricas capturas de las bahías circundantes, el pescado representaba riqueza, salud y bienestar. Formaba parte de las buenas costumbres entregar arenque, solla, salmón o incluso mejillones y langostas en bodas, cumpleaños, bautizos o incluso funerales.

Para el cumpleaños de su padre, Grace ya había hecho sitio el día anterior tanto en su nevera como en la de sus padres y, aun así, tendrían que congelar la mayor parte del pescado y podrían alimentarse de ello el resto del año.

Entre los invitados que querían algo más que dejar una felicitación fugaz, se encontraban algunos de los viejos amigos de Harry. Uno de ellos era Louis, también llamado Lou. El primo segundo del Dr. Erin Baxter era un tipo divertido con una tos carrasposa, ruidosa y persistente, y una risa aún más ruidosa y contagiosa. Lou, como taxista, siempre tenía las historias más locas que contar y conocía al padre de Grace desde su juventud. Llegó por la mañana, cuando Harry aún no se había terminado su *white pudding*, y se quedó hasta la noche. Grace podía oír las carcajadas de los dos hombres desde el anexo, y eso le dibujó una sonrisa incontenible en el rostro. Este año, su padre estaba realmente tan lleno de vida y abierto como no lo había estado en mucho tiempo. Sin embargo, el largo día, las numerosas visitas y la falta de descanso pasaron factura al

llegar la noche. Agotado, Harry yacía en el sofá luchando contra el cansancio.

—Te has pasado un poco hoy, Harry —dijo Noah, que estaba sentado a su lado controlándole la tensión arterial—. ¿Sigues mareado?

—Ya no —respondió Harry y bostezó.

—La frecuencia de tu pulso en reposo está muy elevada. Podría deberse a la emoción, pero con seguridad también a la comida grasa. Eso supone un esfuerzo extra para un cuerpo con el corazón debilitado.

—Pero ha merecido la pena —dijo el padre de Grace sonriendo. Ella estaba en el marco de la puerta observándolos, mientras su madre recogía la vajilla limpia en la cocina.

—¿Seguro que está todo bien con él? —le preguntó en voz baja a Noah cuando este se acercó a ella.

—Mañana volverá a estar en pie —la tranquilizó él y le acarició la mejilla con ternura. Grace le sujetó la mano, se llevó el dorso a los labios y depositó un beso en él.

—Vaya par de tortolitos —dijo Olivia sonriendo con cariño al entrar en el salón. Que de aquel nuevo conocimiento no solo hubiera surgido una fuerte simpatía, sino sobre todo sentimientos románticos, había provocado reacciones exclusivamente positivas en casa de los McNally. Aunque Grace tampoco había esperado otra cosa.

Cuando se despidieron para irse al anexo esa noche, Harry ya se había quedado dormido. Todos habían tenido un día largo, y a Noah aún le esperaba una guardia nocturna. —Puedes dormir aquí. Si te llaman, simplemente sal con cuidado.

Él negó con la cabeza. —No quiero despertarte constantemente. En algunas noches todo permanece tan tranquilo que llego a preocuparme por la cobertura de mi móvil, y otras noches apenas puedo recuperar el aliento y voy corriendo de un paciente a otro. Pero eso se debe menos a los habitantes de Fallbury y más a todos

los pueblos de alrededor. No me extraña que el Dr. Baxter se sintiera claramente desbordado por ello.

Grace les sirvió un té caliente a ambos y se sentó con Noah a la mesa de la cocina. —Ahora ya estás tú aquí —dijo ella y le apretó la mano suavemente—. Por suerte.

Él le dedicó una sonrisa radiante y sus yemas acariciaron su antebrazo. El hormigueo recorrió todo el cuerpo de ella. —Ojalá pudieras quedarte aquí esta noche —susurró, se inclinó hacia él y le dio un beso suave. La mano de Noah se deslizó por su hombro, su nuca y se hundió en su cabello. Grace se estremeció.

—Yo también lo deseo, sobre todo porque hoy ha sido un día realmente bonito.

Ella cogió su taza de té. —Lo ha sido. Los cumpleaños siempre han sido emocionantes en nuestra casa y también muy sociales. Antes, cuando era pequeña, papá siempre me escribía cuentos por mi cumpleaños. En ellos aparecía una pequeña hada o princesa que, por supuesto, llevaba mi nombre y vivía una aventura heroica precisamente el día de mi cumpleaños.

—Déjame adivinar: había un final feliz. —Noah sonrió.

—Por supuesto. Papá nunca escribiría una historia infantil que no terminara bien. ¿Has leído algo suyo alguna vez?

Noah asintió. —Pero solo por encima, mientras él estaba absorto en un partido de rugby. Escribe bien. De hecho, demasiado bien para dejar que sus obras desaparezcan en los cajones.

—Exactamente lo que digo yo —respondió Grace—. Últimamente escribe más, y sus historias se han vuelto más alegres de nuevo. Mi padre dice que todo tiene su momento y que todo debe suceder como sucede. Si pienso en que ahora mismo tendríamos en realidad una granja llena de animales y una tienda repleta de productos... Seguro que apenas habría tenido tiempo para escribir. No quiero decir que su infarto fuera bueno para algo, pero al menos está sacando lo mejor de la situación.

—A propósito de la tienda de la granja, ¿qué ha sido de aquel sueño familiar? ¿Ha surgido algo desde que hablamos de ello en el pub? —preguntó Noah y atrajo a Grace a su regazo. Ella apoyó la cabeza en su cuello.

—En realidad no. De repente ha aparecido este apuesto joven que me distrae de todos esos planes —dijo ella riendo y le dio un beso a Noah en la mejilla. Mientras sus labios se deslizaban por su mandíbula hasta el lóbulo de la oreja y bajaban por su cuello, él suspiró suavemente.

—Me sentiría culpable, pero ahora mismo no puedo —respondió él con voz ronca. Sin embargo, luego apartó a Grace con suavidad—. Pero en serio: no quiero ser yo quien haga que descuides tus sueños. Prefiero ser aquel con quien puedas hacerlos realidad.

Grace volvió a sentarse en su silla. —Eso es muy dulce por tu parte, pero lo de la tienda de la granja es realmente solo una pompa de jabón que estalla en cuanto pienso en ello. Mis padres ya no son tan jóvenes, el trabajo físico en una granja llena de animales está descartado para mi padre de todos modos. ¿En qué consistiría la tienda? ¿En vender huevos? Eso no funciona. —Negó con la cabeza con tristeza.

—Cuando desarrollasteis ese sueño en su día, ¿de qué se trataba para vosotros como familia? —preguntó Noah y se sirvió más té.

—Se trataba, por supuesto, de los productos regionales propios que habríamos podido vender. Pero sobre todo de la sociabilidad. Nos encanta el trato con los demás. Verás, mis padres tenían la panadería, yo trabajo en el supermercado... estamos acostumbrados a estar rodeados de gente y de sus historias todo el día, y creo que la idea de poder vivir eso en nuestra propia granja siempre nos ha gustado. ¿Has visto cómo ha florecido hoy mi padre cuando ha ido viniendo un visitante tras otro? —Sonrió sumida en sus recuerdos.

—Quizá el concepto de tienda de granja ya no sea el adecuado para vosotros. Pero podría haber otra posibilidad. Tenéis un terreno enorme, un cobertizo casi terminado, aunque lleve un par de años

parado. ¡Algo tiene que poder hacerse con eso! —Noah apretó la mano de Grace.

—Nunca hemos pensado tan allá, ¿pero por qué no? Veré qué dicen mis padres al respecto y si todavía tienen energía para poner en marcha algo aquí. A veces otros dejan de soñar los sueños que aún siguen vivos en uno mismo.

—Me parece genial que no quieras rendirte así como así —dijo Noah y besó a Grace cariñosamente en el pelo tras levantarse—. Lo que no me parece tan genial es que tenga que irme ya. Tengo que ducharme y recoger mi maletín médico de la casita.

Grace rodeó su cintura con los brazos. —Deberías traer algunas cosas aquí, así podrías ducharte aquí... y dormir.

—Suenas como un plan excelente. —Él le levantó el rostro con suavidad y posó sus labios sobre los de ella—. Ya te echo de menos —susurró, y su aliento caliente le puso la piel de gallina.

Grace todavía sentía ese cosquilleo recorriéndole la espalda cuando Noah ya se había marchado hacía rato.

Nada más levantarse a la mañana siguiente, Grace presentó a sus padres las vagas ideas que había compartido con Noah sobre la granja.

—Yo siempre he dicho que nos vendría grande lo de tener ganado propio. ¿Quién de nosotros sabe algo de cuidar animales? Por no hablar del trabajo. ¿Acaso voy a cargar yo con las alpacas de heno? ¿O tú, Gracie? —preguntó Olivia mientras removía su café—. No, ya hace mucho que me despedí de eso. Como muy tarde desde que Harry se puso tan mal. Solo la gente... sí, a veces echo de menos a la gente. Siempre me pareció bonito poder recibir a las personas en nuestra propia granja, cumplir sus deseos, mientras quizá incluso me confían sus penas y necesidades. Una tienda en una granja tiene algo de muy familiar, ¿no os parece?

Harry asintió y le dio una palmadita en la espalda a su mujer. —Deberíamos estar agradecidos por lo que tenemos. —Con los labios

fruncidos, se dieron un breve beso.

—¿Pero qué pasaría si nos despidiéramos de la idea de tener una tienda de granja, pero no abandonáramos el sueño de tener gente en nuestra casa? —propuso Grace.

—¿Ya te ronda algo concreto por la cabeza, pequeña? —Harry se inclinó con curiosidad sobre la mesa hacia su hija.

—Tiene que ser algo que se nos dé bien, donde realmente podamos ofrecer y presentar algo a la gente.

—Bueno, lo que yo sé hacer es hornear —dijo Olivia y enderezó la espalda con confianza—. ¿Te refieres a una pequeña panadería, aquí en nuestra granja? Yo sola no puedo con eso, y tú no eres panadera de formación, Gracie.

—Mmm —hizo Grace y reflexionó. Y de pronto lo vio delante de sus ojos, como si nunca hubiera existido otra idea para la granja McNally, como si ese hubiera sido siempre su plan—. ¡Una cafetería! —exclamó emocionada.

—¿Una cafetería? —Harry enarcó las cejas con escepticismo.

—No una cafetería al uso. Una especie de café de fin de semana, con un rincón de cuentos donde tú, papá, pudieras leer tus historias a los hijos de nuestros clientes.

Ahora los ojos de Harry también se agrandaron por la emoción. —¡Un rinconcito de cuentos! —dijo, y Grace creyó percibir un ligero temblor en su voz.

—El rinconcito de cuentos de Harry —susurró Grace, conmovida por la imagen de su padre, y le apretó suavemente la mano.

—Un momento, vosotros dos... ¿Y cómo os imagináis eso? De una cafetería de fin de semana no podemos vivir todos.

—¿Y qué importa? Nunca podremos llevar en esta granja un negocio familiar que nos mantenga a todos. Me gusta trabajar en el supermercado. Pero quizá aun así pueda dejar mi segundo trabajo y ayudar en la cafetería los fines de semana. Papá lee cuentos, tú horneas tartas, servimos café y té. —Grace cogió ahora también la

mano de su madre—. Mamá, ya no tendrías que trabajar en la panadería, estarías siempre aquí en la granja, con papá.

—Y habría mucha vida en la granja —dijo Olivia entonces—. Podríamos usar el cobertizo para ello, yo puedo hornear aquí en la casa y en verano montamos asientos acogedores atrás en los prados, con mantas y cojines, sillas y mesas...

Grace asintió con entusiasmo, trajo papel y bolígrafo de la cocina y anotó todas las ideas que volaban entre ella y sus padres, mientras del viejo sueño crecía uno nuevo y la atmósfera a su alrededor se llenaba de emoción y euforia.

Justo después del desayuno, bajó corriendo al pueblo y alcanzó a Noah en el último segundo, antes de que desapareciera por el atajo que subía a los acantilados.

—¡Noah! —gritó y corrió sin aliento por la playa rocosa—. ¡Noah, espera!

Asustado por los gritos, él se dio la vuelta. —¿Grace? ¿Qué pasa, cariño?

Ella se lanzó a sus brazos y casi lo tira al suelo. —¡Vaya, caray! Qué buen humor tienes. —Él sonrió y la besó con ternura antes de darle la oportunidad de explicarse.

Las palabras brotaban de sus labios sin aliento. Frenética, con la voz entrecortada, le contaba a Noah todas las pequeñas y grandes ideas que habían surgido en la mesa de la cocina, mientras se movía de un lado a otro sin parar. Noah la escuchaba con atención y, cuando terminó, asintió impresionado. —Un rincón de historias —dijo él—. ¡Qué idea tan grandiosa!

—¿No te parece? Papá podría leer, mamá hornear, tendríamos invitados, niños, venderíamos pasteles, café, té...

Noah soltó una carcajada. —Sí, eso ya lo has dicho. —La atrajo de nuevo hacia sí, probablemente para que por fin dejara de dar saltos—. Es una idea fantástica.

Volvió a besarla. Pero algo en Noah era diferente esa mañana. Aunque sonreía, estaba atento y obviamente la escuchaba, la ligereza y la alegría no llegaban a sus ojos. Permanecían sombríos y con una seriedad poco habitual. Grace retrocedió un paso, pero sujetó a Noah por las manos.

—¿Estás bien? ¿Has tenido un turno difícil? Oh, lo siento, te estoy avasallando con mis noticias cuando tú has pasado toda la noche...

—Solo estoy estresado —respondió él con una voz inusualmente fría.

Grace dio un paso atrás. —Perdona, no lo sabía. —Lo miró preocupada. Él evitó su mirada deliberadamente y se metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Yo... yo también tengo que irme ya.

—Vale.

Noah le dio un beso fugaz en la mejilla, tan rápido y carente de significado que apenas pudo sentir su cercanía. Mientras se alejaba por el atajo, mantuvo la cabeza agachada y no se volvió ni una sola vez hacia ella.

—¡Noah! —le gritó ella una vez más. Él se detuvo y miró hacia atrás con el ceño fruncido—. Vendrás a cenar esta noche, ¿verdad? —Por fin tenía una tarde y una noche entera libres. Llevaban días planeando unas horas románticas los dos juntos: cocinar juntos, cenar juntos... Pero ahora Noah estaba al final del camino, guardó silencio durante demasiado tiempo y finalmente respondió: —No sé si podré. Ya te diré algo. —Luego se marchó, y la mala sensación que le produjo su comportamiento inusual hizo que el corazón de Grace latiera tan rápido que se quedó sin aire.

Durante el resto del día apenas pudo pensar en otra cosa que no fuera la extraña situación en la playa. Cuando Noah se había marchado de la granja McNally la noche anterior, todo parecía normal, pero la forma en que la había tratado en la playa e incluso la había dejado allí plantada al final no había sido normal en absoluto. No era propio de él. ¿Habría pasado algo en la consulta? ¿Con el Dr.

Baxter? ¿Con un paciente? Pero podría habérselo contado, y no habría sido la primera vez que Noah hablaba con ella sobre su trabajo. Es más, ella tenía la sensación de que a él le sentaba bien y le ayudaba a desahogarse de sus preocupaciones o del estrés tras un turno agotador, antes de poder concentrarse plenamente en el tiempo que pasaban juntos. Eso era tan importante para él como para Grace, lo sabía, pues él lo había dicho claramente más de una vez. La cena que iban a cocinar juntos era por fin una noche en la que no tendría que ponerse en camino de vuelta a casa en mitad de la noche, y el plan había surgido de una idea de él. Y ahora ni siquiera sabía si él vendría siquiera.

Aun así, decidió comprar los ingredientes para el Scotch Pie, que se prepararía siguiendo una receta de la abuela de Noah, después de su trabajo en el supermercado. Tampoco olvidó las cerezas y las almendras para el pastel de Dundee que había planeado como postre sorpresa. Con una mirada al móvil y la desilusión de que Noah tampoco hubiera reaccionado a su tercer mensaje, caminó hacia casa al final de la tarde. A estas alturas, la preocupación inicial se había convertido en frustración. No soportaba que alguien tuviera secretos evidentes ante ella que, al menos, la afectaban lo suficiente como para sufrir las consecuencias. Al llegar a su granja, vio una luz encendida en el viejo establo y oyó el alboroto de voces masculinas.

Grace dejó sus bolsas y entró en el antiguo edificio.

—Ah, cielo, qué bien que estés aquí —la saludó su padre—. ¿Qué te parece? ¿Dónde encajaría mejor una ventana de despacho? ¿Aquí delante o allí atrás? Ronny dice que allí se vería mejor desde la puerta de la granja, pero si tenemos en cuenta la disposición de las estanterías, quizá allí sería mejor. —Iba de un rincón a otro del establo mientras el operario, Ronny, armado con un metro, observaba la escena tan divertido como Grace.

—Creo que el argumento de la puerta de entrada es de peso. Además, en ese lado del establo tienes mucho más espacio para mostradores y zonas de preparación —opinó Grace.

Harry pasó un brazo por los hombros de su hija y la apretó contra sí. —Tienes toda la razón. Ronny, lo haremos así. Mirando hacia la puerta. —Y enseguida los hombres volvieron a sumergirse en tecnicismos de los que Grace no entendía ni jota. No quiso interrumpirlos más y se dispuso a salir.

Había empezado a chispear cuando se escabulló al anexo, metió los alimentos en el frigorífico y se dejó caer en una silla de la cocina. Volvió a sacar el móvil y, de nuevo, no había ni rastro de vida de Noah en la pantalla, a pesar de que había leído todos sus mensajes. Sin pensarlo más, marcó su número. Sonó una vez, dos, tres, y después de la cuarta saltó el buzón de voz. Grace respiró hondo.

—Noah, soy yo. No sé qué te pasa, pero aunque sea algo que no me incumba, tu comportamiento conmigo no está siendo muy justo. Estoy aquí sentada junto a una nevera llena y parece que ni siquiera te planteas avisarme al menos de que no vienes. Sabes que siempre puedes hablar conmigo si algo te preocupa. Y si no quieres hacerlo, puedo entenderlo, pero por favor, no me castigues con tu comportamiento por algo que ni siquiera sé que he hecho. —Esperó un momento antes de añadir en voz más baja—: Te quiero. —Luego colgó y se propuso firmemente no esperar más su respuesta, sino aprovechar su noche libre de forma productiva. Primero encendió la chimenea del salón para ahuyentar el frío. Después lavó la ropa de cama que ya se amontonaba en el cuarto de la colada, puso toallas nuevas en el baño, quitó el polvo de cómodas y estanterías y fregó el suelo de baldosas de la cocina y la entrada. Cuando estaba poniendo sábanas limpias, sonó el timbre. Sudorosa y con las mejillas sonrojadas, bajó corriendo y vio a través del cristal de la puerta nada menos que un enorme ramo de rosas. Reprimió la sonrisa que asomó instantáneamente a su rostro por el alivio y abrió la puerta.

Noah bajó el ramo lentamente hasta que sus rizos asomaron por detrás. Le tendió las flores, y sus brazos bajaron visiblemente bajo el peso. —Lamentablemente no he podido encontrar más rosas a toda prisa para pedirte perdón. —Sacó una y se la entregó—. Mira cada una de ellas como una señal de lo idiota que soy; me siento fatal por

mi comportamiento de antes. —De hecho, se le veía inusualmente avergonzado, bajaba la mirada constantemente y ella echaba de menos su sonrisa pícara.

Grace aceptó la rosa, la olió brevemente y luego atrajo a Noah dentro de casa. —Pasa, mi idiota adorable —dijo ella sonriendo y le quitó el ramo para ponerlo en un jarrón. A continuación, Noah la estrechó entre sus brazos. —Lo siento de verdad. Tu mensaje en el buzón me ha hecho darme cuenta de lo que estaba pasando.

Grace se echó hacia atrás. —¿Ah, sí? ¿Y qué es exactamente lo que está pasando o ha pasado? Me he preocupado de verdad.

Noah la apartó suavemente y sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta. Luego siguió a Grace al salón, donde se sentaron en el pequeño sofá.

—Hace poco te reproché que no soporto los secretismos, y hoy no he sido mejor. Y eso que ni siquiera tiene que ver contigo.

—¿Pero con qué entonces? ¿Qué ha pasado? —Se giró hacia él, tomó su mano y la apretó con fuerza, mientras su mirada se clavaba en el sobre que él sostenía en la otra mano. Él se lo entregó.

—Queen Elizabeth University Hospital —leyó Grace el remitente en voz baja—. ¿El hospital universitario de Glasgow?

Noah asintió y bajó la cabeza. —El puesto de mis sueños.

—No entiendo —dijo Grace y sacó la hoja de papel del sobre. Recorrió apresuradamente las líneas murmurando—: Nos complace comunicarle... puesto a partir del 15 de enero... bienvenido a Glasgow... —Dejó caer el escrito.

—No sabía que habías vuelto a enviar solicitudes. —Su voz sonaba tan quebradiza y accidentada como latía su corazón de repente. El alivio recién recuperado se había perdido de nuevo.

La mirada de Noah se dirigió rápidamente a ella. —No, oh no, no lo he hecho. Antes de venir a Fallbury, eché la solicitud en Glasgow. Siempre había querido trabajar allí, en la clínica universitaria, pero también sabía que mis posibilidades eran bastante escasas. No

aceptan a cualquiera. De hecho, recibí una negativa poco después de mi solicitud a finales de verano. Pero ahora parece que el puesto ha vuelto a quedar libre... —Suspiró—. Es cierto que cuando acepté el puesto en la consulta del Dr. Baxter, no contaba realmente con quedarme aquí. Necesitaba el dinero y era un trampolín para ganar experiencia. ¿Pero yo en un pueblo? Ya sabes cómo me manejo por aquí. —Rió con torpeza.

—Pero los pacientes te adoran —susurró Grace, y ahora fue Noah quien envolvió sus dedos, ahora gélidos, con los suyos.

—Y yo te quiero a ti, Gracie. Me encanta poder estar contigo, me encanta lo natural y puro que puede ser lo nuestro en un lugar como este. Sin la influencia de la inmensidad del mundo, del ajetreo de la ciudad, de los caprichos de las multitudes. Amo la autenticidad que vivo contigo aquí en Fallbury. Estoy conociendo una faceta de mí totalmente distinta.

—Pero quieres irte —concluyó Grace, y un nudo espeso le quemó en la garganta.

—Ahora ya no. Si no fuera por ti, tal vez. ¿Pero ahora? Por nada del mundo te dejaría aquí sola.

—Yo tampoco podría irme nunca contigo. Mi familia está aquí, mi padre enfermo, mi corazón, que pertenece a este lugar junto al mar. No quiero vivir en la ciudad, Noah.

Él asintió con énfasis. —Lo sé. Y nunca te lo pediría. Por eso para mí ni siquiera se plantea la cuestión. Siento que lo nuestro es algo especial. Que es diferente. Jamás pondría eso en juego.

Una lágrima rodó por la mejilla de Grace. —Pero Noah... ¿no me dijiste hace poco que no querías ser quien me impidiera alcanzar mis sueños? Yo tampoco quiero ser alguien así para ti. Si Glasgow es tu sueño, entonces...

—¡Eh! —Puso sus manos en las mejillas de ella y giró su cabeza hacia él. Al ver sus lágrimas, un dolor desconocido se instaló en su mirada—. Por favor, no llores. —Acarició suavemente las mejillas húmedas—. ¿No estás viendo tú misma con vuestro nuevo proyecto

en la granja que los sueños pueden cambiar? —Noah depositó un beso en su frente—. Ahora tú eres mi sueño. Este amor por ti, esta vida a tu lado. No necesito nada más para ser feliz. Y aparte de eso, el puesto en Fallbury es mucho mejor de lo que esperaba. Valoro el ambiente casi familiar entre los habitantes del pueblo y la calidez de esta pequeña consulta en el centro.

—¿Pero por qué entonces ese rechazo de esta mañana?

—Simplemente me pilló por sorpresa. He soñado con ir a Glasgow desde que empecé la carrera. Cuando llegó la negativa en aquel entonces, me llevé una decepción enorme, pero no quise hundirme. Y ahora esta carta. Una aceptación. ¡Pam! volvieron todos mis viejos planes y sueños. —Se aclaró la garganta con timidez—. Y además, no estoy acostumbrado a poder compartir todo lo que me pasa tan abiertamente con alguien. Siempre he sido un lobo solitario, y mi última relación con Katelyn no hizo más que confirmarlo, con todas sus mentiras y secretos.

Ella asintió suavemente. —Lo entiendo perfectamente. Yo tampoco me he sentido nunca tan conectada con alguien como contigo. Es un tipo de amor desconocido, totalmente nuevo.

—¿A ti también te da miedo a veces? —preguntó Noah en voz baja, y Grace asintió, conmovida por su franqueza y honestidad.

—Mucho miedo. No quiero volver a perder lo que tenemos.

—¡No lo harás! —dijo él con firmeza y la besó cariñosamente en la punta de la nariz.

—¿Seguro?

—Segurísimo —respondió él, se levantó del sofá, se dirigió decidido a la pequeña chimenea del rincón y arrojó el escrito a las alegres llamas.

—¡Noah! —exclamó Grace asustada y se levantó de un salto cuando él se volvió hacia ella.

—No ha sido la oferta de trabajo lo que me ha descentrado, Grace. —Puso su brazo sobre sus hombros y ella apoyó la cabeza en su

pecho—. Fue pensar en qué habría pasado si la carta hubiera llegado antes, si ni siquiera hubiera venido a Fallbury, si nunca te hubiera conocido.

—¡Oh, Noah! —Grace rodeó su cuello con los brazos y él acarició con cuidado su espesa melena pelirroja—. Te quiero tanto —susurró, antes de fundirse en un beso indeciblemente tierno con el hombre que había dado alas a todos sus sueños secretos para que pudieran elevarse a alturas insospechadas a su lado.

Esa noche ninguno de los dos volvió a pensar en la cena que iban a preparar juntos. En su lugar, Noah la levantó en vilo sin romper el beso y Grace entrelazó sus piernas alrededor de su cintura. Estrechamente unidos, la llevó arriba al dormitorio, donde la dejó caer suavemente sobre la cama.

Cuando él se quitó el jersey por encima de sus rizos alborotados, que después se quedaron de punta, Grace no pudo evitar reírse. — Me encanta cuando tienes ese aspecto tan salvaje.

—¿Ah, sí? ¿Te gusta cuando parezco salvaje? —preguntó él, dejándose caer sobre ella y empezando a cubrir su cuello con besos ardientes.

—Sí, me vuelve loca —susurró Grace sin aliento, mientras el corazón le martilleaba en el pecho.

—¿Y si te digo que no solo puedo parecerlo? —susurró Noah cuando sus labios rozaron el lóbulo de su oreja y su aliento caliente envió un escalofrío por todo su cuerpo.

—Mejor todavía —respondió ella con voz ronca, lo apartó suavemente a un lado, se puso sobre él y echó la sábana por encima de sus cabezas.

La risa vibrante de Noah y su piel caliente fueron lo único que la esperaba en la oscuridad allí debajo. Y en ese momento no deseaba nada más.

Capítulo 12

EN una lúgubre tarde de diciembre, Grace estaba apoyada en un estante con folletos publicitarios sobre rutas de senderismo en la región de Fallbury y Peterhead, mientras Phoebe atendía a un mochilero dándole información sobre alojamientos adecuados.

—Rose Cottage está en lo alto de la colina. En las colinas de Fallbury encontrará descanso seguro. Está en un lugar apartado y tranquilo, y la oferta de alojamiento de Rose Cottage también incluye el desayuno. —Phoebe recorrió con el dedo el camino en un mapa hasta llegar a la casa de campo.

El hombre, un tipo barbudo que parecía llevar ya tiempo de viaje, asintió entusiasmado y dejó que Phoebe le enseñara el folleto con las nuevas fotos del Bed & Breakfast.

—Es exactamente lo que estaba buscando, muchas gracias. —Echó una pequeña propina en el cuenco del mostrador, se levantó el sombrero amarillento a modo de saludo, dejando a la vista una incipiente calvicie, y desapareció tras la puerta mientras el cascabel tintineaba.

—Los inviernos son realmente largos y pesados —se quejó Phoebe—. Echo de menos el contacto con la gente, con los turistas que aparecen por la puerta con los ojos brillantes y no ven la hora de descubrir cada brizna de hierba de las colinas escocesas.

Grace se acercó a su amiga. —Pues ese parecía bastante majo.

—Sí, pero en este momento vienen muy pocos por aquí. —Apartó una cortina de la ventana de arco que tenía a su espalda y suspiró—. Mira qué tiempo de perros. —Efectivamente, llovía a cántaros. Gotas gruesas y pesadas repicaban contra el cristal. El cielo sobre los tejados de Fallbury se veía gris y desolador.

—Ya mejorará —murmuró Grace pensativa mientras hojeaba el folleto de Rose Cottage.

—Hum —hizo Phoebe, apoyándose en el mostrador con la barbilla sobre una mano y frunciendo el ceño—. Llevas aquí una hora plantada sin decirme qué es lo que quieres en realidad.

Grace bajó el folleto. —¿Es que una no puede hacerle un poco de compañía a su mejor amiga?

Phoebe entornó los ojos. —Sí, se puede, a menos que estés recién enamorada y se suponga que deberías estar en una nube. Tú, en cambio, rica mía, parece que traes nubarrones encima. Venga, desembucha: ¿problemas en el paraíso?

Grace sacudió la cabeza y volvió a meter el folleto en su caja. —Me conoces demasiado bien, debería buscarme otras rutas de escape.

Phoebe soltó una breve carcajada antes de que un velo de preocupación cubriera su rostro. —¿Escapar de Noah?

—Lo de escapar quizá ha sido un poco exagerado. De todas formas, ahora mismo está de guardia.

—¿Entonces qué pasa? Madre mía, hay que sacarte las palabras con fórceps.

Suspirando, Grace se dejó caer en el angosto rincón de asientos frente al mostrador. —A Noah le han hecho una oferta de trabajo en Glasgow. En la clínica de sus sueños.

Phoebe torció el gesto y se sentó en el banco de enfrente. —¿Y ahora qué?

Grace se encogió de hombros. —Nada. Él dice que el asunto ya está zanjado porque nos hemos conocido. Pero no me quito de encima la sensación de que, en el fondo, le entristece perder esta oportunidad. No quiero fastidiárselo.

—Si me preguntas a mí, Noah parece bastante sincero. Es un tío honesto. Lo diría si tuviera dudas sobre su trabajo aquí.

—Sí, yo también lo creo. Me confesó que, en realidad, Fallbury solo iba a ser un trampolín para él. No tenía intención de quedarse cuando llegó. Eso surgió después, por mí.

—Huy. —Phoebe arrugó la nariz—. No daba esa impresión para nada. Pensé que esto era lo suyo, con lo bien que se integró enseguida en la comunidad del pueblo. —Sacudió la cabeza—. Pero también podíamos habérselo imaginado, alguien como Noah Parker no acaba en este rincón del mundo por casualidad.

—Eso mismo pensaba yo para mis adentros —confesó Grace en voz baja, reclinándose y echando una mirada por la ventana. La lluvia había amainado y el turno de Phoebe había terminado hacía rato—. Anda, aprovechemos el respiro que nos da la lluvia. Te acompaño a casa antes de que me esperen de nuevo los dotes culinarios de mi madre.

Phoebe cogió su bolso y la chaqueta del cuarto de empleados. — Buena maniobra de distracción. —Le sostuvo la puerta a Grace.

—No era ninguna maniobra, solo quería decirte la verdadera razón por la que he huido hoy. La culpa no es de Noah, es de mi madre. Lleva días probando una receta tras otra. De verdad que me encanta su repostería y sus postres, pero ya me aprieta el botón del pantalón y solo con el olor me mareo. Dice que tenemos que estar preparados para la primavera. Nunca habría pensado que los nuevos planes para la granja le provocarían tal euforia.

Phoebe cerró con llave la puerta de la pequeña oficina de turismo. —Pues es estupendo. ¿Y tu padre? ¿Cómo lleva él todo este revuelo?

Grace se echó a reír. —Tendrías que verlo. Cada día tiene ideas nuevas. Ronny O'Donald va a ser el próximo en esconderse en tu oficina. Mi padre debe de llamarlo por lo menos tres veces al día para proponerle nuevas ideas para los asientos del patio. Además, tiene planes para el granero. Armarios y mostrador, ventana de venta, cartel publicitario... ¡ay, es una locura! Mis padres de repente me parecen dos adolescentes. Se pasan el día entre risitas y susurros. —Al pensarlo, Grace no pudo evitar sonreír. De hecho, la decisión de crear el «Rinconcito de las Historias» había traído una ola de energía e ilusión a la familia. No había otro tema de conversación, mañana, tarde y noche. Olivia incluso había desarrollado su propio sistema de puntuación para los pasteles de

prueba. ¡Pobre del bizcocho que recibiera media estrella de menos! entonces se volvía a mezclar y batir los ingredientes hasta que el resultado fuera perfecto.

Phoebe saludó a un viejo pescador a lo lejos en el embarcadero mientras pasaban por el puerto. —¡Qué tiempo más espantoso! —le gritó, y el hombre le respondió: —¡El mejor tiempo costero! —antes de volver a centrarse en su barca.

—Ya me muero de ganas por ver qué hacéis con el patio —dijo Phoebe a continuación—. Y tengo aún más ganas de poder recomendar vuestro café de las historias a mis clientes. Tenéis que imprimir un folleto también, ¿vale?

—Todo a su tiempo —respondió Grace riendo—. ¿A qué le vamos a hacer fotos ahora? ¿Al granero vacío?

—No, pero no esperéis demasiado. Ya sabes que con los primeros rayos de sol del año empiezan a pasar por aquí los primeros grupos de senderistas.

—Prometido —dijo Grace, y juntas se dirigieron a paso ligero hacia la casa de Phoebe. La tregua de la lluvia había sido breve. De nuevo, aunque esta vez de forma más pausada, el cielo abrió sus compuertas, y lo que empezó como un chirimiri pronto se convirtió en gotas gordas. Grace corrió tras Phoebe y las dos amigas se apretujaron bajo el estrecho saliente de la puerta de entrada.

—Tiempo de perros, ya te lo decía yo —refunfuñó Phoebe mientras se frotaba las manos frías—. ¿Quieres entrar un momento?

—¿No esperas visita hoy? —Grace sonrió con picardía.

—Larry y yo somos historia.

—Claro —dijo Grace y apartó la vista un momento al no poder contener una sonrisa evidente.

—Quería tomarme por fin el tiempo hoy para mirar esa universidad a distancia para el grado de Turismo. Pero antes tengo tiempo para un café.

—¡Oye, Pheeb, eso es genial! ¿Ves? Poco a poco estamos logrando ponernos las pilas con nuestros sueños, y el año aún no ha terminado. Desde luego no voy a ser yo quien te detenga ahora que por fin has encontrado la motivación.

Phoebe se mordió el labio sonriendo y se le sonrojaron las mejillas. —Bueno... hoy también emiten nuevos episodios de *Felicidad marina y tormenta en los acantilados*.

Grace sacudió la cabeza riendo. —Eres un caso perdido.

—Lo sé —se lamentó Phoebe, aunque la sonrisa no desaparecía de su rostro—. Al menos una de las dos está encauzando su vida. Y volviendo al tema: no te preocupes por Noah. Está loco por ti. Solo con ver cómo te mira... Dios mío, ojalá algún hombre me mirara a mí así alguna vez.

Grace bajó la mirada y sintió un hormigueo recorriéndole el cuerpo. —Es realmente increíble —dijo en voz baja, y las mejillas se le encendieron.

—Me alegro de corazón por ti. —Phoebe la estrechó entre sus brazos—. Hacéis una pareja ideal.

—Gracias, Pheeb. Y ahora deberías darte prisa si no quieres perderte el comienzo de tu serie.

—¡Psst! Oficialmente me estoy informando sobre la carrera.

—¡Claro! —Grace besó a su amiga en la mejilla y, mientras Phoebe buscaba las llaves de casa, Grace se puso la capucha y salió de debajo del estrecho tejadillo.

En la acera de enfrente, una mujer pequeña y robusta subía deprisa, a la que Grace reconoció de inmediato a pesar de la gruesa chaqueta de invierno. Quizá también porque los picos de su bata blanca de médico asomaban por debajo. Grace estuvo a punto de llamar a la doctora cuando oyó la voz de Phoebe a su espalda.

—Oye, Gracie, una cosa más.

Se dio la vuelta.

—Incluso si este trabajo aquí para Noah solo fuera un trampolín, al menos ha sido un trampolín hacia la felicidad. ¡De cualquier modo, es una situación en la que todos ganáis! —Saludó con la mano y desapareció en el portal sin esperar la respuesta de Grace.

—¿Qué es eso de un trampolín? —oyó Grace de pronto la voz firme de la médica del pueblo.

—Dra. Baxter —dijo, buscando desesperadamente las palabras adecuadas—. No es lo que parece.

—¿Ah, no? —La doctora apoyó sus cortos brazos sobre sus anchas caderas—. Me ha parecido entender que Phoebe McCloud acaba de decir que Noah considera su trabajo en Fallbury como un trampolín.

—Sí, quiero decir, lo ha dicho así. Pero ya no es cierto; me refiero a que eso era al principio, cuando acababa de llegar. Ahora...

—¿De verdad vino aquí con el plan de marcharse pronto? —Sacudió la cabeza indignada antes de lanzar los brazos al aire—. Y a mí me miente de esa manera...

—No, Dra. Baxter, por favor. A Noah le encanta trabajar en su consulta. Todo es un malentendido enorme. Surgió aquella oferta de trabajo en Glasgow... —soltó Grace de golpe—. Pero ahora, bueno, ya sabe, desde que se ha adaptado tan bien aquí...

—¡Pues le voy a cantar las cuarenta! —estalló la Dra. Baxter—. No necesito a nadie en mi consulta que no quiera estar aquí de verdad. Yo la levanté, me gané la confianza de mis pacientes, luché para mantener el centro en Fallbury, incluso sabiendo que algunos pacientes de los pueblos de alrededor tendrían que desplazarse. ¡No he hecho todo esto para que alguien venga a arruinarlo!

—Noah nunca... —empezó Grace con impotencia.

—Está bien, Grace. Sé lo que siente por Noah y que quiere protegerlo. Está en su derecho. Pero ahora ha llegado el momento de que yo proteja lo que es importante para mí, y seguro que lo comprende. —Se irguió y resopló—. ¿Está el Dr. Parker en la consulta? —preguntó entonces, como si de repente hablaran de un extraño.

—Creo que sí —dijo Grace, mientras la desesperación de aquella situación sin salida le robaba el aliento—. Pero... —lo intentó una última vez, pero la Dra. Baxter ya no la escuchaba. Desaparecida bajo su gran capucha, se alejó calle abajo con paso firme.

Con las manos temblorosas, Grace sacó el móvil del bolsillo del pantalón y marcó el número de Noah. Mientras seguía a toda prisa a la Dra. Baxter hacia la consulta, su voz sonó al otro lado de la línea. —Noah, la he fastidiado —interrumpió Grace su saludo.

—¡Por qué, se lo pregunto! ¿Por qué Fallbury, por qué mi consulta, mis pacientes? ¿Por qué todo esto, si desde el principio no tenía intención de quedarse?

Grace estaba en el pasillo de la consulta y se encogía con cada palabra. No tenía ni idea de lo dura e indignada que podía sonar la voz de la Dra. Baxter, aunque siempre había tenido claro que a la doctora no se la podía juzgar por su estatura. Tenía mucho carácter y sabía exactamente lo que quería y lo que no. Como una leona defendiendo a sus cachorros, la Dra. Baxter luchaba por sus pacientes; se percibía en cada una de sus palabras.

—Ya se lo he explicado: todo este asunto no tiene nada que ver con Fallbury. Necesitaba trabajo y, si no me hubiera gustado nada de esto, ni siquiera habría venido. Así que no le he mentado. —Noah, que al principio se había mantenido tranquilo, iba perdiendo la paciencia a cada minuto que pasaba.

Antes de que la Dra. Baxter pudiera entrar en las salas de la consulta, Grace había avisado a Noah. Frenética y sin control, las palabras atropelladas brotaron de sus labios mientras le contaba lo ocurrido. Noah no le había reprochado nada. No hacía falta, Grace ya se culpaba de sobra por los dos.

Si hubiera dejado correr el asunto y no se lo hubiera contado a Phoebe... Si no hubiera acompañado a su amiga y esta no hubiera gritado sus supuestas palabras de despedida por toda la calle... Si la Dra. Baxter no se hubiera aventurado a salir a la calle con este tiempo de perros...

De nada servía lamentarse. Ya estaba hecho. Ahora de lo que se trataba era de minimizar los daños. Pero la doctora era persistente y testaruda.

—El hecho es que los dos estuvimos sentados aquí y yo le dejé bien clara la responsabilidad que tiene un médico en un pueblo como este, y el hecho es también que usted estuvo de acuerdo conmigo en que alguien en este puesto tiene que estar hecho para esto, que vivir aquí fuera y cuidar de la gente no es un oficio, sino una vocación.

—Erin, yo...

—¡Para usted, a partir de ahora, Dra. Baxter!

Grace oyó a Noah respirar profundamente. Le daba muchísima pena. Se habría metido allí con gusto para intentar calmar las aguas. Pero probablemente habría servido de tan poco como sus pacientes explicaciones. —Está bien, Dra. Baxter. Entiendo que parezca que le he mentado. Como si no me importara su consulta, pero no es cierto. Vengo de la ciudad, estoy acostumbrado a otra vida, pero la vida es cambio. Estuve dispuesto a embarcarme en el experimento de ser médico de pueblo, y me encanta. ¿No es eso lo único que cuenta?

Hubo un momento de silencio en la sala de reconocimiento donde Noah llevaba media hora discutiendo con su jefa.

—Dr. Parker, le voy a hacer una pregunta muy sencilla y le pido que me responda con total sinceridad.

Siguió el silencio. Seguramente Noah había asentido, porque poco después la Dra. Baxter continuó: —¿Serían iguales su actitud combativa y su ambición si no hubiera conocido a Grace McNally? No me malinterprete; su vida privada no me incumbe. Pero ¿su reacción ante la confirmación de Glasgow habría sido la misma sin su relación con Grace?

Grace contuvo el aliento, esperando ansiosa la respuesta de Noah, mordiéndose una uña y cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro con nerviosismo.

Tras lo que pareció una eternidad, oyó un ligero carraspeo en la sala. Se acercó con cautela a la puerta y apoyó la cabeza contra el marco.

—Yo... no lo sé —dijo Noah casi en un susurro, y Grace cerró los ojos—. Pero ¿qué importa eso? No quiero quedarme aquí solo por Grace, si es a eso a lo que se refiere.

—¿No? Entonces no habría dudado.

Grace oyó un ruido, como si alguien hubiera cerrado un libro grueso de golpe. Poco después, se oyeron pasos acercándose a la puerta. Retrocedió.

—Tendré que reconsiderar mi decisión respecto a su contrato fijo con vistas a sucederme en la consulta. Por favor, cierre al salir cuando termine. —La puerta se abrió de par en par y la Dra. Baxter pasó por delante de Grace con la cabeza alta y gesto rígido, sin dedicarle ni una mirada—. Buenas noches, Grace —dijo, no obstante, y desapareció por la puerta principal.

Grace entró corriendo en la sala de reconocimiento. Noah estaba sentado al escritorio con la cabeza baja. Un flexo iluminaba una pila de expedientes, mientras el resto de la estancia estaba casi a oscuras.

Se arrodilló junto a su silla. —Noah, lo siento muchísimo.

—¿Lo has oído todo? —preguntó él, y ella asintió.

—Está alterada. Cuando se calme, quizá vea las cosas de otra manera —intentó convencerlo de que mantuviera la calma. Aunque ella misma no sentía mucha; le palpitaba el corazón.

—Tendrías que haber visto su mirada. Estaba muy decepcionada. Pero ¿sabes qué me parece aún peor? —Levantó la vista y Grace negó con la cabeza.

—Que está herida. Desde mi primer día en Fallbury, me cautivó esta mujer que lucha con tanta pasión por el sueño de su vida. Es un modelo a seguir para mí. Trabaja con una entrega de la que mucha gente en este mundo podría aprender. Nunca he conocido a

nadie como ella. Una luchadora, valiente, incansable, comprometida y, aun así, siempre compasiva y empática cuando hace falta —dijo con voz casi reverencial, antes de añadir más bajo—: Me dio un gran voto de confianza cuando me trajo aquí. Y ahora lo he echado a perder.

—Si quieres, puedo volver a hablar con ella. O mi padre; ya sabes que siempre está hablando maravillas de ti y de cómo tratas a tus pacientes.

Noah forzó una leve sonrisa. —Lo sé, pero la cuestión es qué valor le dará la Dra. Baxter. Usted es quien es, y su padre... bueno, es su padre. Habrá oído lo que ha preguntado sobre nuestra relación. —Tragó saliva—. Y mi respuesta.

Grace tomó la mano de Noah. —Quieres quedarte. Ya sea por mí o para estar conmigo, ¿qué diferencia hay? Haces un trabajo fantástico.

—Para alguien como la Dra. Baxter, hay una diferencia abismal. —Noah le acarició con ternura el dorso de la mano antes de retirarla—. Esto es, por así decirlo, su bebé. ¿Le confiarías tu bebé a alguien que, al menos a tus ojos, no tiene el más mínimo interés por los niños?

Grace sacudió la cabeza con énfasis. —No puedes comparar las dos cosas. Vives para tu trabajo; incluso cuando libras, te pasas a ver a tus pacientes. ¡Todo el mundo te quiere!

—Y yo quiero a mis pacientes, quiero a mi jefa con todas sus manías, me encanta el crujido de la madera del suelo cuando ando por la consulta, me gusta la comprensión y la calidez que definen mi trabajo. ¡Amo Fallbury! Pero cuando vine, no sabía nada de esto. Aun así, se lo hice creer para conseguir el puesto. Necesitaba este trabajo, Grace. No quería engañar a nadie, solo quería echar raíces de una vez.

—Si se lo explicaras exactamente así, entonces...

Noah sacudió la cabeza y Grace se calló. —No creo que pueda convencerla con palabras. Mis palabras ya la engañaron una vez. Si

puedo recuperar su confianza, será a través de mis actos.

—Y... ¿y qué piensas hacer ahora? —preguntó Grace con voz temblorosa, mientras Noah la miraba con sus ojos oscuros. Él levantó lentamente una mano, le acarició la mejilla y apretó los labios con desesperanza.

—No tengo ni idea —murmuró entonces, y Grace dejó caer el rostro sobre su palma mientras cerraba los ojos, desconsolada.

Capítulo 13

PRONTO empezaron los cuchicheos a espaldas de los protagonistas sobre qué estaría pasando exactamente entre la doctora Baxter y su joven colega. Ella le había retirado a Noah varias de sus guardias hasta estar segura de cómo quería gestionar la situación y su propia inseguridad. Por respeto a Noah, Grace se había abstenido de intentar hablar con la médico del pueblo, aunque le moría el gusanillo por hacerlo. Pero él tenía razón. No quería correr el riesgo de que la doctora Baxter se dejara convencer por alguien para que se quedara en Fallbury, cuando ella misma ya no estaba segura de ello. Si se quedaba, debía ser por decisión propia de ella, basada en la convicción profunda por su buen desempeño laboral. Grace lo entendía, aunque tuviera que morderse la lengua más de una vez cada vez que se cruzaba con la doctora Baxter.

A Noah le estaba pasando factura la incertidumbre sobre su futuro. Ahora ni siquiera tenía esas numerosas y largas guardias que lo distraían y lo liberaban, al menos temporalmente, de sus propias preocupaciones. Por eso, tanto a él como a Grace les vino muy bien que Ellie y Graham los invitaran a cenar a mediados de diciembre. Aquella noche había vuelto a nevar ligeramente, y el camino a través del jardín salvaje hacia Rose Cottage parecía espolvoreado con harina.

Al parecer, Noah había oído llegar a Grace, porque le abrió la puerta antes de que ella pudiera siquiera rozar el timbre.

—Me alegra que estés aquí — la saludó, estrechándola entre sus brazos en los escalones de la entrada. Olía a *aftershave*: dulzón, con un toque especiado que Grace había guardado en su memoria y en su corazón desde el primer día. Hundió brevemente la cara en su cuello, cerró los ojos e inhaló su esencia mientras desde el interior de la casa llegaban voces altas y risas aún más fuertes.

—Vaya, eso no suena solo a una cena para cuatro— comentó ella, dándole a Noah un beso fugaz antes de que él le cogiera la mano y la guiara al interior de la casita. Efectivamente, en la mesa redonda del comedor no solo estaban Graham y Ellie, sino también Archie Flynt, el padre de Graham, y la anciana Rosemary. Archie y Rose estaban brindando justo cuando llegó Grace. Tras un alboroto de saludos y abrazos, encontró un sitio al lado de Noah, entre los demás invitados.

Ellie había preparado una olla enorme de *Scotch Broth*, un potaje de cebada que casualmente era uno de los platos tradicionales de Escocia favoritos de Grace. Había también vino en abundancia, agua y zumos con gas, y de postre, el famoso pastel de frutas de Rosemary.

—Mmm, está delicioso— dijo Grace mientras se servía ya el segundo trozo en el plato. —Rosemary, no deje nunca que mi madre sepa que hornea usted tan bien. Podría ponerse celosa.

La anciana, conocida por su expresión huraña y su tono de voz brusco, pareció crecer unos centímetros ante el elogio de Grace. Incluso un notable rubor asomó a sus mejillas, aunque bien podría deberse al vino.

—Grace, tu padre me ha contado que planeas abrir una cafetería familiar— dijo Archie entonces. El simpático granjero tenía la cara llena de pecas y unos ojos brillantes rodeados de innumerables arrugas de expresión. Era innegable que era el padre de Graham.

—Sí, es cierto. Durante mucho tiempo planeamos abrir una tienda en la granja, pero la salud de mi padre nos estropeó los planes.— Puso la mano en el antebrazo de Noah. —Fue Noah quien me dio la idea de cambiar de enfoque. De no tirar la toalla a la primera, sino de buscar una alternativa. De ahí surgió la idea de la cafetería. Tengo muchas ganas de ver cómo arranca en primavera.

—Si necesita fruta, los manzanos de detrás de la casa dan más de lo que podemos comer— ofreció Rosemary, y Grace asintió con entusiasmo.

—Encantada, muchas gracias.— Le sonrió amablemente a la anciana y se sintió casi un poco culpable por haber hecho más caso todos estos años, antes del regreso de Ellie, a los rumores sobre la vieja cascarrabias que por haberse tomado la molestia de conocerla en persona. Aunque era muy posible que eso no hubiera funcionado de todos modos. Rosemary no se había dejado ver por el pueblo durante años, y Rose Cottage estaba casi abandonada antes de que Ellie regresara e insuflara de nuevo vida, literalmente, a los viejos muros y a su dueña. Al menos ahora, Grace se sentía muy a gusto en presencia de la vieja Rosemary, y no podía evitar la sensación de que el buen humor que flotaba en la acogedora casita se debía sobre todo a Archie. Grace observaba una y otra vez cómo el padre de Graham brindaba con Rosemary, le guiñaba el ojo, le daba un codazo riendo o la hacía salir de su caparazón con alguna bromita. A veces, aunque fuera solo por unos segundos, destellaba en los ojos de Rosemary una despreocupación juvenil que Grace nunca antes había visto. En general, ahora parecía mucho más vital, a veces incluso más joven de lo que realmente era. Toda la vida que había regresado a Rose Cottage parecía fluir ahora de forma embriagadora por sus venas. Esa inusual ligereza le sentaba extraordinariamente bien a la anciana, pensó Grace.

Cuando ayudó a Ellie a recoger la mesa y a fregar los platos, Rosemary desapareció un momento en el baño y los hombres charlaron animadamente sobre las reparaciones previstas en la zona del puerto de Fallbury. Sus voces graves retumbaban por la pequeña casa y llegaban a tapar incluso el sonido del viento que silbaba en el tejado.

Grace se inclinó hacia Ellie, aunque probablemente nadie las oiría de todos modos. —Rose y Archie, ¿eh?

Ellie sonrió mientras le pasaba un plato para secar. —Están monos juntos, ¿verdad?

—Sí, se diría que...— Grace movió las cejas de arriba abajo con intención.

—Me parecería estupendo. Ambos se merecen ser felices, y es evidente lo cariñosos que son el uno con el otro. Archie se encarga de todo lo que haga falta en la casa, Graham de hacer la compra, yo gestiono la casita bajo la atenta mirada de Rosemary... ya somos como una gran familia. Pero, sinceramente, no sé si Archie y la tía Rose se arriesgarían a poner eso en juego. Quiero decir, ¿qué pasa si no funciona?— Obviamente, Ellie ya le había dado muchas vueltas al asunto.

—¿Pero y si sí funciona?— respondió Grace y le sonrió a su amiga para animarla. —Tú también necesitaste valor para volver aquí y empezar de cero otra vez.

—Pero yo no tenía a mis espaldas toda una vida de soledad y tristeza. Archie perdió a su mujer muy pronto, la tía Rose a su gran amor, Angus...

—En el pueblo se cuenta mucho sobre la historia entre Rosemary y Angus Bellham. ¿Él la dejó plantada?

—Se podría decir que sí— confirmó Ellie.

—¿Y simplemente nunca se volvió a saber de él?

—No, nunca más.— Ellie miró hacia atrás, pareciendo querer asegurarse de que nadie las escuchaba antes de inclinarse hacia Grace. —Pero Rosemary lo estuvo esperando hasta que yo regresé. Se ha pasado la vida llorando por alguien que no la quería. No sé si se puede superar ese dolor.

—Eso es terrible.— Grace lanzó una mirada compasiva por encima del hombro y vio a Rose volver a la mesa. —Tal vez tengas razón y no debería poner en juego lo que por fin le está sentando bien.

Ellie asintió conforme y le quitó a Grace la pila de platos limpios para guardarlos en el armario. A continuación, ambas volvieron con los demás. Antes de que Grace se sentara de nuevo a la mesa, se dio cuenta de que tanto su copa de vino como la de Graham estaban casi vacías, y volvió a la cocina a por una botella nueva. Rellenó las copas por orden, pero cuando llegó a Ellie, esta solo la miró, sonrió con aire soñador y negó con la cabeza.

—No he bebido nada en toda la noche— dijo en voz baja, y al instante se hizo el silencio en la mesa.

—¿No te encuentras bien? ¿Prefieres que...?— empezó Grace, y en ese momento comprendió lo que Ellie estaba intentando decirle. Al mismo tiempo, Graham cogió la mano de Ellie y la pareja se intercambió una mirada llena de amor.

Grace dejó la botella y se llevó las manos a la cara. —¡Cielo santo, Dios mío!— exclamó emocionada.

—¿Estás embarazada?— preguntó Noah entonces desde el fondo.

—Sí— dijo Ellie, aferrándose a la mano de Graham. —Estamos esperando un bebé.

—¡Oh, Ellie!— Grace estrechó a su amiga entre sus brazos y la apretó con fuerza. —No me lo puedo creer. ¡Qué maravilla! Os felicito de todo corazón. A los dos, vaya, a los tres.— También atrajo a Graham hacia el abrazo. Resultó que Noah y Grace habían sido los únicos que aún no se habían enterado de la buena nueva. Durante el resto de la velada apenas se habló de otra cosa. Archie ya estaba planeando reformar el antiguo cuarto infantil de Graham en la granja Flynt, mientras Rosemary ya había tejido los primeros peucos. Se quedaron todos juntos hasta altas horas de la noche, allá arriba en los acantilados, en la pequeña Rose Cottage, celebrando la maravillosa noticia.

Cuando un cansancio pesado —provocado por el vino y la euforia— empezó a hacer mella en el grupo, Grace y Noah decidieron marcharse, no sin antes insistir en repetir esta velada pronto.

—Ha sido precioso— dijo ella, cogida del brazo de Noah mientras paseaban por el borde de los acantilados en dirección a Fallbury. Era una noche estrellada, y la oscuridad lejos del pueblo era mucho más intensa que en las callejuelas estrechas.

—Si no hubiera estado tan centrado en mis cosas, debería haberme dado cuenta del embarazo. Ellie no ha desayunado con nosotros en los últimos días.— Noah miró a Grace. —Hacen una pareja estupenda. Me alegro mucho por ellos.

—Y yo. Su historia me devolvió la fe en el amor y en que en algún lugar me esperaba mi príncipe azul. Y fíjate por dónde...— Se giró hacia Noah, lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo atrajo hacia sí.

—¿Dónde lo tienes escondido, al príncipe azul?— masculló Noah antes de posar sus labios sobre los de ella.

—Directamente en mi corazón— susurró Grace, rodeándole el cuello con los brazos. Noah la levantó un momento, dio una vuelta con ella bajo la luz de la luna y luego volvió a posarla en el suelo.

—¿Y tú qué piensas? ¿Te gustaría formar una familia algún día?— preguntó él en voz baja antes de apartarle con cuidado un mechón de pelo detrás de la oreja mientras continuaban su camino hacia el pueblo. Grace lo miró, pero él mantenía la vista fija en la distancia.

—Sí, supongo que sí. ¿Y tú?

Él asintió. —No se me ocurre nada más bonito que poder ser para mi hijo el padre que yo nunca tuve.

Ella le apretó la mano y no hicieron falta más palabras en ese momento. Aunque su amor fuera todavía joven y el tiempo compartido breve, a Grace le encantaba la idea de un futuro con Noah. Y probablemente él no se lo habría preguntado ahora si no sintiera lo mismo. Pero ella no quería insistir en el tema. Habían conseguido no sacar a colación la situación actual de Noah en toda la noche. Como en los últimos días apenas había habido otro tema de conversación entre ellos, o incluso en el círculo familiar y de amigos, esta velada se había sentido como un verdadero paréntesis. Un respiro para recuperarse y tomar aire. No quería estropearlo.

Caminaron en silencio hasta que tomaron el atajo que bajaba a la playa. Solo el viento, que empujaba las olas hacia tierra, les despeinaba el pelo de vez en cuando con su murmullo. No era un silencio incómodo, sino más bien un entendimiento mutuo sin palabras de que esa noche y su final no necesitaban nada más. Noah no soltaba la mano de Grace mientras su pulgar rugoso acariciaba una y otra vez el dorso de su mano. A veces ella lo

miraba, entonces él clavaba la vista en ella y le regalaba una de sus mejores sonrisas, que hacían que su corazón diera un vuelco.

Y cada pocos metros se detenían, se giraban el uno hacia el otro mientras las manos grandes y cálidas de Noah se posaban en sus mejillas y él se inclinaba hacia ella para sellar ese silencio armonioso y compartido con un tierno beso.

No, no hicieron falta más palabras esa noche. Se tenían el uno al otro, y eso era más que suficiente.

Capítulo 14

—La siguiente ronda corre de mi cuenta —Grace sirvió otro whisky a sus amigas.

—No cuenta como ronda si tú bebes agua —se quejó Phoebe, aunque no dejó que le quitaran su whisky e inmediatamente brindó con Ivy.

—Seguro que a JoJo le encantaría que me pusiera a bailar desnuda sobre la barra como consecuencia de mi consumo secreto de alcohol —Grace sonrió y levantó su vaso de agua.

—Eso sí que sería algo digno de ver. Aunque a Noah quizá no le haga tanta gracia —respondió Ivy, guiñándole un ojo a Grace significativamente. Ivy tenía buen aspecto. Tras la ruptura y el primer impacto, la tristeza por la pérdida de su gran amor le había caído encima como un manto negro. Ahora parecía que empezaba a recuperar el equilibrio poco a poco. Se había cortado el largo cabello castaño en un elegante bob y su estilo de vestir también había cambiado. Si antes no le importaba mucho la ropa, ahora lucía espectacular con sus vestidos cortos y ajustados, combinados con botas y chaqueta de cuero. Además, irradiaba una seguridad en sí misma recién ganada que le sentaba de maravilla.

—Por Ivy —dijo Grace entonces, brindando con sus amigas—. Para que de verdad vuelva con nosotras después de Navidad.

Ivy puso los ojos en blanco, divertida, pero se echó a reír. —¿Cuántas veces tengo que prometéroslo? Claro que volveré.

—¿Estás segura? La casa está vendida, estás esperando que te confirmen un piso en Aberdeen y, aparte de nosotras, ni siquiera tienes familia aquí. ¿Qué te retiene ya? —A Phoebe se le hundieron los hombros.

—Este descanso me vendrá bien. Debería haber ido a disfrutar del ambiente de la ciudad unas semanas justo después de la

separación; así quizá todo el asunto del divorcio y la venta de la casa no me habría afectado tanto. Ahora que todo sigue su curso, simplemente necesito salir de aquí. —Ivy hizo una breve pausa antes de continuar—. Sabéis, no puedo caminar por ningún callejón, pasar por ninguna tiendecita ni disfrutar de una sola noche en la playa sin relacionar todo eso con recuerdos de Alan y nuestro matrimonio fallido. Vine aquí con él; todo lo que tengo aquí lo construí a su lado. Ahora él se ha ido, somos historia, y los recuerdos son pompas de jabón que simplemente han estallado.

Grace puso una mano sobre la de su amiga. —No lo has perdido todo —dijo con suavidad.

Ivy le apretó la mano. —No, es verdad. Supongo que no ha podido quitarme lo mejor: vuestra amistad. Y, aun así, me gustaría volver a conocer a alguien que no haya sido testigo del drama de la ruptura. Me gustaría volver a ver lugares en los que no estuve con Alan. Yo... sí, simplemente me gustaría volver a tener algo solo para mí. ¿Podéis entenderlo?

Grace asintió, pero como Phoebe no respondió nada, Ivy se dirigió de nuevo específicamente a su amiga. —¿Pheeb?

—Sí, sí, por supuesto —balbuceó ella entonces—. Pero te echaré de menos de todos modos. Todo es diferente este año. Quiero decir, hasta nuestra Gracie tiene novio.

Ivy soltó una carcajada, mientras Grace le lanzaba un paño de cocina por encima de la barra a su amiga, que sonreía con picardía.

—Aun así, podríais haber celebrado todas con nosotros este año. Siempre lo hacíamos así —ofreció Grace por tercera vez esa noche.

—Sí, solo que hasta ahora Ivy era la que nos sacaba de quicio con su felicidad amorosa, mientras tú, Gracie, y yo sobrevivíamos a las fiestas con chocolate caliente con un chorrito de alcohol.

Grace suspiró con nostalgia. —Seguro que a Noah no le importaría unirse a eso. Y menos en su situación actual.

La sonrisa desapareció de los labios de Ivy. —¿Se las está apañando? Los vecinos del pueblo cuentan de todo. El otro día,

cuando estaba en la consulta de la doctora Baxter, no había otro tema de conversación en la sala de espera. La gente especula todo el tiempo sobre qué habrá hecho Noah y ya se inventan las cosas más locas. Quizá debería aclararlo todo. Si la doctora Baxter al final decide que se quede en Fallbury, puede que su reputación ya esté dañada por todos los rumores.

Grace asintió. —Yo también me he enterado. Pero Noah no quiere arriesgarse a nada que pueda molestar más a la doctora Baxter de ninguna forma. Cree y espera que, con el tiempo, se eche tierra sobre el asunto.

—Pues entonces conoce mal a nuestra doctora —murmuró Phoebe y tomó un sorbo de whisky. Grace sabía que su amiga se sentía atormentada por la culpa. Al fin y al cabo, habían sido sus palabras gritadas al otro lado de la calle las que habían desencadenado todo el desastre. Cualquier intento de convencer a Phoebe de que simplemente había sido una cadena de circunstancias desafortunadas había fracasado hasta el momento.

—¿Cómo puede ser tan testaruda? —reprochó Phoebe ahora—. No va a encontrar a nadie mejor que Noah. A veces la tozudez de mis compatriotas escoceses me saca de mis casillas.

Grace sonrió levemente. —Como si tú fueras mejor.

Ivy se unió a la broma y brindó con Grace, mientras al fondo la puerta del pub se abría de golpe con un fuerte estruendo. Los pocos clientes que estaban sentados en los bancos de los rincones, ensimismados en sus pintas o charlando en voz baja, levantaron la vista bruscamente y se giraron al mismo tiempo que Phoebe e Ivy. Grace también se estiró para ver de dónde venía el ruido.

En la puerta había un hombre de mediana edad que vestía un traje de diseño impecable, con el que parecía estar totalmente fuera de lugar en aquel pub rústico. Al pasarse la mano por el pelo engominado y brillante, un reloj ostentoso relució bajo su manga. El hombre se quedó en el marco de la puerta, metió las manos en los bolsillos del pantalón del traje y paseó la mirada por el local. Tenía una ceja levantada y la boca curvada en una sonrisa de

autosuficiencia. Solo después de haberse hecho una idea de lo que tenía delante, entró y se dirigió a la barra.

—¿Qué le pongo? —saludó Grace al desconocido, que mientras tanto escrutaba a Phoebe e Ivy con mirada penetrante. Ivy, cuyo interés no duró mucho, volvió rápidamente a su bebida. Phoebe, en cambio, sostuvo la mirada del extraño con tanto interés y curiosidad como él lo hacía con ella. Durante un momento, Grace miró divertida del hombre a su amiga y viceversa.

—King, me llamo Archibald King —se presentó a Phoebe, sin hacer caso a Grace ni a su pregunta sobre el pedido. Le tendió la mano a Phoebe, que se la estrechó con firmeza.

—McCloud, Phoebe McCloud —se presentó ella entre risitas.

El hombre del inusual nombre, Archibald King, señaló con un gesto de cabeza su blusa roja. —Ese rojo hace que su melena rubia brille de forma especial, Miss McCloud. —A continuación, dejó a la obviamente desconcertada Phoebe a su aire y se dirigió por fin a Grace—. Una Real Ale para mí, por favor.

—¿Se queda en la barra o prefiere que se la lleve a algún sitio? —preguntó Grace y vio cómo el forastero miraba alrededor del pub antes de señalar una mesa en un lateral—. Me sentaré allí al fondo. —Con esas palabras se retiró, le guiñó un ojo a Phoebe y cruzó el pub con paso firme y la cabeza bien alta. Las miradas curiosas de los clientes se posaron en él y, a juzgar por su mirada de reojo acompañada de una sonrisa de complicidad, disfrutaba de la atención. Estiró la espalda de forma llamativa y levantó la barbilla. Caminaba pavoneándose como un pavo real.

—¿Quién o qué era eso? —susurró Grace, inclinándose sobre el mostrador hacia sus amigas.

—No tengo ni idea —murmuró Phoebe, que estaba casi con la boca abierta de asombro. No dejaba de mirar por encima del hombro hacia el tal Archibald, que mientras tanto se había acomodado en un reservado apartado. Él tampoco perdía la oportunidad de mirar constantemente hacia la barra.

—El rojo hace que tu pelo brille —lo imitó Ivy y soltó un bufido de risa.

—¡Eh! Al menos el hombre tiene clase —lo defendió Phoebe.

—Sí, si te gustan los estirados —susurró Grace mientras se ocupaba de su pedido.

—A mí me parece mono. —Phoebe dio un sorbo a su whisky.

—Pheebs, eso solo lo dices porque te ha hecho ojitos —replicó Ivy.

—¡Y qué más da! —se defendió Phoebe—. Larry siempre era muy tacaño con los cumplidos. Apenas recuerdo cuándo fue la última vez que me dijo que estaba guapa. Pero las mujeres necesitamos oír eso de vez en cuando. Quiero decir, es parte del juego, ¿no? —Phoebe miró de Ivy a Grace. Grace cogió la Real Ale de Archibald King y salió de detrás de la barra sin responder a la pregunta de Phoebe.

Aquel Archibald no se había quedado solo mucho tiempo. Mientras estaba sentado en su silla con el pecho henchido de orgullo, una mujer joven estaba de pie junto a su mesa y pestañeaba ostensiblemente. Grace la reconoció como June, con quien había ido al colegio.

—... tus ojos azules, tan llenos de anhelo como el mar —estaba diciendo Archibald justo cuando Grace llegó a la mesa. Sin mediar palabra, colocó la bebida ante él sobre un posavasos de corcho.

Evidentemente no tenía muchos cumplidos en su repertorio, siempre era el mismo discurso. Por un breve instante sus miradas se cruzaron y a Grace le pareció ver una sonrisa cómplice en su rostro. Solo un leve matiz, tanto que sus comisuras apenas se movieron, pero sus ojos brillaron divertidos. Quizá solo fuera su imaginación, pero su primera impresión se había confirmado claramente.

Cuando regresó a la barra, sus amigas también se habían percatado ya de su compañía.

—Es un estirado de manual —concluyó Grace y recogió los vasos vacíos de otra clienta antes de desearle una buena noche y ponerse con el fregadero.

—Pero un estirado con estilo —respondió simplemente Phoebe, que no podía evitar mirar cada pocos segundos al desconocido, quien, además de su nuevo flirteo, encontraba tiempo suficiente para devolverle las miradas.

Una hora más tarde, las filas en el Lighthouse Inn empezaron a clarear poco a poco. Cuando Ivy rebuscó en su bolso para sacar la cartera, Grace le hizo un gesto con la mano para que se detuviera. —No te molestes, después de todo estáis aquí por mí. Invito yo.

—Gracias, cielo —dijo Phoebe con una sonrisa. Las mejillas se le habían puesto rojas por el whisky—. Voy a por nuestras chaquetas.

Grace echó un vistazo a los demás clientes. Ya no quedaban muchos, solo unas pocas almas solitarias que pasaban la noche mirando demasiado al fondo de su pinta, esperando encontrar allí la respuesta a todos sus problemas. Solo Archibald King no era uno de ellos. Había seguido con su Real Ale, mientras que en la última hora le había pedido a June tres Sparkling Pressé. Sus risas eran ya más fuertes que la música folk escocesa que sonaba de fondo.

Cuando Poco después Phoebe volvió del guardarropa con las chaquetas, Grace se había despedido de Archibald y June y estrechaba a Ivy entre sus brazos.

—Prométeme que te cuidarás mucho en Aberdeen.

Ivy le dio un beso en la mejilla a su amiga. —Te lo prometo. Y prométeme tú que solucionaréis lo vuestro con Noah. No quiero volver y encontrarme a mi mejor amiga hecha una piltrafa porque su gran amor se ha marchado.

—A Phoebe y a mí ya se nos ocurrirá algo —dijo Grace, sonando mucho menos convencida de lo que pretendía. Phoebe, sin embargo, asintió sin dudarlo y también rodeó con sus brazos a Grace e Ivy.

—Bueno —dijo poco después—. Ya basta de abrazos grupales por hoy. Me llevo a Ivy a casa ahora mismo.

—¡Cuidaros mucho! —les gritó Grace a sus amigas mientras las veía salir a tropicones, entre risas y despreocupadas, al aire fresco de la noche escocesa.

A continuación, ella misma se puso a preparar poco a poco el inminente cierre del local.

A la mañana siguiente, Grace estaba sentada con su madre a la pequeña mesa de la cocina en el anexo, con el portátil delante. Mientras redactaba una carta de renuncia adecuada para el puesto a tiempo parcial de su madre en la panadería, esta observaba el ajetreo en el patio. Había llegado una empresa de pintura que quería echar un vistazo al gran proyecto de la cafetería del patio. También Ronny, el manitas del lugar, correteaba de un lado a otro entre Harry, el padre de Grace, y los pintores.

Grace, que había seguido la mirada atenta de su madre, sonrió y se apartó del portátil. —¿Papá no puede esperar, verdad? Hace una eternidad que no lo veía tan lleno de energía.

Olivia asintió y sonrió pensativa. —No habla de otra cosa. Y cuando por fin calla, le oigo teclear sin descanso en su máquina de escribir, redactando una historia tras otra para el Rinconcito de los Cuentos. —Dejó caer las cortinas y se volvió de nuevo hacia Grace—. Espero que no se esfuerce demasiado. Le he dicho que también podríamos empezar con todo eso el año que viene. Pero ya sabes cómo es. Aunque es de naturaleza tranquila, cuando se trata de algo que le importa de verdad, todo tiene que ir súper rápido.

Grace soltó una carcajada. —Sí, eso lo he heredado de él. Una vez que se le mete algo en la cabeza, tiene que haber pasado antes de ayer.

—Por eso os quiero a los dos —dijo Olivia y acarició la mano de Grace antes de que esta girara el portátil hacia su madre, quien leyó el texto por encima. Luego se quitó las gafas de lectura.

—Sí, suena bien, gracias, cariño. Todavía me cuesta creer que lo vaya a hacer de verdad. Me da un poco de pena. Desde que vendimos la panadería, era un consuelo seguir trabajando allí al menos unas horas a la semana. Que eso se acabe ahora también...

—Mamá, intenta verlo de forma positiva. Tienes un nuevo proyecto por delante, uno mucho más grande y emocionante. Seguro que no

te vas a aburrir. Y si no aguantas más la curiosidad, simplemente te pasas por la panadería a hacer una visita.

—Es verdad. Mi primera dimisión a los sesenta y cinco años. A esa edad otros se jubilan.

—Para ti y para papá no es más que el principio. —Grace besó a su madre en la mejilla y cerró el portátil—. Te lo imprimo todo y te lo dejo ahí antes de irme a trabajar —dijo, mientras su madre volvía a apartar las cortinas.

—Gracie, Noah viene corriendo por el patio. —Olivia frunció el ceño.

Grace guardó el portátil en el salón y corrió a la cocina. —¿Noah? —preguntó, pues en realidad él le había escrito por la mañana para decirle que estaría de servicio hasta la noche. Habían quedado para cenar en su casa.

Ella también echó un vistazo rápido por la ventana de la cocina. En efecto. Su padre había interceptado a Noah y lo había enredado en una conversación que obviamente le venía fatal. Se pasaba la mano por el pelo con nerviosismo una y otra vez, miraba de reojo hacia el anexo y cambiaba el peso de un pie a otro.

—Algo no va bien —susurró Grace más para sí misma y salió corriendo al patio. Cuando Noah la vio, al fin pudo librarse de su padre y se dirigió a ella a paso rápido. Tenía las mejillas tan rojas como si hubiera venido corriendo todo el camino hasta la granja McNally.

—¿Qué pasa? —preguntó Grace, incapaz de ocultar su preocupación por más tiempo.

Noah miró brevemente a su alrededor, saludó a Olivia, que salía del anexo y se dirigía hacia la casa principal, y luego llevó a Grace a un rincón tranquilo del patio.

—Noah, ¿qué ha pasado? —preguntó Grace otra vez, ya que él seguía sin decir nada. En su lugar, se desmelenaba y se mordía el labio inferior con tanta frecuencia que ya lo tenía todo rojo.

—La Dra. Baxter —comenzó entonces, sonando sin aliento—. Ha traído a uno nuevo.

Grace sacudió la cabeza. —No entiendo. ¿A qué nuevo te refieres?

—A un nuevo aspirante para el puesto en la consulta.

Al instante, Grace sintió un mareo. —No, no, eso no puede ser. — Sintió literalmente cómo se le iba el color de las mejillas.

—Pues sí. Archibald King. Es un tipo... ni siquiera sé cómo describirlo.

—U... un momento —tartamudeó Grace—. ¿King? ¿Has dicho que se llama King?

Noah asintió. —Sí, Archibald King. Tiene un aspecto tan estirado como suena su nombre. Y se comporta igual.

—Madre mía. —Grace se apoyó contra la pared de la casa—. Ese estuvo anoche en el pub e intentó ligar con Phoebe de forma muy descarada.

—Sí, me lo puedo imaginar perfectamente —dijo Noah resoplando.

—¿Y ese es médico? —preguntó ella, todavía desconcertada por la información.

—Eso parece. La Dra. Baxter tenía a dos candidatos para su puesto. A mí y a ese tipo.

—¿Pero por qué está aquí? Quiero decir, ella nunca dijo que ya no fueras a conseguir el puesto —soltó Grace con esfuerzo. De repente tenía la garganta seca como la arena.

—Pero tampoco me ha vuelto a asegurar que lo conseguiré —replicó Noah—. Me he quedado de piedra cuando he llegado hace un rato a la consulta. Por lo que sé, le va a dar a Archibald algunos de los turnos que me quitó a mí y al final comparará quién cree que es mejor para Fallbury.

—¡Qué hay que pensar! ¡Tú, por supuesto!

—Archibald viene de un pueblecito un poco más abajo en la costa, hacia Stonehaven. Tiene un buen expediente académico y ya cuenta

con experiencia profesional. Tiene todo lo que ella busca.

Grace agarró la mano de Noah. —Eso no significa nada, ¿de acuerdo? Por favor, Noah, no puedes dejar que esto te desanime. Los dos sabemos que tú eres la mejor opción. Solo por el hecho de que no eres tan arrogante ni vas de sobrado. Y profesionalmente eres un hacha. ¿En qué podría ganarte Archibald?

Como Noah no dijo nada, Grace tomó también su otra mano y depositó un beso en cada dorso. —Noah.

Al fin la miró. —No tengo ni idea. Pero sabe venderse bien porque, por lo que he podido ver, la Dra. Baxter está bastante impresionada con él.

—No dejes que eso te hunda. Contra ti no tiene ninguna posibilidad, y eso es algo que la Dra. Baxter no tardará en notar. Estoy segura.

Noah levantó su mano, le puso un dedo índice bajo la barbilla y la atrajo suavemente hacia sí. La besó con ternura antes de apoyar su frente contra la de ella.

—De momento no me queda más remedio que creer que todo se solucionará de alguna manera. En cualquier caso, tengo que mantenerme al margen. Ya me doy por satisfecho con que la mirada gélida de la Dra. Baxter no me persiga por toda la consulta durante el día. ¿Sabías lo mal que puede llegar a mirar? ¿Esa mujer tan pequeña?

Grace asintió. —Sí, no conviene enemistarse con ella. Pero Noah, igual que ahora puede estar decepcionada, también puede volcarse con alguien de quien esté convencida.

—Esperemos que ese sea yo.

—Lo serás —dijo ella y se puso de puntillas para posar sus labios sobre los de él. Noah rodeó su cintura con sus brazos grandes y fuertes y la apretó contra sí. Mientras el suave contacto se transformaba en un beso apasionado lleno de anhelo por más cercanía y calor, los pensamientos de Grace volvieron a Archibald King y sus intenciones.

Ni en un millón de años se le podía permitir convertirse en el nuevo médico del pueblo y desplazar así a Noah de Fallbury. Él pertenecía a este lugar, igual que su corazón le pertenecía a él.

Hoy, mañana y siempre.

Capítulo 15

LA LLEGADA DE ARCHIBALD King a Fallbury no pasó desapercibida para el resto de los habitantes del pueblo y avivó aún más los rumores sobre Noah y su futuro puesto como médico rural. La propia doctora Baxter se mantuvo en silencio y se limitó a defender la llegada del competidor de Noah alegando que quería estar segura de dejar su consulta en las manos adecuadas. Supuestamente, había sopesado desde el principio la idea de poner a competir a los dos únicos candidatos. Grace sabía que aquello era mentira, pero no quería alimentar la inquietud que ya reinaba en la comunidad interviniendo en el asunto.

Así pues, poco antes de Navidad, se encontraron de repente con tres médicos que se repartían los pacientes de Fallbury y los alrededores. Noah se quedó principalmente con los pacientes de fuera del pueblo, mientras que a Archibald King se le asignó una parte de los residentes del casco urbano.

De pronto, la presencia de otro médico resultó ser muy necesaria. En las últimas semanas del año, una epidemia de gripe recorrió Fallbury sin distinguir entre jóvenes y ancianos, de modo que la consulta estuvo desbordada de la mañana a la noche. También Grace y su madre, Olivia, guardaron cama unos días, aunque se dieron por satisfechas con haber pillado solo un resfriado y no tener que lidiar con los picos de fiebre de otros enfermos.

Así que la doctora Baxter, Noah y Archibald tuvieron las manos llenas, turnándose con guardias localizadas y turnos extra que los llevaron a todos al borde del agotamiento. Grace apenas vio a Noah durante esos días; además, no quería contagiarlo con su resfriado ni que él, a su vez, trajera virus que pudieran debilitar a su padre.

Quiso el azar que precisamente el padre de Grace terminara en la zona de cobertura de Archibald, y el fin de semana anterior a

Navidad, el médico acudió por primera vez a la granja de los McNally.

Grace subía por la calle acompañada de su madre cuando alcanzó a ver la nuca engominada de Archibald antes de que este desapareciera al doblar la siguiente esquina.

—¿Quién era ese? —preguntó Olivia, acelerando el paso instintivamente.

—Era el médico nuevo. Aquel del que te hablé, ¿te acuerdas? —Grace abrió la verja del jardín y la cerró tras su madre.

En la casa, a esa hora avanzada de la tarde, las luces de la cocina y el salón estaban encendidas. Al entrar, las dos mujeres encontraron a Harry tumbado en el sofá del salón.

—Cariño, ¿qué te pasa? ¿Qué tienes? —Olivia dejó las bolsas de la compra en la cocina y corrió al lado de su marido.

—¿Papá? —preguntó Grace preocupada, quedándose en el marco de la puerta.

Su padre les restó importancia con un gesto de la mano. —Todo está bien. El doctor King acaba de estar aquí. Tuve un pequeño mareo, seguramente por el dolor de cabeza que me lleva molestando desde ayer por la noche.

—Pero si antes estabas mejor, si no, ni siquiera me habría ido —dijo la madre de Grace, frunciendo el ceño con preocupación.

—Y así era. Luego quise levantarme a por un vaso de agua y, de repente, casi se me doblan las piernas. Así que llamé a la consulta y el doctor King...

—¿Por qué no me has llamado a mí? —le riñó Olivia.

—Mamá, deja que lo cuente. —Grace entró en el salón y se sentó en el sillón frente al sofá.

—Gracias, cielo —dijo su padre con un guiño; carraspeó y se incorporó un poco—. Pues eso, que el doctor King vino y dijo que seguramente es por el tiempo.

—¿Dijo eso así, sin más? —preguntó Grace haciendo una mueca—. ¿Eso fue todo?

Harry se encogió de hombros. —Que siga tomando las pastillas que tengo. Y que, si no mejoro, vuelva a llamar. Ya había terminado su jornada y tenía un poco de prisa.

—¿Te ha controlado la tensión? —preguntó Olivia, sentándose ahora al lado de su marido.

Harry negó con la cabeza. —Podemos hacerlo nosotros mismos con nuestro aparato. No tendría sentido que lo hiciera él por duplicado o triplicado.

—Pero algo tendrá que haber hecho. No puede venir aquí, decirte que tu malestar se debe al tiempo y largarse sin más. ¿Qué clase de diagnóstico es ese? —exclamó Olivia indignada.

—Ya, ya, eso mismo pensé yo. Le dije que la doctora Baxter y Noah siempre me la miden ellos cuando vienen de visita y lo anotan todo en el historial. Pero él no lo traía consigo. —Harry suspiró y se frotó la frente—. Ya me he tomado las pastillas. Si no mejoro, volveremos a llamar.

—Bueno, esperemos que el señorito no esté entonces dándose un baño de espuma con pétalos de rosa para disfrutar de su tiempo libre —murmuró Grace sacudiendo la cabeza.

—¿Qué has dicho? —preguntó su madre, y Grace le restó importancia.

—Nada, no es nada. —Luego se dirigió a su padre—. Quizá en caso de emergencia deberías llamar al número privado de Noah.

Harry se negó rotundamente. —Si eso se sabe, el muchacho tendrá problemas. Queremos que la doctora Baxter vea que puede confiar en él. Alguna razón tendrá para que el doctor King sea ahora mi médico. Precisamente por nuestra relación personal con Noah.

—Él siempre te ha tratado con profesionalidad, sin importar lo bien que os llevéis en privado —le defendió Grace.

—Ya lo sé, pequeña. Pero ¿cómo quedaría yo si ahora me quejo del doctor King? Si ni siquiera ha hecho nada.

—¡Pues precisamente por eso! —replicó Grace excitada.

—Dejaría un mal sabor de boca, Harry tiene razón —concordó Olivia con su marido—. Pero aun así no me parece bien que demuestre tan poco interés. Si llego a vivir algo así en persona, se va a enterar. —Al ver el rostro cansado de su marido, sus facciones se suavizaron—. Pero lo principal es que te pongas mejor.

—Ya se me pasará. —Harry bostezó sonoramente—. Estas pastillas para la tensión me cansan muchísimo. —Agotado, se recostó de nuevo en el cojín, mientras Olivia lo tapaba con una manta y Grace velaba a su padre hasta que este se quedó profundamente dormido.

Cuando Grace pasó por la consulta al día siguiente para recoger una receta para Harry, tanto la doctora Baxter como Archibald estaban de servicio. Mientras ambos desaparecían tras la puerta cerrada de una de las salas, Grace decidió no esperar en la sala de espera. Allí se oían toses y estornudos por todas partes, y ella acababa de superar su propio resfriado, por lo que no quería sufrir una recaída. Se situó junto a la puerta de la sala de consulta cuando oyó voces en el interior.

—... por supuesto, fui a verlos después de mi turno. Una familia muy agradable, los McNally. En la exploración general detecté que tenía la tensión alta, pero el señor McNally aún tenía medicación suficiente. Acordé con él que primero intentara bajar la tensión con los fármacos que ya tiene. Por si acaso, le dejé mi número privado para que pueda localizarme fuera del horario de consulta.

Grace no podía creer lo que oía y sus manos se cerraron automáticamente en puños. ¡Qué mentiroso tan descarado!

—Muy bien. Me alegra que haya tenido un comienzo tan bueno en Fallbury, doctor King. La hija del señor McNally está esperando fuera, ¿podría entregarle esto, por favor?

Grace retrocedió y fingió estar ojeando un montón de revistas cuando la puerta se abrió.

—¿Señorita McNally? —llamó Archibald con fingida cortesía—. Ah... usted es la camarera del pub. —Dicho por él, aquello sonó casi despectivo. Grace se mordió la lengua para tragarse las palabras que tenía en la punta de la misma. Al ver que ella no respondía, Archibald continuó—. La receta para su padre.

Los pensamientos de Grace iban a mil por hora. ¿Debería hablar con la doctora Baxter? ¿Destapar la mentira de King sobre su padre y su supuesta atención médica? ¿O eso dejaría realmente en mal lugar a Noah? Al fin y al cabo, estaría hablando mal de su competidor. ¡Qué casualidad, justo cuando el futuro de Noah en Fallbury ya estaba en la cuerda floja! Por otro lado, su instinto en el pub no parecía haberla engañado. Archibald King era un tipo extraordinariamente antipático. Y un mentiroso, además.

La decisión se tomó por ella en el momento en que la doctora Baxter llamó a una paciente que no paraba de jadear y estornudar para que entrara en la sala.

Grace le arrebató la receta al doctor King y, sin una palabra de agradecimiento o despedida, salió de la consulta.

A última hora de la tarde, estaba sentada a la gran mesa redonda de Rose Cottage, removiendo su té pensativa mientras esperaba a que Noah terminara su turno y charlaba con Ellie.

—Es increíble cómo se ha desarrollado todo —dijo Ellie recostándose. Al hacerlo, acarició con cariño la pequeña curva bajo su jersey que, ahora que Grace lo sabía, apenas podía ocultarse ya.

Grace cogió una galleta y luego acercó el plato a Ellie. Esta sacudió la cabeza con asco. —No es por las galletas, es que tengo náuseas casi todo el tiempo.

Grace hizo una mueca de simpatía. —Lo que hay que aguantar por un pequeño milagro así.

—¿A quién se lo dices? —respondió Ellie sonriendo y luego se inclinó hacia Grace sobre la mesa—. ¿Sabes? desde que Noah vive con nosotras, nunca lo había visto tan cerrado y pensativo como ahora. Me da mucha pena, y por mucho que aprecie a la doctora Baxter, esto no es plan. Para nadie.

Grace le contó entonces lo ocurrido en la consulta y la actuación digna de un Oscar de Archibald King. Ellie escuchó sus palabras con atención y no podía creérselo.

—¡Qué tipo más imbécil! —dijo ella.

—¿Quién es un imbécil? —preguntó Rosemary en ese momento. Estaba sentada con sus agujas de punto frente a la chimenea del salón y parecía muy ocupada. Al menos eso era lo que Grace había supuesto, pero evidentemente tenía el oído atento y había estado escuchando a hurtadillas la conversación en la cocina.

—Nadie, tía Rose —la tranquilizó Ellie, y luego le susurró a Grace —: Mejor no se lo cuentes, solo la alterará. Bastante costó convencerla para que volviera a ir al médico. Si se entera ahora de qué clase de idiota hay en la consulta de la doctora Baxter, se pondrá escéptica y se acabó.

Grace asintió comprensiva. —¿Y qué pasa contigo y el bebé?

—En Peterhead hay una ginecóloga estupenda con la que me siento muy cómoda. Y para cualquier emergencia, saco a Noah de su habitación. —Ellie sonrió, pero Grace no pudo devolverle el gesto. En su lugar, suspiró—. Mientras siga aquí, eso está bien. Pero si luego tiene que... —Ni siquiera quería terminar la frase.

Ellie puso su mano sobre la de Grace. —Oye, no te preocupes. Noah ya demostrará lo que vale. Al final siempre ganan los buenos, estoy segura.

En ese momento, ambas pudieron ver el resplandor de unos faros en el camino de gravilla frente a la cabaña. —Debe de ser él —dijo Grace y se puso de pie.

—En realidad, Noah hoy no ha cogido el coche. Está aparcado junto a la casa —comentó Ellie, y las dos mujeres se acercaron a la

puerta de entrada para echar un vistazo calle abajo. En efecto, un vehículo se había detenido allí, alguien se había bajado y Grace oyó la voz de Noah.

—Pero si es él —dijo ella mientras cogía su chaqueta—. Gracias por el té, Ellie.

—¡Anímate! ya encontraremos una solución, ¿vale?

—Eso espero.

Grace bajó los pocos escalones que daban al jardín salvaje y, amparada por la oscuridad que acababa de caer, caminó hacia la verja. Entonces vio que otra persona se había bajado del vehículo al final de la calle y ahora estaba apoyada en el coche junto a Noah.

Se detuvo ante la verja y observó la escena desde la distancia.

—Al menos podrías haberme avisado —dijo una voz femenina que Grace no había oído nunca.

—Y tú no tenías por qué aparecer aquí sin más —replicó Noah, cuya voz sonaba inusualmente áspera.

—Si no respondes a las llamadas...

—... por algo sería.

A este breve toma y daca le siguió un silencio, hasta que la mujer dijo: —No importa lo que hubiera entre nosotros, pero Glasgow fue una vez nuestro sueño compartido. Pensé que te alegrarías por el puesto. Me ha costado lo mío hablar bien de ti.

Noah pareció reflexionar un momento antes de responder en voz baja. Demasiado baja para los oídos de Grace. En realidad, ella no quería espiar, pero ahora tampoco sabía qué hacer ni a dónde ir.

—Aun así, piénsatelo. Quizá sea una señal, ¿sabes?

—Que yo esté aquí es una señal, Katelyn.

¿Katelyn?

Él ya había mencionado ese nombre antes. *¿Quién era Katelyn?* pensó Grace, y en cuanto cayó en la cuenta, sintió de pronto unas

náuseas espantosas. Katelyn, la exnovia de Noah. ¿Qué demonios hacía ella aquí en Fallbury?

—Tienes tiempo hasta enero, pero no podré darles largas durante más tiempo. Sé sensato, Noah. Es tu oportunidad. Nuestra oportunidad.

—Ya no hay un «nosotros», y tú también lo sabes.

—¿Me estás diciendo que eres feliz aquí? ¿Tú? Pero si siempre te estabas burlando de la vida en el quinto pino. Y ahora mírate. Vives en un Bed & Breakfast anticuado y eres el médico de cabecera de todos los abuelitos de Fallbury. Es patético. No estudiaste para esto, y lo sé perfectamente. Quién mejor que yo...

Grace pudo distinguir en la oscuridad cómo la mujer se arrimaba a Noah, pero él retrocedió de inmediato.

—Déjalo, Katelyn. Yo no te pedí que me consiguieras la plaza en Glasgow.

—No, pero fíjate tú, ni siquiera hizo falta. Lo sabía aun sin que me lo pidieras. Ahora no seas tonto y no desperdicies esta oportunidad. ¿No dudaste ni un segundo antes de quemar la carta? Vamos, sé sincero. Un ínfimo segundo...

—Por supuesto que lo hice. Quiero decir, es Glasgow. Pero...

—Sí, sí, ya lo sé. Noah y las mujeres, siempre la misma historia.

—No empieces con eso, Katelyn. Fuiste tú la que...

—¡Ay, la misma cantinela de siempre! —le interrumpió ella—. Si tanto te diera igual todo lo nuestro, ¿por qué me pides que te deje aquí atrás y no me dejas llevarte hasta la casa? No querrás que nadie me vea, ¿verdad?

Noah no dijo nada al respecto, mientras el corazón de Grace latía tan rápido que casi se sintió mareada.

—Venga, no estés de morros, cariño.

—No me llames así.

—Antes te gustaba.

—El «antes» queda ya muy lejos. Deberías marcharte.

La mujer abrió la puerta del coche, se asomó al interior y volvió a aparecer poco después. —Toma, mi número nuevo. Llama si necesitas algo. Ya sabes dónde encontrarme. —Con estas palabras, le plantó un beso en la mejilla a Noah y acto seguido desapareció en el coche. Con un chirrido de neumáticos que hizo saltar la grava, dio marcha atrás de regreso hacia la carretera principal.

En ese instante, Grace decidió que tenía que esfumarse. No quería que Noah la descubriera, como si le hubiera estado espiando a propósito. Regresó al jardín a paso ligero y casi había llegado a Rose Cottage cuando Noah gritó su nombre. Se quedó petrificada y se dio la vuelta mientras él corría por el camino de grava hacia la verja del jardín.

—Cariño, ¿qué haces aquí fuera?

—Yo... esto, en realidad he... pero... bueno... —balbuceó ella, sin encontrar las palabras adecuadas.

Sin embargo, Noah lo entendió incluso sin sus intentos de explicación a medias. —¿Lo has oído, verdad?

—Sí, pero no era mi intención, y...

Él caminó por el jardín hacia ella. —Déjame que te lo explique, por favor.

A Grace le daba vueltas la cabeza. Sus pensamientos, que no habían girado en torno a otra cosa que Archibald King, de repente se vieron invadidos por una preocupación inesperada. Una parte de las palabras de Katelyn se había colado entre ellas y de pronto la hizo sentirse insegura.

—No tienes que explicarme nada, de verdad.

—Sí, creo que sí. Ven. —Noah le tendió su mano grande y cálida, y ella dejó que la suya se deslizara temblorosa en la de él. Luego la guio rodeando la cabaña, pasaron bajo los viejos manzanos y se dirigieron por los prados hacia los acantilados. Se detuvieron ante

una vieja escalera de madera y bajaron uno tras otro a la playa. Solo allí abajo encontró Noah las palabras.

—Katelyn se ha presentado en la consulta hace un rato sin más. ¿Recuerdas su nombre?

—Tu exnovia —dijo Grace con voz seca mientras paseaban por la orilla.

—Sí. ¿Puedo preguntarte cuánto has oído de la conversación?

—Que ella te ha conseguido el trabajo en Glasgow, que era vuestro sueño compartido, que no perteneces a este lugar. —Grace guardó silencio antes de añadir en voz baja—: Que quiere que vuelvas con ella.

Noah se detuvo y la hizo girarse hacia él. Con su mano cálida, la acarició el pelo. Grace se estremeció. —Puedes olvidar eso mismo ahora mismo. Desde que pillé a Katelyn in fraganti el año pasado, intenta convencerme de que le demos otra oportunidad a nuestra relación. Dudo que lo diga en serio siquiera. No encajamos, y en realidad ella también lo sabe. Quizá durante un tiempo quisimos creerlo porque pensábamos que funcionaría. Pero eso fue hace mucho y ya no merece la pena ni mencionarlo.

—¿Y vuestro sueño compartido, Glasgow? ¿Es verdad? ¿Por eso siempre has querido ir allí? —preguntó Grace en voz baja, y Noah le pasó un brazo por los hombros antes de seguir caminando lentamente.

—Sí, es cierto. No te lo he contado para que no te preocuparas innecesariamente. Katelyn hace mucho que no tiene ninguna importancia en todo esto para mí, pero por aquel entonces sí la tenía. Los dos hicimos las prácticas allí durante la carrera. Durante unos meses. Y nos enamoramos de la ciudad y del hospital. Nada más.

—Pero también os presentasteis juntos allí —concluyó Grace.

Noah sacudió la cabeza con énfasis. —Eso fue casualidad. Mi solicitud ya estaba enviada cuando supe que a ella le habían dado efectivamente una plaza en Glasgow. Para mí, lo nuestro ya estaba

más que acabado. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que ella pudiera seguir queriendo ir allí. Katelyn es una persona que no le da muchas vueltas a las cosas. Hace lo que le apetece. Durante un tiempo eso me pareció incluso inspirador y me dejaba llevar encantado. Pero, al final, esa espontaneidad sin planes que la define es más cosa suya que mía. Y, en realidad, no pasa nada porque sea así.

Grace no quería estar celosa, no quería que Noah se justificara por aquella conversación, sobre todo porque la había escuchado sin querer. Y, sin embargo, no podía evitar esa mala sensación en el estómago que ahora le robaba el aliento. Ni siquiera el viento ruidoso del mar servía de nada. Cuando de pronto sintió un nudo insoportable en la garganta, luchó contra las lágrimas calientes que afloraban en sus ojos.

—Cariño, ¿qué te pasa? Oye, Gracie, no, por favor, no. —Noah le acarició las mejillas y le dio un beso tierno.

—No es por Katelyn —sollozó Grace—. Es por la sensación de que de repente todo se está rompiendo. Hace nada que te he encontrado y nunca me había sentido tan feliz al lado de un hombre como a tu lado, y ahora todo se desmorona. Archibald, ese imbécil. Luego Katelyn y sus palabras. Es como si el universo trabajara en nuestra contra, haciendo todo lo posible para que no puedas quedarte aquí.

—Gracie, te quiero. ¿Me oyes? Te quiero y no quiero estar en ningún otro lugar.

Grace puso sus manos sobre las de Noah, que calentaban sus mejillas frías. Cerró los ojos antes de tomar aire profundamente. ¿Y si no tienes otra opción? ¿De qué vas a vivir aquí si no consigues el puesto con la doctora Baxter? ¿Dónde vas a trabajar? ¿Con qué vas a labrarte un futuro?

Noah bajó la mirada, y ahora fue Grace la que le levantó la cabeza con suavidad para que volviera a mirarla. —¿Cómo de insensato sería rechazar una oportunidad así en Glasgow si aquí ya no hubiera

posibilidades para ti? ¿Es que nunca has pensado en qué harías en ese caso?

Noah tragó con dificultad. —¿Qué haría si... si la doctora Baxter realmente no me contrata?

Grace asintió. —Odio decir esto, pero Katelyn tiene razón. Sería estúpido malograr las oportunidades en Glasgow. Por... por esto.

—¡Esto lo es todo para mí! ¡Tú lo eres todo para mí! —La voz de Noah se quebró.

—Entonces dime que nunca has pensado en aceptar lo de Glasgow. Ni siquiera ahora que ese idiota está aquí y tus posibilidades se han reducido aún más.

La mirada de Grace recorrió el rostro de Noah. —No puedo decírtelo —dijo él, y le tembló el labio inferior. Habló tan bajito que el viento se llevó su voz mar adentro. Ligera, a pesar de que las palabras eran muy pesadas.

Grace le rodeó el cuello con los brazos. —Lo sé —sollozó, y sintió el cuerpo de Noah temblar desesperado ante su cercanía.

Podía entenderle perfectamente, y eso era lo peor de todo este asunto.

Capítulo 16

ESTE año, las festividades navideñas no le parecieron a Grace ni de lejos tan mágicas como en todos los anteriores. Normalmente, días antes de la fiesta, le invadía una emoción incontenible cuando colgaba con su madre los calcetines de Navidad en la repisa de la chimenea, cuando Graham les traía un abeto que luego decoraban todos juntos y cuando después se organizaban las compras para el banquete festivo. Nada de eso había cambiado con el paso a la edad adulta. La Navidad era una de las épocas más bonitas del año, marcada por el calor chisporroteante de la chimenea que se colaba en los corazones de su familia y creaba allí una indescriptible sensación de seguridad. Sin embargo, este año Grace no tenía ganas de celebraciones, a pesar de que eran las primeras navidades al lado de Noah.

La ola de gripe en el pueblo había dejado huella. Convaleciente y visiblemente agotada, la Dra. Baxter había decidido tomarse un descanso forzado durante las fiestas para visitar a amigos y familiares fuera de Fallbury. Era la primera vez en mucho tiempo que se permitía un descanso de este tipo, y Grace se alegraba por ella de todo corazón. Al mismo tiempo, sin embargo, eso significaba que Noah y Archibald tenían que repartirse los turnos entre ellos. Como el baboso indeseable se ofreció voluntario para el día de Navidad, Noah pudo pasar esa jornada con Grace, sus padres y Phoebe.

Desde que los padres de Phoebe habían muerto, ella era una parte fija de la familia McNally cada Navidad y, solo con su presencia, siempre garantizaba el buen humor. Pero este año su ánimo también estaba empañado por la partida de Ivy, así que Grace, Noah y Phoebe estaban sentados unos junto a otros en el sofá de flores de los padres de Grace la noche del veinticinco de diciembre, y ninguno de ellos tenía muchas ganas de fiesta. Mientras el pavo y el *plum*

pudding todavía les pesaban en el estómago, el vino les provocaba una modorra difícil de combatir.

—Antiguamente, la Navidad estaba prohibida en Escocia. Podríamos haber vuelto a instaurar esa norma este año —masculó Phoebe y vació su copa de vino.

—Pues para estar prohibida te has dado un buen festín. ¿De verdad habrías querido renunciar a eso? —preguntó Grace, que se acurrucaba en el brazo de Noah.

—Comer hay que comer siempre, para eso no hace falta celebrar la Navidad.

—Voy a echar otro tronco —dijo Noah, besó a Grace en el pelo y se levantó.

—Otra tradición absurda. Que vengan esos dichosos elfos. Como si eso fuera a empeorar algo ahora mismo. —Phoebe frunció el ceño y se cruzó de brazos mientras se hundía en un gran cojín del sofá. La tradición escocesa de no dejar que el fuego de la chimenea se apagara para protegerse de los elfos malvados en la noche del veinticinco de diciembre era una parte fundamental de la Navidad en casa de los McNally. Antiguamente, Grace se sentaba junto a su padre frente a la chimenea y, mientras él inventaba nuevas historias sobre duendes y hadas bajo el resplandor de las llamas, ella terminaba quedándose dormida en su regazo. Ahora eran sus padres los que, tras la buena comida, luchaban contra el sueño al poco rato. Por eso, en los últimos años, Phoebe y Grace habían asumido ese puesto de vigilancia junto a la chimenea, y la mayoría de las veces Ivy se les unía también avanzada la noche.

—¿Por qué estás de tan mal humor? —preguntó Grace, cogió el móvil de la mesa, abrió el último mensaje de Ivy que incluía sus alegres felicitaciones navideñas y se lo puso a Phoebe delante de la nariz—. Ya sé que este año todo es un poco diferente. A Noah y a mí tampoco nos apetece mucho irnos de fiesta. ¡Pero es Navidad! E Ivy es feliz, mírala. No la he visto tan feliz en meses.

Phoebe cogió un cojín, se lo apretó contra el abdomen, lo rodeó con los brazos y apoyó la barbilla en él. —Sí, lo es —dijo suspirando y cerró los ojos—. ¡Dios, odio los secretos! —estalló de repente, se incorporó de nuevo y tiró el cojín a un lado—. A Ivy le han concedido un piso —soltó de golpe.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? —preguntó Grace sobresaltada, mientras Noah volvía a sentarse a su lado.

—Me lo dijo ella. El día que se fue. Me pidió que no te dijera nada por ahora para no preocuparte. Ya tenéis bastante los dos con lo vuestro. —Phoebe se giró hacia Grace—. Pero, si te soy sincera, creo que este viaje a su tierra es solo el principio.

—Es difícil encontrar vivienda en Aberdeen, sobre todo pisos de obra nueva. Las listas de espera suelen ser largas —intervino Noah, y Grace asintió sumida en sus pensamientos. Así que ahora parecía definitivo: Ivy se marcharía de Fallbury. No era de extrañar que Phoebe apenas hubiera pronunciado una palabra alegre en toda la noche. Grace volvió a coger el móvil, pasó las fotos de Ivy de la noche anterior y luchó contra el caos de sentimientos en su corazón. Su amiga era feliz. Por fin ya no tenía arrugas profundas en la frente, irradiaba tanta alegría que le brillaban los ojos y parecía despreocupada. Ya no parecía que todo lo perdido estuviera pegado a ella, hundiéndola más con cada paso que daba en la vida.

—Si es lo que necesita... —dijo en voz baja y levantó la mirada. Phoebe ya se disponía a protestar cuando Grace le enseñó una foto de Ivy bajo el árbol de Navidad—. Mírala, Pheeb. ¿La has visto así ni una sola vez últimamente?

—No, pero quizá eso se le habría pasado con el tiempo, quiero decir...

—Phoebe. —Grace tomó la mano de su amiga y se la apretó con suavidad—. Yo también la voy a echar de menos. Y odio que se vaya, que por eso todo vaya a cambiar. Pero es nuestra amiga y, si dejo a un lado mi egoísmo por un momento, incluso puedo entenderla. ¿Qué la retiene aquí, aparte de nosotras? Vino aquí con Alan. Ella misma lo ha dicho: todo lo que hay aquí para ella se basa

en su tiempo con Alan. No hay ni un solo recuerdo sin él. Apenas puede respirar. Y esto —volvió a levantar el móvil con la foto— es la mejor prueba de lo bien que puede hacerlo en otro lugar. Si eso la hace feliz, deberíamos dejarla marchar y no ponérselo difícil innecesariamente.

—Dios, odio que seas tan moralista —se quejó Phoebe y puso una mueca.

—Ya, pero solo porque sabes que tengo razón. Te conozco. Tú también quieres, por encima de todo, que sea feliz y que pueda dejar atrás toda esta mierda.

—¿Y tiene que dejarnos atrás también a nosotras por eso?

—Aberdeen no está en la otra punta del mundo. Somos adultas, todas tenemos carné de conducir y podemos visitarnos cuando queramos. —Grace sabía que no era tan sencillo como sonaban sus palabras en ese momento. Pero el tiempo diría qué soluciones encontrarían. No dudaba de que las hubiera.

—Entonces volveremos a ser Gracie y Pheebys contra el resto del mundo, como antes —dijo Phoebe recordando su infancia y juventud compartidas.

—Aquello también estaba muy bien —respondió Grace con una leve sonrisa hacia Phoebe y le dio un empujoncito hasta que ella le devolvió la sonrisa.

En ese momento, sonó el móvil de Noah. Pidió disculpas y soltó un juramento al mirar la pantalla. —Solo me faltaba este imbécil.

Archibald King. Sin duda. Noah fue a la cocina para hablar. A través de la puerta abierta, Grace y Phoebe pudieron escuchar la conversación con curiosidad.

—Sí, de acuerdo. ¿Has escrito todos los informes? Hum. Vale. Sí, necesito algunos detalles más si quieres que siga yo mañana por la mañana. Me da igual qué hora sea. ¿Y qué? No. Anda, no digas tonterías. Sí, sí, pues déjalo entonces. Igualmente. —Después de terminar la llamada, añadió un sonoro «¡Uf!» y regresó al salón—. Ese tipo me va a volver loco. —Noah contó que Archibald, una vez

más, solo había hecho lo mínimo indispensable y se había negado a hacer el papeleo, que sin embargo era requisito previo para que Noah tomara el relevo al día siguiente. Si faltaba información importante en los expedientes, aquello podía acabar de forma peligrosa; incluso Grace y Phoebe lo entendían. Pero Archibald, tal como lo conocían y odiaban a esas alturas, debía de opinar que un médico también merecía la Navidad y que, dada la hora que era, ya podía dar la jornada por terminada, estuviera el trabajo hecho o no. Sobra decir que se había presentado voluntario para el turno.

—Me pregunto cuándo se dará cuenta por fin la Dra. Baxter. Ese tipo no riñe con la cordura. ¿Contigo se pone así por un malentendido enorme y con él pone en juego incluso las simpatías —y en el peor de los casos, la salud— de sus pacientes? —Phoebe se había recuperado rápido del pequeño flirteo con King en el *pub*. Es posible que debiera su ingenuidad de aquella noche al whisky; sin embargo, ahora y después de todo lo que Grace le había contado, su opinión sobre Archibald King había empeorado considerablemente.

—No hay que olvidar que, a sus ojos, no fue un malentendido. Ella cree de verdad que tengo dudas sobre quedarme aquí. Por Grace, por mis comentarios iniciales y por la oferta de trabajo, ya sabéis. Pero que tenga tantas dudas como para considerar a este tipo una alternativa, me decepciona mucho. Pero es un buen actor, y en las últimas semanas hemos tenido tanto trabajo que apenas quedaba tiempo para mirar a derecha o izquierda. Si hubiera tenido oportunidad de revisar cómo lleva él los expedientes, probablemente ya le habrían surgido dudas sobre toda su forma de trabajar. Pero cuando se despidió para las vacaciones, estaba simplemente cansada y agotada, y supongo que contenta de salir por fin de aquí. Aparte de que no me lo podía permitir, tampoco quería estropeárselo. —Noah se encogió de hombros y Grace le apretó la mano suavemente.

—¿Sabéis lo que me pregunto todo el tiempo? —Se incorporó y miró alternativamente a su novio y a su mejor amiga—. Qué pretende con esto. Para mí está fuera de toda duda que no tiene ningún interés en sus pacientes ni en sus destinos. ¡Eso,

sinceramente, le importa un bledo! ¡Solo de pensar en cómo trató a mi padre! Así que no es por el trabajo en sí por lo que se esfuerza tanto con la Dra. Baxter.

—¿Tienes alguna otra idea? —preguntó Phoebe.

Grace sacudió la cabeza. —No, por desgracia no. Pero no me fío de él ni un pelo. Y me asusta cuánta responsabilidad le deja la Dra. Baxter. Tiene que haberla cegado por completo.

—Sí, fue muy fácil. Un té por la mañana aquí, una sonrisa y un poco de lenguaje técnico exagerado allá. En ese punto se esfuerza al máximo. ¡Ojalá pusiera tanto empeño en el trato con los pacientes! Quiero decir, no es que sea antipático con ellos. Al menos no en la consulta, cuando la Dra. Baxter está cerca. ¿Pero sus tratamientos? ¿Se los puede llamar así siquiera? —preguntó Noah visiblemente agotado y bostezó a continuación. Ya había pasado la medianoche.

—Deberías tumbarte un poco y reponer fuerzas para tu turno de mañana. —Grace le dio un beso en la mejilla.

—¿Y qué pasa con los elfos malvados? —preguntó él sonriendo.

—Phoebe y yo vigilarémos el fuego. Si se cuele alguno, acabamos con él. —Grace levantó la mano hacia su amiga, que chocó los cinco con ella sonriendo.

—No tienes ni idea de lo que somos capaces —le dijo esta a Noah.

—Oh, sí, me temo que sí —respondió él sonriendo—. Y como si no, me darían pena los elfos, me quedo cerca. ¿Te importa si me pongo cómodo en ese sillón?

Grace sacudió la cabeza y le trajo una manta de lana calentita y un cojín suave. Nada más sentarse en el sillón, se le cerraron los ojos.

Aún antes del amanecer, fue de nuevo el móvil de Noah lo que lo sacó del sueño y también hizo sobresaltarse a Grace y a Phoebe. Habían conseguido mantenerse despiertas mutuamente, en algún momento habían cambiado el vino por el agua y habían vaciado entre las dos el cuenco de dulces que había estado tentadoramente sobre la mesa del salón toda la noche. El fuego también

chisporroteaba todavía suavemente en la chimenea, aunque su resplandor era ya tan débil que apenas iluminaba la estancia.

Al primer tono de llamada, Grace saltó, le alcanzó a Noah el móvil, que estaba en su lado de la mesa, y observó cómo se frotaba el sueño de los ojos mientras se esforzaba por contestar con la mayor seriedad posible: —Dr. Parker, servicio de guardia de la consulta de la Dra. Baxter en Fallbury. —Sin embargo, en cuestión de pocos segundos, la expresión de cansancio desapareció y Noah se levantó apresuradamente.

—Vale... ¿y luego? No puede ser... sí, no, no, espéreme, voy para allá ahora mismo, ¡hasta ahora!

—¿Qué ocurre? —preguntó Grace asustada.

—El pequeño Sam McCloud —dijo él simplemente, y su mirada se desvió hacia Phoebe.

—Es el hijo de mi prima. ¿Qué le pasa? —Ella también se había levantado de un salto. Juntos salieron al pasillo, donde Noah cogió su chaqueta y su maletín de médico.

—El niño debe de haber ingerido alguna sustancia tóxica ayer por la noche. No he podido entenderlo exactamente, la señorita McCloud parecía terriblemente alterada. Archibald estuvo allí y lo trató, pero ha empeorado durante la noche. Tengo que ver al niño de inmediato.

—Voy con vosotros —decidió Phoebe, y Grace tampoco dudó ni un segundo antes de dejar una nota rápida a sus padres sobre la encimera de la cocina y seguir a sus amigos hacia el amanecer.

Los McCloud vivían en una casita de piedra al final de Harbour Street, no muy lejos de la granja McNally, así que Noah, Grace y Phoebe llegaron al lugar en pocos instantes. Ya en la verja, Maisie, la nerviosa prima de Phoebe, les hacía señas.

—¿Qué le pasa a Sammy? ¿Qué tiene? —Phoebe cruzó la verja a toda prisa sin esperar a Grace y Noah.

—Ha estado vomitando toda la noche. Su respiración... es muy superficial y... ¡por favor, rápido! —jadeó la preocupada madre, y uno tras otro entraron en la casa. El niño, que acababa de cumplir tres años, estaba tumbado en el sofá del salón. Temblaba, mientras perlas de sudor cubrían su piel cenicienta.

—Hola, Sammy, soy el doctor Parker, pero puedes llamarme Noah si quieres —saludó al niño, esforzándose por mantener la voz tranquila, pero Grace notó cómo le faltaba ligeramente el aire por la tensión. Sam no reaccionó a las palabras de Noah. Ni siquiera parpadeó.

—¡Ay, Dios mío! —sollozó Maisie al fondo, en brazos de Phoebe.

—Por favor, señorita McCloud, cuénteme lo de ayer por la noche. ¿Qué ha pasado exactamente y cómo ha tratado el doctor King a su hijo? —Mientras Noah esperaba más explicaciones, comprobaba el estado general del niño.

—Me distraje solo un momento... Esperábamos invitados, fui a limpiar rápidamente el cuarto de baño y luego tuve que ir a la cocina porque el horno humeaba. Sammy debió de coger uno de esos botes de limpieza de colores. Siempre tengo cuidado, pero tenía tanta prisa... Fue solo un instante, no más de unos segundos en los que no lo vigilé.

—Tranquila —la consoló Phoebe—. No ha sido culpa tuya.

—Llamé enseguida al doctor King en cuanto me di cuenta. Sammy se quejaba de dolores en la garganta y en la barriga. El doctor King le mandó agua con sal para que...

—¿Hizo qué? —preguntó Noah horrorizado, dándose la vuelta bruscamente. En una mano sostenía el estetoscopio, cuyo extremo reposaba sobre el pálido pecho del niño. Temblaba bajo la tensión de Noah.

—Sí, dijo que con el agua con sal Sammy vomitaría el producto de limpieza y que entonces se pondría mejor, pero no ha hecho más que empeorar. Ha tenido que vomitar varias veces, pero esta

mañana de repente había sangre y... yo... ¡Por favor, ayude a mi hijo!

—¡Grace, llama a una ambulancia ahora mismo! —le pidió Noah mientras sacaba una bolsa de suero del maletín—. Las constantes vitales de Sam me preocupan. Su pulso es elevado y su respiración demasiado superficial. No responde a los estímulos y su cuerpo está completamente deshidratado. —Con cuidado, abrió la boca del niño—. La garganta parece inflamada. Supongo que la inflamación se ha extendido desde el esófago hasta el estómago. —Colocó una vía en el bracito del niño y le administró el suero—. Tiene que ir a un hospital de inmediato.

—¡Noah! —exclamó Grace, que tenía al servicio de emergencias al teléfono—. La ambulancia más cercana no puede estar aquí hasta dentro de treinta minutos como pronto.

—No tenemos tanto tiempo —le devolvió el grito Noah—. ¡Iremos nosotros! Grace, coge tu coche. Señorita McCloud, prepare algunas cosas para su hijo. Phoebe, llama a la clínica de Peterhead y avisa.

De inmediato se desató el caos en el estrecho salón. Cuando Grace aparcó frente a la puerta apenas cinco minutos después, Noah ya sacaba al niño en brazos. Lo acomodó en el asiento trasero y se sentó a su lado, mientras la madre del pequeño le ponía una manta caliente por encima. Los dedos de Grace se aferraron con fuerza al volante.

—Os sigo —gritó Phoebe, que ya bajaba la calle corriendo para ir a por su coche. Maisie saltó al asiento del copiloto, se giró hacia su hijo, puso una mano sobre su barriga y permaneció en esa posición durante todo el trayecto. Por el camino, Noah explicó lo que probablemente había pasado.

—El agua con sal ha hecho que Sam vomitara la sustancia tóxica, pero eso ha provocado que pasara dos veces por su boca y su garganta. Al ingerir el producto de limpieza ya sufrió quemaduras corrosivas. Al vomitar, estas se han vuelto a irritar y ahora probablemente se han inflamado. Además, la sal ha deshidratado por completo su pequeño cuerpo.

—Pero he hecho todo tal como dijo el doctor King.

—Le creo, Maisie. No es culpa suya. El doctor King debería haber mandado al niño directamente al hospital anoche.

—Dijo que esta mañana volvería a ser el mismo de siempre, pero no ha hecho más que empeorar. He intentado llamarlo, pero su móvil estaba apagado y...

—¿Su móvil está apagado? —volvió a preguntar Noah, y su mirada se encontró con la de Grace en el espejo retrovisor. Ella vio en sus ojos cuánto esfuerzo le costaba mantener la compostura por el bien del niño y de la madre.

Durante todo el viaje sostuvo la bolsa de suero y comprobó las constantes de Sam continuamente. Grace se alegró de que Noah no dejara traslucir si el niño empeoraba o mejoraba. De lo contrario, apenas habría podido concentrarse en la conducción. Cuando por fin se detuvieron ante la entrada principal de la clínica, le dolían los brazos de lo mucho que se había aferrado al volante.

Noah apenas esperó a que el coche se detuviera. Le entregó la bolsa de suero a la madre de Sam, cogió al pequeño en brazos y juntos entraron a toda prisa en la clínica. Grace, mientras tanto, buscó un aparcamiento cercano. Cuando poco después se encontraba en la sala de espera de la clínica, divisó a Phoebe, que también acababa de llegar.

—¿Dónde están? —preguntó completamente sin aliento.

—No lo sé, pregunta en recepción, eres de la familia, te dejarán pasar. —Phoebe obtuvo la información necesaria sin problemas y, al lado de su amiga, Grace corrió por el pasillo, subió dos plantas en el ascensor y aguardó ante una sala de tratamiento mientras tras la puerta cerrada se oían varias voces.

—Mato a Archibald —amenazó Phoebe y empezó a morderse las uñas, como ya hacía de niña en situaciones de estrés.

—Sammy saldrá de esta. Es un pequeño muy duro. Noah lo ha estado vigilando todo el trayecto. Todo irá bien, Phoebe, ¿me oyes? ¡Todo irá bien! —Grace esperaba que su voz sonara más segura de

lo que ella se sentía. Al menos, a Phoebe no pareció convencerla. Al preguntarle, Grace le contó la explicación de Noah sobre por qué el tratamiento de Archibald había tenido esas consecuencias, y Phoebe estaba fuera de sí. Caminaba inquieta de un lado a otro por el pasillo del hospital.

—¿Qué clase de maldito médico no sabe algo así? —exclamó indignada—. ¿Qué demonios le pasa a ese tipo? Es un niño pequeño, un crío. ¡Podría haber muerto!

—Phoebe, eh, Pheebbs —intentó tranquilizarla Grace, deteniéndola y atrayéndola hacia sí—. Pero no ha muerto, ¿sabes? Está ahí dentro y está luchando por su vida. ¡Es fuerte, lo conseguirá!

—Y... ¿y si aun así...? —Phoebe bajó la mirada. Las lágrimas rodaban por sus mejillas—. ¿Cómo puede hacerlo, Gracie? ¿Cómo puede ese hombre ser responsable de algo así?

Grace rodeó con los brazos a su mejor amiga. —No lo sé —susurró con voz quebrada. Así permanecieron, sosteniéndose y apoyándose mutuamente durante lo que pareció una eternidad, hasta que por fin la puerta de la sala de tratamiento se abrió y Noah salió. Tenía ojeras oscuras y parecía agotado y exhausto. Sin embargo, al ver a Phoebe y a Grace, su expresión se iluminó.

—Lo conseguirá —dijo simplemente, y al instante Phoebe se le echó al cuello.

—¡Gracias, gracias, gracias! —gritó ella, y Noah la estrechó contra sí.

—Gracias al pequeño. Sammy es realmente un luchador valiente. Pasa si quieres, tu prima ya te espera.

Sin perder ni un segundo más, Phoebe irrumpió en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Noah estrechó a Grace en sus brazos y ella apoyó la cabeza en su pecho. Su corazón aún latía salvaje y agitado.

—¿Cómo estás? —preguntó ella mirándolo. Él la besó en la frente.

—Ahora mismo estoy rematadamente aliviado de que todo haya salido bien dentro de lo que cabe. Durante el trayecto no estaba tan seguro —confesó.

—Me lo imaginaba. Menos mal que no dijiste nada. Maisie se habría vuelto loca y yo habría acabado en la cuneta. ¿De verdad está mejor Sammy?

Noah asintió. —Han podido estabilizarlo, pero tardará un tiempo en volver a ponerse en pie. Tiene daños graves en el esófago, hemorragias en el tracto gastrointestinal... no quiero ni imaginar qué habría pasado si Maisie tampoco me hubiera localizado a mí. La ambulancia jamás habría llegado a tiempo para los primeros auxilios. Esto me ha dejado claro una vez más lo importante que es el servicio de guardia de veinticuatro horas en pueblos como Fallbury. Están demasiado aislados. Una tos no te mata por la noche, pero un esófago desgarrado y una intoxicación en un niño pequeño como Sammy, sí. Hemos tenido suerte, Gracie, mucha suerte.

Sacaron dos cafés de la máquina antes de despedirse de Maisie y Phoebe y salir fuera. Era un día gris y plomizo. El espíritu navideño se había esfumado a pesar de la profusa decoración del recinto del hospital.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Grace mientras caminaban hacia el coche.

—¿Con Archibald? —La voz de Noah sonó al instante ronca y tensa—. Casi mejor ni me preguntes.

—Phoebe ha dicho algo antes, cuando esperábamos en el pasillo. Algo que no se me va de la cabeza.

Noah la miró y frunció el ceño. —¿A qué te refieres?

—Me ha preguntado qué médico no sabría que, especialmente un niño pequeño con una intoxicación, no debe ser tratado de esa manera.

—Eso mismo me pregunto yo todo el tiempo. Debería haberlo sabido, es conocimiento básico, no hace falta tener ninguna especialización adicional, es algo que como médico debería poder

recordar hasta dormido. ¡Y punto! —Noah se detuvo de repente y tomó aire con fuerza—. A menos que... —dijo simplemente, mirando a Grace con los ojos muy abiertos por el asombro.

—... no sea médico en absoluto —completó Grace el pensamiento que ella misma venía rumiando desde que las palabras de Phoebe calaron en su conciencia.

—Maldita sea —juró Noah—. No puede ser verdad.

—¿Y qué hacemos ahora? Si se lo dices a la doctora Baxter —sin pruebas sólidas —probablemente puedas ir recogiendo tus cosas y marcharte.

Noah resopló. —En realidad, un niño pequeño luchando por su vida ya debería ser prueba suficiente. Pero tienes razón, tenemos que encontrar algo que lo desenmascare sin lugar a dudas.

Grace abrió la puerta del coche. —¿Puedes acceder a sus documentos en la consulta?

Noah asintió y se subieron. —Encontremos lo que encontremos, tenemos dos días antes de que vuelva al servicio y regrese la doctora Baxter. Deberíamos darnos prisa.

—Entonces, no perdamos tiempo —dijo Grace y arrancó el motor.

Capítulo 17

COMO Noah estaba de guardia, la revisión de los documentos de la candidatura de Archibald King resultó ser más difícil de lo esperado. Una y otra vez se veían interrumpidos por llamadas de pacientes preocupados. Por suerte, casos tan graves como el del pequeño Sam McCloud siguieron siendo la excepción también ese día, por lo que Noah tuvo que ocuparse principalmente de resfriados, lesiones por caídas o estómagos revueltos por exceso de asado navideño.

No fue hasta su hora de comer cuando se reunieron en Rose Cottage. Grace había llegado un buen rato antes que él. Había pasado la mañana con sus padres y ahora estaba sentada a la mesa redonda del comedor del Bed & Breakfast esperando el regreso de Noah. Ellie también estaba allí, le sirvió el tercer té y se sentó con ella, mientras la anciana Rosemary seguía tejiendo chaquetitas y patucos de bebé en el salón.

—A ver, ¿qué pasa? Cuando Noah apareció hoy para desayunar, estaba completamente fuera de sí. Y si te soy sincera, Grace, tú tampoco pareces la viva imagen de la salud. Además, no paras de mover la pierna y haces que tu taza de té tintinee sin cesar.

—Oh, lo siento —dijo Grace e intentó controlarse.

—No tienes por qué pedir disculpas —sonrió Ellie con calidez. —Es solo que me preocupa que algo no vaya bien.

Grace se mordió el labio inferior. Lo ocurrido por la mañana aún le pesaba en el corazón y en el alma, aunque ya sabía por Phoebe que Sammy estaba realmente mejor. Había acordado con Noah no contarle a nadie sus sospechas sobre Archibald King, ni siquiera a su familia. Le resultaba especialmente difícil, ya que su madre se había despertado por la caótica partida de la mañana y había presenciado parte de ella de primera mano. Grace había encontrado el compromiso de relatarle el incidente con sinceridad, pero dejando a Archibald totalmente fuera del juego. Así, en el relato de Grace no

había existido el tratamiento erróneo por parte de aquel idiota la noche anterior, aunque todo en su interior la empujaba a pronunciar el nombre de Archibald King en voz alta y dejar que la gente supiera lo que había hecho. Sin embargo, lo más difícil había sido calmar a Maisie, que estaba a punto de denunciar a Archibald. Phoebe había logrado tranquilizar a su prima lo suficiente como para que esperara a las investigaciones de Grace y Noah sobre el verdadero origen de Archibald, y eso era lo que estaba haciendo ahora. Pero era cuestión de tiempo que todo el pueblo se enterara de lo que había sucedido aquella noche del día de Navidad en Fallbury.

Así que, de todos modos, no seguiría siendo un secreto por mucho tiempo. Además, Grace necesitaba desesperadamente alguien con quien hablar, y en Ellie podía confiar. Así que le contó el incidente. Ellie escuchó en silencio todo el tiempo, solo sacudiendo la cabeza indignada de vez en cuando y llevándose la mano a la boca, horrorizada, cuando Grace expresó la sospecha que Noah y ella tenían ya sobre Archibald King.

—... y por eso estoy aquí esperando a Noah tan nerviosa. Trae los documentos que tenemos que revisar a fondo. Se nos acaba el tiempo. Pasado mañana Archibald vuelve a estar de guardia, y se me revuelve el estómago solo de pensar en dejarlo suelto de nuevo con los pacientes.

Ellie asintió. Se había puesto muy pálida y se llevó la mano a su vientre ligeramente redondeado.

—¿Estás bien?— preguntó Grace al instante con preocupación. No quería someter a Ellie a ningún estrés. ¿Había agobiado a la futura madre con toda esa información?

—Sí, sí. Solo estaba dándole vueltas a una cosa. El otro día, cuando estuve en la consulta, la doctora Baxter no tenía tiempo y Archibald tuvo que hacerme una receta. Por las náuseas constantes, ya sabes.

Grace asintió. —¿Y?

Ellie sacó la caja de pastillas de su bolso y la puso sobre la mesa. —Todavía no he tomado ninguna. En el prospecto vienen cosas terribles que pueden aparecer como efectos secundarios si se ingieren. Quizá el pequeñajo que llevo dentro me vuelve demasiado precavida, pero no quería correr riesgos.

—¿Qué riesgo?— preguntó Noah, que apareció de repente en la puerta.

Grace y Ellie se sobresaltaron a la vez, y Grace puso rápidamente a Noah al corriente de todo lo que le había contado a Ellie y de la caja de pastillas sobre la mesa.

—Podrías haberme preguntado a mí — le dijo Noah con dulzura a Ellie antes de coger la caja.

—Lo sé, pero estabas con tanto estrés, y en realidad me tendría que haber atendido la doctora Baxter. Se juntó una cosa con otra.

—A ver, enséñame.— Noah examinó el medicamento y frunció el ceño. —¿Para qué has dicho que te recetaron esto?

—Para mis náuseas matutinas.

Noah sacudió la cabeza y volvió a dejar las pastillas sobre la mesa. —Ni se te ocurra tomarlas. Esto es un medicamento para inflamaciones gastrointestinales. No tiene nada que ver con las náuseas matutinas y no servirá de nada contra ellas. Probablemente no os haría daño ni a ti ni al bebé, pero en esta etapa temprana del embarazo te desaconsejaría cualquier riesgo.— Sacó el talonario de recetas y un bolígrafo del bolsillo, escribió algo y se lo entregó a Ellie. —Toma. Estas son pastillas puramente vegetales que tienen una buena eficacia para las náuseas relacionadas con el embarazo.

—Gracias, Noah.— Ellie soltó aire con tensión. —Entonces parece que mi instinto no me fallaba.

—¿Cómo iba a ser de otra forma? Si tu pequeño instinto también vive ahí dentro — respondió Grace sonriendo, y Ellie le guiñó un ojo dándole la razón.

—Si quieres, puedes ayudarnos, Ellie. Nos vendrá bien cualquier par de ojos extra que pueda ayudar a desenmascarar a Archibald.— Noah se sentó con ellas y dejó caer sobre la mesa el expediente personal del supuesto médico.

—Claro, lo haré encantada .—Ellie le trajo algo de beber a Noah y, poco después, se repartieron los documentos de la solicitud de Archibald.

—La doctora Baxter me echaría a la calle de inmediato si supiera que los he sacado de su despacho.

—Pero ya no lo hará cuando encontremos lo que buscamos —dijo Grace apretando la mano de Noah, quien se inclinó hacia ella y le dio un tierno beso. A Grace le habría gustado perderse en ello, entregarse por un breve momento al anhelo de su corazón, disfrutar de la paz y del tiempo con Noah. Habían tenido muy poco de eso desde que llegó la carta de Glasgow y todo se descontroló. Pero sabía lo importante que era luchar por la justicia. Y Noah realmente se merecía esa justicia. Por nada del mundo quería solo demostrar el magnífico médico que era, sino que también humanamente era la elección absolutamente correcta como sucesor de la doctora Baxter.

Grace se ocupó de la carta de presentación. Mientras tanto, Noah revisaba los títulos y certificados, y Ellie leía las supuestas cartas de recomendación de Archibald. Para Grace, la jerga médica que aparecía una y otra vez incluso en los documentos de solicitud sonaba casi como una lengua extranjera, pero por ahora solo se trataba de hacerse una idea de los antecedentes de Archibald King.

—Bueno, según los títulos, estudió en la Edinburgh Medical School. Es una de las mejores universidades en este campo y es condenadamente difícil entrar —explicó Noah.

Grace asintió. —Sí, y según su carta de presentación, ha acumulado un montón de experiencia práctica. En Dundee, Glasgow y Aberdeen.—

Noah frunció el ceño. —¿Eso puso? Aquí solo encuentro un certificado de una consulta en la propia Edimburgo y un papelajo de

Dundee sin sello.—

—Lo confirmo —intervino Ellie. —Cartas de recomendación solo tengo de Edimburgo, y además de su época de prácticas antes de empezar los estudios.

—A ver.— Noah cogió el mencionado escrito y lo leyó por encima. —Esto es de risa. Lo recomiendan para entrar en la carrera. Ahí quizá hizo unas prácticas escolares. Fregar el suelo, preparar café, pero nada más.— Tiró el papel sobre la mesa y se revolvió el pelo. —El hecho es que, supuestamente, estuvo en todas las ciudades universitarias de renombre. Es curioso; no es imposible, pero sí es extraño. Sobre todo porque no hay documentos que lo confirmen.

—¿Conoces a un tal doctor Marshall Combridge de Aberdeen?— preguntó Grace, señalando el lugar de la carta de presentación donde Archibald había indicado a dicho médico y su consulta como referencia.

—Sí, trabaja en el centro clínico y, además, da conferencias en la universidad. Pero no tuve muchas asignaturas con él.

—¿No podrías averiguar si Archibald estuvo realmente con él?— preguntó Ellie, y Noah se encogió de hombros.

—Tal vez, pero conozco a gente en Aberdeen y tendría que inventar una buena excusa de por qué pregunto por un colega. Eso no está muy bien visto. Menos aún incluyendo insinuaciones especulativas.—

Grace asintió. —Yo podría hacerlo— se ofreció ella.

—¿Tú?— Noah sacudió la cabeza. —No quiero meterte en líos...

Ella se echó a reír. —Tarde me lo dices. Mira, la doctora Baxter es una mujer. Tiene a un candidato al que está examinando con lupa. Y le faltan los documentos sobre las referencias que él ha mencionado. Pues se llama y se pregunta... en nombre de la doctora Baxter, quiero decir.— Grace sacó el móvil del bolsillo. —¿Y bien? ¿A qué clínica tendría que llamar?

Tras dudar un momento, Noah le buscó el número correspondiente en internet y, junto con Ellie, escuchó tan expectante como Grace hasta que al otro lado de la línea finalmente descolgaron. El corazón le latía con fuerza. No tenía ninguna práctica mintiendo y temía ser descubierta antes de haber dicho siquiera una palabra. Pero una mirada a los ojos de Noah, la esperanza que se reflejaba en ellos y su cálida mano en la suya le dieron el valor que necesitaba ahora. Se enderezó y se aclaró la garganta.

—Buenos días. Soy la doctora Erin Baxter. ¿Hablo con el doctor Combridge? Ah, de acuerdo. Sí, la doctora Erin Baxter, de Fallbury. Bien, espero.— Grace retiró un momento el móvil de su oreja. —Era uno de los enfermeros, va a buscarlo.— A continuación volvió a concentrarse en la llamada, escuchó pasos acercándose de fondo y una voz masculina y profunda que se presentó como el doctor Marshall Combridge. Para suerte de Grace, sonaba amable y curioso, y en absoluto estresado o molesto.

—Ah, qué bien que le localizo. Mi nombre es Baxter, doctora Erin Baxter. Tengo una consulta rural en Fallbury. Verá, tengo un nuevo colaborador al que, por desgracia, se le han extraviado algunos de sus certificados de cualificación. Su nombre es doctor Archibald King, y me comunicó que había acumulado experiencia práctica con usted en el marco de sus estudios. Solo me interesa el área de especialización y su valoración, doctor Combridge, para poder hacerme una idea de mi nuevo colega.— Las mentiras salieron de los labios de Grace con más facilidad de la que temía, y ella misma se sorprendió de la seguridad con la que había explicado la situación. Solo su respiración, entrecortada y agitada, podría haberla delatado, pero el doctor Combridge no pareció notar nada de eso.

—Doctor Archibald King era el nombre. Hm. Ah, ya. Sí, me lo imagino, seguramente requiere mucho tiempo. Entiendo. Ciertamente, uno normalmente recordaría el nombre. Es muy amable, muchas gracias. — Grace tapó un momento el altavoz y se dirigió a Noah y Ellie. —Va a preguntar un momento en el departamento de personal.

—Sí, sigo aquí —respondió poco después de nuevo al móvil. —Oh, pues es realmente sorprendente. Bien, entonces volveré a preguntarle a él. Muchas gracias por la información. Que tenga un buen día.

Con dedos temblorosos terminó la llamada. —Nunca estuvo en Aberdeen, al menos no en esa clínica y mucho menos con el doctor Marshall Combridge, ya que él hace años que no supervisa a estudiantes porque, debido a sus dos empleos (clínica y universidad), le falta tiempo para ello.

Ellie sacudió la cabeza. —No me extraña que no pudiera aportar referencias. Seguro que con el resto de sus datos pasa lo mismo.

—Maldito mentiroso— maldijo Noah. —Acabo de dejarle un mensaje rápido a Katelyn. Quiero que compruebe en Glasgow si el idiota trabajó allí en el periodo que indicó. Pero eso quizá no lo sepamos hasta mañana.

Ellie, que mientras tanto había ido a por su portátil, empezó a teclear de pronto con nerviosismo antes de que sus ojos se agrandaran y girara la pantalla en dirección a Noah y Grace. —¿Veis lo que veo yo?

Grace tuvo que ordenar primero sus pensamientos. Ellie había abierto un buscador y buscado títulos de graduación de dicha universidad de medicina en Edimburgo. Hizo zoom en el sello de la universidad y puso el supuesto título de Archibald al lado. —¿Ahora sí?

—¡No me lo puedo creer!— exclamó Noah, casi sin dar crédito a lo que veía. —Bueno, seguro que les encantará recibir una llamada. Si hago eso, todo su castillo de mentiras se vendrá abajo.—

Los sellos difícilmente podrían haber parecido más diferentes. Ni siquiera el logotipo de la universidad coincidía con el original. Quienquiera que fuera responsable de ello debía de estar tan seguro de sí mismo que ni siquiera se había molestado mínimamente en la falsificación.

—¿Por qué estáis todos tan alterados? ¿Qué pasa aquí? —preguntó ahora la anciana Rosemary, que se había levantado del sofá con su taza de té en la mano y entraba en la cocina. La cojera causada por la gota había disminuido de nuevo. De hecho, parecía andar bastante bien y se movía con más seguridad y rapidez de lo que Grace había visto hasta ahora. Rose se detuvo junto a la silla de Ellie, se apoyó en el respaldo y miró de un rostro encendido a otro.

Tras un breve intercambio de miradas con Grace, Noah puso al corriente a Rosemary Bell de sus sospechas. No dijo nada sobre el incidente con el niño pequeño ni sobre los hallazgos realizados hasta el momento. Tampoco hacía falta, Rosemary obviamente se había formado su propia opinión sobre Archibald King hacía tiempo.

—Ya lo sospechaba yo. Qué tipo tan desagradable. ¿Sabes a quién me recuerda, Ellie?

Ellie sacudió la cabeza y puso su mano sobre la de la anciana Rosemary. —¿A quién?

—Cuando vinieron los candidatos que querían quedarse con el Rose Cottage, había un hombre joven, con traje y pomada en el pelo. Aquel que quería reformar el Rose Cottage y...

—El señor Thompson —le salió a Ellie sin aliento, y en cuestión de segundos se puso blanca como el papel. —Dios mío —jadeó.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Grace, con el corazón latiéndole salvajemente en el pecho.

—Tía Rose tiene toda la razón, ¿cómo no me he dado cuenta? Es el mismo tipo de hombre, igual de estirado, igual de arrogante, clavado a Archibald King. Vino aquí, quería comprar el Rose Cottage para convertirlo en un complejo hotelero gigante.

Noah se pasó la mano por la cara, agotado. —¿Entonces Archibald es ese... señor Thompson?

Ellie sacudió la cabeza con fervor. —No, pero alguien que podría estar compinchado con él y que ha reconocido el potencial de Fallbury.— Tragó saliva con dificultad antes de añadir con voz

temblorosa: —Alguien capaz de pasar por encima de quien sea por dinero.

Capítulo 18

AQUELLA noche Grace se quedó con Noah en el cottage. Entre sus visitas a domicilio y, ya entrada la madrugada, cuando hacía tiempo que Rosemary y Ellie se habían ido a la cama, estuvieron analizando los documentos de Archibald y los hallazgos que se iban acumulando sobre su elaborado sistema de estafa. Aunque todavía no sabían por qué exactamente había venido a Fallbury y precisamente a la consulta de la doctora Baxter, al menos parecía que se estaban acercando a la verdad. Al día siguiente se confirmó su sospecha de que Archibald King nunca había trabajado en el Queen Elizabeth University Hospital de Glasgow. Katelyn había pasado su nombre por el sistema sin obtener ningún resultado. No pudieron comprobar la supuesta estancia de Archibald en Dundee, pero en realidad ya no les hacía falta. Tenían pruebas suficientes.

Mientras Noah se iba a Fallbury por la mañana para pasar consulta, Grace se quedó en el cottage y se reunió con Ellie en el salón. Sabía que sus padres la acribillarían a preguntas en cuanto volviera a la granja. Nunca había pasado las vacaciones de Navidad lejos de su familia, pero se lo explicaría todo en cuanto llegara el momento. Al menos, por teléfono, había tranquilizado a su madre, mintiéndole y diciéndole que simplemente quería disfrutar de sus días libres cerca de Noah antes de que el estrés cotidiano volviera a empezar en breve, y por suerte Olivia se dio por satisfecha con eso. Probablemente también porque ella y Harry seguían tan eufóricos como el primer día con los planos y las reformas para el rincón de los cuentos.

—¿Has encontrado sus documentos? —preguntó Grace, sentada en el sofá del cottage al ver a Ellie salir de la habitación de Rosemary.

—Sí, o mejor dicho... tía Rose los ha encontrado. Mira esto: su nombre es Alistair Thompson. —Ellie se dejó caer en el sofá junto a

Grace y abrió el portátil en su regazo.

—Alistair... es un nombre tan extraño como Archibald.—

Ellie asintió. —Y probablemente igual de falso. Si busco Alistair Thompson en Glasgow, no encuentro nada. Se supone que su abuelo es un hotelero de renombre en Glasgow, y que él mismo tenía mucha experiencia en el sector. ¿No debería aparecer entonces? ¿Bajo ese nombre?—

Grace asintió. —¿Y si buscas solo por Thompson? ¿Y hoteles o alojamiento o algo así?

De inmediato, Ellie hizo lo que Grace le había sugerido y obtuvo toda una lista de resultados.

—Thompson... aquí está. Donald Thompson, fundador de una cadena hotelera en Glasgow. De verdad existe —dijo, y buscó un número de teléfono para coger el terminal—. Voy a llamarlo ahora mismo. Quizás así avancemos algo.

Grace esperó pacientemente y escuchó con atención la conversación de Ellie. Le costó un momento conseguir que el tal Donald Thompson se pusiera al teléfono, pero cuando lo hizo, la reacción no se hizo esperar. Puso la llamada en manos libres.

—¿Entonces tiene usted un nieto, señor Thompson?

—Así es, señorita. Pero su nombre no es Alistair, sino Mick. Mick Thompson, y si le soy sincero, preferiría no hablar de él. Solo trae problemas a la familia.—

Grace arqueó las cejas con sorpresa.

—Verá, quería comprar nuestro pequeño cottage —le explicó Ellie al hotelero—para convertirlo en un complejo hotelero. Se jactaba de su experiencia, pero nosotras dudamos.

El hombre al otro lado de la línea soltó una carcajada. —Eso suena propio de Mick. Es un estafador, no deje que la engañe, señorita. No sé exactamente en qué chanchullos está metido, pero hay todo un grupo de tipos como él. Por lo que sé, buscan sobre todo en pueblos costeros discretos propiedades rentables que puedan agenciarse

bajo pretextos engañosos. La supuesta reforma nunca llega a hacerse; en su lugar, las revenden a gente igual de turbia que Dios sabe qué planes tendrá para ellas. Manténganse alejadas de ellos.—

Grace se presionó el pecho con una mano para calmar los latidos de su corazón.

—¿Sabe por casualidad si su nieto tiene un socio llamado King? ¿Archibald King?

—¿Archibald? —El hombre volvió a reír. —¿De dónde sacan todos esos nombres? Conozco a un tal Bruce King, ese es un pájaro de cuidado, incluso ha estado en prisión por estafa y falsificación de documentos. Ya le digo, hay demasiados como ellos. No habrán caído víctimas de ninguno, ¿verdad, señorita?—

—No, señor. Por suerte, no. Me ha ayudado mucho, muchas gracias.—

El hombre se despidió amablemente, pidió que le informaran sobre cualquier actividad criminal de su nieto y dejó su dirección de correo electrónico para emergencias. Cuando Ellie terminó la llamada, Grace sintió náuseas.

—Bruce King —susurró su nombre, acercó el portátil y escribió el nombre en el buscador. De inmediato aparecieron fotos; era Archibald, sin ninguna duda. En una de ellas se reconocía incluso a Mick Thompson, constató Grace, sorprendida y sin aliento a la vez.

—Realmente están compinchados. —Grace temblaba ahora de pies a cabeza. —Tengo que contárselo a Noah. —Se levantó de un salto y salió disparada hacia la puerta.

—¡Grace, conduce con cuidado, por favor! —le gritó Ellie preocupada.

—Sí, claro —respondió justo antes de que la puerta se cerrara tras ella.

Grace tuvo que esperar hasta que terminara la consulta, pero cuando el último paciente hubo abandonado el local, Noah cerró la puerta con llave y volvió con ella a la sala de tratamiento.

—No vas a creer lo que hemos descubierto —empezó Grace, apenas Noah se hubo dejado caer en su silla. Él quiso atraerla hacia su regazo, pero Grace caminaba de un lado a otro frente al escritorio, alterada.

—¿De qué se trata?—

—Su nombre es Bruce King y pertenece a una banda de estafadores que busca propiedades lucrativas en pueblos costeros remotos.—

A Noah casi se le saltan los ojos de las órbitas; tal era su expresión de espanto. Grace le contó la llamada de Ellie a Donald Thompson, su relación con el arrogante Alistair Thompson que quería comprar Rose Cottage, y cómo finalmente habían encontrado la prueba de que tanto Thompson como King estaban en Fallbury con nombres falsos pero presuntamente con las mismas intenciones. Una y otra vez, Noah negaba con la cabeza, se pasaba la mano por su barba de tres días o inspiraba y espiraba con tensión. En algún momento, cuando la inquietud de Grace ya no le permitía estar sentado, le cogió la mano y tiró de ella hacia él.

—Entonces ahora mismo llamo a la policía —dijo con tanta naturalidad como si le estuviera dictando la lista de la compra.

—¿Y la doctora Baxter? ¿No quieres esperarla? Volverá a Fallbury en algún momento de esta noche —le recordó Grace.

Noah le apartó un mechón rebelde del hombro hacia la espalda. — Si espero más tiempo, corremos el riesgo de que ese idiota haga Dios sabe qué mientras tanto. Tiene llaves, acceso a todas las dependencias y documentos. Pero lo peor es que podría seguir yendo a ver a los pacientes y tratarlos. No quiero ni imaginar lo que podría pasar.—

Grace asintió afectada. —Sí, tienes razón. No deberíamos esperar ni un segundo más. —Se bajó de su regazo e iba a coger el teléfono para dárselo a Noah cuando ambos oyeron al mismo tiempo el sonido metálico de una llave en la cerradura.

—¿Ha vuelto ya la doctora Baxter? —murmuró Noah más para sí mismo que para ella y salió al pasillo. Grace le siguió en silencio. Cuando la puerta se abrió, sin embargo, no fue la anciana doctora quien apareció ante ellos, sino Bruce, conocido como Archibald King. Con una sonrisa de suficiencia, como si considerara a Grace y a Noah unos estúpidos y se divertiera internamente por lo bien que los había engañado, entró en la consulta. Pero al verlos, no pudo ocultar que se quedaba desconcertado por un instante.

—Ah, no sabía que hubiera alguien aquí durante la pausa del mediodía. Hola. —Se lamió la palma de la mano y se la pasó por su engominada raya al lado. Grace apartó la mirada con asco.

—No estás de servicio —dijo Noah simplemente. Su voz era baja, demasiado baja. Amenazante y vibrante, resonaba en las salas vacías de la consulta.

—Es cierto, solo quería recoger una cosa rápido. —El tipo se rió de forma tan falsa y mentirosa como era él mismo, e intentó pasar de largo.

—¿Y qué es exactamente eso que tienes que recoger con tanta urgencia en tu día libre... Bruce? —Noah metió las manos en los bolsillos y se quedó mirando al estafador. Este pareció quedarse de piedra, congelado en su movimiento; todo su cuerpo se puso visiblemente en tensión en cuestión de segundos.

—¿Cómo me has llamado? —Su voz, que normalmente se esforzaba por sonar amable, había cambiado. Ahora sonaba cortante y mordaz.

—Lo has entendido perfectamente —dijo Noah, manteniéndose aparentemente igual de tranquilo.

Lentamente, muy lentamente, Bruce se acercó a Noah. Los hombres se miraron fijamente, sin que ninguno pareciera siquiera parpadear. Grace contuvo el aliento mientras observaba la escena desde atrás.

—Más vale que cuides lo que dices —siseó Bruce King. Era evidente que estaba amenazando a Noah.

—No te tengo miedo. Para tus chanchullos has elegido el lugar equivocado y a la gente equivocada, te lo prometo. —La respiración de Noah se aceleró. Grace veía cómo sus manos se cerraban en puños dentro de los bolsillos.

—¿De verdad crees que me importa lo que digas? ¿Un tipo de ciudad que se las da de héroe en un pueblo muerto como este porque no ha podido conseguir un trabajo mejor? Y ni siquiera este lo tienes asegurado. A la vieja Baxter le importas una mierda... Dr. Parker. —Bruce casi le escupió el título de médico a la cara. Mientras tanto, los dos hombres estaban peligrosamente cerca el uno del otro; un movimiento en falso y la situación estallaría. Grace cogió con cuidado el brazo de Noah y le indicó que ella estaba allí, que no debía dejarse provocar. Y de alguna manera, aquello pareció funcionar. Los tensos músculos de su brazo se relajaron.

—Al menos yo soy médico y no un temerario sin escrúpulos que pondría en riesgo la vida de un niño pequeño para conseguir su objetivo.—

Bruce soltó una carcajada despreciativa. —¿Es culpa mía que el crío fuera tan tonto como para no distinguir el zumo de los productos de limpieza?—

Al instante, todo el cuerpo de Noah volvió a tensarse. Dio un último paso hacia Bruce, con su rostro ahora tan cerca del de su adversario que sus narices casi se rozaban. A Grace se le cortó la respiración.

En ese preciso instante, la puerta se abrió de golpe y nada menos que la Dra. Erin Baxter entró en la consulta como un torbellino, con la cara encendida. Todavía visiblemente afectada, tosía, y unas gotas de sudor le resbalaban por la frente.

—¡Aquí está! —exclamó mientras hacía señas a alguien que se había quedado fuera. Solo unos segundos después, dos agentes de policía irrumpieron en la consulta.

—¿Bruce King? —preguntó uno de ellos, alternando la mirada entre Noah y Bruce.

Nadie respondió, pero Bruce echó a correr, apartando de un empujón a la Dra. Baxter, que a duras penas logró apoyarse contra la pared, y fue reducido por los policías en los mismos escalones de la entrada.

—Bruce King, queda arrestado como sospechoso de falsedad documental. Tiene derecho a... —No llegaron a oír nada más porque la puerta de la consulta se cerró.

Grace corrió al lado de la Dra. Baxter y le tomó la mano, que estaba ardiendo. —¿Se encuentra bien?

—Cielo —jadeó ella entre toses—. No es tan fácil derribarme. Pero un vaso de agua me vendría de perlas.

Noah trajo el agua de la pequeña cocina de la sala del personal y se la entregó a la Dra. Baxter, que se había sentado en una silla del pasillo. A través de los cristales de la puerta principal, Grace veía cada vez más luces, y el murmullo de las voces de los policías se volvía cada vez más alto. Antes siquiera de que pudieran aclarar de dónde venía la Dra. Baxter tan de repente y cómo se había enterado del fraude de Bruce King, la consulta se convirtió en un hervidero; tanto a Noah como a Grace y a la propia doctora les interrogaron por separado sobre los sucesos de las últimas semanas.

Nunca se había visto tal despliegue policial en Fallbury. Los agentes fueron de puerta en puerta, hablaron con los supuestos pacientes de King y dejaron que Maisie relatara cada detalle de la noche de Navidad, en la que su hijo pequeño casi paga con su vida. Así, a King también le cayó de golpe una denuncia por lesiones graves.

Los habitantes del pueblo estaban fuera de sí por el engaño, conmocionados y horrorizados por el espanto que aquel hombre había llevado a su apacible aldea de pescadores. Cada vez eran más los que acudían a la consulta, hablaban indignados con la Dra. Baxter o compartían su estupefacción con Noah y Grace. Para sorpresa de estos, empezaron a acumularse relatos y testimonios sobre errores médicos del impostor. Había de todo: desde dosis de

medicamentos erróneas hasta métodos terapéuticos totalmente inadecuados.

—¡Dr. Parker, qué suerte que estuviera usted aquí! —o— ¡Se lo agradecemos, Dr. Parker. Sabe Dios qué habría pasado sin usted! —o incluso— ¡Viva nuestro Dr. Parker, un médico de cuerpo y alma! —eran solo algunos de los elogios que ahora le llovían a Noah. A él mismo parecía costarle asimilar tanto reconocimiento, pero dio las gracias a cada uno por sus amables palabras, mientras en su rostro se reflejaban el agotamiento y el alivio a partes iguales.

A última hora de la noche, horas después del arresto de King, el último vecino abandonó la consulta. Las luces de los coches de policía se perdieron en la distancia y, por fin, la paz regresó a Fallbury.

Una paz que Grace aún no sentía. Estaba sentada en silencio con Noah y la Dra. Baxter en las salas de la consulta, ahora terriblemente silenciosas. Ninguno de ellos había tenido ocasión de hablar de lo que había ocurrido aquel día y de cómo, de repente, todas las piezas del rompecabezas habían encajado. Pero ahora, cuando el silencio se volvía pesado e incómodo, la Dra. Baxter se aclaró la garganta y suspiró. —Debería haber hecho caso a mi instinto, nunca me ha fallado en la vida. Tampoco esta vez.

—¿Entonces lo sabía? ¿Que era un impostor? —preguntó Grace, acercándose a Noah. Él respiraba con pesadez, exhausto, y su corazón latía con fuerza contra el pecho mientras la rodeaba con el brazo y ella apoyaba la cabeza en su hombro.

—Saberlo, no lo sabía; de lo contrario no me habría marchado ni le habría dejado todo el peso a usted, Noah.

—¿Pero entonces, de dónde ha sacado la información sobre sus falsificaciones de documentos? ¿Y la policía? —preguntó él.

—Nunca he ocultado que mi consulta y mis pacientes son lo más sagrado para mí. Vivo para este trabajo, para estas personas que me necesitan. Jamás contrataría a nadie sin verificar su licencia. No soy una persona desconfiada, no me malinterpreten. Pero tampoco soy

ingenua. Y esta vez se ha demostrado que hice bien. Aunque casi haya sido demasiado tarde. —Se reclinó en su sillón de cuero negro antes de continuar—: Un amigo mío, un muy buen amigo desde hace muchos años, trabaja en el Consejo Médico General Británico en Edimburgo. Tras su llegada, Noah, ya solicité información sobre su licencia médica. Y cuando vino Archibald... quiero decir, Bruce King, quise hacer lo mismo. Entonces la ola de gripe barrió el pueblo y hasta días después de su llegada no pude ponerme en contacto con mi amigo. Debido a un fallo en su sistema, la respuesta se retrasó, yo enfermé, necesitaba urgentemente un descanso y hoy, en mitad de la comida con mi primo Lou, ha sonado el teléfono. Reconozco que eso casi me tumba de verdad. La licencia falsa, el nombre falso... nada de lo que intentó hacerme creer era cierto. Y para colmo, las comisarías de policía están bajo mínimos entre los festivos. Hasta que hemos conseguido que alguien nos atendiera, ha pasado otra vez un tiempo en el que yo solo pensaba en lo que ocurría aquí y temía tanto por mi consulta y mis pacientes como por usted, Noah.

Noah asintió. —Entonces lo descubrimos casi al mismo tiempo. —Resumió los sucesos de los últimos días y cómo habían desenmascarado al estafador con la ayuda de Ellie y Rosemary.

Con cada una de sus palabras, la Dra. Baxter se ponía más pálida. No dejaba de sacudir la cabeza. —No puedo creerlo —murmuraba una y otra vez —Dios mío, ¿cómo no me di cuenta?

Al terminar su relato, Noah se puso al lado de la anciana doctora y le puso una mano en el hombro con delicadeza. —No ha sido culpa suya, Bruce era un actor magnífico, podría haber engañado a cualquiera.

—A ustedes por suerte no. Da escalofríos pensar qué le habría pasado al pequeño McCloud si no hubiera sido por ustedes. Y sus esfuerzos por sacar la verdad a la luz... No sé cómo darles las gracias. —Sus ojos brillaban por las lágrimas.

—No tiene que darnos las gracias. Era lo que había que hacer.

La menuda doctora asintió pensativa. —Dejando a un lado la pérdida económica, hemos tenido suerte dentro de lo malo.

Grace se puso alerta. —¿Qué pérdida económica?

La Dra. Baxter se levantó y se acercó a la pared de libros que tenía a la espalda. Una de las hileras de libros resultó ser el escondite de una caja fuerte y, al observarla de cerca, mostraba signos evidentes de haber sido forzada.

—Oh, no, ¿qué ha robado? —preguntó Grace, y la Dra. Baxter volvió a dejarse caer en su silla.

—Dinero. Mucho dinero. Exactamente los donativos de los últimos años, unas cinco mil libras. Me he dado cuenta enseguida durante el interrogatorio policial.

—¿Cinco mil? —repitió Noah, dejando caer la cabeza entre las manos. Cuando volvió a levantar la vista, tenía unas ojeras profundas—. Debió de sustraerlo en los últimos días. Cuando ha llegado hoy aquí, probablemente buscaba más. Pero ya no ha tenido tiempo.

—No habría podido encontrar nada más. Eso era todo lo que tenía aquí —dijo la Dra. Baxter en voz baja. Su voz sonaba inusualmente dulce y quebradiza.

—¿Para qué era ese dinero? —se interesó Grace.

—Para mis pacientes. Para los que no tienen mucho, los que no pueden pagarse los medicamentos, los que necesitan muletas, una silla de ruedas... cualquier cosa que les suponga una dificultad económica. Siempre me tranquilizaba saber que tenía ese dinero de reserva para poder ayudarles en casos así. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué haré ahora cuando alguien necesite algo? Ha volado. Todo ha volado.

Su voz se quebró y sacó un pañuelo de la caja que tenía sobre el escritorio. Se sonó ruidosamente mientras Grace se acercaba a ella. —Encontraremos una solución —le prometió, aunque ella misma no sabía cuál podría ser.

—De Archibald... quiero decir, de ese tal Bruce, dudo que lo recuperemos. —La Dra. Baxter se secó los ojos—. Siempre pensé que aquí, en Fallbury, estaríamos a salvo de toda la maldad del mundo exterior. Aquí siempre nos sentíamos protegidos. Quizá sea eso lo peor que ese desalmado me ha quitado: la sensación de poder preservar para todos nosotros algo que ya no se encuentra en cualquier parte.

Grace tomó la mano de la Dra. Baxter y se la apretó suavemente. —No todo lo que llega a Fallbury es malo. Al menos, no todo el mundo... —Lanzó a Noah una mirada que la Dra. Baxter también notó en ese momento. Se incorporó con esfuerzo, fue al otro lado de la sala y se detuvo junto a la silla de Noah.

—Noah, debo pedirle disculpas.

—No, no tiene por qué —trató de calmarla Noah, pero la Dra. Baxter sacudió la cabeza con firmeza.

—Sí, debo hacerlo. Le he atribuido tantas cosas malas solo porque yo misma tenía miedo a los cambios. No nos engañemos, los años en los que iba de puerta en puerta con la bicicleta después de la consulta haciendo visitas a domicilio ya pasaron hace mucho. Me he hecho vieja. Vieja y débil. Y con la edad ha llegado la tozudez. —Puso una mano sobre el hombro de Noah—. Usted no ha hecho nada malo. Incluso su pequeña mentira no tuvo mayor importancia. También ahí debería haber confiado en mi instinto, que me dijo desde el principio lo bien que le sentaría usted no solo a mi consulta, sino también a este pueblo; pero mi propio miedo e inseguridad fueron más fuertes... me hicieron tomar decisiones de las que ahora me arrepiento profundamente. Por favor, disculpe mi comportamiento, Noah. Es usted un médico excelente. Si no hubiera sido por usted... Usted y Grace, Ellie y Rosemary... si todos no hubieran luchado por Fallbury, por sus habitantes y por mi consulta rural en mi ausencia, ¿qué más habría pasado?

—Sencillamente, hay cosas por las que merece la pena luchar —respondió Noah y, por un breve instante, acarició la mano de la

doctora que aún descansaba sobre su hombro. Un gesto de complicidad, sincero, que no necesitaba más palabras.

De nuevo, la Dra. Baxter regresó a su escritorio y rebuscó entre montones de papeles, cuyo orden probablemente solo ella conocía, hasta dar con una hoja. Cuando la encontró, tomó un bolígrafo y estampó su firma al final. Acto seguido, la deslizó por el escritorio hacia Noah. Él se levantó, la cogió y, visiblemente emocionado, miró alternativamente el documento, a la anciana doctora y a Grace.

—¿Lo dice en serio? —preguntó rascándose la barbilla.

—Completamente en serio. Sería un honor para mí darle la bienvenida como futuro médico rural de Fallbury; si es que todavía quiere, claro está.

—¿Que si quiero? —Noah soltó una carcajada, sacó un bolígrafo de su bolsillo y firmó sin dudarlo ni una décima de segundo. A continuación, la Dra. Baxter le tendió la mano. Él la tomó y la doctora envolvió la suya con ambas manos, apretándola con fuerza mientras le miraba con los ojos húmedos—. Bienvenido a Fallbury, Dr. Parker.

Lo siguiente que Grace recordó fueron los fuertes brazos de Noah rodeando su cuerpo, levantándola en vilo y dándole vueltas mientras su risa profunda y cálida resonaba por toda la consulta.

Capítulo 19

TRES días antes de que terminara el año, el pintoresco y pequeño pub se llenó de risas cristalinas y un parloteo incesante. La chimenea, ante la cual Grace y Noah se habían besado por primera vez, chispeaba apaciblemente al fondo.

La noche en que Fallbury se sumergió en un mar de policías e investigadores, Grace, Noah, Ellie y Graham se habían quedado hasta altas horas de la madrugada recogiendo la consulta, asegurándose de que todo volviera a su sitio para que las instalaciones pudieran abrir con normalidad al día siguiente. La doctora Baxter se mantuvo en un segundo plano en todo momento; estaba callada y tranquila, visiblemente afectada por los acontecimientos.

Fue idea de Grace convocar una pequeña reunión en el pub para buscar, junto con todos sus amigos y su familia, una solución que no solo hiciera que el pueblo y sus habitantes olvidaran lo ocurrido en las últimas semanas, sino que, sobre todo, le diera nuevas esperanzas a la doctora Baxter. La médica, que solía ser tan diligente, parecía ahora la sombra de sí misma, y aunque Grace sabía que pasaría tiempo hasta que las huellas de Bruce King se borrarán de Fallbury, quería aportar su grano de arena para, al menos, acelerar el proceso.

Aquella noche, poco antes de Nochevieja, cogió una cucharilla de plata y dio unos golpecitos contra su vaso de agua, que emitieron un tintineo. En una hilera de mesas juntas frente a ella estaban sentados sus padres, Ivy y Phoebe con Maisie, Archie y Rosemary, así como Graham, Ellie, JoJo y, por supuesto, Noah, que sostenía la mano de Grace. Todos la miraban expectantes, ansiosos por saber qué quería decirles.

Grace tomó aire profundamente antes de comenzar: —Como todos sabemos, las últimas semanas, y especialmente estos últimos días,

han sido bastante turbulentos en nuestro apacible pueblo costero. Quizá pensamos que criminales como Bruce King nunca encontrarían el camino hacia nuestro mundo tranquilo y pacífico. O quizá, simplemente, lo esperábamos. Pero ha sucedido y, a pesar de todas las heridas, la desconfianza, la decepción y la desesperación que nos han quedado, lo ocurrido también ha demostrado claramente que, como comunidad, siempre nos mantenemos unidos; que nos ayudamos, nos apoyamos y luchamos juntos por la justicia. Solo de esta manera hemos podido desenmascarar a ese estafador, cuyo nombre preferiría no volver a mencionar. Y solo así superaremos todo esto como comunidad y recuperaremos nuestra paz —hizo una breve pausa mientras los demás alzaban sus vasos en señal de aprobación y brindaban con ella—. Sin embargo —continuó —hay alguien que no solo ha sufrido daños emocionales, sino también financieros. La doctora Baxter ha perdido unas cinco mil libras de los fondos de reserva de la consulta por culpa de ese estafador. Cinco mil libras que estaban destinadas a todos nosotros, a cada uno de nosotros. Ha ido ahorrando y guardando ese dinero durante años para poder estar al lado de sus pacientes en tiempos difíciles. Este apoyo financiero debía garantizar que todos nosotros —pobres o ricos— recibiéramos el tratamiento médico necesario. Os he pedido que vinierais hoy para que busquemos ideas juntos sobre cómo podemos reunir ese dinero como comunidad y devolvérselo a la doctora Baxter.

—Gracie, es una idea excelente —dijo su padre el primero—. ¿Qué tal una campaña de donaciones?

—Sí, algo como la subasta de solteros —intervino JoJo—. Eso salió bien.

Grace asintió. —Algo de ese estilo, pero quizá algo en lo que todos puedan participar, sin importar si son jóvenes o viejos, solteros o comprometidos. Algo más sencillo, sin meses de preparación.

—¿Un mercadillo de repostería? —preguntó su madre.

—Sí, exacto. Todavía tenemos mucha jalea y mermelada que podríamos vender —respondió Ellie.

—Creo que tengo una idea —Noah se levantó también y rodeó la cintura de Grace con un brazo—. Pero para eso tendríamos que involucrar a todo el mundo. No solo a nosotros, sino también al resto de los habitantes. Si todos remamos en la misma dirección, podría ser algo realmente genial.

—¿Y cuál es? —preguntó Grace, y Noah le dedicó una amplia sonrisa mientras sus ojos brillaban con entusiasmo.

—Bueno... —comenzó él, y los presentes en la mesa escucharon sus palabras con atención.

Tres días después, el momento llegó. En Hogmanay, la Nochevieja escocesa que tradicionalmente se celebraba por todo lo alto, Grace, Noah y todos los habitantes de Fallbury se propusieron poner en marcha su plan. Sin embargo, antes de poder empezar, todo Fallbury se engalanó y limpió a fondo ya desde las primeras horas de la mañana del último día de diciembre, tal y como dictaba la tradición de Hogmanay. Y limpiar, en este sentido, significaba realmente que todos los habitantes daban un repaso a fondo a todas sus pertenencias. En algunos puntos, las entradas de las casas y las calles estaban llenas de muebles: sofás viejos cuyos tapizados tenían que secarse tras la limpieza, o armarios que estorbaban al plumero. De las ventanas colgaban gruesos edredones de plumas, y el centrifugado de las lavadoras, así como el silbido alegre de la muchedumbre entregada a la limpieza, flotaba por las calles, de casa en casa, de callejón en callejón. Ese era el único día del año en el que incluso Grace disfrutaba de la limpieza del hogar, pues creía firmemente que el inicio del año nuevo solo era exitoso con una casa limpia. La suciedad y el polvo traían la desgracia a los moradores, al menos esa era una de las historias de miedo que le habían transmitido desde la infancia, y sabía que algún día ella también se la contaría a sus hijos.

En cuanto el crepúsculo cayó sobre la pequeña localidad el 31 de diciembre, las pintorescas fachadas de piedra empezaron a brillar bajo el vacilante resplandor de incontables antorchas. En algunas zonas de los alrededores de Aberdeen, la gente no solo colgaba

antorchas en las fachadas de las casas; no, se celebraban auténticos desfiles de fuego, espectáculos en los que se pretendía ahuyentar a los malos espíritus del año viejo con bolas de fuego. En las ciudades, esto derivaba a veces en grandes desfiles que atraían a muchísima gente. Grace y su familia también habían asistido a un espectáculo así en Stonehaven; sin embargo, Grace consideraba que la variante más tranquila de Fallbury también tenía su encanto. Aquí, hacia la medianoche, los habitantes cogían las luces de las fachadas, desfilaban juntos por los estrechos callejones y finalmente se reunían en el puerto, donde fijaban las antorchas en unos soportes previstos para ello directamente en el muelle. A continuación, la gente se cogía de las manos, contaba junta los últimos minutos hasta la entrada del nuevo año y, antes incluso de poder abrazarse y desearse un feliz año nuevo, entonaban de forma espontánea el mundialmente conocido *Auld Lang Syne*. Todos los años a Grace se le ponía la piel de gallina cuando, rodeada de todos los habitantes de Fallbury, dirigía la mirada hacia el mar y el viento y las olas transportaban las primeras notas de esa canción tan conmovedora al resto del mundo. Nadie sabía exactamente cuándo se había desarrollado esta tradición, pero hoy en día no solo formaba parte integral de Hogmanay, sino que era, sobre todo, el punto culminante de todas las costumbres y fiestas tradicionales que tenían lugar a lo largo del año en Fallbury.

Este año, sin embargo, las cosas fueron algo distintas. Aunque el último día del año empezó igual que siempre —es decir, limpiando y sudando entre las cuatro paredes de casa —el transcurso tradicional cambió al caer la noche. La culpa la tenía Noah, pero su idea era grandiosa y fue recibida con un entusiasmo y una euforia unánimes. Grace, sus amigos y los McNally habían tenido muy poco tiempo para diseñar los folletos que difundirían su propósito hasta el último rincón de Fallbury. Gracias a Phoebe y a la anticuada fotocopiadora de la oficina de turismo, pudieron sacar innumerables copias en un abrir y cerrar de ojos para echarlas en los buzones, colgarlas en las paredes de las casas o ponerlas bajo los limpiaparabrisas. Pronto se sumaron además numerosos vecinos que querían unirse a su

iniciativa, por lo que este año se celebró por primera vez una especie de desfile de Nochevieja, en el que los habitantes podían ir de granja en granja o de casa en casa y disfrutar de algún detalle en cada etapa. A las seis en punto, después de encender las antorchas y de que se apagaran las farolas, todos se reunieron en la plaza del mercado frente al pub para empezar juntos.

A Grace le ardían las mejillas mientras se abría paso entre la multitud que reía y murmuraba para saludar a Noah con la mano. Él había aparecido de los últimos con la doctora Baxter. También su colega Cory había viajado desde Aberdeen expresamente para el cambio de año y el espectáculo que se avecinaba. Grace ya había tenido ocasión de conocerlo por la mañana y le cayó bien al instante. Tenía el mismo aura tranquila que Noah, combinada con una pizca de humor seco que lo hacía muy simpático.

La pequeña doctora se había cogido del brazo derecho de Noah y apenas podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Por supuesto, no habían podido ocultarle los planes, y tampoco querían hacerlo. La doctora Baxter debía vivir y disfrutar de cerca la maravillosa comunidad que eran, y a juzgar por su mirada brillante y sus incrédulos gestos de asombro, no parecía tener ninguna duda al respecto.

—¡Grandioso! —exclamó cuando Grace se acercó a ella. Se abrazaron con cariño—. Grace, esto es maravilloso. ¿Cómo habéis conseguido organizar esto en tan poco tiempo?

—¿Ya le parece maravillosa la reunión? Pues espere a ver todo lo que va a pasar esta noche —Grace apretó con afecto la mano de la doctora antes de dirigirse a Noah.

—¿Todo listo? —preguntó él y le rodeó la cintura con el otro brazo.

—Más que listo, podemos empezar —Grace se dio la vuelta, hizo una señal a Phoebe e Ivy al otro lado de la plaza y, poco después, el sonido de las gaitas resonó entre la multitud, tocadas en directo por Larry Piercen y su padre, dando así el pistoletazo de salida al desfile del pueblo. Todo el pueblo siguió a los dos músicos y no se detuvieron hasta la primera etapa: el taller de costura y punto de

Fallbury. En la pequeña casita solo había dos salas en las que los interesados podían entrar y probar las técnicas antiguas. Sin embargo, fue más bien la zona exterior, con sus cestas llenas de pequeñas figuras de punto y ganchillo, lo que más llamó la atención de la gente. Muchos de ellos, sobre todo los que tenían hijos y querían regalarles un pequeño amuleto hecho a mano, dejaron ya unas cuantas libras en esta primera etapa, aunque el importe quedaba a elección de cada uno. Todos sabían qué se haría con el dinero, y ya se veía que ese conocimiento hacía que la gente fuera más generosa que tacaña.

La multitud se dividió por primera vez en aquel punto. Mientras algunos se mostraban fascinados por la posibilidad de poner a prueba sus propias habilidades con el punto o la costura, otros siguieron adelante. La siguiente etapa era la consulta de la doctora Baxter, donde Noah había preparado una pequeña escuela de primeros auxilios. No era un gran espectáculo, sino más bien la exposición de algunos folletos y la posibilidad de practicar maniobras de reanimación con un maniquí de entrenamiento adecuado, pero la gente parecía abierta a todo y, sobre todo, los niños se divirtieron mucho. Especialmente Cory demostró ser un auténtico animador y consiguió entretener a la multitud con una mezcla de seriedad y humor. Allí también tintinearón las monedas como agradecimiento por el aprendizaje médico antes de continuar hacia la granja de los McNally.

Los padres de Grace ya les saludaban y abrieron la verja para los numerosos invitados. Por toda la granja ardían velas y antorchas, y Olivia ofrecía diversos pasteles, repostería y bebidas calientes para calentar a los habitantes y, al mismo tiempo, darles fuerzas para el resto de la noche. Por primera vez esa noche, los McNally mostraron un adelanto de su proyecto de la sala de cuentos y, dado que la gente se sentía visiblemente a gusto en la granja y se demoró al son de las gaitas mucho más de lo previsto inicialmente, Harry acabó sentándose en una silla de jardín y puso a prueba sus dotes de narrador leyendo a los niños su primera historia de fantasía. Con diferencia, esta etapa del desfile del pueblo fue la que mayor

entusiasmo despertó. El ambiente festivo, combinado con la buena comida, las bebidas calientes y las risas alegres de los niños, ya no tenía precio, pero la recaudación económica también fue notable. No se pidió dinero por ningún trozo de pastel ni por ninguna bebida y, sin embargo, las cajas de donativos se llenaron de monedas y billetes en un abrir y cerrar de ojos. De vez en cuando, Grace tuvo que ir a vaciarlas varias veces para dejar sitio a más.

A medida que avanzaba la noche, la gente se puso en marcha, abriéndose paso con antorchas y cánticos por las calles hasta el puerto, donde algunos pescadores habían abierto sus barcos al público. Mientras los curiosos se demoraban sobre los barriles escuchando las aventuras de los marineros, JoJo abastecía a la multitud con whisky y cerveza desde el pub. Graham, Ellie, Rosemary y Archie también habían preparado algo especial para esta velada. Justo al lado del pub habían montado un pequeño puesto donde ofrecían una selección de mermeladas y jaleas de diversas frutas. Graham, fiel a su faceta de ganadero, se las había apañado en poco tiempo para conseguir un simulacro de ordeño que estaba instalado junto al puesto. Así, cualquiera que siempre hubiera querido saber cómo se ordeñaba realmente una vaca podía probar suerte con la ubre de goma. Aquello provocó bastantes risas y momentos muy divertidos.

Cuando, poco antes de medianoche, las campanadas de la pequeña torre de la iglesia llamaron tradicionalmente a la reunión, todos los habitantes del pueblo se congregaron en el puerto, se cogieron de las manos y recibieron el año nuevo cantando y riendo. Grace sostenía la mano de Noah a su derecha y la de Phoebe a la izquierda; después de sus padres, las dos personas más importantes de su vida, con quienes quería compartir sin falta el inicio del año.

Con vítores salvajes, risas y gritos de júbilo, Fallbury celebró el cambio de año aquella noche y, como si fuera parte del plan, el cielo abrió sus puertas casi al mismo tiempo y dejó caer espesos copos de nieve. En pocos minutos, toda la zona del puerto quedó envuelta bajo un manto blanco y, aunque era una capa fina, los niños se

lanzaron sobre ella y comenzaron una animada guerra de bolas de nieve.

Mientras tanto, Grace y Noah recibieron noticias de los colaboradores sobre la recaudación de la noche. El propio Noah también había vaciado las huchas de donativos de la consulta y sumado las monedas.

Grace, que estaba sumando todo, apenas podía dar crédito a sus ojos. —¡Hemos recaudado casi dos mil libras! —exclamó entusiasmada, rodeada de sus amigos y sus padres. La doctora Baxter también estaba con ellos.

—¿Dos mil? ¿En tan pocas horas? —preguntó la médica, y Grace asintió con entusiasmo.

—Las principales fuentes de ingresos han sido la granja McNally y el pub, donde parece que ha habido algunos donativos bastante grandes.

—¡Eso es maravilloso, simplemente maravilloso! —La doctora Baxter dio palmas emocionada.

—Y va a ser aún más maravilloso —dijo Noah, guiñándole un ojo a Grace y sacando un cheque del bolsillo del pantalón. Se lo entregó a la doctora Baxter sin mediar palabra. Grace pudo ver cómo las mejillas de la doctora, que antes estaban rojas por el frío, perdían el color de golpe mientras se quedaba literalmente con la boca abierta.

—¿De cuánto es? —preguntó Phoebe con curiosidad, y la doctora Baxter giró el cheque para que todos pudieran ver la cifra.

—Son cinco mil libras. —Se dirigió a Noah—. No puedo aceptar esto, yo...

Noah tomó sus manos y las rodeó con las suyas. —Claro que puede, Erin. Mírelo como un regalo de alguien que siempre deseó que yo utilizara el dinero para algo que trajera bienestar a la gente.

—Oh... —La doctora Baxter hizo un gesto con la mano, esforzándose visiblemente por ocultar las lágrimas de emoción que ya empezaban a brotar. No lo consiguió, por supuesto. Se puso de

puntillas para abrazar a Noah, aunque aun así solo le llegaba al pecho. Él se inclinó hacia ella. —No hay de qué —dijo simplemente en voz baja, mientras su mirada se deslizaba hacia Grace y le guiñaba un ojo sonriendo.

En las primeras horas de la mañana del joven año, Grace descansaba en brazos de Noah, en lo alto de las colinas, con los acantilados justo frente a ellos y el mar de un azul profundo. El viejo tronco bajo ellos era duro e incómodo, pero eso no le importaba realmente. Mientras Noah se apoyaba con la espalda en la raíz, Grace estaba sentada delante de él. Él la rodeaba con sus brazos, tenía el rostro hundido en su cabello y su aliento cálido la confortaba en esa fría primera noche de enero. Había dejado de nevar y la nieve que no había terminado convertida en bola o en un mini muñeco ya se había derretido casi por completo de nuevo.

Grace se subió hasta la barbilla la manta suave que los envolvía a ella y a Noah mientras su mirada se perdía en el mar.

—Es la primera vez que vivo este momento con un hombre a mi lado... y además con uno tan especial. —Se giró hacia él y él le dio un beso fugaz en la punta de la nariz. A lo lejos aparecieron las primeras luces, el resplandor de hogueras que parecían insignificantes en los barcos de pesca, que se congregaban frente a la costa en las primeras horas del año para navegar hacia el futuro. Una tradición que no despertaba mucho interés entre los habitantes del pueblo. Era algo que los pescadores hacían entre ellos. Probablemente ni siquiera sabían lo mágico que resultaba ver sus luces centellear sobre el mar. Parecía una cadena de diamantes.

—Y para mí ha sido la primera vez que en Nochevieja no he mirado atrás con nostalgia hacia el año viejo, sino que he podido disfrutar de verdad de las celebraciones —dijo Noah en voz baja.

—¿Por qué con nostalgia?

—Bueno. —Se incorporó un poco—. Creo que todo el mundo busca algo. Un sentimiento, un recuerdo, una pareja... lo que sea. Quieren encontrar algo que les dé cobijo, que les haga sentir satisfechos por

dentro, que les aporte paz interior. Algunos no lo encuentran nunca, van por la vida con prisas, como si al final les esperara una segunda oportunidad. Creo que yo era una de esas personas. Cada vez que terminaba un año, recordaba todo lo que dejaba atrás. Cada pequeño momento de felicidad, por minúsculo que fuera, que ya había pasado y no volvería. Sabía que con el año nuevo llegarían también nuevos momentos bonitos, pero de alguna manera no lo sentía así. Algo en mi interior siempre me hacía estar un punto más triste por lo pasado. Excepto este año. —Sus brazos rodearon a Grace con más fuerza. Ella se aferró a ellos y se acurrucó en el hueco de su brazo—. Este año sabía que el año nuevo solo puede ir a mejor. Porque estoy aquí, porque estoy contigo y porque aquí, contigo, en este lugar remoto que parece tan insignificante, todo se siente increíblemente bien.

Grace sintió el corazón latir con fuerza en su pecho al mirar a Noah. —Porque está bien. Tú, yo... nosotros.

Él posó sus labios sobre los de ella. —Te quiero, Gracie —susurró, y le acarició el cabello suelto. A Grace le habría encantado atrapar el momento, detener el tiempo, que el cosquilleo en el estómago no terminara nunca. Quería sentirlo siempre así de cerca, en todos los niveles imaginables. Noah era esa persona especial con la que había soñado toda la vida. El príncipe azul de los cuentos de su padre, que parecía demasiado perfecto para este mundo. Pero Noah era perfecto. No en todo lo que había hecho o dicho, no como el ser humano que era. Nadie era perfecto, y eso era bueno. Pero Noah poseía esa imperfección perfecta que casi la hacía perder la cabeza.

Se complementaban en una peculiaridad maravillosa que no tenía igual.

La mirada de Grace vagó hacia la distancia. Rose Cottage, en lo alto de Fallbury Hills, parecía silencioso y abandonado; sus habitantes dormían hacía tiempo. Solo una pequeña luz, casi imperceptible en el jardín, revelaba dónde se encontraba el pintoresco Bed & Breakfast.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Noah, acariciándole los labios con ternura.

—Acabo de recordar cómo hace solo unos meses estaba sentada aquí arriba, en los acantilados, pensando en la historia de amor de Ellie y Graham.

—Ahora tienes la tuya propia —dijo Noah, levantándole la barbilla con suavidad y dándole otro beso en los labios, tan delicado y suave como el viento que le rozaba la cara.

—Y es más hermosa de lo que jamás soñé. —Grace volvió a girarse y su mirada recorrió los barcos iluminados a lo lejos—. ¿Noah? —preguntó.

—¿Sí, cariño?

—El dinero... las cinco mil libras... ¿de dónde han salido?

Sintió cómo sus músculos se tensaban al instante y su voz sonaba un poco más ronca. —De mi madre —dijo entonces en voz baja—. Cuando supo que no se iba a curar, me legó todo su dinero, todos sus ahorros. La mayor parte fue directamente a mi cuenta. Cartillas de ahorro para que pudiera tener una buena educación y todo eso. Pero luego estaba ese cheque. Debía guardarlo a buen recaudo y algún día hacer algo bueno con él, cuando llegara el momento adecuado. Nunca tuve idea de qué podría ser, ¿sabes? Nada me parecía nunca lo bastante bueno para esa última herencia suya. Y la idea de que tenía que servir para algo incluso me presionó durante un tiempo. Pero entonces... —La miró y ella levantó la vista hacia él. Se sonrieron con dulzura—. Entonces conocí a una mujer muy especial que me recordó que los padres no desean nada más que ver cómo de las raíces que dan a sus hijos acaba creciendo algo que da frutos.

Grace bajó la mirada, cohibida. —Parece que fue un consejo realmente útil... —Pensó en lo emocionada que había estado aquella noche frente a la chimenea del pub cuando le había dicho esas palabras. Había pasado tanto tiempo desde entonces y, aun así, el corazón todavía le latía con fuerza solo con pensar en él.

—El más útil de todos —susurró Noah, rozando su mejilla caliente contra la de ella—. La consulta de la doctora Baxter garantiza la atención médica básica a la gente de aquí, del campo. Y, al mismo tiempo, mi trabajo me abre el camino hacia el futuro... contigo.

—Tu madre estaría increíblemente orgullosa de ti.

Noah tragó saliva. —También estaría orgullosa de ti y del hombre que puedo ser a tu lado.

Grace levantó la vista, puso una mano en su mejilla y buscó su mirada. —¿Sabes cuánto te quiero?

—Nunca tanto como yo te quiero a ti —respondió él, arrancándole una sonrisa.

—¿Seguro? ¿Y cuánto es eso?

—¡Ah, pues espera, que te lo enseño! —dijo Noah y empezó a cubrirle el cabello y la cara con incontables besos. Su barba de tres días le hacía cosquillas. Riendo, ella intentó escapar de la lluvia de besos, pero él la sujetó con fuerza. —¡Tanto así, y tanto así! ¡Ah, y así de mucho también! —exclamaba una y otra vez antes de volver a posar sus labios sobre su piel.

El viento del año nuevo tomó la risa cristalina de Grace y la llevó en suaves ráfagas hacia el mar.

Epílogo

— Primavera —

PING. Ping. Ping. Ping. Ping.

Grace se sobresaltó tanto que le dio a Noah con el borde del edredón en toda la cara.

—Buenos días a ti también —masculló él, adormilado, mientras se zafaba de las sábanas. Grace ya se había levantado de un salto y recorría el baño con el cepillo de dientes en la boca.

—¡Leffo fagde!

—¿Qué? —exclamó Noah.

—Leffo... ah. —Hizo un gesto de desdén—. Olvídafo.

Riendo, Noah salió de la cama y detuvo a Grace en medio de aquel caos frenético. Le apartó un grueso mechón de pelo rojo tras la oreja cuando ella se sacó el cepillo de la boca. —Tengo diez minutos y estoy horrible.

—No, estás adorable —dijo él, y empezó a besarle la mejilla, el lóbulo de la oreja y todo el cuello.

Grace se estremeció. —Eso no vale —suspiró.

—¿Quieres que pare? —preguntó Noah, visiblemente divertido.

—Si no quieres perderte la cita con el notario...

Él se incorporó de golpe. —¡Madre mía, la cita con el notario! —Ahora fue él quien saltó al baño e intentó salvar lo que se pudiera a toda velocidad.

—Ya te dije que sería una catástrofe poner las dos cosas el mismo día. Y podrías haber recogido tus flores ayer —murmuró, ahora claramente estresado.

Grace se lavó la cara y se recogió el pelo. —Pero entonces no estarían tan frescas y bonitas. —Se quedó escuchando hacia fuera—. ¿Oyes eso? —Grace levantó un dedo en el aire y Noah prestó atención a los ruidos que llegaban desde el patio hasta el anexo.

—Si hubiera sabido que tus padres madrugan tanto, nos habría construido una casa arriba, junto a Rose Cottage. Allí siempre había un silencio maravilloso.

—Anda, si sé perfectamente que en el fondo te gusta estar aquí. —Le dio un codazo cariñoso en el costado, a lo que él respondió con una sonrisa de complicidad, y volvió al dormitorio, donde se vistió en un abrir y cerrar de ojos.

Noah vivía con ella en el anexo desde hacía casi cuatro meses. Aquello había dado un vuelco considerable a la vida de Grace. El miedo inicial a que la magia se desvaneciera en cuanto empezaran a vivir juntos había desaparecido tan rápido como llegó. Grace no podía haberlo imaginado mejor: quedarse dormida a su lado cada noche y despertarse exactamente en el mismo lugar a la mañana siguiente. Ahora ya no tenía que subir al desván para enviar señales luminosas secretas por encima de Fallbury hasta Rose Cottage. A veces seguían haciéndolo, pero ahora juntos, para sacar de sus casillas a la vieja Rosemary, que aún se preguntaba de dónde vendrían aquellos extraños fenómenos luminosos en el cielo nocturno.

—¿Nos vemos luego en la inauguración, vale? ¡Te quiero! —Grace le dio un beso rápido a Noah. En su cara quedaron restos de la espuma de afeitar de él, que Noah le limpió riendo.

—Yo también a ti, cariño. Hasta luego.

Una suave brisa primaveral la recibió cuando Grace salió al patio.

—¡Los bancos van allí al fondo! ¡Aquí delante la mesa pequeña, ya lo dije! ¡No, Ronny, la otra! ¡Dios mío, mis nervios! —Olivia se llevó la mano a la cara y soltó un quejido.

—Respira, mamá. Aún tenéis tiempo.

—Sí, y no hay nada donde debería estar. Por cierto, ¿dónde está tu padre? ¿Vuelve a estar por ahí perdiendo el tiempo? ¡¿Harry, cielo?! —gritó en dirección a la casa principal.

—¡Me estoy peinando, tesoro! —respondió él desde una ventana abierta.

—Como si con esos tres pelos hubiera mucho que peinar —susurró Olivia riendo entre dientes, y Grace se unió a ella divertida.

—¿Necesitas ayuda con los preparativos de las tartas?

—No, amor. Si de todas formas estás a punto de irte. ¿Tienes algo planeado?

Grace asintió sonriendo. —Es una sorpresa. Estaré de vuelta para la inauguración. Noah también, que tiene antes su cita con el notario.

—¡Ah! —Olivia se tapó la boca con la mano—. Hoy es el gran día, con todo este ajetreo se me había olvidado por completo.

Grace se echó a reír y corrió hacia la puerta. —¡Hoy parece que todo es el gran día!

Las calles de Fallbury ya estaban llenas de actividad. Grace se vio interrumpida varias veces, charló un poco y se interesó por el bienestar de al menos cinco vecinos antes de llegar finalmente a la puerta de Phoebe.

Justo cuando levantaba el dedo hacia el timbre, la puerta se abrió de par en par y Larry Piercen salió tropezando... otra vez.

—Grace —se limitó a decir, asintiendo con timidez. Como siempre.

—Buenos días, Larry. —Señaló riendo sus zapatos y los cordones sueltos—. Algún día te vas a caer, mejor átatelos.

Larry se rascó el pelo alborotado y se alejó calle abajo. Poco después salió Phoebe. Con una horquilla entre los labios y el cepillo del pelo en el bolsillo del pantalón, intentaba abrocharse las hebillas de los zapatos mientras caminaba. Las amigas intercambiaron una mirada.

—¿Larry Piercen, Pheebbs? —preguntó Grace con una sonrisa pícara.

Phoebe puso los ojos en blanco justo cuando Larry se detuvo de repente al final de la calle.

—Oye, Phoebe, ¿esta noche? —preguntó simplemente, y de pronto un rubor desconocido asomó a las mejillas de Phoebe. Primero se encogió de hombros antes de asentir en silencio.

Cuando luego se volvió hacia Grace, sus ojos brillaban. —Sin comentarios.

Grace se agarró del brazo de su amiga. —No, Phoebe. Sin comentarios de ningún tipo, lo prometo.

Subieron riendo por Harbour Street y se dirigieron a la acogedora floristería de Mrs. Mackenzie, que estaba situada, pequeña y discreta, entre dos casitas. Ivy ya estaba frente a la puerta de entrada saludando con entusiasmo. —Pensaba que ya no veníais.

—Me he quedado dormida y Phoebe estaba... —echó un vistazo de reojo a su amiga —ocupada con otros asuntos.

—¿Ocupada con otros asuntos? —preguntó Ivy riendo, y Phoebe puso una mueca de diversión.

—Sin comentarios —volvió a decir simplemente.

Ivy le guiñó un ojo a Grace. —Bueno, eso ya es comentario suficiente.

El humor y la ligereza, ambas cosas habían definido al trío desde siempre, y ambas habían regresado finalmente después de que Ivy terminara con éxito su proceso de divorcio. Ahora miraba al futuro con esperanza, y Grace se alegraba de que su amiga no se hubiera hundido tras aquel amargo desengaño. Pronto se mudaría a Aberdeen; su piso de obra nueva estaba en las últimas etapas antes de finalizarse. Pero hoy Grace no quería pensar en eso. Hoy disfrutaba de poder tener a sus dos mejores amigas a su lado en un día tan importante para ella y su familia.

Mrs. Mackenzie ya estaba esperando a las jóvenes. Con su delantal sobre su vientre redondeado, estaba sonriente detrás del mostrador y les hizo un gesto para que se acercaran.

—¡Vamos allá! ¿no?

Grace y sus amigas habían ideado algo muy especial para la inauguración del Rinconcito de las Historias: una corona hecha a mano con cardos, la flor escocesa de la buena suerte. Ronny, que tenía un gran talento para las manualidades, había tallado una pequeña cabaña de madera que pretendía simbolizar el viejo establo de la granja McNally y que se colocó en el centro de la corona. Mientras Grace se esforzaba con los cardos con la ayuda de la señora Mackenzie, Phoebe rotulaba el pequeño establo de madera e Ivy buscaba en la tienda decoraciones como cintas y cuentas de madera para darle a la corona el toque final. Una hora más tarde, todos estaban ante la mesa de trabajo contemplando su obra.

—Es exactamente como me lo imaginaba. Quedará perfecta en la pared exterior del establo. A mi madre le encantará —dijo Grace, frotándose las manos con satisfacción. Sin embargo, echar un vistazo al reloj la hizo sobresaltarse de inmediato.

—Bueno, chicas, deberíamos darnos prisa antes de que se haga más tarde. —En realidad, ya debería haber estado de vuelta en la granja hace tiempo, pero sus padres seguramente se lo perdonarían al ver el regalo.

Sin embargo, en la calle, Phoebe se detuvo de repente. —¡Alguien podría haberme dicho que me he puesto perdida! —refunfuñó, señalando su camiseta sucia. Puso los ojos en blanco, molesta—. No puedo presentarme allí así, quién sabe qué bombones habrá hoy en vuestra granja. Definitivamente tengo que pasar por casa un momento.

Ivy sacudió la cabeza con una sonrisa. —Pues date prisa. Gracie y yo nos vamos adelantando.

Apenas hubo terminado la frase, Phoebe ya había salido disparada en dirección contraria. Grace e Ivy, por el contrario, se dirigieron con

paso firme hacia la granja McNally, donde ya reinaba un gran ajetreo.

Hacía ya dos semanas que el cartel de bienvenida de madera colgaba bien visible en la puerta, y varios interesados ya habían preguntado por los horarios de apertura. Ahora, por fin, había llegado el momento.

—¡Por fin estáis aquí! —exclamó Olivia entre la multitud y se abrió paso hacia las dos jóvenes—. Pero ¿dónde habéis... ¡madre mía! —Cuando su mirada se posó en la enorme corona en los brazos de Grace, se llevó las manos a la cara, visiblemente conmovida—. ¡Harry! ¡Harry, ven un momento! —gritó por encima del hombro.

El padre de Grace también se quedó asombrado. —Pero bueno, ¿qué es esto?

—Para vosotros, por la inauguración; de parte de Ivy, Phoebe y mía. —Grace entregó el regalo—. Muchísimas felicidades y toda la suerte del mundo con vuestro Rinconcito de las Historias. —La alegría se reflejaba en los rostros de los padres de Grace y, aunque la granja bullía de invitados, Olivia no quiso dejar pasar la oportunidad de elegir un lugar adecuado en la pared del establo para la corona de la suerte. Ronny le guiñó un ojo a Grace mientras corría hacia Harry armado con martillo y clavos para ayudarle a colgarla. ¡Aquello ya había sido todo un éxito!

La afluencia a la granja McNally fue mayor de lo esperado. Aunque Grace había contado al principio con pocos invitados, ya que la temporada de verano aún se hacía esperar, se sorprendió de cuánto efecto había surtido en realidad la publicidad anticipada en los pueblos vecinos. Todas las mesas estaban ocupadas y, en cuanto quedaba un sitio libre, se volvía a llenar con la misma rapidez. Un pedido de tarta tras otro llegaba a la ventana de venta del establo y, mientras Olivia atendía a los clientes, Grace era quien se encargaba de traer provisiones de la cocina. Nadie tenía por qué pasar hambre; Olivia se había asegurado de tener existencias de sobra.

Cada vez que Grace traía nuevos pasteles de frutas de la casa principal, pasaba por delante de la puerta abierta del establo y no

podía evitar una sonrisa. Justo allí se había instalado su padre, colocando un gran sillón frente a una pizarra con la inscripción *El rincón de los cuentos* y sentándose debajo con un libro encuadernado por él mismo. Frente a él había varios pufs repartidos, que Grace y Noah habían comprado y regalado a sus padres para la inauguración. En esos cojines multicolores se sentaban niños que escuchaban las historias de Harry con los ojos redondos y brillantes, y la boca abierta de asombro; uno de ellos era el pequeño Sam, que ya se había recuperado por completo. El padre de Grace se entregaba al máximo en su narración, no se limitaba a leer su texto con frialdad, sino que, a través de la mímica y los gestos, hacía que cada uno de sus personajes cobrara vida. Pateaba el suelo cuando hablaba del gigante patoso *Holterdipolt* y hacía que su voz sonara una octava más alta cuando aparecía el hada *Zwirbelhaar*. Era un placer observarlo y Grace tenía que obligarse cada vez a no detenerse demasiado tiempo a escuchar sus palabras, para que los invitados no acabaran dando la voz de alarma al no recibir sus pedidos de tarta.

Incluso la prensa estaba presente, entrevistando a sus padres y tomando varias fotos de la granja McNally. La inauguración fue un éxito rotundo. A lo largo de la tarde, muchos habitantes del pueblo se pasaron por allí, trajeron regalos y felicitaciones, y se unieron un momento a Grace y su familia. Graham y Ellie tampoco quisieron faltar, y para entonces Ellie ya lucía una barriga considerable. —Estoy deseando que nuestro hijo pueda escuchar tus historias, Harry—dijo ella, acariciándose el vientre redondeado, mientras Graham le daba un beso en la mejilla.

Grace, que había observado la escena conmovida, volvió a girarse hacia la puerta. Lo había estado haciendo durante toda la mañana, pero seguía sin haber rastro de Noah ni de Phoebe. Sin embargo, ahora veía a su amiga subir la calle a toda prisa y emocionada.

—¡Gracie! —jadeó, agitando un papel en la mano—. ¡Gracie, mira esto!

—¿Has tenido que ir de compras a Aberdeen para estrenar modelito o por qué has tardado tanto? —preguntó Grace divertida. Pero Phoebe solo le tendió el papel, sin aliento.

—«*Nos complace darle la bienvenida a la plaza de estudios a distancia en Gestión Turística*» —leyó Grace en voz alta y saltó emocionada—. ¡Dios mío, qué bien! Enhorabuena, Pheebs. ¡Me alegro muchísimo por ti! Phoebe había enviado su solicitud tan tarde que al final había acabado en una lista de espera y ya había perdido la esperanza. Ya nadie contaba con una respuesta afirmativa.

Emocionada como estaba, se sentó junto a Ivy, Ellie y Graham, mostró con orgullo su carta al grupo y recibió la felicitación de la madre de Grace con un trozo de tarta.

Y entonces, Grace oyó por fin el coche de Noah en la entrada. Se secó las manos, sudorosas por los nervios, y corrió hacia él.

Él llevaba unas gafas de sol oscuras que se colocó sobre sus rizos negros al bajar.

Grace respiró aliviada al ver su amplia sonrisa. —Ya me estaba preocupando por si algo había salido mal —dijo ella, y él la estrechó entre sus brazos, la levantó en vilo y le dio una vuelta. —¿Puedo presentarte? —dijo al volver a dejarla en el suelo—. Ante ti se encuentra el nuevo propietario de la consulta médica de Fallbury con la flamante denominación: *Dr. Noah Parker - Consulta rural con vistas al mar*.

—¡Ahhh! —chilló Grace y volvió a saltar sobre Noah. Él la levantó de nuevo y ella entrelazó sus piernas alrededor de su cadera—. Eso suena tan bien, tan increíblemente bien.

Habían pensado mucho en cómo llamarían a la nueva consulta si la doctora Baxter decidía traspasársela por completo a Noah. Debía sonar joven y fresco y, al mismo tiempo, mantener la atmósfera acogedora y tradicional de la consulta del médico rural. Al final, de sus ideas compartidas había surgido el nuevo nombre, y la doctora Baxter, tras un escepticismo inicial, había acabado aceptándolo. Ella seguía trabajando unas horas a la semana en su antigua consulta,

pero ahora disfrutaba de mucho más tiempo libre y de su merecida jubilación.

Noah volvió a bajar a Grace y ella le cogió la mano. —Vamos a celebrar esto —dijo ella, sonriéndole. A él le brillaban los ojos y a ella le dio un vuelco el corazón—. Esto y todas las despedidas de viejos sueños que, al mismo tiempo, han hecho posible que todos hayamos podido encontrar estos nuevos sueños. Tú, yo, mis padres, Ivy, Phoebe, Ellie y Graham... —Se detuvo y se giró hacia Noah, le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí—. Supongo que ese es el secreto de la felicidad: desprenderse de los viejos planes y dejarse encontrar por los verdaderos milagros.

Noah la besó con ternura y apoyó su frente contra la suya. —Tú eres un milagro —susurró, y ella se rió suavemente.

—Lo somos nosotros, todos nosotros —susurró ella antes de tomarlo de la mano y llevarlo hacia la granja.

—Fin —

¿Te apetece seguir leyendo?

Descubre los últimos libros de **Hanna Holmgren** aquí:

<https://www.amazon.es/stores/Hanna-Holmgren/author/B09RMN7GLP>

Consigue gratis una novela corta



Un romántico hotel junto al mar, un horizonte infinito y un amor que la toma por sorpresa...

Cuando Lisa lleva a su mejor amigo Lennart un pedido de vino olvidado a su idílico hotel junto a la playa, no imagina la aventura que la espera. Ya en su primera tarde conoce a Johannes en la playa y siente una conexión inmediata. Por un curioso giro del destino, vuelve a encontrarse con él una segunda y hasta una tercera vez, aunque de formas que nunca habría esperado.

Poco a poco, ambos se acercan y comparten una velada maravillosa juntos, una noche que se siente como el comienzo de algo más. El murmullo de las olas, la luna brillante y los ojos azules de Johannes hacen que el corazón de Lisa lata con fuerza. Pero cuando su estancia junto al mar llega a su fin, Johannes le hace una confesión, y Lisa deberá decidir si quiere volver a verlo... o si sería mejor olvidarlo cuanto antes.

Descarga aquí la novela corta de 50 páginas de forma totalmente gratuita:

<https://hannaholmgren.de/novela-corta-gratuita-una-noche-junto-al-mar/>

Una pequeña petición para terminar...

¡Gracias por leer!

Este libro fue traducido del alemán. Si durante la lectura notas algo que podría mejorar, no dudes en escribirme a feedback@hannaholmgren.de.

Si te gustó el libro, me encantaría que dejaras una reseña positiva – eso me ayuda a llegar a nuevos lectores y a seguir publicando historias que emocionan.

Tus comentarios también me ayudan a ver mis historias a través de los ojos de los lectores – a entender qué los conmueve, los toca o los sorprende. Es una forma maravillosa de apoyar mi trabajo y de mostrar aprecio por las muchas horas dedicadas a la creación de este libro.

Muchas gracias por tomarte el tiempo de compartir tus impresiones – por ejemplo dejando una breve reseña en Amazon.